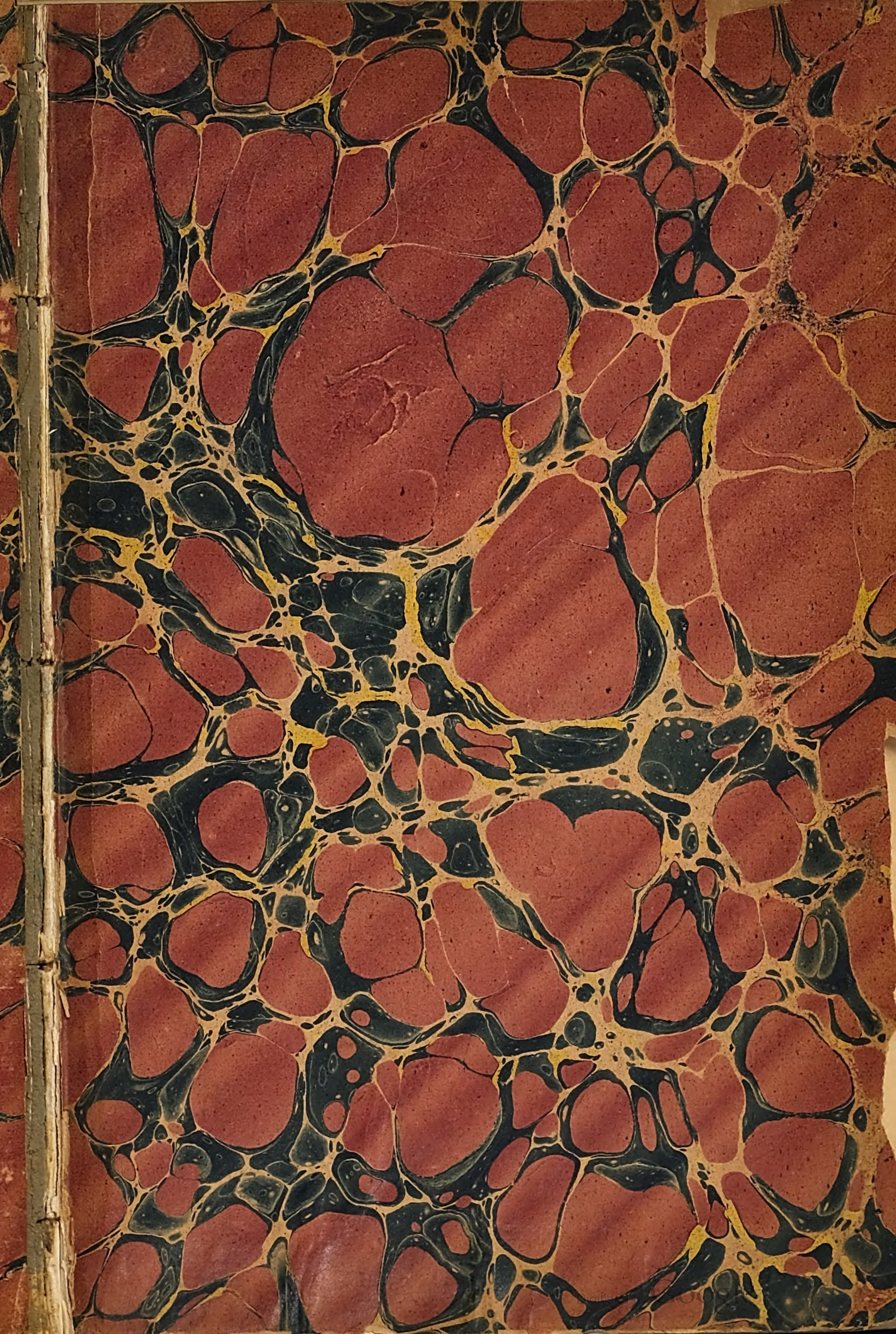

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 11512 2370







REVISTA NACIONAL

HISTORIA AMERICANA--LITERATURA--JURISPRUDENCIA

DIRECTOR

ADOLFO P. CARRANZA

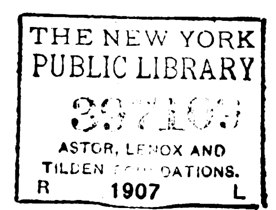
TOMO VIII

2907

BUENOS AIRES

IMPRENTA «EUROPEA», CALLE MORENO, 51.

1889



1° DE MARZO 1889 BUENOS AIRES AÑO III-TOMO-VIII-N° 35

REVISTA NACIONAL

HISTORIA AMERICANA—LITERATURA—JURISPRUDENCIA

MEMORIAS DE UN SOLDADO

Comenzamos á publicar en el presente número de *La Revista Nacional* las memorias del guerrero de la Independencia D. Domingo Arrieta, debido á la deferencia del Dr. Jacobo Larrain, quien las ha obtenido en Santiago de Chile, de la viuda de aquel benemérito soldado, con el objeto de darlas á la publicidad, llevando de este modo un nuevo contingente al conocimiento y estudio de la historia americana.

Arrieta era un jóven español que sentó plaza de soldado en el ejército patriota cuando solo tenia 14 años de edad, dando principio á su carrera militar en 1820. Once años de rudo batallar constituyen la brillante foja de sus servicios, que procuraremos diseñar brevemente mas adelante.

Con el título de *Ratos de Entretenimiento ó Memorias de un soldado* ha dejado escrita Arrieta, en cuatro abultados cuadernos, su vida militar, que nos proponemos arreglar al darlas á luz, manteniendo sin embargo, en cuanto sea posible, la primitiva forma que les ha dado el autor, el cual, sin ser literato, ha sabido imprimir á su obra marcado interés, tanto por la ingenuidad con que cuenta las peripecias de su vida, como por la sobria imparcialidad con que refiere las acciones de guerra en que se ha encontrado, sin pretender constituirse por eso en revelador

de grandes secretos, ni mucho menos en comentador especialmente autorizado de los sucesos que narra.

D. Domingo Arrieta que llegó á ser sargento mayor de los ejércitos de la República, no obstante haber abandonado el servicio de las armas en 1831, hizo su primera campaña en la expedicion á Puertos Intermedios bajo las órdenes del general D. Rudecindo Alvarado; militó mas tarde bajo las gloriosas banderas de Bolivar, acompañando á los ejércitos de la Independencia hasta Ayacucho, donde sellaron la libertad del continente. Terminada esta árdua empresa, se alistó en el ejército que hizo la guerra al Imperio del Brasil, habiéndose encontrado en todas las memorables acciones de dicha guerra, pasando despues á servir á las órdenes del general D. José Maria Paz, en su primera campaña á las provincias del interior.

Descendiendo ahora á los detalles de la vida militar de Arrieta, encontramos que ella es tan fecunda como activa. Emprendida la campaña á Puertos Intermedios, se halló en la accion de Calama el 1° de enero de 1823, á las inmediatas órdenes del general D. Cirilo Correa contra las fuerzas del general enemigo Valdés, encontrándose igualmente en los combates de Torata y Moquegua, de ingrato recuerdo para las armas independientes. Sufrió el sitio de las fortalezas del Callao en 1823 bajo el mando del general colombiano N. Valdés, y hallóse tambien en la retirada que el ejército patriota hizo de Lima á Trujillo la última vez que fué invadida esta capital por los españoles en febrero de 1824. En la última campaña del libertador Simon Bolivar, Arrieta formaba parte de su ejército, encontrándose en la accion de Junin el 6 de agosto de 1824 bajo el mando del bravo general D. Mariano Necochea.

Tanto en la accion de Matará el 2 de diciembre de 1824 dirigida por el general D. Antonio José de Sucre, como en la toma de Huanta el 6 del mismo mes y año á las órdenes del comandante colombiano N. Cuervo, tuvo Arrieta una participacion distinguida. En la famosa batalla de Ayacucho, librada como se sabe, por el general Sucre, Arrieta sobresalió por su valor y bravura mereciendo ser declarado benemérito en grado eminente, con el disfrute de una medalla de plata con cinta encarnada y blanca, concedida por el libertador Bolivar á los que se encontraron en aquella memorable accion de guerra.

Hizo tambien Arrieta la campaña del Brasil que comenzó el 12 de agosto de 1826 hasta su terminacion en 1828; se halló en las acciones del Ombú el 15 de febrero de 1827 y en la de Ituzaingó el 20 de febrero del mismo mes y año á las órdenes del general D. Cárlos Maria de Alvear, mereciendo por su brillante comportacion un escudo de metal amarillo en el brazo izquierdo, concedido por el Gobierno Argentino y un cordon de honor celeste y blanco acordado por el Congreso Nacional á los vencedores en esa gloriosa jornada; la sorpresa de Camacuá en 12 de abril de 1827 lo contó tambien entre sus héroes.

Incorporado al ejército del general Paz, se encontró en la accion de San Roque el 22 de abril de 1829, asi como tambien en la de La Tablada el 22 y el 23 de junio del mismo año y en la de Oncativo, el 25 de febrero de 1830. Su participacion en el combate del Fraile Muerto el 6 de febrero de 1831 á las órdenes del coronel D. Juan E. Pedernera le costó una grave herida de lanza en la espalda, lo que no le impidió distinguirse en la retirada que hizo el ejército desde la provincia de Córdoba á la de Tucuman en 25 de mayo de 1831, bajo el inmediato

mando del general D. Cregorio Araoz de Lamadrid, con cuyo jefe se encontró tambien en la accion de Tucuman el 4 de noviembre de 1831.

Despues de esta fecha, Arrieta se retiró definitivamente de la carrera militar, sin pedir á la República la recompensa que merecian sus esclarecidos servicios, viniendo á morir pobre y desvalido en el pueblo chileno de Vallenar á la avanzada edad de 76 años.

La viuda de este distinguido servidor de la patria va á presentarse en breve al Congreso Nacional, pidiendo el pago de su pension atrasada desde la época del fallecimiento de su esposo, puesto que ya le ha reconocido con justicia el Gobierno la pension que por ley le corresponde desde que ha venido á residir á este país. Bastaria tener en cuenta la sobresaliente foja de servicios que á la ligera hemos estractado, para que el Congreso Argentino le reconociese la deuda de gratitud que hoy reclama, invocando en su triste viudez los servicios prestados por su esposo á la causa de la Independencia y de la libertad de la República.

Recomendamos, mientras tanto, la lectura de las interesantes memorias inéditas que van á continuacion.

I

Desde antes de ser hasta que fuí—Salida del vientre materno y entrada al mundo—Mi primera infancia—Viaje á la América.

En la ciudad de Cádiz residian los que fueron mis padres, jóvenes de noble calidad, aunque de mediana fortuna. La

comunicacion de amistad entre ambas familias, hizo que ellos se conociesen y tratasen, resultando de esto, el que se amasen tiernamente. Este amor lo vieron coronado con la bendicion nupcial á que tanto aspiraban, viviendo unidos, felices y contentos.

La grande obra de mi construccion fué ejecutada con el mismo combustible que en todas partes del mundo se usa y del que, muy especialmente entre las naciones civilizadas, se emplea para hacer reyes, papas, duques, condes, marqueses y grandes varones; de modo que esto solo creo sea suficiente para hacer ver que procedo de muy alta y esclarecida alcurnia.

Acomodado yo en el seno de mi madre sin saber cómo, ni á qué hora, y cansado ya de haber permanecido encerrado por el espacio de nueve meses en la estrechez de una oscura é incómoda barriga, llegó al fin la hora prefijada por la naturaleza para que desocupase tan incómodo alojamiento, y ayudado ya por mi espíritu vital, empecé á volverme y revolverme con grandes esfuerzos, hasta que al fin conseguí ver la grata luz del mundo el dia 7 de setiembre de 1807.

La primera gracia que hice en cuanto salí al mundo, fué llorar; pero tan fuertemente y con tanto ahinco, que aturdia los oidos de cuantas personas se hallaban inmediatas á mí. No hubo cosa que pudiese hacerme callar, mientras duró la maniobra de cortadura de ombligo, lavatorio y demás zarandajas indispensables á semejantes casos, y luego que estuvo todo ejecutado, me pasaron á los rollizos brazos de una nodriza gallega que ya estaba prevenida para el efecto, la que tan luego como me tuvo en su poder, sacó de debajo del pañuelo con que se cubria una disforme teta, que en su magnitud, mas parecia odre que pecho. No le iba en zaga

el pezon, pues en su tamaño y color remedaba con la mayor perfeccion á las hermosas berengenas morochas que de contínuo se venden en la plaza de mi tierra.

Para acallar mis no interrumpidos chillidos, me aplicó la ama á la boca aquel gran timbal con lo que olvidé mi cancion, pudiendo asegurar que aun cuando me hubiese propuesto el seguir entonando, me lo hubiera impedido lo desmesurado del pezon, que se me habia introducido hasta la mitad de la garganta.

Puesto yo en esta actitud, empezó la naturaleza á hacer su oficio, y enseñado yo por esta maestra de todo, con un movimiento algo acelerado de mandíbulas, empecé á extraer el sabroso líquido que me administraba aquel zurron.

Majadero sería si me propusiese referir minuciosamente los pormenores de mi primera edad. Notorio es, que todos los hombres nacemos de un mismo modo, con unas mismas necesidades y exigiendo unos mismos cuidados; pues en esto, en nada ha diferenciado la naturaleza al pobre del poderoso, ni al noble del plebeyo para demostrar que todos somos iguales; pues si el hombre en el curso de su vida llega á verse lleno de honores y riquezas, no es porque el que las obtenga, las haya merecido especialmente y con preferencia á los demás porque sea de mejor especie que sus semejantes, sino que por un incomprensible capricho se los ha dispensado la fortuna, que como loca, reparte sus dones sin saber á quien, y las mas veces á quien los merece menos.

Separándome, pues, de inútiles minuciosidades, pasaré en silencio esta pequeña parte de mi vida, ciñéndome en lo sucesivo á referir lo mas sustancial é interesante de ella.

Los contínuos cuidados y desvelos de mis padres me hicieron arribar á la edad de seis años, en la cual siendo ya mas travieso que el mismo diablo, resolvieron ponerme á la

escuela de primeras letras, no sé si por librarse de mis contínuas truhanadas, ó porque advirtiesen en mí las necesarias disposiciones al efecto: lo cierto es, que aunque yo tenia cien pendencias diarias con mis condiscípulos, repartiéndoles generosas trompadas que me valian un centuplicado retorno y de postdata sendos azotes del maestro, adelantaba en mi instruccion de un modo regular, y mi aplicacion me libró varias veces de algunas zurras que por mis incesantes travesuras tenia bien merecidas.

Al año sabia leer regularmente, y escribir un poco, que para un niño de mi edad, era haber adelantado algo. Mis padres me sofocaban á caricias y mi maestro me aplaudia. ¡Dichosa época, dichosa época! Yo pasaba la vida mas deliciosa que puede imaginarse, pero el destino, ¡mi fatal destino! tenia dispuesto que esta felicidad no fuese duradera, y que desde mi mas tierna juventud esperimentase los rigores de mi suerte adversa.

Muchos años hacian ya que un hermano de mi padre habia pasado con comercio á la América estableciéndose en Lima, en cuya capital habia adelantado estremadamente su caudal, de modo que se encontraba poderoso.

A este mi señor tio, jamás se le habia pasado por la imaginacion el casarse, de modo, que hallándose solo, en manos mercenarias, bastante achacoso y avanzado de edad, habia perdido la esperanza de volver á su país natal, por el fundado temor de que las muchas incomodidades que se sufren en un dilatado viaje le apresurasen la marcha al sepulcro. Conociendo él su posicion y viendo que no tenia deudo alguno á quien hacer heredero de sus cuantiosos bienes, acordóse de que su hermano tenia hijos y resolvió pedirle al mayor de ellos. En el momento que se le presentó oportunidad escribió á mi padre haciéndole presente los graves

males que padecia, los que le imposibilitaban el volver á su patria: que no tenia sucesion á quien dejar sus bienes; y despues de no sé que tantas otras cosas que le decia, concluia su larga carta pidiéndole encarecidamente le mandase al hijo mayor que tuviese, pues además de hacerlo su heredero, se encargaba con sumo gusto de darle la mejor educacion posible. Al mismo tiempo, porque dádivas quebrantan peñas, le acompañaba una letra pagadera á la vista, girada contra un comerciante de la misma ciudad, por la cantidad de tres mil pesos, para que con ellos equipase y pagase el pasaje del sobrino que debia marchar.

Otra carta concebida en casi iguales términos dirigió á mi madre, en la que le suplicaba no pusiese obstáculos á sus designios, pues solo tenia en ellos el único fin de hacer feliz á su sobrino. Ambas cartas llegaron á Cádiz y fueron recibidas por los interesados.

Muy bien le pareció á mi padre la propuesta de su hermano y no trepidó un momento en remitirme á su poder para satisfacer sus deseos; mas era necesario para esto consultar la voluntad de su esposa y recabar su consentimiento. Le habló sobre el asunto, no omitiendo hacerle presente todas las ventajas que me redundaban con mi marcha, pintándolo todo con los colores mas alegres; pero por entonces halló en mi señora madre la oposicion mas obstinada y decidida á que por motivo alguno ni por el mayor caudal del mundo me separasen ni por un momento de su lado..

Mi padre se esforzaba en hacerle entender que en la navegacion no habia que temer contraste alguno, prometiéndole además, que dentro de poco tiempo me haria regresar á su poder. Ni por esas entendia mi buena madre y decia, que mas queria verme morir á su lado, que llorar mi ausencia. ¡Oh fuerza incomprensible del amor materno! ¡No hay

voces suficientes para poder significar la ternura de una madre para con su hijo! Al fin, despues de muchísimos debates, objeciones, reconvenciones, etc., logró mi padre de su esposa el consentimiento para que yo marchase. Seguro ya de lo que deseaba, empezó desde luego á disponer todo lo necesario á mi viaje. Yo advertia que se me tomaban medidas para toda ropa, calzado, etc., mas no me fijaba en la causa aun que no la ignoraba, y no acierto á esplicar el placer que esperimentaba cuando el sastre, el zapatero ó costurera, entregaban las obras que se les habian mandado hacer, deseando estrenarlo todo á un mismo tiempo y en el mismo instante.

No se pasó mucho tiempo sin que se proporcionase buque que marchase directamente á Lima, y estando ya todo mi equipaje pronto, no se esperaba mas sino que llegase el dia señalado para la partida.

Habiendo salido un dia de mi escuela y llegado á mi casa, noté que mi madre estaba muy llorosa y mi padre se paseaba en ademan pensativo y sin hablar palabra. Esto fué á consecuencia de habérseles hecho saber á los pasajeros que debian marcharse en el buque, el dia preciso en que debia salir. Es imposible que el alma mas dura no se conmueva al ver correr las lágrimas por el rostro de una querida madre. Mi corazon se enterneció de tal modo, que no pude menos que correr á los brazos de la mia para consolarla, preguntándole la causa de su llanto; mas ella al oir mi pregunta, no hizo otra cosa que apretarme contra su seno, besarme repetidas veces, siendo toda su contestacion inundarme con sus lágrimas. Yo, sin saber qué hacer, ni qué remedio poner á su amargo llanto, la acompañaba en su afliccion, al mismo tiempo que con mil carricias la procuraba consolar; pero esto era verdaderamente añadir combusti-

ble al incendio, pues todo cuanto hacia para tranquilizarla, no solumente era inútil, sino que con mis caricias aumentaba mas su dolor. Por último, la mesa fué servida, mas nadie quiso comer. Concluida, diremos así, la comida, se retiró mi madre á su aposento y tomándome mi padre de la mano con mucho agrado, me condujo al suyo. Hízome sentar á su lado, y despues de un gran rato que en silencio me estuvo acariciando, me dirigió al fin la palabra, poco mas ó menos del modo siguiente.

«Amado hijo: es llegada al fin la época en que tienes que separarte de mi lado; paso á la verdad tan sensible y triste para mi, como indispensable. Tengo recibidas cartas, como tu sabes, de tu tio D. Miguel, en las que me pide muy encarecidamente te remita á su poder: yo no puedo de ningun modo desentenderme de la peticion que me hace mi respetable hermano, por la cual, tengo determinado que marches para aquel destino. En tu tio hallarás nuevamente al padre de quien te vas á separar, y él cuidará de tí, con el mismo esmero que yo pudiera hacerlo. No creas en ningun tiempo hijo mio, que la codicia pueda mas en mi pecho que el amor que te tengo, pues debes persuadirte que aun cuando la fortuna me pusiera en el caso de mendigar el pan para sustentarte, siempre me sería dulce y delicioso el tenerte á mi lado, sin que hubiese en el mundo un motivo suficiente que pudiese hacerme resolver á separarte de mi, y mas en una edad tan tierna como en la que te encuentras; pero las imperantes circunstancias que ahora se han reunido me deciden á ello, siendo la primera, la suma instancia con que me pide tu tio el que te remita, y siendo éste un hermano á quien tanto aprecio y deseo agradar, no he trepidado un momento en compla-

cerlo. La segunda es, que siendo soltero y hallándose bastante avanzado de edad, te delcara su heredero.»

«Solo tu felicidad hijo mio puede hacerme decidir á consumar este sacrificio tan caro á mi corazon, pues aunque los bienes que la fortuna me ha concedido son los suficientes para poderte educar y alimentar, sin embargo, jamás puedo compararlos con los de tu tio, y con no mandarte te quito lo que no te puedo dar.».

«Con respecto á la conducta que debes observar con tu tio, te diré, que has de profesarle todo amor, respeto y obediencia, has de procurar agradarlo por todo cuanto medio sea posible, porque de almas nobles es el agradecer el beneficio que se nos hace, y el bien que tu tio pretende hacerte, es por cierto de los de mayor importancia.»

«Toda accion buena que veas ejecutar á otro, procura practicarla constantemente y darle la mas amorosa y preferente acogida en tu corazon, recomendándola muy particularmente á tu memoria á fin de que no caiga en el olvido.»

«Sé estremadamente honrado en tu proceder: exacto, en el cumplimiento de tu palabra y en los deberes que tengas que desempeñar, recto en tus miras y juicios; justo, en tus aspiraciones y en el manejo de los negocios que confiaren á tus conocimientos y cuidados; y religioso, porque sin este sagrado sentimiento, es imposible se arraigue en el alma, ninguna semilla de virtud. De este modo adquirirá honra tu persona, y en ella se honrará tambien mi nombre.»

«Huye constantemente de los vicios: no solo porque con ellos se atrae el hombre sobre si la indignacion de Dios y el desprecio de la sociedad, sino tambien por ser los fatales

elementos que el hombre fabrica con la propia mano para su misma destruccion.»

«Sea cual fuere tu suerte, ó por alto que sea el grado á que llegue á elevarte la fortuna, no olvides jamás que has nacido hombre: que de ellos procedes y que por lo mismo debes amarlos. Que tu beneficencia alivie cuanto sea posible á tus semejantes, y con especialidad protege por cuantos me dios esten á tu alcance al mísero indigente.»

«Sé moderado en el goce de tus bienes y en medio de las distracciones que pueda proporcionarte la opulencia, no te desdeñes de consagrar un recuerdo, ni llegues á olvidar á unos padres que tanto te aman y quedan llorando por tí.»

«No gastaré mas tiempo en continuar dándote consejos sobre el modo cómo te has de conducir en el mundo en que vas á entrar, en las sociedades á que has de concurrir y otras observaciones importantes que pudieran serte de grande utilidad, porque conozco que tu corozon carece aun del desarrollo necesario para que puedas comprenderme con aprovechamiento; más estoy seguro que tu tio desempeñarà este cargo con esmero. ¡Esta idea me consuela!»

«Por lo que te llevo dicho tal vez puedas comprender que todo cuanto hago y pienso es consultando tu bien, y por esto creo que sin repugnancia te sujetarás á la disposicion de tu padre.»

Supensas en mis ojos las lágrimas estuvieron mientras habló mi padre; pero despues de su discurso y al tener que contestarle que estaba dispuesto á obedecerle, ya no pude contenerne y solté las riendas á la afliccion que me ahogaba.

Oida por mi padre la contestacion, «bien, me dijo, no esperaba menos de tí; tu marcha se efectuará dentro de unos quince dias, que sin falta dará á la vela, la fragata San Antonio. El maestre del buque, es D. Luis Heredia, íntimo

amigo mio á quien tu tambien conoces, el cual se hace cargo de tí hasta entregarte á tu tio. Te recomiendo muy especialmente respetes y obedezcas á este señor, considerando ver en él mi misma persona.»

Esta fué la conversacion que conmigo tuvo mi padre, la cual una vez terminada, dándome un fuerte abrazo, se levantó y se fué.

Habiéndome quedado solo, fuí al cuarto de mi madre, á quien hice una relacion de todo lo ocurrido con lo que renové su afliccion. En fin, los dias que me restaban hasta mi embarque, los pasé recibiendo de mis padres esmerados cariños, como si presintiesen sus paternales corazones que aquellos eran los postreros que dedicaban á su desgraciado hijo.

Mientras tanto los dias trascursaban, llegando al fin el momento en que debia ausentarme para siempre de la compañia de los autores de mi existencia y de mi amada patria.

El 18 de Marzo de 1815 á eso de las seis de la mañana vino mi padre y me recordó del sosegado sueño en que me hallaba, diciéndome «Domingo, levántate que ya es hora qne marches.» Hice lo que me mandaba y luego, tomándome de la mano me condujo á la sala donde estaba mi pobre madre sentada en una silla, desaciéndose en lágrimas. No era posible demorarse mucho, porque de un momento á otro debia partir el buque y se ignoraba la hora precisa, y así siendo forzoso despedirse y marchar, pedí á mis padres la bendicion que me dieron, y concluido este paso y al tener que desviarme de los brazos de mi madre para no volrerme á ver en ellos jamás, cayó desmayada. Yo grité, arrasados mis ojos en lágrimas y el corazon lleno de espanto, pues creí hubiese caido muerta: mi padre permanecia de pié mi-

rando aquella triste escena: su actitud indicaba la indecision en que se hallaba sobre el partido que debia tomar: mas volviéndose repentinamente á los de casa, recomendó á las mujeres el cuidado y asistencia de la señora, á unos mozos ordenó cargasen mi equipaje y demás; y tomándome seguidamente de la mano salimos de casa á paso bastante lento, en direccion al muelle ó embarcadero. Al momento de llegar á él fletó un bote en el cual entramos y en un momentó nos puso abordo de la fragata que iba á ser mi conductora, la cual ya estaba en franquia, llegando á ella como á las nueve de la mañana. Mi padre no quiso moverse de allí, hasta el último momento.

A las once del dia liegó la falua de visita, y pasada ésta con la escrupulosidad qne se acostumbra, se retiró, y ya quedó todo dispuesto para marchar. En este estado dieron las doce: en el instante manda el capitan disparar la pieza de leva, suspenden los marineros el ancla, suéltanse las velas al viento que fresca y mansamente soplaba, y en un instante cruzamos la barra, presentándose en seguida á nuestra vista como espaciosas é insondables llanuras del gran padre de las aguas, el inmenso Océano. Entonces fué cuando obligado mi padre por la necesidad, tuvo que embarcarse en su bote para volverse á tierra, dándome el último abrazo y adios, ahogado entre sollozos.

Imposible me es espresar el sentimiento que se apoderó de mi corazón al ver que mi padre se ausentaba, bastándome decir que desde aquel entonces, jamás ha esperimentado mi alma sensacion alguna de tan fuerte dolor.

Entretanto, nos alejábamos rápidamente de la costa, y el viento que frescamente soplaba, impulsando con fuerza la nave, en pocas horas me hizo perder de vista las playas de la patria.

II.

Temporal en el Cabo de Hornos—Consternacion general—El capitan apalea á los Padres Misioneros—Mata el capitan á un marinero—La Tempestad amaina—Direccion que tomamos á las costas del Brasil.

No varió el viento en muchos dias y despues de habérsenos pasado el mareo, enfermedad consiguiente á todo aquel que por primera vez viaja por mar, los muchos pasajeros que iban, entre ellos diez frailes destinados á las misiones de Ocopa en el Perú, hacian divertido el pasaje, prometiéndose todos un feliz y pronto viaje. De este modo pasamos la línea y no tuvimos atraso alguno hasta llegar á las inmediaciones del Cabo de Hornos. Era á la sazon en aquel paraje la estacion de invierno, terrible para pasarlo por los contínuos y deshechos huracanes y tormentas que en este punto se esperimentan constantemente en todo ese período de tiempo. A pesar de la distancia que aun nos faltaba para llegar al Cabo, ya se empezó á notar alborotado el mar, y contrarios y furiosos los vientos. No era pues del caso variar de rumbo, por solo el motivo de la mala estacion; antes por el contrario, el capitan de la fragata, marino muy esperimentado en esta carrera y que conocia perfectamente todo cuanto era capàz de sufrir el buque en que andaba, seguia sin temor su viaje, sin que le arredrasen los obstáculos que diariamente y por momentos le oponian los airados elementos: mas al llegar á la precisa altura del Cabo, se declaró ya el temporal con todos sus furores. Agitando el viento al mar, hacia que las olas llegasen al cielo; una horrorosa y no interrumpida tormenta, recargando la atmósfera de espesísimas nubes de las cuales descendian inmensos torrentes de nieve, ocultaban de tal manera á nuestra vista la luz del

sol, que parecia nos hallábamos envueltos en una tenebrosa y perpetua noche. Ocho dias consecutivos estuvimos porfiando contra viento y mar, si no por adelantar mas el camino, al menos, para no perder nada del que habiamos hecho: pero nuestros esfuerzos fueron vanos, porque llegó un terrible dia en que completamente desencadenados los vientos, parecia iban á remover el mundo desde los cimientos: el mar amenazaba al mismo cielo, y las perpetuas tinieblas continuaban rodeándonos. Los relámpagos, las tinieblas, el rugido de los vientos, el estallido de los continuados truenos, el desapacible y fuerte silbido de los cordeles agitados por el huracan, el espantoso tropel de las olas, conjurados parecian esforzarse todos los elementos para destruir nuestra nave, la cual, suspendida con frecuencia sobre enormes montañas de espesas espumas, parecia iba á tocar con su arboladura en el firmamento; mas despues de haber sido detenida por un momento en esta posicion, se precipitaba de nuevo con ímpetu furioso desde aquella eminencia, como si pretendiera arar con su quilla las profundas arenas del abismo.

En continuos sobresaltos pasamos este angustiado dia y la noche seguia del mismo modo. ¿Quién, pues, dormiria, ni tendria tranquilo el espíritu con tan evidente peligro á la vista?: Nadie, quiso tomar descanso temiendo lo mismo que sucedió.

Habia previsto el capitan que el querer continuar luchando contra los elementos, era una consumada imprudencia y solo buscar una muerte cierta. Convencido de esto, se decidió á correr en popa el temporal, fuese cual fuese la parte donde nos arrojase y así lo efectuó: mas sin embargo de haber practicado esta maniobra que nos aseguraba en mucha parte salvar sin mayor peligro, fué im-

posible evadirse de los rigores del destino, pues como á la una de la mañana fué batida la nave por el mar con tanto ímpetu, que le aflojó mucha tablazon, partiendo el buque y sacando dos tablas de un costado. Poco faltó para que el buque fuese sumergido, y en el momento empezó á hacer agua por todas partes con la mayor abundancia. Los marineros considerándose ya sin esperanzas de poder salvar las vidas, hincados de rodillas alzaban trémulamente sus manos al cielo, y con súplicas y promesas invocaban á la madre de Misericordias Nuestra Señora del Cármen, para que los librase de aquel terrible conflicto y les concediese arribar á puerto. En medio de esta angustia general, el unísono y continuado grito de ¡perdidos somos! ¡perdidos somos! acababa de hacer desfallecer los ánimos. Todos conocian el gran peligro que comenzaba, pero tan atribulados estaban los espíritus con la espantosa muerte que tan de cerca se miraba, que ninguno habia con valor suficiente para correr á estorbar el peligro, ó á impedir por los medios posibles reparando las averias, el que realmente fuesen tan desgraciados como se figuraban.

Solo un hombre en medio de tantos, conservó su serenidad de espíritu. El capitan, hombre ya viejo, inalterable y acostumbrado á semejantes casos, bajó con su acostumbrada calma á su camarote sin hablar una palabra con nadie, cargó y se puso á la cintura un par de pistolas y tomó en la mano un famoso sable turco de los de abordaje.

Mientras que el capitan habia estado ocupado en armarse del modo espresado, los Reverendos Misioneros, llenos de un santo terror por la hidropática muerte que iban á sufrir, fueron en comunidad á la cámara, tomaron un grande y hermoso crucifijo que alli tenian, encendieron unas cuan-

tos farolillos de mano y entonando el miserere ó no se que cosa, subieron á la cubierta donde echaban responsos y absolvian á todos.

En estos momentos fué cuando el capitan se presentó tambien en cubierta, quedando muy suspenso por de pronto al ver aquel confuso número de luces; mas aproximándose á aquel monton de gente y conociendo lo que se hacia, dirigiéndose á los religiosos todo encendido en cólera esclamó: ¡Vosotros grandísimos bribones, sois los que buscais la muerte que tanto temeis, con vuestra pusilanimidad y barbarismo. No sentiria yo el que en este momento os cargase á todos el Diablo, sino que con vuestros responsos y disparates, acobardais mas á mi gente, la que hareis perecer infaliblemente, y á mi junto con ellos; mas yo pondré remedio al caso! Apenas daba final á las últimas palabras, cuando se arrojó como furioso Leon al medio de la frailesca turba y con la accion mas desembarazada del mundo, comenzó á dar con el sable, tantos y tan terribles golpes sobre los benditos lomos de los santos sacerdotes, que en menos tiempo del que gasta un cura loco en santiguarse, quedó disuelta en su totalidad aquella reunion. El primero que esperimentó el peso del sable del capitan y sus efectos, fué el que llevaba el Cristo; pero temiendo recibir otros golpes y sin hacer mucho caso de su Redentor, lo soltó al suelo y con una presteza increible se alejó del sitio del combate. Los otros que llevaban los faroles, viendo el poco respeto con que se trataba al hijo de Dios, sacudieron lejos de sí las luminarias y corrieron á refugiarse á la cámara: mas el capitan á quien ya se le habia calentado el puño, los perseguia muy de cerca, jurando que en aquella noche no habia de dejar fraile vivo, á bordo de su buque.

Todos los frailes llegaron casi juntos á la boca de la escotilla que conducia á la cámara, la que por ser muy estrecha y baja, no daba paso sino á una sola persona; mas como ellos llevaban algun apuro, querian todos bajar juntos y á la vez, embarazándose y estorbándose el paso los unos á los otros de tal modo, que no pasaba nadie. En este estado los volvió á alcanzar el capitan: unos montados sobre otros por pasar: uno, que á otro religioso que ya habia conseguido meter la cabeza por la escotilla, lo agarraba de los pies y humildemente lo tiraba hácia atrás; y otro que de una reverenda bofetada dejaba sin sus seráficas muelas á otro sacerdote por quitarle del paso y poder lograrlo él, lo que nadie podia conseguir; de modo que la escotilla se habia vuelto el campo de batalla mas gracioso que puede imaginarse: mas el capitan terminó completamente sus diferencias comenzando á repartirles nuevamente y por partes iguales, tantos y tan fuertes cintarazos y causando esta generosidad tanto terror y confusion en los Reverendos, que sin reparar si iban de pies ó de cabeza, se dejaban caer abajo, sin detenerse á considerar la mayor ó menor contusion que podia resultarles de una accion tan arrojada.

Cuando estuvieron á cubierto de la feroz saña del capitan se recogieron tristes y doloridos á sus camarotes, sin que se les diese mucho cuidado de su Redentor, cuyos pedazos andaban diseminados por toda la cubierta.

Luego que el capitan se vió desembarazado de los misioneros, volvió toda su atencion al buque. Juntó al carpintero, calafate, guardian, contra-maestre y otros muy pocos mas en quienes no habia hecho tanta impresion el emor, y los condujo á los parajes donde mas averiado estaba el buque. Con mil dificultades por la oscuridad de

la noche y continuados golpes de mar, pudieron empezar á reparar el daño; y dejando ya ocupados á estos hombres, dirigió sus cuidados á la abatida marineria que aun yacia espantada y sin moverse. Empezó á hablarles haciéndoles ver que el verdadero peligro estaba en la cobardia de sus almas y que sin duda perecerian si permanecian en aquella inaccion; pues por el contrario, si recobrando el valor y aunando los esfuerzos, acudian á remediar el daño que se habia sufrido, indudablemente serian salvos.

Ningun efecto produjo esta arenga en el primero á quien fué dirigida, lo que visto por el capitan le dijo: Bien veo cuan espantado te tiene la idea de la muerte que vas á sufrir, cuando te ha embargado todas tus facultades y convertido en una inútil y molesta estátua, pues ni aun moverte puedes del sitio donde te hallas; pero yo haré que en este momento, tu miedo y tu alma se sepulten en los infiernos: dijo; y amartillando una pistola se la descargó en la frente con tan buen éxito que ni rastro de sesos le dejó en la calavera.

Tan espresivas palabras y acciones tan pulidas, produjeron el efecto que el capitan deseaba, pues visto el caso por los demás y que el maldito viejo se encaminaba hácia ellos con la otra pistola en la mano, se levantaron todos y á voces preguntaban ¿que era lo que debian hacer? Aprovechando el capitan tan escelente disposicion, les repartió oportunamente sus tareas, animándolos al trabajo, á unos con razones y á otros con cintarazos, de modo que con la mayor actividad se hallaban todos ocupados en los sitios que demandaban un mas pronto reparo, tapándose los agujeros con algunos tablones y un velámen nuevo que se tenia á bordo, de reserva. No es muy fácil poder esplicar el estruendo que en el buque se sentia, dimanado



tanto por el que causaban los airados elementos, cuanto por el que se hacia en la provisional compostura que se practicaba y los gritos de la marineria: la gente era mucha y á todo se podia atender á la vez: la actividad é inteligencia del capitan nos salvó, pues á unos dedicó á tapar los agujeros, á otros á recorrer y componer la cabulleria que el furioso viento, ó bien habia trozado, ó arrancado de donde estaban asegurados: á otros á que sin cesar diesen á las bombas etc., etc., etc. El capitan recorria el buque incesantemente de un lado á otro atendiendo á todas partes con el sable desnudo, y al que encontraba que desamparando el trabajo que le habia encomendado, se habia retirado á otro sitio donde nada hacia y aun cuando se estuviese encomendando á Dios, le regalaba, cordial y amorosamente, una buena dósis de estupendos cintarazos muy bien dados y le volvia á dar un nuevo empleo.

No habia pasajero ni alma viviente que á vista del capitan no buscase una ocupacion útil en que estar entretenido; tal fué el miedo que se le habia tomado desde el momento en que se le vió despedir rayos, cual otro Júpiter. Por este medio logró este hombre activo ver flotar de nuevo su nave ya casi sumida en las ondas, y á medida que el buque tomaba su natural posicion en la superficie de las aguas, iba renaciendo en el pecho de todos la alegria y el esfuerzo para el trabajo. Todos ayudaban ya sin necesidad que nadie los mandase, y por mucho que fuese el trabajo, nadie se quejaba de estar fatigado ¡que amable es la vida!

Durante todos estos acontecimientos habia estado yo sobre cubierta, bien agarrado de la murada y tan espantado de todo lo que sucedia que apenas acierto á esplicarlo; mas apenas observaba que se dirigia el capitan hácia donde yo

estaba, me desasia del sitio en que habia permanecido agarrado, para ir á buscar alguna ocupacion y que no me viese ocioso, pues temia que á aquel demonio se le antojase hacerme algunos cariños de los que habia visto hacer á otros; pero, no bien abria las manos de donde las tenia asidas, los violentos balances del buque daban con mi cuerpo en la cubierta, recibiendo tales porrazos y moliéndome de tal modo, que en dos ó tres ocasiones que me sucedió semejante lance quedé tan estropeado y molido, que ya no tenia alientos para hacer cosa alguna.

Varios dias corrimos el temporal al capricho de los vientos, pero habiendo amainado éstos un poco, tomamos el rumbo hácia las costas del Brasil, por ser la parte á que nos hallábamos mas inmediatos y á medida que íbamos marchando en esta direccion, empezamos á notar que los vientos iban perdiendo su fuerza, y sosegándose los mares. Toda la tripulacion estaba transportada de alegria al considerarse libre del tremendo peligro que la habia amenazado, y se felicitaban mutuamente de verse vueltos á la vida.

Hallándose el capitan libre ya de los riesgos que hasta entonces eminentemente y á cada instante nos habian amenazado, resolvió en consejo con los oficiales de mar y pasajeros, tomar puerto donde primero pudiese, con el objeto de carenar el buque, pues por el malísimo estado en que se hallaba, no solo no se podia continuar el viaje, sino que siempre estábamos en el mismo peligro de perecer al menor temporal que sobreviniese: felizmente no tuvimos contratiempo alguno, antes por el contrario, de dia en dia mejoraba la estacion.

Al cabo de algunos dias avistamos las costas del Brasil y nos dirigimos á ellas, tomando puerto poco despues



en el Rio de Janeiro. Inmediatamente se descargó y procedió á la compostura del buque, bajando á tierra todos los pasajeros, para que á bordo estuviese todo mas espedito: esto me facilitó ver y recorrer esta hermosa ciudad.

III

Bahia del Rio Janeiro: Situacion Geográfica de esta ciudad y division territorial del Brasil—Salida del Janeiro y llegada al Perú: Castillos del Callao—Bella Vista—Lima—Resúmen de la conquista del Perú segun los mejores escritores.

La Bahia del Rio Janeiro es sumamente espaciosa, segura y pintoresca, defendida desde su entrada por tres fuertes Castillos que montan una considerable cantidad de gruesa artilleria, situados en la prolongacion de la boca ó barra, al fondeadero, siendo el primero que se encuentra á la entrada, el denominado Santa Cruz. Al pié de éste, existia constantemente un Navio de guerra, al que titulaban «Presiganza» (1)

La ciudad del Rio Janeiro es la capital del Imperio del Brasil, situada á los 22 grados, 54 minutos, 15 segundos, latitud Sud, y á los 27 grados de longitud Oeste, contados desde la punta mas occidental de la Isla del Fierro. Su fundacion es sobre la costa del mar, en un terreno muy espacioso y fértil. El Palacio, residencia del Soberano, es magnífico; como tambien otros de los grandes de la corte. Habia fábricas muy buenas de tejidos de todas clases, y otras de varias otras clases de obras. Las producciones generales del país, son: azúcar, cochinilla, algodon, añil, café, tabaco, cacao ó chocolate, yerba mate,

(1) El autor habla de lo que era Rio Janeiro en 1816.

vainilla, arroz, trigo, palo Campeche ó Brasil, é infinitas otras producciones y maderas de grande estimacion. Toda clase de legumbres y hòrtalizas, y delicadas frutas. Hálase en este país mucho oro, diamantes y alguna plata.

Las calles son rectas, bien empedradas y las casas de buena construccion: gran número de ellas de muchísimo mérito, pero es muy grande el descuido que tiene la Policia, en el aseo de la ciudad.

Hay astilleros, un grande arsenal y almacenes provistos de todos efectos para la marina.

Tambien hay paseos públicos muy deliciosos en donde se encuentra diariamente una lucida concurrencia.

El clima es muy cálido y poco saludable. En las plazas y calles hay muchas fuentes, y algunas de ellas de bastante gusto, distinguiéndose entre todas muy particularmente, la que se halla colocada en la gran plaza, frente al Palacio Real.

La escuadra que entonces habia, era lucidísima, y el ejército estaba en el mas brillante pié.

La poblacion de la ciudad se calculaba en cien mil hahitantes.

Abraza el Brasil una estension inmensa de terreno, y estaba entonces su territorio dividido en 18 secciones ó departamentos.

Durante mi permanencia en esta ciudad estuve alojado en la casa de una señora natural del país llamada doña Maria de la Ascension de Sousa, Carvallo é Balboa, de alguna edad, pero de un carácter estremadamente amable, llegó á quererme como á un hijo, pues no tenia ninguno: esto hacia que me cuidase esmeradamente y yo pasaba una vida alegre y muy regalada. No hubiera yo querido que semejante bienestar se concluyese, si bien que ansiaba dejar



tan buen país, para ir á otro que no conocia, pero que en él me persuadia encontraria mi verdadera felicidad. ¡Estraña mania la del hombre, que únicamente cree hallar el bien, donde no existe!

Como cinco meses y medio hacia ya que en esta ciudad nos hallábamos disfrutando de todo placer, dando tiempo á que se compusiese nuestro buque, cuando equipado éste de todo lo necesario, se halló ya pronto para continuar su interrumpido viaje.

El dia antes de la partida, dió el capitan un gran convite á algunos caballeros brasileros y otros estranjeros de varias naciones, en un cerrito que se halla en el centro de la Bahia circundado completamente por el mar, llamado Nuestra Señora del Buen Viaje, por encontrarse en él un pequeño y bonito Templo dedicado á esta Santa Señora á la cual se le hizo una magnífica funcion, para que nos concediese feliz arribo al punto de nuestro destino. Concluida la funcion se entró al banquete, en el cual se destaparon muchísimos cajones de esquisitos vinos; poniendo término al buen humor la oscuridad de la noche, en que llenándose una porcion de lanchas y botes con la comitiva, se dirigieron unos á tierra y nosotros á bordo de nuestro buque, habiéndome yo despedido con antelacion de la buena señora brasilera.

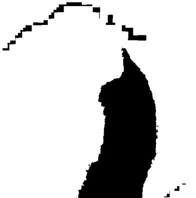
Al siguiente dia se hizo señal á la Capitania del Puerto pidiendo práctico, el que al momento estuvo á nuestro bordo, y luego, desplegando las velas al viento y á favor de los remolques con que de varios buques nos obsequiaron, en menos de dos horas entramos nuevamente en el anchuroso Océano, siguiendo nuestra ruta con viento fresco y mar bonancible, continuando constantemente de este modo hasta llegar con toda felicidad al Cabo de

Hornos. Aquel Cabo que tan horroroso nos habia parecido la vez anterior, lo encontramos en esta, claro, manso y despejado. Cuatro dias fueron suficientes para salvarlo completamente, y en la prosecucion de nuestro viaje no nos sucedió cosa que merezca recordarse; solo que, á la altura de Chile nos dió caza todo un dia una corbeta de guerra corsaria; mas como nuestro buque era estraordinariamente velero, fueron infructuosos cuantos esfuerzos hizo por alcanzarnos: en la noche le robamos el rumbo y proseguimos el camino sin otra novedad.

El 28 se avistaron las riberas peruanas: el tope cantó, ¡Tierra! y un grito general de alegria resonó á bordo de la fragata, pues ya llegábamos al punto deseado. Al dia siguiente 29, entramos en la Bahia y al golpe de oraciones se dejó caer el ancla. Por ser ya muy tarde no se podia distinguir nada de lo que habia en tierra; solo si, un monton confuso de luces, producido por el alumbrado de las casas del pueblo. Deseaba yo entretanto que amaneciese, para saltar á tierra y saciar la curiosidad que ya me consumia.

Amaneció por fin el dia, para mi tan esperado, y despues que nos pasaron la visita de sanidad y resguardo, nos embarcamos unos cuantos en el bote y nos fuimos á pasear á tierra. ¡No sé en verdad como esplicar la emocion que sintió mi alma al pisar el mundo de Pizarro, el pais de los Incas!

Lo primero que llamó mi atencion fué, los castillos que defendian el puerto situados á la orilla del mar. El principal ocupa aun el centro y se denominaba entonces el Real Felipe (despues Independencia), bien dispuesto, hermoso y espacioso, con mucha artilleria de grueso calibre y podia encerrar con comodidad, en caso necesario, de 3 á 400 hombres. Contenia grandes almacenes para víveres



y otros para varios efectos. Al pié de éste y por el lado del mar, estaba una famosa bateria denominada el Arsenal, con 18 piezas de á 36, la que tenia por principal objeto defender el Arsenal de Marina y Almacenes.

El 2° castillo era mas pequeño. Se denominaba San Miguel (despues el Sol) y se hallaba ocupando la derecha del principal: montaba una cantidad regular de artilleria y podia recibir con comodidad, de 800 á 1000 hombres.

El 3° se reducia á una brillante bateria de 12 piezas de á 36, la que admitia con comodidad cosa de 200 hombres; estaba situada á la izquierda del principal y se denominaba Santa Rosa. Todos tres se cruzaban con sus fuegos, lo que les permitia el protegerse mutuamente.

A la distancia, como de un cuarto de legua, hay una poblacion, la que al pronto creí fuese Lima, mas averiguando despues, supe que era Bella Vista. Marché á ella con el objeto de visitarla y encontré era un pueblo de mediana estension, bien ordenado y bastantemente poblado, algunos regulares edificios y un magnífico hospital militar destinado para la guarnicion del castillo.

El puerto era muy frecuentado por el comercio, de mucha estension y seguridad para los buques.

Examinado todo esto, ocupé el resto del dia en recorrer algunas otras cosas que por su pequeñez no merecen ser recordadas, y ya cansado me retiré abordo de mi buque.

A los dos dias de nuestro arribo al puerto el maestre don Luis me llamó y me dijo: «Arrieta, mañana tengo que marchar á Lima, mas como esta es la primera vez que vengo aquí no tengo ninguna relacion y por consiguiente no me será muy fácil encontrar á tu tio en el momento que llegue. Luego que esté en la ciudad haré lo posible para encontrarlo y le anunciaré que te hallas aquí,

mientras tanto que yo regrese, que tardaré cuando mas ocho dias, es de necesidad permanezcas aquí, y encontrado que sea tu tio, te acompañaré á Lima, esto es, si antes no viene él por tí.»

Contento quedé yo con la proposicion, marchándose al siguiente dia el maestre. Ansiaba yo vivamente espirasen los ocho dias prefijados, pareciéndome en cada uno de los que trascurrian, que en él llegaba mi tio.

Espiró al fin el término señalado y pasáronse aun unos cuatro dias mas y nadie parecia, hasta que finalmente el dia 13 de enero de 1816 á eso de las 10 llegó el maestre corrí á él deseoso de saber de mi tio, le pregunté por él y me contestó lo siguiente: «Despues de mi llegada á Lima y evacuadas las diligencias que mas me urgian, mi primer cuidado fué buscar á tu tio; tomé al efecto cuanta noticia me fué posible adquirir y lo que he sabido es, que el virey que actualmente gobierna, hace mas de tres meses lo ha desterrado para el Alto Perú ignorándose su paradero. Todos sus bienes han sido confiscados y actualmente se hallan parte de ellos, puestos en pública almoneda. Es voz general que tu señor tio mantenia inteligencias secretas con los insurgentes de Buenos Aires, y habiéndole justificado el crímen, segun dicen, iba á ser decapitado, mas la piedad del señor virey le conmutó la pena de muerte, en la de deportacion y confiscacion de intereses.»

«Esto es todo lo acaecido, y á mérito de ello no puedo hacer mas en obsequio á la amistad que tengo con tu padre, que conservarte á mi lado hasta que espendido mi negocio regrese á Cádiz y te entregue otra vez á tu familia.»

¡Por cierto que tiene buen principio de semana, el que ahorcan el lunes! dije yo para mi, luego que el maestre concluyó su relacion: he venido á la América pasando diez



mil sustos y tragedias en busca de un tio y su dinero, y no encuentro ni lo uno ni lo otro: por cierto que el primer paso que he dado en la carrera del mundo, me ha salido muy acertado. En fin, quiera Dios que esta desgracia sea la última que me suceda y no sea el anuncio de otra ú otras mayores, pues segun veo, he venido por lana y tal vez tenga que regresarme sin empleo.

Como quiera y esforzándome cuanto pude para volver en mi de la sorpresa que me habia causado la no esperada relacion que acababa de oir, le contesté á mi patron dándole los agradecimientos por sus cuidados, admitiéndole al mismo tiempo, la oferta que me hacia.

A los pocos dias de esta fatal ocurrencia, le fué de necesidad al maestre el apersonarse en Lima, por exigirlo así sus negocios comerciales, y ambos partimos para la capital. Llegado á ella y no teniendo ocupacion que me impidiese salir á la hora que mejor me agradase, recorrí la ciudad á mi placer, la que me agradó mucho.

Relacionando ahora en estracto lo que dicen Garcilaso de la Vega y Guillermo Prescott, de la conquista del Perú, ésta debió efectuarse del modo siguiente:

«En el año 1515 y cuando estaba planteada en Panamá la colonia de los españoles, residian allí avecindados don Francisco Pizarro, oficial de bastante crédito entre los conquistadores, Diego Almagro, soldado aventurero en la conquista, y el eclesiástico Hernando de Luque que desempeñaba las funciones de cura en dicha colonia, en la cual todos disfrutaban pacíficamente de los bienes de fortuna que por derecho de conquistadores les habian cabido.»

«Por los años de 1522 (segun Prescott) llegaron á Panamá noticias mucho mas estensas de las que hasta entonces se habian podido adquirir, de que hácia el sur, quedaba

por descubrir inmensidad de territorio, considerándolo como una fuente inestinguible de riquezas.»

«Esta noticia alarmó el espíritu de los dos primeros guerreros y estimulados por la sed de riquezas, concibieron la idea de emprender nuevas conquistas de su cuenta y riesgo; mas viéndose con pocos ó ningunos recursos para sufragar los gastos que demandaba una espedicion sobre el desconocido y ponderado país, recurrieron de comun acuerdo á Hernando de Luque para que les facilitase los recursos de que carecian, interesándolo en los productos de la conquista á la par de ellos.»

«Allanadas todas las dificultades, y despues de varias malogradas escursiones que hicieron los empresarios, logró Pizarro hacer su última y definitiva partida del puerto de Panamá, decidido á llevar á cabo su nueva empresa, saliendo para tan atrevida obra á principios de enero de 1531.»

«Entregados á aquellos desconocidos mares y costas, fué bastantemente largo el viaje que tuvieron que hacer, pues no sabian á que punto debian dirigirse, hasta que al fin por una casualidad acertaron á llegar á la costa abajo del Perú, que segun Garcilaso, fué sobre el valle de Chimo y segun Prescott, en Túmbez: mas no siendo lo mismo un punto que otro, ni siendo tampoco de razon el que por la discordia de los señores historiadores en esta materia permanezcan los pobres espedicionarios toda la vida en el mar, los haremos desembarcar provisionalmente en Chimo, dejando á salvo á los señores escritores para que puedan alegar su verdad como mejor les pareciese en juicio, ó sin él, ó que arreglen estas diferencias del modo que mejor les pareciere.»

«Desde este punto empezó Pizarro á hacer escursiones en el país con el objeto de tomar todos los conocimientos posibles, por las cuales supo que el Rey de aquellos gran-

des territorios se hallaba situado mas al interior del país. Este conocimiento inspiró á Pizarro la idea de dirigir sus marchas adonde el Rey se hallaba, persuadiéndose que un paso tan atrevido, llenaria de espanto al monarca indio.»

«Puso en ejecucion su plan y en el curso de aquella larga y penosa marcha recibió un embajador del Rey, que lo era un indio noble acompañado de solo dos sirvientes. Este llevaba el encargo de su Rey de saludar á los españoles y decirles, que deseaba verlos cuanto antes en Cajamarca, para proporcionarles toda comodidad y regalia. Al mismo tiempo entregó un presente, que consistia en ricos tejidos, algunas llamas y varias otras menudencias. Por este embajador supo Pizarro que al Rey de aquel país le llamaban el Inca Atahualpa, que mandaba entonces absolutamente el imperio peruano, cuyo cetro acababa de quitar al verdadero Rey Huascar Inca su hermano, hijos ambos del Inca Huaina Capac. Que Atahualpa con un cuerpo de ejército, de mas de cincuenta mil hombres se hallaba acampado en el punto de Baños poco mas de una legua distante de Cajamarca, ciudad en donde aguardaba á los españoles, etc. etc.

«Gran satisfaccion causó á Pizarro esta embajada, pues por ella habia adquirido noticias que le hubiera sido muy difícil proporcionárselas de otro modo, al mismo tiempo que conoció lo muy crítico de su situacion, estando su enemigo dispuesto de tal modo y en un pié de guerra, que jamás pudo imaginarse.»

«Agasajó cuanto le fué posible al embajador, encargándole diese á su Rey las gracias por los presentes recibidos y le asegurase de su parte que haria cuanto pudiese para estar cuanto antes en su presencia. Con esta contestacion se retiró el indio, volviéndose á dar la contestacion á su Rey.»

«Demasiado comprometido se hallaba Pizarro en su empresa, para que el temor de un fatal acontecimiento le hiciese desistir de ella, y encomendándose á su estrella continuó su marcha hasta ponerse á la vista del campamento indio. Grande fué el desaliento y temor que sobrecojió á los españoles al contemplar aquellas hileras de innumerables tiendas de campaña, que demostraban encerrar en sí, copioso número de millares de guerreros, cuya verdad atestiguaban las armas que se distinguian colocadas al rededor de las tiendas.»

"Con los corazones llenos de pavor continuaron los españoles su marcha hasta entrar en la ciudad de Cajamarca en la tarde del 15 de noviembre de 1532. Hallando esta ciudad absolutamente sola y sin persona alguna que la habitase, alojó Pizarro sus fuerzas en una gran plaza de figura triangular, en la que se encontraban dos fortalezas, de las que al momento se apoderaron los españoles.".

"Receloso Pizarro de las intenciones del Inca y deseoso de penetrarlas, en el momento que se posesionó de Cajamarca, mandó á su hermano Hernando como de espia al campamento Indio, con una embajada á Atahuallpa participándole su llegada á la ciudad, invitándole á que pasase á hacer una visita á los españoles en su Real, pues así lo deseaba su jefe: á cuyo mensaje contestó el Inca: *De-Cid á ese capitan que os envia acá, que hoy estoy en ayuno y le acabo mañana por la mañana: que en bebiendo una vez, yo iré con algunos de estos principales mios á verme con él: que en tanto, él se aposente en esas casas que estan en la plaza que son comunes á todos y que no entren en otra ninguna hasta que yo vaya, que yo mandaré lo que se ha de hacer.*"

"Con esta contestacion se despidió Hernando de Atahuallpa y regresando á su campo, dió cuenta á Pizarro de

la respuesta dada por el Inca y de lo que habia visto y observado en su campo, cuya relacion acabó de consternar á los españoles, y poner en grandes sobresaltos á su jefe; mas éste, infundiendo á sus tropas el valor que ya llegaba á faltarles, reunió en consejo á sus oficiales, para con ellos discutir los medios de salir del gran conflicto en que se hallaban, y el modo de llevar á cabo un gran proyecto que habia concebido ».

" De todos los proyectos propuestos en aquella reunion, el que salió aprobado por voto general, fué el de poner las tropas en emboscada y cuando llegase el Inca á visitarlos al otro dia, atacarlo y tomarlo prisionero, en medio de su poderoso ejército; proyecto en verdad audaz y peligrosísimo, pero tambien era desesperada la posicion en que los españoles se encontraban. Para dar fin á tan temerario intento ordenaron las cosas del modo que todo estuviese exactamente dispuesto, siendo la señal para acometer, el ver tremolar una bandera blanca y el tiro de un arcabuz. Prevenidos de este modo aguardaron la visita del Inca».

" Al siguiente dia por la mañana notaron los españoles un movimiento general en todo el ejército Peruano y que el Inca seguido por una parte muy considerable de él, se dirigia al campo de Pizarro, cuya maniobra heló á los españoles, mas como á una milla antes de llegar á Cajamarca dejó el Inca las tropas que lo seguian continuando su marcha acompañado de unos seis mil hombres, compuesto en la mayor parte este número de las personas nobles de su Reino, y el resto, de la gente de su servicio: así vieron aproximarse á su regio huesped, el cual sentado en una especie de trono de oro macizo y conducido sobre los hombros de sus nobles, sobresalia su per-

sona por encima de la multitud de sus vasallos: asi entraron á la ciudad y llegado el Inca frente á la puerta donde alojaba Pizarro, y como no viese á nadie, preguntó; *¿dónde están los extranjeros?* »

" En aquel momento Fray Vicente de Valverde, religioso Dominico, Capellan de Pizarro y despues Obispo del Cuzco, salió con su Breviario en una mano y un crucifijo en la otra y acercándose al Inca le dijo que venia de órden de su Jefe á esplicarle las doctrinas de la verdadera fé, entrando en seguida á esplayarle los principios y misterios de la Religion católica. Díjole tambien que el Papa ejercia una grande autoridad sobre todos los tronos y potentados de la tierra. Manifestóle que uno de los últimos Papas habia comisionado al Emperador español, monarca el mas poderoso del mundo, para conquistar y convertir á los naturales de aquel pais y que su general Francisco Pizarro habia venido para ejecutar tan importante comision; concluyendo con decirle que abjurase los errores de su religion, que abrazase la de los cristianos y se reconociese tributario del emperador Cárlos V.»

" Es muy natural creer, que el Inca se quedase en ayunas de la larga retahila religiosa qne le habia esplicado el Padre Valverde, pero lo que llegó á comprender muy bien fué que el objeto del discurso era, el que debia renunciar su relijion, desprenderse de su cetro y reconocer la supremacia de otro poder; cosas que causaron en él tanto enojo que contestó á Valverde diciéndole, *no quiero ser tributario de ningun hombre, yo soy mas que ningun Príncipe de la tierra. Vuestro emperador puede ser un gran Príncipe, no lo dudo, pues veo qne ha enviado á sus vasallos desde tan lejos y cruzando los mares, y por lo mismo quiero tratarte como hermano. Respecto al Papa de*

quien me hablais, debe chochear si trata de dar reinos que no le pertenecen: en cuanto á mi relijion, no quiero cambiarla por otra alguna. Vuestro Dios segun me habeis dicho, fué condenado á muerte por los hombres á quienes habia creado; pero el mio, (añadió señalando á su deidad que entonces se hundia detrás de las montañas) *el mio vive aun en los cielos y desde allí vela por sus hijos.* »

" Despues preguntó á Valverde, *con que autoridad le decia aquellas cosas,* á lo que respondió el fraile mostrándole el libro que tenia en la mano. Tomóle Atahuallpa, volvió algunas páginas, é irritado sin duda por el insulto que se le hacia de que le diesen una cosa que no podia comprender, para que satisfaciese su pregunta y tomando esto por un insulto hecho á su persona, arrojó el libro lejos de sí esclamando: *Dí á tus compañeros que me darán cuenta de sus acciones en mis dominios, y que no me iré de aquí sin haber obtenido plena satisfaccion de los agravios que me han hecho.* »

" Altamente escandalizado el fraile, por el ultraje hecho al sagrado libro, le alzó del suelo y corrió á informar á Pizarro de lo que el Inca habiá hecho, esclamando al mismo tiempo: ¿No veis que mientras estamos aqui gastando tiempo en hablar con este perro lleno de soberbia, se llenan los campos de indios? Salid á él que yo os absuelvo. Pizarro conoció que habia llegado el momento: tremoló la bandera blanca, sonó el fatal arcabuz y entonces saliendo los españoles de sus emboscadas, atacaron á los indios en todas direcciones, haciendo en ellos una terrible matanza, hasta tomar prisionero al Inca. Desde este momento y aunque tratado con mucha consideracion, no dejó por eso de ser encerrado en una pieza, y se tomaron con respecto á su persona, todas las medidas de seguridad. »

" En seguida de este suceso se mandó una partida á saquear la casa del Inca, la que (segun Prescott), regresó al campo cargada de un valioso despojo en plata y oro, que consistia principalmente en vajilla, cuyas piezas admiraron mucho á los españoles por su tamaño y peso. Estas y mas grandes esmeraldas encontradas en los cadáveres de los indios nobles que habian perecido en la matanza y las andas en que iba el Inca que (segun Garcilaso) pesaban veinte y cinco mil onzas de oro, fué todo recojido y puesto en lugar seguro, para ser despues repartido."

"No dejó de conocer Atahuallpa por entre los hierros de su prision y el velo relijioso con que sus opresores procuraban encubrir sus hechos, que el verdadero móvil de todas sus acciones, era una insaciable sed de oro. Este conocimiento le sujirió la idea de que aun podia ser posible recobrar su libertad para lo cual propuso á Pizarro que si le dejba libre, él se obligaba á llenar de oro la sala en que estaba hasta que llegase á tal altura; y empinándose sobre la punta de los piés hizo una señal con la mano en la pared todo lo más alto que pudo. Admitida por Pizarro la propuesta, hizo se tirase una línea encarnada en la pared á la altura que el Inca habia indicado, y que un escribano tomase razon de los términos en que se habia hecho y aceptado el contrato. El aposento era de unos diez y siete piés de ancho por veinte y dos largo, y la línea que se tiró en las paredes, marcaba una altura de nueve piés. Este espacio habia de llenarse de oro, en la inteligencia; de que el metal no habia de ser fundido ni transformado en barras, sino que habia de tener la forma original de los artículos manufacturados para que el Inca tuviese el beneficio del hueco que pudieran ocupar. Se convino tambien en que se llenase dos veces de plata y en la misma manera el cuarto inmediato que era



de mas pequeñas dimensiones; el Inca pidió dos meses de término para dar cumplimiento á este contrato."

"No bien se hizo este pacto, el Inca despachó correos al Cuzco y otras principales ciudades del reino, con órden de trasladar sin pérdida de tiempo á Cajamarca todos los ornamentos y utensilios de oro de los reales palacios, de los templos y de los demás edificios particulares y públicos. Mientras tanto continuó viviendo entre los españoles, tratado con el respeto debido á su categoría, y gozando de toda libertad compatible con la seguridad su persona."

"Varias semanas habian pasado desde que Atahuallpa despachó á sus emisarios en busca del oro y de la plata prometidos á los españoles por su rescate, pero las distancias eran grandes y los mensajeros volvian lentamente, trayendo en su mayor parte piezas macizas de plata, alguna de dos y tres arrobas de peso. Sin embargo á los pocos dias ya habia llegado por valor de treinta ó cuarenta mil pesos de oro y de cincuenta á setenta mil pesos de plata. Brillaban de alegria los codiciosos ojos de los conquistadores al contemplar los relucientes montones del tesoro que traian los indios sobre sus espaldas, y despues de cuidadosamente pesado y anotado, era puesto en depósito bajo la custodia de una fuerte guardia. Entonces empezaron á creer se cumplirian las magníficas promesas del Inca; pero al paso que su avaricia se aguzaba al ver delante de sí una riqueza que apenas se habian atrevido á imaginar, se aumentaban sus impaciencias, no haciéndose cargo de las distancias y dificultades de los caminos, y vituperando la tardanza con que se ejecutaban los regios mandatos. Llegaron á sospechar tambien, que Atahuallpa hubiese inventado el pretesto de su rescate solamente con el objeto de entablar comunicaciones con sus vasallos mas distantes y que la

dilacion fuese calculada con el objeto de ganar tiempo, para asegurar la ejecucion de sus planes. Circulaban rumores de sublevacion entre los peruanos, y manifestábanse entre los españoles temores de un ataque repentino y general contra sus Reales. Sus nuevas riquezas les dieron mayor causa de cuidado y temblaban como el avaro en medio de sus tesoros."

"Pizarro comunicó á su prisionero los rumores que circulaban entre los soldados, diciendo que uno de los sitios que se señalaban como punto de reunion de los indios, era la inmediata ciudad de Guamachuco. Atahuallpa oyó con gran sorpresa la noticia, y rechazó con indignacion el cargo que se le hacia como falso desde el principio hasta el fin. *Ni uuo solo de mis vasallos, dijo, se atreverá á presentarse armado, ni á levantar un dedo, sin órden mia. Me teneis en vuestro poder; mi vida, esta a vuestra disposicion; ¿qué mejor garantia podeis tener de mi fidelidad?* Despues manifestó al jefe español que las distancias de muchos puntos eran muy grandes; que aun, que se enviase al Cuzco, un mensaje por una série de correos apostados al efecto, tardaria en llegar desde Cajamarca cinco dias, y que se necesitaban muchas semanas para que los portadores del tesoro pudiesen hacer el mismo camino, con carga tan pesada sobre las espaldas; *pero podeis* dijo, *satisfaceros de que procedo de buena fé, enviando algunos de vosotros al Cuzco. Yo les daré un salvo conducto, y allí podran inspeccionar la ejecucion de mis órdenes y ver con sus propios ojos, que no se prepara ningun movimiento hostíl.* La oferta fué admitida por Pizarro, con gran complacencia."

"En este estado se hallaban los negocios del Inca con los españoles, cuando se incorporó á éstos Diego de Almagro que llegaba de Panamá, conduciendo un refuerzo de cincuenta hombres de caballería y ciento cincuenta infantes

toda tropa escogida y perfectamente armada y equipada. Esta circunstancia, asi como mejoró la situacion de los españoles empeoró la del desgraciado Atahuallpa.

"La llegada de Almagro causó gran satisfaccion á Pizarro, y este acontecimiento le hizo variar considerablemente en sus cálculos, pues le ponia en estado de volver á emprender las operaciones activas y llevar adelante la conquista. El único obstáculo para sus proyectos era el rescate del Inca, cuya llegada habian aguardado los españoles con paciencia, hasta que con la vuelta de algunos comisionados que habian mandado al Cuzco se aumentó grandemente el tesoro, si bien no habia llegado aun al límite estipulado: pero ya su avaricia acabó con su paciencia y les hizo reclamar altamente la inmediata reparticion del oro. Era mejor distribuirloy que cada uno poseyese y defendiese lo suyo. Además algunos se hallaban dispuestos á volver á su tierra y á llevarse su parte de botin á punto donde pudieran tenerlo seguro, si bien éstos eran pocos, pues la mayor parte solo deseaban salir de Cajamarca y marchar directamente al Cuzco creyendo que en la Capital encontrarian mas oro del que podrian adquirir prolongando su permanencia en aquel sitio y juzgando que no habia tiempo que perder para evitar que los habitantes ocultasen sus tesoros, segun ya se sabia que intentaban hacerlo."

"Esta última consideracion fué la que mas especialmente movió á Pizarro, conociendo que sin poseer la Capital; no podia señorearse del Imperio; así sin mas dilacion, determinó hacer la distribucion del tesoro."

Las opiniones de los escritores Garcilaso de la Vega y Guillermo Prescott, se hallan en completa discordia con respecto al valor del tesoro y su reparto, pues el primero hace ascender la suma á tres millones, veinte mil setecientos y

cincuenta pesos, y el segundo la eleva á la cantidad de veinte y un millones, seiscientos treinta y siete mil, quinientos cuarenta pesos; mas tomaremos la opinion de Prescott que se espresa de este modo.

"Estando todo dispuesto se procedió al acto de la reparticion que personalmente hizo Pizarro de la manera siguiente:

El quinto que se separó para el Rey fué de.	2335940
Francisco Pizarro, tomó para sí 57222 onzas de oro, 2350 marcos de plata y las andas del Inca con peso de 25000 onzas de oro, que todo ascendia á un valor de . . .	1334352
A Hernando Pizarro, se le dieron 31800 onzas de oro y 2350 marcos de plata valor todo de	527600
A Fernando Soto, 15740 onzas de oro y 724 marcos de plata, valor de	257632
A cada uno de los oficiales de todas armas y á cada soldado de caballería que entre todos ascendian á 60 hombres, les tocó 8800 onzas de oro y 362 marcos de plata, ascendiendo todo á	8615760
A los 105 soldados de infantería se les dió á cada uno 4440 onzas de oro y 180 márcos de plata, importando todo	7903900
A Diego Almagro, se le dieron 10000 onzas de oro y 1000 marcos de plata . . .	168000
A los soldados de Almagro se repartió entre todos 20000 onzas de oro	320000
A los colonos de San Miguel, se repartió entre todos 15000 onzas de oro. . . .	240000
La iglesia de San Francisco fué dotada con 2220 onzas de oro valor de	35520
	21737504

"Terminada la reparticion del tesoro, parecia que ya no se presentaba á los españoles obstáculo alguno para continuar las operaciones activas y emprender la marcha al Cuzco."

"En esto, el Inca reclamaba altamente su libertad, y aun que todavía no habia completado el total del pago estipulado por su rescate, se habia realizado una cantidad inmensa, y el Inca podia alegar que habria sido mayor si la impaciencia de los españoles hubiese dado tiempo para reunirla. De todos modos, el rescate habia sido magnífico, y tal, como nunca le habia pagado príncipe ni potentado alguno."

"Entretanto comenzaron á correr otra vez rumores entre los soldados de un ataque que, segun se suponia, meditaban los indios, señalándose á Atahuallpa cpmo autor ó promotor de él. Alarmado Pizarro con la noticia, habló al Inca refiriéndole los rumores que circulaban y aparentando creerlos. ¿Qué traicion es esa, dijo el general, que meditas contra mi; contra mi que te he tratado siempre con consideracion, confiando en tus palabras como en las de un hermano? »

« *¿Búrlate conmigo*, contestó el Inca, *que parte somos yo y todas mis gentes para enojar á tan valientes hombres como vosotros? No me digas esas burlas.*

« En estos cargos, el Inca conoció fácilmente las causas y tal vez las consecuencias de la acusacion: vió la profunda sima que se abria á sus pies: estaba rodeado de estranjeros, de ninguno de los cuales podia esperar consejo ó proteccion. La vida de un monarca cautivo es generalmente corta, y Atahuallpa debió hacerse cargo de esta verdad, cuando pensase en Huascar Inca su hermano. Este convencimiento le hizo emprender su defensa y esclarecer por todos los medios posibles su inocencia, por lo cual continuó diciendo á Pizarro: *¿No soy pues, uu pobre cau-*

tivo en tus manos? ¿Como puedo abrigar los designios que me atribuyes, sabiendo que seria yo la primera víctima de la insurreccion? Poco conoces á mis vasallos si piensas que habian de moverse sin órden mia, pues si yo no lo quiero, ni las aves volaran en mi tierra. »

« Pero todas estas protestas de inocencia produjeron poco efecto en las tropas, entre quienes la noticia de un levantamiento general de los indios, continuaba de hora en hora ganando crédito, diciéndose que en Guamachuco habia ya un grande ejército reunido, y que de un instante á otro se debia esperar el ataque. Dobláronse desde entonces las patrullas; la caballeria estaba siempre dispuesta con los caballos ensillados, y la infanteria dormia sin dejar las armas: Pizarro rondaba de cuando en cuando para cuidar de que los centinelas estuviesen en sus puestos, y finalmente, el pequeño ejército español se hallaba preparado para resistir el ataque que se esperaba por momentos. Oíanse rumores mezclados con amenazas contra el Inca como autor de estas maquinaciones; muchos pedian con exigencia su muerte como necesaria para la seguridad del ejército, y entre éstos los mas encarnizados eran, Almagro y sus secuaces. A estas temibles sugestiones no dió oidos Pizarro, mostrando visible repugnancia en sacrificar á su prisionero, disponiendo para aquietar á sus compañeros, el que Hernando de Soto marchase con una partida al punto de Guamachuco, para averiguar por sí mismo la verdad de aquellos rumores; pero á pesar de esta medida, la agitacion entre la tropa en vez de disminuirse se aumentó tanto, que Pizarro no pudiendo resistir sus importunidades, consintió en que se formase causa á Atahuallpa. Era ciertamente mas decoroso y seguro, guardar las formas de un juicio. Organizóse al efecto un Tri-

bunal, presidiendo en él como jueces los dos capitanes Pizarro y Almagro. Nombróse un fiscal y dióse al prisionero defensor.»

«Los cargos que se articulaban contra el Inca redactados en forma de interrogatorio eran doce y los mas importantes eran: haber usurpado la corona y asesinado á su hermano Huascar Inca; haber disipado las rentas públicas desde la conquista del país por los españoles; haber cometido los crímenes de idolatria y adulterio y por último que habia tratado de sublevar á sus vasallos contra los españoles. Examináronse al efecto algunos testigos, mas como la cuestion era la conveniencia, hallóse que Atahuallpa era culpable y fué sentenciado á ser quemado vivo en la gran plaza de Cajamarca, cuya sentencia debia ser ejecutada aquella misma noche. Como se desease obtener la aprobacion del padre Valverde, se le presentó una copia de la sentencia para que la firmase, lo cual hizo sin vacilar, declarando que «en su opinion, el Inca merecia en todo caso la muerte.» Cuando recibió la notificacion de la sentencia, manifestó gran pesadumbre y angustia, pues á pesar que de algun tiempo á aquella parte habia mirado como probable que le condenaran á muerte y asi lo habia indicado á los que le rodeaban, siempre la probabilidad de un acontecimiento de esta especie es muy diferente de la realidad; mucho mas cuando esta realidad se presenta tan rápida y repentina como entonces. Por un momento la certeza de su destino debilitó su ánimo y le hizo esclamar con lágrimas en los ojos: *¿Qué hé hecho yo; que han hecho mis hijos, para merecer tal suerte? Y sobre todo, y que hemos hecho para merecerla de tus manos*, añadió dirigiéndose á Pizarro, *cuando tu no has encontrado mas que amis-*

tad y afecto en mi pueblo, cuando he repartido contigo mis tesoros, cuando de mi no has recibido sino beneficios? »

« Despues y en el tono mas patético, suplicó que le perdonasen la vida, prometiendo dar todas las garantias que se le exigiesen para la seguridad de cada español de los que componian el ejército, y ofreciendo doble rescate del que habia pagado, si se le daba tiempo para reunirle. ¡Todo fué en vano!»

« La sentencia del Inca fué publicada á son de trompeta en la gran plaza de Cajamarca, y dos horas despues de puesto el sol, los soldados se reunieron en ella con antorchas pura presenciar la ejecucion. Era el 29 de Agosto de 1533. Atahuallpa salió encadenado y á pié para el lugar del suplicio, pues le habian puesto grillos desde el momento en que los rumores del próximo ataque, habian introducido la agitacion en el ejército. El padre Vicente de Valverde iba á su lado procurando consolarle y y en lo posible persuadirle á que en su última hora abjurase de sus creencias supersticiosas y abrazase la religion de los vencedores, porque queria salvar el alma de su víctima en el otro mundo, de la terrible espiacion á que tan espontáneamente habia condenado á su cuerpo en éste. El domínico en aquella hora solemne hizo el último esfuerzo y cuando Atahuallpa estuvo atado al lugar del suplicio teniendo al rededor los haces que habian de incendiar su pira funeral, Valverde levantando en alto la cruz, le rogó que la abrazase y se dejara bautizar, prometiéndole que si lo hacia, se conmutaria la terrible sentencia de hoguera en la más suave del garrote. »

« El desdichado monarca preguntó si era verdad lo que se le decia, y confirmado por Pizarro, consintió en abjurar su religion y recibir el bautismo. Practicóse la ceremonia

por el padre Valverde y el neófito recibió el nombre de Juan de Atahuallpa, en honor de San Juan Bautista, en cuyo dia se verificó aquel suceso.»

« Atahuallpa manifestó sus deseos de que fuesen trasladados sus restos á Quito, su patria, para que fuesen conservados con los de sus antecesores por línea materna. Despues volviéndose á Pizarro, le suplicó como último favor, que tuviese compasion de sus jóvenes hijos y les recibiese bajo su proteccion y amparo. Tal vez en esto pensó que ninguno podia protegerlos mejor, y que tan solemnes deseos manifestados en aquella hora postrera, serian respetados aun por el mismo jefe de los conquistadores. Luego, recobrando su serenidad que por un momento le habia abandonado, se sometió tranquilo á su suerte, mientras que los españoles que le rodeaban entonaban el credo por la salvacion de su alma. Asi pereció el ultimo de los Incas. »

« El cuerpo del Inca permaneció en el sitio de la ejecucion toda la noche. A la mañana siguiente le trasladaron á la Iglesia de San Francisco, donde se celebraron sus exequias con gran solemnidad. Pizarro y los principales caballeros asistieron de luto, y las tropas escuchaban con devota atencion el oficio de difuntos que celebró el padre Valverde. »

« Los restos de Atahuallpa, no obstante la súplica que habia hecho este monarca, fueron depositados en el cementerio de San Francisco, pero se diee que desde allí, luego que los españoles salieron de Cajamarca, los trasladaron los indios secretamente á Quito. »

« En seguida de la muerte de Atahuallpa marchó Pizarro al Cuzco encontrando en aquella ciudad inmensas riquezas y despues de haber dejado todo arreglado en dicha capi-

tal, salió en direccion á la costa del mar con el objeto de recorrer el pais, hacerse cargo de él, fundar algunas ciudades en la marina, para por este medio serle mas fácil mantener sus comunicaciones con el esterior, que no fuesen interceptadas por los indios y poder con facilidad recibir socorros de gente etc., etc.. sin esponerlos á los peligros que aun ofrecian los caminos. A costa de continuadas y fatigosas marchas llegó á la marina donde encontró el hemoso Valle Rimac. Habiéndole examinado y encontrado á su placer, se determinó á formar allí una ciudad lo mas hermosa que le fuese posible, la que delineó con el mejor gusto y exactitud que se pudo, poniendo por nombre á la naciente capital, la ciudad de los Reyes en honor de la fiesta de la Epifania, pues fué el 6 de enero de 1835 cuando fué fundada ó mas probablemente, cuando se acabó de demarcar el sitio que habia de ocupar, pues su construccion fué ya obra del tiempo.»

« Mientras que Pizarro se hallaba en esta ocupacion, se sublevó en el Cuzco Manco Inca, hermano de Atahuallpa que siempre habia aspirado al mando del Imperio. Alarmó toda la indiada, y mientras él con un poderoso ejército atacaba á los españoles que estaban en el Cuzco, despachó á Titu Iupanqui general de toda su confianza, con una fuerza de sesenta mil hombres de pelea, para que echase por tierra la ciudad que Pizarro estaba formando y esterminase sus moradores. Llegó Iupanqui con su formidable ejército donde era mandado: el sitio que puso á la ciudad fué terrible: mil reiterados choques tuvieron lugar en el dilatado tiempo que duró el sitio, y despues de infinitos y sangrientos combates con pérdidas de suma consideracion por ambas partes, desalentados los indios con la terrible oposicion que sufrian y por los contrastes que habia

sufrido Manco Inca en el Cuzco, levantaron el sitio y se retiraron el dia de San Cristobal, cuyo nombre se perpetúa en un cerro que inmediato á la ciudad se halla, y que fué donde estubo acampado todo el ejército de Iupanqui.»

IV

Situacion jeográfica y local de Lima—Témplos—Temblores de tierra memorables, etc.

Por lo que arroja de si la historia se vé, que don Francisco Pizarro fué el que fundó la ciudad de Lima en el año 1535 en el Valle Rimac. El terreno es plano, fertil y espacioso. Su latitud austral, segun los observadores, es á los 12 grados, 2 minutos, 31 segundo y su longitud 130 grados, 32 minutos 52 1[3 segundos Oeste contados desde el meridiano de Tenerife. Baña sus campos el famoso rio Rimac, cuyas aguas llevan su curso por el centro mismo de la ciudad. Sus calles son rectas, anchas y empedradas teniendo la mayor parte de ellas en el medio, un canal de agua corriente como de tres á cuatro piés de ancho, que contribuye al aseo de la ciudad. Hallábanse varios establecimientos útiles, como fábricas de lanas, algodon etc., muy regulares edificios, universidad, varios colegios de ciencias y 58 templos que son los siguientes:

Catedral, San Salvador, Los Huérfanos, capillas.

Sujetos de la casa grande—Santo Domingo, el principal; Recoletos de la Magdalena, Colegio de Santo Tomás, Santa Rosa de Lima, para estudios.

Sujetos de la casa grande—San Francisco, el principal; Recoletos ó Guadalupe, Descalzos de San Diego.

Sujetos de la casa grande—San Agustin, el principal; San

Ildelfonso, colegio para estudiantes; Nuestra Señora de Guia; noviciado.

Sujetos de la casa grande—Merced, el principal; San Pedro Nolasco, Belen, recoleccion.

Conventos—La Buena Muerte, San Francisco de Paula, Santa Liberata, recoleccion.

Sujetos á la Casa Grande.—Compañía de Jesús, el principal; San Pablo, colegio máximo; San Martin, colegio de estudios para seculares; San Antonio, Noviciado; Nuestra Señora de los Desamparados, Colegio del Cercado, parroquia San Ignacio.

Oratorio.—San Felipe Neri, parroquia.

Monasterio.—Nuestra Señora de Monserrate.

Convento.—Nuestra Señora del Socorro, San Juan de Dios, Beletmitas; Incurables, hospitales.

Casa grande.—San Andrés, hospital para españoles.

Id. —San Pedro, hospital para eclesiásticos pobres.

Id. —Espíritu Santo, hospital para marineros.

Id. —San Bartolomé, hospital para negros.

Id. —Santa Ana, hospital para indios.

Id. —San Pedro Alcántara, hospital para mujeres.

Id. —Otro del mismo, id. para id.

Id. —La Caridad, id para id.

Id. —San Lázaro, hospital para leprosos.

Monjas.—La Encarnacion, Concepcion, Santa Catalina, Santa Clara, Trinidad, sin recoleccion.

Monjas.—El Cármen, Santa Teresa ó Cármen bajo, Descalzas, Capuchinas, Nazarenas, Mercenarias, Santa Rosa de Viterbo, Trinitarias descalzas, El Prado, recoletas.

Beaterios.—Nuestra Señora del Patrocinio, Nuestra Señora de Copacabana, San José, para indias nobles.

Sin contarse algunas otras capillas menores.

Habia cuatro paseos hermosos donde, especialmente en los dias de fiesta, se reunia un inmenso gentío, siendo muy de admirar el lujo que llevaban las mujeres. El teatro era bastante malo y la plaza de toros, magnífica. El país es muy abundante en cosechas de todo fruto, encontrándose todo cuanto es necesario para la subsistencia y el gusto. El clima es cálido y maléfico especialmente para los forasteros.

Repetidas veces ha sido arruinada esta ciudad por los terremotos ó temblores de tierra, y los mas notables que se cnentan han sido:

El 1° en 1582, el dia 3 de marzo.
El 2 en 1586, el dia 9 de julio, muy notable.
El 3 en 1609, el dia 8 de enero.
El 4 en 1830, el dia 27 de noviembre, notable.
El 5 en 1655, el dia 13 noviembre id.
El 6 en 1678, el dia 17 de junio.
El 7 en 1687, el dia 20 de octubre.
El 8 en 1690, el dia 5 de febrero.
El 9 en 1699, el dia 14 de julio.
El 10 en 1716, el dia 6 de febrero.
El 11 en 1725, el dia 8 de enero.
El 12 en 1732, el dia 2 de diciembre.
El 13 en 1734, el dia 4 de abril.
El 14 en 1743, el dia 7 de octubre.

El 15 en 1746, el dia 28 de octubre: empezó á las diez y media de la noche; duró el primer sacudimiento de la tierra 24 horas y se sucedieron ya pausadamente por el espacio de 119 dias, contados desde el primero en que comenzó, habiendo sufrido la tierra en todo este espacio de tiempo 651 sacudimientos horrorosos que redujeron la ciudad á escombros, sepultando el terremoto entre las ruinas que ocasionaba á 1530

personas, que no pusieron la diligencia necesaria en huir del peligro, ó les fué absolutamente imposible poderlo evitar.

La poblacion del Callao fué al mismo tiempo, sumergida por el mar, arrastrando las olas á la inmensidad del Océano 4222 personas que componian aquella poblacion, y solo pudieron evadirse del peligro doscientas.

En las costas inmediatas, se sufrieron inmensos estragos causados por el terremoto y murieron á consecuencia de él 1300 personas, siendo la pérdida total de almas, la de siete mil cincuenta y dos.

Se encuentran en Lima una infinidad de castas, ingertos del blanco, el negro y el indio.

Las producciones del país son: trigo, cebada, maiz, arroz, papas, quinna, camotes, inca, café, algodon, la cascarilla ó quina, cañas de azúcar, vinos, aguardiente, lana de vicuña, vicuñas y alpacas, etc. etc., que tienen mucha estimacion. Abunda en ganado vacuno, lanar, cabrío y de cerda. Tiene crias escelentes de caballos, mulas y burros. Hállanse tambien en el país, muchas y ricas minas de oro, plata, azogue y otras muchas de otras pastas.

Con respecto al carácter y costumbres de los pobladores de Lima en ambos géneros, por tener bastante de curioso, lo dejaré para que otro lo haga con mas propiedad de lo que yo pudiera.

Ya hacia un año que me hallaba en esta Capital, en cuyo tiempo, habiendo mi patron don Luis espendido sus efectos, se veia en la necesidad de regresar á Europa, tanto por esta razon, cuanto por la de haberse suscitado un gran pleito entre los propietarios del cargamento que trajo nuestro buque, contra el maestre don Luis, sobre las averías que sufrieron los efectos de resultas del temporal padecido en el cabo de Hornos, y en el curso de litis resultó ser de necesidad presentar

en autos ante el Tribunal del Consulado, que era donde se seguia el pleito, unos documentos que por haberse considerado innecesarios habian quedado en Cádiz. Esta ocurrencia obligaba al maestre á acelerar su marcha, y una tarde que juntos, paseabamos por la portada del Callao, tomando asiento en uno de los óbalos, me habló poco mas ó menos del modo siguiente:

«Arrieta: algunos dias hace que he estado por hacerte sabedor de lo que tengo pensado, y si no lo he hecho hasta ahora ha sido, porque unas veces me he olvidado, y otras porque mis atenciones no me han dejado tiempo para ello; mas ahora que estamos juntos, solos y á placer, no sería bueno perder esta oportunidad.»

«Has de saber, que el pleito no se ha podido aun sustanciar, en razon á que el Tribunal del Consulado pide varios documentos sumamente precisos y que deben obrar en autos, los cuales existen en Cádiz. Mis mercaderías ya las he espendido enteramente y estoy redondeado en un todo. La referida ocurrencia me obliga á aprovechar la oportunidad que se me presenta de poderme embarcar en un buque que hace viaje directamente á España, el que debe salir dentro de bien pocos dias. Recabados allá los documentos que son necesarios hacer presente aquí, regreso inmediatamente, pues dejo en rehenes de mi vuelta una muy considerable parte de mi fortuna, de la que hasta entonces no puedo disponer.

«He creido al mismo tiempo ser conveniente te quedes aquí durante mi viaje, en la casa del comerciante don Santiago Llanos, íntimo amigo mio y apoderado en todos mis asuntos, en cuya casa estarás muy bien atendido, te irás inteligenciando en el comercio y ganarás alguna cosa. Ya le tengo hablado á este señor sobre este asunto, y me ha

dicho te acepta de buena voluntad; debes inferir lo mucho y esquisitamente que te habré recomendado.»

«Llegado yo á España, pondré en conocimiento de tu padre todo lo ocurrido aquí con tu tio, como tambien la medida que he tomado con respecto á tí, y el objeto que en ello he tenido, y pienso no tendrá á mal esta mi determinacion; mas dado caso que bien no le pareciese, con llevarte conmigo cuando yo vuelva á regresar allá, está todo concluido.»

«Ahora pues, solo me queda el recomendarte que durante el tiempo de mi ausencia, observes la mas acendrada conducta, buenas costumbres, actividad y delicadeza con don Santiago, que de lo demás, yo te respondo.»

«Ya que estas enterado de mis ideas, ¿tienes algo que decirme sobre el particular?»

Señor, le contesté, al salir de mi patria, una de las cosas que con mas encarecimiento me recomendó mi padre fué, lo respetase á V. y obedeciese en todo como si él mismo me lo ordenase, y hasta ahora creo haber cumplido con escrupulosa exactitud su precepto. Yo no puedo comprender cuales sean las razones que V tenga para haberse decidido á dejarme aquí, pero sí creo que habrá mirado y considerado bien lo que hace; no cabiendome á mi otra cosa, que obedecer sus disposiciones.

Por mi parte, me es demasiado sensible el no regresar á mi casa, ya que hay proporcion para ello. El objeto para el cual yo vine á la América ha querido la suerte se desvanezca como el humo y solo por tan importante fin hubiera podido mi padre separarme de su lado; por cuya razon, creo le seria muy grato el estrecharme otra vez en sus brazos; ¿y mi madre?... ¡O señor don Luis, yo creo que ella le agradeceria de un modo inesplicable para mi, el que V. se sirviese el volverme á ella!



Para quedarme aquí en poder de un estraño y lejos de su proteccion, conozco que seria necesario tuviese yo alguna mas edad, conocimientos y recursos, para que estos me pudiesen valer en caso de cualesquiera acontecimiento, pues á pesar de las seguridades que me dá, no sé que presentimiento tengo de que en su asencia y sin su respetabilidad, debo padecer mucho: por lo cual ¿no seria mejor hiciesemos el viaje juntos?

No obstante lo que llevo espresado, respeto y obedezco sus disposicioues, porque penetrado de la mucha amistad que tiene V. con mi padre, estoy firmemente persuadido que no ha de mirar con indiferencia la suerte del hijo, que confió á sus cuidados.

"No me causan estrañeza tus temores, me contestó don Luis, pues siendo yo el único á quien tratas con la intimidad de familia, sin duda que debe serte sensible y sobresaltarte la ausencia de la persona con quien la usas, mas, como el destino á que indudablemente debe dedicarte tu padre por ser el que él ejerce es el comercio, y éste, mas que ningun otro ejercicio ó profesion, necesita disponer á la persona que lo ha de ejercer á sus penurias y á que adquiera esa espedicion, constancia y sufrimiento, cualidades que indispensablemente debe poseer todo negociante, y que ahora á consecuencia de la desgracia de tu tio es preciso que las adquieras, me he propuesto á que emprendas los ensayos de tu futura profesion, no queriendo en esta ocasion, llevarte conmigo á Europa."

"Tampoco te persuadas, que al decidirme á dar este paso sea en él mi intento, el dejarte aquí abandonado, ni que mire con tanta indiferencia tu suerte como te figuras: al contrario, mi objeto es, el que aproveches este tiempo adquiriendo los conocimientos que aun te faltan, aprendas á

trabajar y á que sepas como se adquiere el dinero; que al lado de la persona á cuyo cargo quedas, indispensablemente debes adelantar mucho. Jamás podia presentarse tan bella ocasion como ésta á mi intento, la misma que por sus ventajas me ha hecho resolver á que te quedes por este corto tiempo, pues obrar en otro sentido, seria corresponder muy mal á la antigua é íntima amistad que tenemos tu padre y yo y á la gran confianza que ha depositado en mi, entregándote á mis cuidados. El haberme resuelto á que te quedes, es efecto de ideas bien calculadas, meditándolo bien todo y despacio. Diez ó doce meses, que serán los que puedo tardar, se pasan en un momento, ¿y qué cosa podria sernos tan grata, tanto á mi como á tu padre, como el que te volviésemos á ver mucho mas adelantado de que estás, con algun dinero adquirido con tu trabajo, finalmente, hecho un hombrecito? ¡Oh, estas son cosas que llenarian á tus buenos padres de gozo, y á mi de grande satisfaccion!"

"Confórmate, aplícate y nada temas, y desde mañana puedes ya escribir á tu familia, que yo soy el conductor."

La conversacion terminó aquí sin saber yo que contestar. Volvimos en seguida á continuar nuestro paseo, hasta que siendo hora de cenar nos dirigimos á un hotel, en el que pasamos un buen rato con algunos conocidos que allí se hallaban reunidos.

Vuelto yo á mi alojamiento, me puse á reflexinar sobre lo ocurrido aquella tarde, tanto, que me fué imposible conciliar el sueño. Muy temprano dejé mi cama y me puse á escribir una muy larga carta á mis padres, en la que les referia la conversacion que habia tenido con don Luis, y finalmente, la resolucion que éste habia tomado: concluyendo mi epístola con rogarles me hiciesen llevar con el primer amigo que viniese á Lima y hubiese de regresar, ó con don Luis cuan-

do volviese con los documentos. Terminada la carta se la entregué, y al recibirla me aseguró nuevamente que viviese tranquilo, pues nada tenia que temer.

V.

Patron que tuve y trabajos que con él pasé. Travesuras mias. Salgo de la casa. Grave enfermedad.

Estando pronto á emprender viaje el buque que marchaba á España, le fué de necesidad á don Luis dejar á Lima para ir á embarcarse, y llegado este caso nos despedimos dándonos ambos las mayores y mas sinceras muestras de sentimiento; me hizo muchos regalitos, se fué al Callao y yo me dirigí seguidamente á la casa de mi nuevo patron. Preséntome á él, y me recibe con el mayor agasajo. «Caballerito me dijo, muy recomendado queda V. á mi, por mi amigo don Luis; creo no lo pasará mal en mi casa: lo que únicamente exijo de V. es, mucha honradez y juicio, que con respecto al cuidado de su persona yo quedo encargado de ello y nada le faltará ni tendrá de que quejarse, pues su ropa tanto la limpia como la que necesite nueva, la manutencion y cualesquiera otra cosa que le sea de necesidad, todo eso corre de mi cuenta: á mas de esto y por via de entretenimiento, ganará mensualmente veinte pesos, hasta que se adiestre en lo mas esencial, tome conocimiento y espedicion en el despacho de almacen, sepa llevar los libros correspondientes, etc., etc., que entonces se le aumentará el sueldo á medida de sus aptitudes. Esta cantidad, irá quedando depositada en mi poder hasta el regreso del señor don Luis á quien será entregada como perteneciente á V. para que el determine de ella como fuere de su agrado, escepto un peso que le daré

cada Domingo para sus dulces, pues entregarle el total, á mas de que no ha de necesitarlo, seria tal vez en su poca edad, darle las llaves de las puertas por donde se entra á los vicios: es V. todavía muy niño y es preciso cuidarlo.»

No me acuerdo de cuantas otras cosas me dijo á más de las referidas, todas con el objeto de consolarme y ensanchar mi corazon, que bastante afligido se hallaba y que él muy bien lo conocia.

Despues de todo esto, pasó á enterarme de mis obligaciones que se reducian á llevarle la pluma, vender en el almacen conforme me fuera inteligenciado en los precios y efectos hacer cobranzas y otras cosas á este tenor.

Dadas que fueron las dos de la tarde, me ordenó cerrar el almacen, pues ya era hora de ir á comer. Hícelo así y tomando juntos el camino, llegamos á su casa, y á poco que allí estuvimos, pusieron la mesa. La familia de mi patron se componia de su mujer, una hija como de 16 años, que desde que la ví, la consideré mas hermosa y apetecible que mi patron y tres esclavos.

Poco rato nos hicieron esperar los sirvientes Puesta la comida en la mesa y sentados nosotros á ella, se dignó mi patron hacer plato á todos, pero de un modo tan sumamente moderado, que no dió lugar á que por tres veces llenásemos las cucharas del manjar que se nos habia servido: en el segundo plato fué todavia mas económico, pues no alcanzó á que llevásemos dos veces la cuchara á la boca y con esto terminó la comida. ¡Santísima Virgen Maria madre de Dios, dije yo para mi, que modito tan sublime tiene este santo varon, para hacer ganar el cielo á los pecadores! Si este método está aquí establecido asi, y no hay alteracion aumentativa en la regla, creo fir-

memente que en lugar de salvarme, me perderé, pues irremisiblemente renegaré de hambre.

Mientras duró la comida hizo saber á su mujer é hija que desde aquel dia en adelante debia ser yo su inseparable compañero, por estar muy particularmente recomendado á él, de su amigo Heredia, y por lo cual queria desde ese mismo dia cuidarme con todo esmero á fin de que yo no tuviese porque echar de menos en nada á ese señor. Esta relacion me afligió mucho mas de lo que es imaginable, porque sacando la cuenta prolijamente á mis solas me resultó, que si ese dia en el que con todo esmero se habia propuesto cuidarme, para que no tuviese porque echar de menos á mi antiguo patron, me sucedia semejante chasco, ¿que podia esperar cuando ya se causase de prodigarme sus cuidados? ¡Desgraciado de mi, en que manos estoy! pero ya no hay remedio, suframos y observemos.

Concluida que fué la imaginaria comida, se me dió por añadidura ó postre la lectura de la vida del santo del dia, con lo que se acabó de debilitar mi vacio estómago.

Como á las tres y media de la tarde regresamos al almacen, y todo el resto de aquel dia estuvo totalmente ocupada mi imaginacion, en contemplar el gran chasco que se habian llevado mis dientes y estómago en el banquete que se me habia dado, cosa en verdad, que no me tenia muy contento. Llegó la noche y la cena fué mucho mas parca que la comida, como es de general costumbre. Ligero como una pluma, con la cabeza desvanecida y caminando como si pisase en el aire sin que mis pies tocasen al suelo, me retiré al cuarto que se me habia destinado para vivienda, metiéndome en cama inmediatamente con el objeto de olvidar con el sueño, los males que ya

empezaba á sufrir: ¡Esperanza vana, el hambre no me dejó dormir en toda la noche!

No sé como pueda haber cristiano, católico, apostólico, romano, con los sentidos completos y estómago á la parte inferior del pecho, que asegure y quiera persuadir á otros, que, el que se acuesta con hambre duerme con sueño mas tranquilo y dulce que el que se acuesta con el estómago alimentado. Yo digo porque lo sé, me ha pasado y tengo grande esperiencia en ello, que el que se acuesta hambriento es imposible que pueda dormir, y afirmo que el bellaco que lo contrario diga, ó es un herejazo de primer órden, ó es pariente muy inmediato de mi patron don Santiago. ¡Valgame Dios y cuantas fueron las cuentas que saqué toda la noche, de como y en qué habia de gastar el peso que pensé recibir el domingo, queriendo comprar con él, el duplo de cosas, que milésimos contenia! Llegó el domingo deseado, pasaron muchos más y jamás vi en mis manos el deseado peso: puede calcularse que esto llegó á ponerme de muy mal talante.

Hacia ya por lo menos seis meses que sufria con resignacion este continuado ayuno, alimentándome con la esperanza de que cuando llegase el señor don Luis me veria con mi estómago repleto: unida esta idea á lo amable que para conmigo era don Santiago, puedo decir que sufria mis padecimientos con agrado, pero hasta de esta consoladora ilusion me privó la suerte, pues al cabo de dicho tiempo empezó don Santiago á mudar casi repentinamente de conducta para conmigo. Sus modales hasta entonces finos, se convirtieron en groseros é insufribles, y sus órdenes que siempre me las anunciaba con la mayor moderacion y dulzura, se me daban ya con im-

perio y aspereza. ¡Cuanto fué mi asombro al observar un cambio tan repentino, como inesperado é inmerecido!

Como jamás habia sido yo tratado por nadie de semejante modo, me resentia vivísimamente aquella grosera conducta, hasta el estremo de hacérseme absolutamente insoportable; y en vano intentaba ó deseaba sacudir un yugo que me ultrajaba y envilecia hasta el estremo, porque al querer emprender cualesquiera de las medidas que me sugeria mi imaginacion y despecho me estrellaba contra la funesta roca de mi infeliz situacion y la carencia de recursos para poder efectuarlas. Mil y mil veces me puse á recorrer en mi memoria con la mas detenida escrupulosidad, si alguna palabra, morosidad en el cumplimiento de mis deberes ó accion descompuesta en mi, hubiese podido ocasionar un cambio tan repentino en la conducta de mi patron, pero aunque infinitas veces hice sobre estos puntos un minucioso y prolijo exámen, jamás pude encontrar cosa de que acusarme.

Esto era precisamente lo que llevaba al estremo mi sufrimiento, pues conocia que todo cuanto padecia era inmerecido; pero la dulce idea de que el plazo prefijado por don Luis para su regreso, estaba ya al espirar, y no queriendo yo que este señor á su vuelta, tuviese que reprehenderme y abochornarme por haber faltado á lo que tanto me habia encargado, y tener además que comparecer ante mi padre con esta nota, me hacia este pensamiento cobrar nuevo ánimo para hacer frente á mis desgracias, y humillar ante mi odioso tirano una cabeza, que totalmente se resistia ya á obedecer sus insolentes mandatos.

Espiró al fin el plazo señalado por don Luis y aun estabamos ya en el primer tercio del otro año, y no solo no habia regresado, pero ni aun se tenia la menor noti-

cia de él, ni don Santiago mejoraba su condicion. Falto yo de todo consuelo, tanto por la tardanza del uno, como por el mal trato que sufria del otro, me entregué á la mas profunda tristeza y abatimiento, pues ya perdí totalmente la esperanza de que mi situacion pudiese mejorar. ¡Entonces si, que efectivamente empecé á sentir, el gran peso de infelicidad, que sobre mi gravitaba!

Por muchos dias permaneci sumido en el mas absoluto abandono de mi mismo y la facultad de pensar parecia se hubiese agotado en mí, cuando me sacó de este postramiento la misma fuerza de mi padecer. Empezé por despertar mis adormecidas ideas y cuando éstas habian recobrado su vigor, empezaron á funcionar en mi mente; hice un prolijo exámen de mi situacion, y viendo serme imposible continuar sufriendo los males que me aquejaban determiné huir secretamente de la casa; y si pudiese, regresarme á mi país. Llevando adelante mi idea empecé á obrar con todas las precauciones posibles para que no se trasluciesen mis intentos, á fin de adquirir noticias por si algun buque de los que habia en el Callao regresaba á España; pues tenia decidido embarcarme en el primero que se presentase, de cualquier modo que fuese.

Largas fueron mis investigaciones á este efecto y muchos los dias que en ello ocupé, sin haber sacado de mis tareas otro fruto, que tristes desconsuelos. No habia buque alguno que fuese para España, ni de allí se aguardaba á nadie, porque la gran multitud de corsarios que infestaban todas las costas del Pacífico, impedian pudiese llegar á puerto ninguna nave española, porque todas las tomaban prisioneras.

Desbaratados asi mis proyectos, volví á caer en nuevas meditaciones: los obstáculos insuperables que encontraba

á mis designios y lo afligente que cada dia mas se hacia mi situacion, habian apurado totalmente mi paciencia y exaltado mi imaginacion de tal modo, que ya no era pensar el mio, si no un completo delirar. Por lo que observo, me dije un dia, y segun todas las probabilidades, ya me es absolutamente imposible regresar á mi patria y consiguientemente no veré mas á mis padres ni á don Luis. Don Santiago, aprovechándose de las circunstancias de la época y de mi desgraciada posicion, ostenta en mi el poder brutal é inmoral del fuerte contra el débil: por esta parte no puedo esperar nada que mejore mi suerte: sus hechos han obligado á que se produzcan en mi alma unos sentimientos de tan terrible ódio contra él, que no sé si algun dia podrán borrarse; mi debilidad no me permite hacerle aquella oposicion que tan ardientemente deseo, y todo lo mas que haré será, separarme de su lado en el momento que pudiera hacerlo.

Tiempo hace tambien, me decia yo, observo que una cosa que no me es posible comprender, ni menos esplicar, pero que sin duda es mas fuerte que yo, me condena como por fuerza y contra mi voluntad, de un mal á otro sin alguna intermision, y yo no he hecho hasta ahora otra cosa que obedecer ciegamente á esa fuerza sin oponer de mi parte la menor resistencia, como oveja que conducen al sacrificio. Soy hombre y es necesario tomar decididamente alguna determinacion contra estos males que me afligen, buscando remedios que me salven de mis infortunios. ¡Todo lo haré, todo recurso tocaré! No obedeceré ya en adelante á ese odiado monstruo: le haré conocer cuanto lo detesto y desprecio, y le haré cuanto mal esté á mis alcances.

Dicho esto me levanté de donde estaba sentado tan

lleno de entusiasmo y brio, como si hubiese ganado una batalla: ¡nada de mas humillaciones, continuaba en decir, porque si las uso, me harán esclavo! y revolviendo en mi mente mil ideas, poseido de furor, del dolor que me habian causado mis reflexiones, de rencor y ódio contra mi patron, y adaptando el consejo que en aquel momento me dictaba la desesperaeion ó inesperiencia, me propuse llevar á ejecucion todo lo que habia resuelto.

Creo que esto no cause admiracion, y que sea mucho mas digno de compasion que de vituperio el que yo hubiese tomado una determinacion tan poco cuerda, si se considera que entonces era yo un pobre niño sin reflexion, sin esperiencia, sin recursos de ninguna clase, solo y entregado á mi mismo, afligido por el absoluto abandono en que me hallaba del mundo todo, exasperado por la necesidad y mal trato que sufria, sin tener en tan crítica circunstancia quien me diese consejo ni tendiese una mano amiga que me condujese por el camino del honor y virtud, del que sin saberlo me separaba y me retirase del insondable precipicio á que corria, arrastrado por los soeces procedimientos de un patron brutal.

Estos fueron indudablemente los momentos solemnes en que se jugaba mi suerte en lo futuro: colocado me hallaba sobre el vértice del abismo en que debia hundirme, y tal vez un solo paso mas, me hubiese precipitado para siempre en el torrente de todos los vicios y escesos, en los que una vez anegado el hombre, ya no hay varon ni fuerza humana que pueda apartarlo de ellos. Tal vez mi vida hubiese sido un continuado tejido de desaciertos y un inmenso océano de infortunios odiosos, por los que aborrecido de la sociedad y abandonado con el peso de su maldicion, hubiese quizá terminado mi desgraciada exis-

tencia en una de esas mansiones donde las leyes castigan los crímenes, ó exhalado mi último aliento en un patíbulo: ¡me estremezco al hacer consideraciones de semejante naturaleza! Empero, la gran Providencia que constantemente vela sobre la conservacion del hombre, viéndome en tanto peligro y abandono, se dignó protegerme y apartarme del precipicio á que me conducia mi patron acudiendo á imsocorro, por uno de esos medios solo de ella conocidos.

¡Patrones, patrones, los que con tanta crueldad abusais de vuestra posicion y poder para ultrajar y envilecer á la tierna y desvalida juventud, confiada á vuestros cuidados... maldito por infinitos millones de veces sea vuestro execrable título!

Resuelto absolutamente á llevar adelante mi descabellado propósito, estudiaba contínuamente los medios de molestar á mi patron, llegando á tanto las faltas que cometia en el cumplimiento de mis deberes y el poco respeto que le manifestaba, que me habia hecho insufrible. ¡Válgame Dios, y cuántos pleitos teníamos diariamente! Mas todo esto era una justa causa para que se agravasen mas mis padecimientos, y yo diariamente dirigia mis suspiros al cielo impetrando su proteccion, para que me librase del poder de aquel mal hombre. Sin duda que mis plegarias fueron atendidas, pues preparó las cosas de un modo, aunque no muy agradable, pero por el cual vine á conseguir el fin á que aspiraba.

Habia adquirido un gran papelon de pólvora que en mi concepto podia tener unas dos libras, y teniendo yo observado que al pié de la pared del patio interior se anidaban muchos ratones, me propuse esterminarlos. Tomé mi pólvora, llené de ella unos cuantos agujeros, ataqué todo cuanto me pareció suficiente para apretarla, y poniendo una larga mecha, le prendí fnego: ¡válgame Dios qué estremecimiento,

qué estruendo, qué ruina! Toda la pared vino al suelo! No puede nadie figurarse la cólera que dió á mi patron esta inocente travesura: me agarró, me gratificó con una buena racion de azotes y me tuvo tres dias encerrado, sujeto á un mendrugo de pan y un poco de agua cada veinticuatro horas: al fin me puso en libertad arengándome largamente, y prometiéndome que en otra ocasion, me habia de pesar el ser travieso: ofrecíle que me enmendaria y quedamos en eso. La pared se volvió á edificar y todas las cosas continuaron en su órden anterior.

A los no muchos dias de este suceso, hizo traer mi patron una oveja muy gorda, con la que pensaba celebrar el dia de su santo, que ya se aproximaba, y á la cual cuidaba extraordinariamente, por temor de que cayese en manos de alguno de los muchos hambrientos de su casa y desapareciese. Un domingo en la tarde se le antojó á este señor salir á dar un paseo con su mujer é hija y á título de que yo era algo travieso me dejó encerrado en la casa, habiendo tambien dado licencia á los esclavos para que fuesen á divertirse, siendo yo solo el que quedó encerrado en la jaula. Ardiendo estaba yo de enojo al verme privado de mi libertad, y aunque medía con la vista y requeria todas las paredes por si alguna de ellas me facilitaba los medios de hallarme en la calle, fueron vanas todas las tentativas que practiqué, por ser demasiado altas todas ellas. Mas despechado que nunca, dejé mi intento de evasion, no quedándome otro recurso que apelar al sufrimiento; y así, triste y cabizbajo marchaba sin direccion determinada, conduciéndome mi desgracia á la puerta del corral: la empujo, se abre, me hallo adentro y veo... ¡Oh gran Dios! Veo á la oveja que sosegadamente comia de un buen monton de yerba. ¡Será posible, exclamé, que siendo tú un animal estés tan á tu

placer llēnando la barriga, y que á mí, siendo racional, me tengan rabiando de hambre? ¡No, no serás víctima el dia de Santiago, sino hoy mismo, que es el dia de mi glorioso santo, el gran Patriarca Santo Domingo, inquisidor general que fué no sé donde ni en qué tiempo, pero que aborrecia á todos los herejes como mi patron, exterminándolos á millaradas sin la menor misericordia, pasándolos á filo de espada y tizon encendido; y yo, llevado de este ejemplo santo, no solamente pienso matarte y quemarte, sino tambien devorarte! Dicho esto, corrí inmediatamente á la cocina en donde encontré un cuchillejo, y volviendo sin pérdida de tiempo al corral, con saña rabiosa y sin la menor piedad, degollé la oveja: mas como nada ejercitado en semejante oficio, la habia degollado por un lado del pescuezo, tardando mucho en morir, y por contenerle yo los terribles brincos y revuelcos que daba con las ansias de la muerte, me habia bañado de sangre de piés á cabeza de tal modo, que tenia la traza mas estraña que puede imaginarse. Tan pronto como ejecuté el asesinato, procedí á la chamusquina, y agarrando cañas, tablas, palos y todo cuanto se me puso por delante, encendí una mediana hoguera, á la cual arrimé el cadáver entre pelado y con pellejo, porque la gran prisa que tenia no me dió tiempo á desollarla del todo, y medio asado, medio crudo, empecé á devorarlo. Muy bien estaba yo abasteciendo mi desbalijado estómago sin echar una ojeada al porvenir; pero ¡oh desdicha humana; jamás puede el hombre disfrutar completamente de un placer, sin que algun disgusto se lo acibare!

DOMINGO ARRIETA.

Continuará



CENTENARIO DE MANSILLA [1]

1789-1889

Mientras enterramos á los últimos veteranos de la Independencia se acercan los *cien años* del nacimiento de otros varones ilustres, de otros guerreros que formaron en las filas de los ejércitos de la revolucion. Es decir, que nos despedimos con amargura de los que se van y saludamos con alborozo las fechas clásicas de los que se fueron.

El 2 del corriente es el centenario del general LUCIO MANSILLA, uno de los soldados valerosos que ha tenido la República.

Era gentil en los salones y áspero en los campamentos. Educado en ellos y bajo la disciplina severa del que trepó los Andes, fué no obstante estadista honrado y organizador.

Era de porte marcial y corazon entero; de ánimo sereno para preparar el campo de batalla y de vista rápida en el fragor de ella.

Tenia palabra y accion, talento é ingenio, moderacion y bravura.

Su personalidad sobresale entre los militares de esa época y los anales históricos registrarán su nombre, con honor, entre los benefactores de la Patria.

Los laureles ciñeron su frente en Maipo é Ituzaingó; y en Obligado, la gloria fué suya, á despecho de la pasion y á pesar del estravío.

LA DIRECCION.

(1) El dia del Centenario, dejaremos en su sepulcro una pequeña placa con esta inscripcion: *La Direccion de la* REVISTA NACIONAL *al general* LUCIO MANSILLA *en su centenario 1789-1889* CHACABUCO, OMBÚ, OBLIGADO—*A. P. C.*



EL GENERAL MANSILLA

El general Mansilla es una de las figuras mas culminantes del antiguo ejército argentino. Como general táctico, como ciudadano y como hombre público tomó parte distinguida en los principales acontecimientos que se sucedieron durante los primeros cincuenta años de vida independiente de su país; y su nombre, vinculado á las conquistas y á las glorias argentinas, fué recomendado á la gratitud pública por el Libertador San Martin con quien privaba y por Rivadavia que fué su amigo. Nació en la ciudad de Buenos Aires en el año de 1789. Llevado á las mejores pobres aulas que entonces habia en la capital del Vireynato, dióse á conocer por su carácter entero, por la viveza y claridad de su inteligencia y por cierta audacia genial y arrogante que fueron despues los rasgos prominentes de su fisonomia simpática é imponente al mismo tiempo. Cuando en Junio de 1806 el general Berresford se apoderó de Buenos Aires, en nombre de la Inglaterra, Mansilla corrió como casi todos los jovenes de su alcurnia al campo del general Liniérs, y asistió bajo el mando de este á las memorables jornadas del 10, 11 y 12 de Agosto que dieron por resultado la reconquista de la ciudad y rendicion del general Berresford. En octubre se alistó soldado é hizo la campaña del Rio de la Plata á las ordenes del mismo general Liniérs y en socorro de la plaza de Montevideo sitiada por los ingleses; tocándole

ser de los que bajo el mando del coronel Prudencio Murguiondo fueron á aprehender al Virey depuesto don Rafael Sobremonte. De vuelta á Buenos Aires asistió al combate contra las tropas Británicas en los corrales de Miserere el 2 de junio 1807, y á las acciones de 5 y 6 de junio de ese año contra las mismas tropas. En 1812, siendo ya teniente, hizo la campaña del Estado Oriental á las ordenes del general Artigas, contra los Portugueses que habian invadido ese territorio. En seguida pasó al ejército patriota del general Rondeau que sitiaba á Montevideo, y en 1813 formó parte de la expedicion al mando del coronel Domingo French que fué á tomar la fortaleza Portuguesa llamada el *Quilombo*, situada en la línea del Yaguaron. En el asalto que llevaron los patriotas el 12 de mayo, el teniente Mansilla fué herido de bala, y el gobierno lo recomendó por su valor como se ve de «La Gaceta de Buenos Aires» de 5 de junio de ese año. Restablecido, continuó sus servicios en el ejército sitiador de Montevideo encontrándose en todas las funciones de guerra que sobrevinieron hasta el 23 de julio de 1814 en que se rindieron los Españoles. Por ello gozaba un escudo de plata, y fué declarado *benemérito de la Patria en grado heróico.* En 1815 el gobierno de las Provincias Unidas lo mandó con algunos reclutas y armas á Cuyo donde San Martin comenzaba á organizar el *Ejército de los Andes.* San Martin, conocedor de sus aptitudes, y apreciador del mérito, lo nombró mayor de plaza en San Juan y le encomendó la instruccion de 600 reclutas los cuales formaron parte del famoso N°. 10 que palmas conquistó en Chacabuco y Maypo. En seguida pasó como comandante militar del Jachal donde reclutó 400 hombres para el ejército, y mereció que el general lo nombrase comandante

general de las Cordilleras del Sud de los Andes. Sus dotes revelantes, su pericia y su genial disposicion para atacar con éxito las empresas militares que se le encomendasen hicieron destacar su figura en el ejército, y tanto fué así que, el general San Martin al abrir sus operaciones, lo nombró 2° jefe de la primera division de vanguardia apesar de no ser mas que graduado de mayor. En este carácter asistió á la gloriosa batalla de Chacabuco. El gobierno de las Provincias Unidas le acordó por esto el uso de una medalla de oro, y el de Chile lo nombró oficial de la Lejion de Mérito y le acordó además una medalla y cordones. Al año siguiente se encontró en la batalla de Maipo, é hizo la campaña al sur de Chile al mando del coronel Las Heras.

Con todas estas glorias regresó á Buenos Aires cuando ésta provincia y las demás eran presa de la crisis estupenda del año 20. Mansilla, aunque amigo de Alvear, de Sarratea y de Soler, permaneció del lado del Cabildo, y si hizo acto de presencia en algunas de las escenas tumultuosas de la plaza pública, que se sucedian rápidas como las de un drama de majia en esos dias de vorájine, fué para llamar á juicio á sus amigos cuando los jefes de Santa Fé y Entre Rios vinieran á golpear las puertas de la antigua Capital. Movido por tal sentimiento patriótico se dirijió al campo de este último, el general Francisco Ramirez, en circunstancias en que se discutian las bases del célebre *Tratado del Pilar*, que fué el primero que lanzó la idea de un Congreso Argentino Federativo é influyó para que estas no fuesen tan onerosas como lo querian esos jefes. El general Ramirez, mal avenido con la supremacia de Artigas, invitó á Mansilla á que fuesen á trabajar para que este caudillo aceptase el tratado, y Mansilla accedió prévia licencia del gobernador Sarratea. Sobrevenido el rompimiento entre Ramirez y Arti-

gas, desalojado este último, muerto aquél, y pendientes siem pre las diferencias entre las provincias del litoral, Mansilla que mandaba en Entre Rios la única fuerza regular, se propuso traer esas provincias á la comunidad Argentina de la que de hecho estaban separadas. El pueblo del Paraná y demás departamentos lo ayudaron: y los representantes de esta provincia lo elijieron gobernador y capitan general. Esta es quizá la época mas fecunda y mas gloriosa de su vida pública. Lo primero que hizo fué estrechar y afianzar sus relaciones con Buenos Aires, y sucesivamente trabajar la paz con Santa Fé, que él en persona fué á concluir, presentándosele solo y desarmado una noche al general Lopez y declarándole que no regresaria sin haberla conseguido; erijió á Corrientes y á Misiones, que hasta entonces eran territorios dependientes de Entre Rios, en provincias soberanas, ordenando á don Evaristo Carriego y á don Félix de Aguirre, que eran los respectivos comandantes militares, que convocasen los vecindarios para que estos elijieran libremente un gobierno popular, como se hizo en efecto, erigiendo así dos nuevas provincias que concurrieron por primera vez al Congreso Argentino que se reunió poco despues. Trabajó en union del doctor don Pedro J. Agrelo y don Domingo de Oro, é hizo sancionar solamente en 1821 para Entre Rios la *primera constitucion provincial* que se dió en la República; y coronó su obra de gobernante, de lejislador y de patrióta bajando de su cargo á la espiracion del término legal, y rehusando continuarlo apesar de que fué reelecto tres veces, para no dejar sentado el precedente. Al comunicarlo así á los gobernadores de la Union Argentina, Rivadavia le dirijió en 10 de mayo de 1824 una nota en la que felicitándole por haber afianzado con su ejemplo el sistema de la ley, lo recomendaba á la gratitud pública.

Enviado por Entre Rios como diputado al Congreso general constituyente de las Provincias Unidas, el general Mansilla, con asombro de no pocos, se mostró orador brillante como Foy, y atacó concienzuda y habilmente las árduas cuestiones que se debatieron; entre éstas las del régimen de gobierno, en la que le cupo vencer con la fuerza de los hechos á diputados como á Mena y Galisteo. Fué uno de los 42 diputados que en la memorable sesion del 19 de Julio de 1826, votó el dictámen de la comision de negocios constitucionales que aconsejaba la adopcion del regimen unitario.

Declarada la guerra con el Brasil, el Presidente Rivadavia lo nombró en Setiembre de 1826 comandante general de la costa, y en este cargo el general Mansilla desplegó su actividad y sus dotes singulares, organizando varios cuerpos para el ejército; remitiendo al cuartel general todo el gran parque, armamento, vestuario y caballadas, y yendo él mismo al frente de una division á incórporarse al ejército que mandaba el general Alvear. Como general de division tomó parte principal en el combate de Camacuá, persiguiendo al enemigo y mereciendo ser especialmente recomendado al gobierno argentino. Destacado por el general Alvear al frente de su division fuerte de 1800 hombres, mandó en jefe la batalla del Ombú, en la que derrotó al famoso general brasilero Bentos Manuel que mandaba la mejor caballeria del Imperio, dispersándole de tal manera que no le permitió que se encontrase en la memorable batalla de Ituzaingó que tuvo lugar tres dias despues, el 20 de Febrero.—La participacion del general Mansilla en Ituzaingó fué brillante y así lo hizo presente el general Alvear. El gobierno le acordó por esto el uso de un escudo y cordones, y á poco fué nombrado jefe de estado mayor, en cuyo carácter asistió á las acciones parciales de esta campaña

hasta que el ejército republicano se retiró á cuarteles de invierno. En ese mismo año de 1827 fué nombrado diputado por la Rioja á la convencion de Santa Fé, y prévia consulta al gobierno, aceptó este cargo. Iniciada la guerra civil el general Mansilla, con sobradas glorias para sacrificarlas á los partidos personales, se retiró á la vida privada. En 1834 el gobierno provincial del general Viamont lo nombró jefe de policía de Buenos Aires, y Mansilla se dedicó á organizar esta reparticion, montándola á una altura desconocida hasta entonces en esta ciudad, fundando la institucion de serenos, redactando los reglamentos generales, que pidieron especialmente los gobiernos del Brasil y del Estado Oriental, y adoptaron como modelo; y emprendiendo varias obras públicas como el camino al Riachuelo de la Boca y el muelle del márgen. Desempeñó este cargo hasta que declarada la guerra al gobierno Perú-Boliviano del general Santa Cruz, el gobierno lo nombró comandante en jefe del ejército de reserva que debia organizar en Tucuman. Terminada esta, cuando ardia la guerra civil entre el partido federal de la República y el unitario que seguia las banderas del general Lavalle, el general Mansilla, con ser cuñado del general Rosas, no quiso tomar parte en ella. Sólo aceptó acompañar al comisionado francés Mr. Halley para ofrecerle en union de éste al general Lavalle, derrotado en Santa Fé y el Quebracho, las seguridades ámplias y garantias que pidiese para concluir la paz. Formó parte, como los hombres mas notables y ventajosamente conocidos, de la Legislatura de Buenos Aires de 1838, 1840, 1843, 1844, y su voz se dejó oir elocuente y arrogante para abogar por los derechos de la República, desconocidos y ultrajados por las potencias europeas que pretendian dominar en el Rio de la Plata. Consecuente con estas ideas, lo hemos encontrado al frente de la

resistencia contra los anglo franceses, en su carácter de comandante en jefe del departamento del norte, batiéndose como héroe en el glorioso combate de Obligado y el Quebracho y regando con su sangre el campo del honor argentino. Despues de Obligado volvió á batir á los anglo-franceses en Acevedo, San Lorenzo y el Quebracho. Terminada esta lucha, cuyas páginas de gloria empiezan á iluminarse ya, el general Mansilla no tomó armas hasta el año de 1852 en que el general Rozas lo nombró comandante en jefe de las fuerzas de la ciudad de Buenos Aires, cuando brasileros, orientales y argentinos venian sobre ella. Despues de 1852 el general Mansilla se retiró á Francia. La corte deslumbradora de Napoleon III abrió sus puertas á su renombre. Cuando penetró en las Tullerias con la desenvoltura de un gran señor habituado á ver cosas muy grandes; con sus cabellos y bigotes blancos que realzaban su hermosa apostura militar; cubierto el pecho de medallas y condecoraciones que llenaban su alma de orgullo pátrio; destacándose en su fisonomia noble y severa los perfiles acentuados de Turena y la arrogancia caballeresca de Felipe de Kenigsmark, colmáronlo de distinciones los magnates, y muy principalmente los generales que se habian batido con él como leones en Obligado, San Lorenzo y el Quebracho.

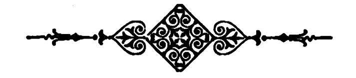
De regreso á Buenos Aires el general Mansilla empezó á asistir en su vida privada á su propia posteridad. No envejeció jamás. La eterna juventud de su espíritu iluminaba su fisonomía é imprimia á sus ideas esa espontaneidad de los que comienzan á ver la vida á través de las ilusiones espléndidas. El mismo se hacía la ilusion de estar en contacto con el porvenir. Por eso atraia las voluntades y halagaba los sentimientos.

Era el contemporáneo de sus nietos y eso que cuando

murió contaba *medio siglo de generalato*, era el general mas antiguo de la República. El enterró á casi todos sus compañeros de armas con quienes pasaba las veladas que amenizaba con la música, una de sus pasiones. Su casa, como el Ferney de Voltaire, fué hasta el fin, el centro de las notabilidades artísticas y los representantes de la elegancia y del buen gusto. Fué discreto, y hombre hasta para los preparativos de su muerte. El mismo se mandó construir su ataud, y discutió acaloradamente con el *hombre fúnebre* acerca de la malhadada costumbre que habia (y que hay todavia) de colocar almohadas tan bajas que la cabeza viene á quedar en el mismo plano del tronco del cadáver. Consiguió una almohada mas elevada, y reservó su ataud hasta el dia de su muerte. Esta tuvo lugar el 10 de Abril de 1871. A su entierro no asistieron las autoridades de la República. A su cadáver no se le hicieron los honores correspondientes al rango de general recomendado á la gratitud pública. Cierto es que en estos dias la fiebre amarilla hacia estragos, pero hace estragos mayores la ingratitud y el olvido para con los grandes ciudadanos, porque esto acusa degeneracion, enervamiento ó degradacion en los pueblos. Entre otros de sus amigos, un hombre de talento, el doctor Diego G. de la Fuente, dijo al pié de esa tumba ilustre: «No sé, señores, en que, ni como, se perpetuará algun dia el nombre del vencedor del *Ombú*, del autor de la primera Constitucion Provincial Argentina, del organizador avisado de la policia de Buenos Aires, de un soldado de la Independencia, de un diputado al congreso del año 27, de un general recomendado á la gratitud pública por Bernardino Rivadavia, pero si sé y debo aquí decirlo, que el viajero argentino que remonta los rios, detiene siempre los ojos con noble orgullo en un recodo del gran Paraná, donde un dia la entereza del general

Mansilla, rigiendo el pundonoroso sentimiento nacional, en lucha desigual con los poderes mas fuertes de la tierra, supo gravar con sangre que no se borra, derechos indestructibles de honor y de gloria. Que importa el murmullo del vulgo sobre hechos de suyo efímeros al pié de monumentos impeerecederos diseñados por el heroismo como la *Vuelta de Obligado*, donde se destacó la bizarra figura de Mansilla entre el fuego y la metralla, á la sombra, señores, no de otra bandera que aquella que saludaron con diana de triunfo en los campos de Maipo y de Ituzaingó?...»

ADOLFO SALDIAS.



SERVICIOS DEL GENERAL ESPEJO

EJÉRCITO NACIONAL

Gerónimo Espejo, nació el 30 de Setiembre de 1801 en la ciudad de Mendoza.

TIEMPO EN QUE EMPEZÓ Á SERVIR LOS EMPLEOS

Empleos	Dias	Meses	Años
Cadete de ingenieros	1	N'bre	1816
Sub teniente de artillería	13	D'bre	1817
Grado de teniente 2°	16	Abril	1818
Teniente 2° efectivo.	15	F'bro	1820
Tercer ayudante del estado mayor general .	19	Junio	1820
Teniente 1°	1	Julio	1821
Grado de capitan	25	O'bre	1821
Grado de sargento mayor.	15	Marzo	1823
Ayudante mayor	25	Julio	1823
Segundo ayudante del estado mayor general	9	Julio	1825
Capitan efectivo.	12	Ag'to	1825
Primer ayudante del estado mayor general .	26	O'bre	1826
Grado de teniente coronel	20	Fb'ro	1827
Sargento mayor efectivo	12	Junio	1828
Teniente coronel efectivo	26	Ag'to	1829
Grado de coronel	1	Mayo	1831
Coronel efectivo	4	Julio	1854

TIEMPO QUE SIRVIÓ EN CADA EMPLEO

De cadete	1	1	12
De subteniente	2	2	1
De teniente 2°	1	4	17
De teniente 1°	2	4	23

Empleos	Meses	Años	Días
De ayudante mayor	2	4	18
De capitan	2	10	18
De sargento mayor	1	2	14
De teniente coronel	24	10	8
De coronel	15	10	26
Total hasta el 1° de Junio de 1870 en que se hizo esta foja, ...	37	7	26

CUERPOS DONDE SIRVIÓ

En el cuerpo de ingenieros del ejército de los Andes.	1 N'bre 1816	1	1	12
En el 3^{er} batallon de artillería de idem	13 D'bre 1817	2	6	6
En el estado mayor general idem	19 Junio 1820	5	"	20
En el id id del ejército republicano	9 Julio 1825	3	9	8
De jefe del estado mayor del ejército del general Lavalle	17 Abril 1829	"	7	20
De id id id del general Paz.	7 D'bre 1829	1	4	24
De ministro de guerra del supremo jefe militar . .	1 Mayo 1831	1	"	25
De jefe del estado mayor del ejército del general La Madrid	26 Mayo 1831	"	7	1
Proscripto del suelo argentino y aislado en Bolivia y Perú	27 D'bre 1831	21	1	2
Vuelto de la proscripcion y presentado al gobierno .	29 E'ro 1853	1	"	22

	Desde	Años	Meses	Dias
De diputado á la sala de representantes de Mendoza.	21 F'ro 1854	"	3	4
De senador por Mendoza al Congreso nacional . .	25 Mayo 1854	2	3	1
De director de la mesa central de estadística nacional	26 Ag'to 1856	1	6	7
De oficial mayor dei ministerio de guerra del gobierno nacional . . .	23 M'zo 1858	1	11	29
De ayudante general de la inspeccion general del ejército.	22 M'zo 1860	"	1	9
De inspector y comandante general de armas interino.	1 Mayo 1860	1	7	11
De receso del gobierno nacional del Paraná . . .	12 D'bre 1861	"	6	4
De comisario nacional para recibir los archivos del Paraná	16 Junio 1862	"	8	28
De ayudante general de la inspeccion y comandante general de armas en Buenos Aires	14 M'zo 1863	4	2	23
En la plana mayor activa del ejército	8 Junio 1867	"	7	6
De jefe de oficina de pagos.	13 Enero 1868	"	2	21
De subsecretario del ministerio de guerra y marina.	4 Abril 1868	"	6	6
En el cuerpo de guerreros de la independencia . .	10 O'bre 1868	1	7	21

Total hasta el 1° de junio de 1870: 53 años y 7 meses.

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HALLÓ

En la campaña de la restauracion de Chile, desde 19 de enero de 1817 que emprendió su marcha el ejército de los Andes, al mando del Exmo. señor general en jefe, capitan general D. José de San Martin.

En la gloriosa batalla de Chacabuco el 12 de febrero del mismo año 17, por la cual el gobierno de las provincias unidas del Rio de la Plata le concedió la condecoracion de una medalla de plata.

En la campaña del sud de Chile, en persecucion de los restos del ejército español, derrotado en Chacabuco, desde 1° de mayo hasta 5 de noviembre de 1817, bajo las órdenes del Exmo. señor Director supremo de la república de Chile, don Bernardo de O'Higgins.

En el sitio de Talcahuano donde se atrincheraron los restos del ejército español. desde 7 de junio hasta 7 de noviembre del mismo año 17.

En la accion de Cancha Rayada en la tarde del 19 de marzo de 1818, á la vista de la ciudad de Talca en la república de Chile.

En la sorpresa que el ejército unido de los Andes y Chile sufrió en la misma noche del 19 de marzo de 1818, y en su retirada hasta el campamento general del Conventillo, á los suburbios de la capital de Santiago de Chile.

En la gloriosa batalla de Maypo el 5 de abril del mismo año 18, por la cual el gobierno de las Provincias Unidas del Rio de la Plata le concedió la condecoracion de un cordon de plata de honor, declarándole *heróico defensorde la nacion*; y el director supremo del estado de Chile le concedió una medalla de plata.

Prestó el juramento de fidelidad á la constitucion política

6

de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, el 18 de Julio de 1889.

Se embarcó en el puerto de Valparaiso con el ejército libertador del Perú, mandado por el Exmo. señor capitan general don José de San Martin, el 20 de Agosto de 1820, en la espedicion destinada á dar libertad al vireynato del Perú.

Entre las combinaciones que el general San Martin preparó con anticipacion para el mejor éxito de su campaña al Perú, una fué la de figurar estados mensuales de las fuerzas de los cuerpos que componian el ejército espedicionario, aumentándole de un modo bien combinado, prudente y verosimil, los que remitidos á la corte de Lima y manejados diestramente por hábiles é intrépidos agentes patriotas, produjeron aturdimiento é indecision en el virey Pezuela y en las operaciones del ejército realista: el teniente Espejo fué colaborador de este secreto, por merecer la confianza del general San Martin.

En la toma de la capital de Lima la noche del 9 de Julio de 1821, entrando como parlamentario del ejército libertador con pliegos para el Exmo. señor marqués Montemira, que quedó como gobernador de la ciudad, en la fuga del virey don José de Laserna con el ejército real.

En el sitio que el ejército libertador puso á las tropas españolas en las fortalezas del Callao de Lima, desde 10 de julio hasta el 24 de agosto del mismo año 21, en cuya ocasion el teniente Espejo fué enviado por dos veces á los castillos como parlamentario del general sitiador don Juan Gregorio de las Heras, con instrucciones reservadas.

En el asalto que por sorpresa intentó el ejército libertador á dichas fortalezas, á las 11 de la mañana del dia 14 de agosto del mismo año, en él iba el teniente Espejo como ayudante del general del centro D. Enrique Martinez, que

llegó hasta la entrada del puente levadizo del porton principal del «Castillo Real Felipe», de donde ambos se retiraron sufriendo el fuego de los torreones, baluartes y cortinas, por haberse malogrado el ataque por un incidente ajeno al alcance del hombre.

Por decreto del supremo Protector del Perú fecha 15 de agosto del mismo año 21, se concedió una medalla de oro á los oficiales del ejército libertador, y el teniente Espejo disfruta de ella con el diploma correspondiente, el cual contiene los siguientes honoríficos períodos: Por cuanto el teniente 2° de artillería don Gerónimo Espejo, ha pertenecido al ejército libertador del Perú y teniendo parte en sus difíciles empresas y gloriosos sucesos. Por tanto, he venido en declararle acreedor á la medalla y demás gracias que concede á los de su clase el decreto de 15 de agosto de 1821, y le autorizo por el presente, para que pueda usarla y recordar con orgullo á cuantos participen los beneflcios de la independencia del Perú, que él tuvo la gloria de ser del ejército libertador».

A la invasion del ejército español á la ciudad de Lima en Setiembre de 1821, el teniente Espejo salió con el ejército libertador el dia 3 al llano de Mendoza frente á la Molina, y continuó su persecusion hasta el paraje de Caballero el 25 del mismo mes.

Fué declarado *benemérito de la órden del Sol del Perú* instituida por el Supremo Protector, con la condecoracion de una medalla de oro y el tratamiento de *su señoría* segun los decretos de creacion de la órden y los títulos respectivos, en cuyo texto se leen estos honorables conceptos: Por cuanto el capitan graduado de artilleria de los Andes don Gerónimo Espejo ha tenido una parte muy distinguida en la gloriosa empresa de libertar al Perú contribuyendo

directamente á llenar las esperanzas de los pueblos oprimidos; Por tanto, he tenido á bien nombrarle *benemérito de la órden del Sol*, y le declaro acreedor al reconocimiento de la patria y de la posteridad».

El 12 de febrero de 1822 recibió comision reservada del Supremo Protector del Perú para marchar á Guayaquil, y en el mismo dia realizó su marcha conduciendo ostensiblemente veinte y cinco mil pesos fuertes, para que carenasen las fragatas «Prueba» y «Venganza» y la corbeta «Alejandro» de la escuadra española, que se habia entregado por capitulacion en la ciudad de Guayaquil, al señor ministro plenipotenciario peruano, mariscal de campo D. Francisco Salazar y Baquíjano.

El 18 de Octubre del mismo año, 22 se embarcó en el puerto del Callao con el ejército espedicionario, que á las órdenes del señor general en jefe, gran mariscal don Rudecindo Alvarado, marchó á desembarcar en los puertos intermedios para operar en el territorio sud del Perú.

En la accion que tuvo la division de vanguardia de dicho ejército mandada por el general D. Enrique Martinez, con la del ejército español á las órdenes del brigadier don Gerónimo Valdez, el 1° de Enero de 1823 en Calana, inmediaciones de la ciudad de Tacna, y en la persecusion de su fuga por el valle de Pachía hasta la sierra.

En la desgraciada accion de Torata, inmediaciones del pueblo del mismo nombre en el departamento de Moquegua, el 17 del mismo mes de enero de 1823.

En la no menos infortunada batalla de Moquegua, el 21 del mismo mes y año, donde el ejército español mandado por el general en jefe don José Canterac, derrotó al expedicionario del Sud, por ser el número de aquel más del

triple de éste y éste habia consumido todas sus municiones dos dias antes en Torata.

A la aproximacion del ejército español á la ciudad de Lima, en junio de 1823, el mayor Espejo salió el dia 13 al campo de San Borja con el ejército unido mandado por el señor gran mariscal D. Antonio José de Sucre, y de allí se dirigió á las fortalezas del Callao, donde permaneció sitiado hasta el 18 de Julio, que el enemigo levantó el sitio y se retiró para la sierra.

Por la sublevacion de las tropas que guarnecian las fortalezas del Callao, el 5 de Febrero de 1824, al aproximarse una fuerte division del ejército real á proteger los movivientos de los sublevados, el mayor Espejo se retiró de Lima el dia 26 con los restos del ejército unido de la patria á las órdenes del gran mariscal don Mariano Necochea. Presentado en Trujillo al libertador de Colombia y Supremo Dictador del Perú D. Simon Bolivar, no tuvo colocacion en el ejército; en cuya virtud, en agosto, pidió licencia para regresar á la República Argentina á presentarse á su gobierno, y obtenido el pasaporte respectivo, lo verificó en Buenos Aires el 24 de Mayo de 1825, segun anotacion de la inspeccion general del ejército por el coronel don Blas José Pico.

Nombrado el mayor Espejo el 9 de Julio de 1825, ayudante del estado mayor del ejército de Observacion sobre la línea del Uruguay, marchó de Buenos Aires con el señor general en jefe brigadier general don Martin Rodriguez, y las compañias de artillería, infanteria y caballeria, destinadas para plantel de los cuerpos que debian organizarse con los contingentes pedidos á todas las provincias; y habiendo desembarcado en el puerto del Paraná el 5 de setiembre, continuó su marcha hasta el arroyo del Molino, inmedia-

ciones de la ciudad de la Concepcion del Uruguay, donde se estableció el campamento general.

A virtud de la accion del Sarandí en octubre del mismo año 25, entre el ejército brasilero y las tropas mandadas por el general don Juan Antonio Lavalleja, el ejército de Observacion pasó el Uruguay al territorio de la Banda Oriental, estableciendo el campamento general en el lugar de San José del Uruguay.

En 1826 á consecuencia de haberse retirado á Canelones el secretario del señor general en jefe don Juan Francisco Giró, el mayor Espejo fué electo interinamente en su lugar, y sirvió el puesto hasta que el general Rodriguez se retiró á Buenos Aires.

Declarada la guerra por la República Argentina al imperio del Brasil á principios del mismo año 25; admitida como cuatro meses despues la renuncia del general en jefe D. Martin Rodriguez, y colocado en su lugar el señor brigadier general don Cárlos Maria de Alvear; renovado el título del ejército de Observacion por el de Republicano, y trasladado el campamento de instruccion al Arroyo Grande, abrió su campaña sobre el territorio brasilero del 26 de diciembre del mismo año 26, y el mayor Espejo en el Estado mayor general.

Marchando el ejército republicano en direccion de la sierra de Camacuá; y sabedor el general en jefe don Cárlos Maria de Alvear de las estratajemas de que habia hecho uso el general San Martin, con buen suceso, en sus espediciones á Chile y Perú, y de que el mayor Espejo habia sido colaborador de esos secretos, en esta ocasion convino hacer entender al señor marqués de Barbacena, general en jefe del ejército imperial, que el republicano llevaba en mal estado sus caballadas; y combinada esta desventaja con una reti-

rada violenta en otra direccion, llamarlo á un paraje donde pudiese provocarlo á campal batalla. Para la realizacion de tal proyecto, y mereciendo el mayor Espejo la confianza del general Alvear en este secreto, hizo por varios dias los partes diarios combinados sobre esta base, y de ahí resultó el movimiento retrógado del ejército argentino, sobre el rio de Santa Maria, paso del Rosario, y al dia siguiente la batalla de Ituzaingó.

Se halló el mayor Espejo en la batalla de Ituzaingó el 20 de febrero de 1827, siendo uno de los cuatro ayudantes de órdenes que el general en jefe señaló para que comunicasen las que él diese para las maniobras durante el combate, conforme á las instrucciones generales que se circularon por escrito á los jefes de division. Disfruta el cordon de plata de honor con que el gobierno nacional premió al ejército por esa victoria, siendo Presidente el señor don Bernardino Rivadavia; como asímismo, de un escudo de plata que concedió el Congreso general constituyente que á la sazon funcionaba en Buenos Aires; y además, en un grado que el general Alvear concedió sobre el campo de batalla, el mayor Espejo fué agraciado con el grado de teniente coronel.

Acercándose el invierno de 1827 y debiendo el ejército tomar cuarteles para soportarlo, el general en jefe elijió el pueblo de Cerro Largo para cuartel general; en esta ocasion el teniente coronel Espejo fué nombrado comisario general de guerra, por falta de este funcionario en el ejército; y careciendo la comisaria de fondos para el pago de los haberes mensuales y demás gastos, por un decreto del General en jefe hizo la comisaria una emision de billetes de á cinco pesos en cantidad de mas de setenta mil, á condicion de ser redimidos con los primeros fondos que mandase de

Buenos Aires el gobierno, lo cual era muy dificil por la estrechez del bloqueo que hacia la escuadra brasilera: y en esa ocasion, de una fuerte suma de pesos que el teniente coronel Espejo administró, rindió oportunamente sus cuentas á la contaduria general de Buenos Aires, segun consta del finiquito original que se registra en su lugar, entre los documentos comprobantes de esta foja de servicios.

Celebrada la convencion preliminar de paz entre la República Argentina y el imperio del Brasil, y trasmitida al ejército republicano en octubre de 1828; éste se retiró por divisiones del cuartel general de Cerro Largo, y llegado el teniente coronel Espejo á Buenos Aires con la segunda de ellas, á fin de Enero de 1829, fué nombrado jefe del estado mayor del ejército que mandaba el general D. Juan Lavalle, y en esta ocasion se encontró en la accion del puente de Marquez el 26 de Abril del mismo año 29.

Por los tratados celebrados en 26 de agosto del mismo año 29 en Barracas, entre los generales don Juan Manuel Rosas y don Juan Lavalle, el teniente coronel Espejo fué incorporado á la plana mayor activa, y á fin de noviembre obtuvo licencia temporal del Exmo. señor gobernador don Juan José Viamonte, para pasar á Mendoza á visitar su familia: empero, sabedor en el camino del estado de convulsion en que se hallaban las provincias de Cuyo, por consecuencia de los sucesos de setiembre en el Pilar, se vió precisado á encaminarse á Córdoba en diciembre, y á su arribo fué nombrado jefe del estado mayor del ejército por el general don José Maria Paz, sin admitirle escusa ni réplica; la obediencia militar le obligó á admitir el puesto, y en tal carácter asistió á la batalla de Laguna-Larga ú Oncativo, que tuvo lugar el 25 de febrero de 1830, en la que cupo al teniente coronel Espejo una parte muy notable,

pues en el acto del combate le fué muerto por una bala de cañon el caballo que montaba, y el segundo le fué heido de bala de fusil.

Habiéndose destinado una division del ejército sobre las provincias de Cuyo, marchó en marzo del mismo año 30 á las órdenes del general don José Videla y Castillo, y el teniente coronel Espejo fué nombrado jefe del estado mayor de ella.

En este mismo año habiendo hecho una invasion los indios salvajes del sud en la que llegaron hasta la distancia como de diez y ocho leguas de la ciudad de Mendoza, el gobierno despachó oportunamente tropas suficientes para contenerlas, y se logró felizmente derrotarlos completamente en el punto de Totoral. En consecuencia de esto y de hallarse la frontera sin fuertes para su defensa, el gobernador Videla Castillo, en persona, hizo una visita, y el teniente coronel Espejo fué comisionado para trazar y construir un fuerte, el cual delineó y edificó á la parte sud de la villa de San Cárlos, con baluartes para artilleria y cuarteles capaces para alojar ochocientos hombres.

El 26 de marzo de 1831 en el mismo carácter de jefe del estado mayor de la division Videla, se halló el teniente coronel Espejo en la accion del Rodeo de Chacon, que tuvo lugar entre esa division y la del mando del general don Juan Facundo Quiroga.

Reincorporado al ejército del general Paz en la ciudad de Córdoba, ejerció el puesto de ministro de la guerra del gobierno general de las provincias de la liga, del cual hizo dimision y le fué admitida el 26 de mayo de 1831.

Retirado de Córdoba el ejército sobre Tucuman en el citado mes y año, y nombrado nuevamente el coronel Es-



pejo, jefe del estado mayor, se encontró en la batalla de la Ciudadela de Tucuman el 4 de noviembre de 1831.

Resuelta la situacion política de las provincias del norte por el acontecimiento de la Ciudadela y á consecuencia de la convencion ajustada en Tucuman á 2 de diciembre, el coronel Espejo, igual que los generales, jefes, oficiales, y algunos individuos de tropa, que constan de una lista original fecha 27 de diciembre de 1831, firmada por el general D. José Videla y Castillo salió proscripto del territorio argentino como *salvaje unitario*, y tomó asilo en la República de Bolivia, siendo á la sazon presidente el excelentísimo señor gran mariscal don Andrés Santa Cruz, quien dispensó á toda la emigracion la más bondadosa y munificiente hospitalidad.

Arrastrado por la desgraciada suerte del proscripto, aun en el suelo estrangero ha prestado el coronel Espejo algunos servicios á la humanidad, como dan una lijera idea los documentos públicos de los años 1844 á 1850 que se registran entre los comprobantes de que tiene en su poder.

A consecuencia de la inmortal victoria de Caseros, que derrocando al tirano restituyó la libertad á los argentinos el coronel Espejo regresó al suelo de la patria el 29 de enero de 1853, y el 9 de julio prestó juramento de obediencia y fidelidad á la constitucion de la república, dictada por el soberano congreso general constituyente reunido en la ciudad de Santa-Fé.

En 21 de febrero de 1854 fué elegido el coronel Espejo diputado á la honorable sala de representantes de la provincia de Mendoza, segun lo comprueba la nota del ministro general de gobierno, que se encuentra original entre los comprobantes.

El 25 de mayo del mismo año 54 el coronel Espejo

fué elegido por la honorable sala de representantes de la provincia de Mendoza, senador suplente al congreso le gislativo federal de la Confederacion, y funcionó como tal en la cámara respectiva en los periodos de 1854 y 55, segun consta de los documentos de la materia que corren entre los comprobantes.

Segun decreto del gobierno fecha 22 de noviembre del mismo año 54, el coronel Espejo fué nombrado tesorero del Banco nacional del Rosario; y por supresion de esa oficina, continuó en el mismo cargo en la administracion de Rentas.

A virtud de renuncia del administrador de la aduana del Rosario D. Nicasio Oroño, y siendo elegido para subrogarlo el señor don Gregorio Gomez que se hallaba ausente en Chile, el coronel Espejo desempeñó dicho puesto interinamente por mas de tres meses, conforme al decreto de 12 de febrero de 1855, que se registra entre los documentos.

Por decreto de 26 de agosto del año 56, el coronel Espejo fué nombrado archivero general de la Confederacion, encontrándose este nombramiento así como el anterior, comprobados por decretos adjuntos á la nota eld señor ministro del interior fecha 9 de setiembre del mismo año, que corre entre los documentos de este espediente.

El 18 de diciembre de 1857 fué comisionado el coronel Espejo por disposicion suprema para dirigir y fiscalizar la impresion litográfica de la estampilla, creadá para el porte de las cartas, que girasen por las estafetas de la Confederacion. Los comprobantes de esta comision, se encuentran originales entre los documentos de este espediente.

El 23 de marzo de 1858, el coronel Espejo fué nom-

brado por decreto Oficial Mayor del ministerio de guerra y marina del gobierno nacional, y entre los documentos de este espediente se encuentra el comprobante de este nombramiento.

El 22 de marzo de 1860 y por decreto del gobierno numero 30, conviniendo al mejor arreglo de la inspeccion general del ejército dar una forma más completa al personal que la servia, el supremo gobierno de la Confederacion creo el empleo de ayudante general con la dotacion de ciento cincuenta pesos mensuales, y nombró al coronel Espejo para desempeñarlo.

El 1° de mayo de 1860, el coronel Espejo fué encargado interinamente del despacho de las tres oficinas reunidas de la inspeccion general del ejército, de la comandancia general de armas de la capital, y la comandancia general de marina, segun decreto de gobierno núm. 76 de registro nacional, á virtud de que, debiendo ausentarse de la capital el Exmo. señor ministro de guerra y marina coronel don Benjamin Victorica, el inspector general se encargó del despacho de dicho departamento.

Habiéndose declarado en receso el gobierno nacional por su decreto de fecha 12 de diciembre de 1861, el coronel Espejo en consecuencia cesó en las funciones de inspector general: mas el gobierno de Buenos Aires, como encargado del Poder Ejecutivo nacional, le nombró con fecha 16 de junio de 1862, adjunto á la comision de comisarios que debia recibir los archivos del Paraná, cuyos antecedentes todos pueden verse entre los documentos comprobantes.

Encajonados los archivos y toda clase de enseres de propiedad nacional y despachados á Buenos Aires, el gobierno ordenó al coronel Espejo bajar á la capital á pre-

sentarse al ministerio, y á su arribo le renovó el nombramiento de ayudante general de la inspeccion y comandancia general de armas, segun acuerdo del 14 de marzo de 1863.

A los 4 años y dos meses el coronel Espejo hizo renuncia de la ayudantia general de la inspeccion, la que al aceptársela el gobierno por decreto fecha 17 de junio de 1867, mandó que siguiera revistando en la plana mana mayor activa.

En fecha 13 de enero de 1868, el gobierno nombró al coronel Espejo jefe de la oficina de pagos, encargándole su regularizacion y arreglo, conforme al decreto orgánico que espidió en 1° de febrero.

Hallándose vacante la sub-secretaria del departamento de guerra y marina del gobierno nacional, el coronel Espejo fué nombrado sub-secretario interino con fecha 4 de abril del mismo año 68, destino que desempeñó hasta 10 de octubre.

Conforme á la ley que el Congreso nacional sancionó en 22 de setiembre del mismo año, el coronel Espejo con fecha 10 de octubre fué inscripto en el cuerpo de *guerreros de la independencia*, donde revista.

Ademas de los servicios que quedan detallados, el coronel Espejo ha prestado y justificado con notas oficiales y diversos documentos públicos, que ha asistido á juntas de guerra á que ha sido invitado por generales en jefe de los ejércitos de la república, ha sido presidente de consejos de guerra, ha asistido como vocal de otros, ha desempeñado las funciones de jüez fiscal en causas militares, y la de defensor de reos en otras, y por ùltimo, ha prestado servicios á los pueblos y los gobiernos de las repúblicas americanas, como lo ha comprobado sufi-

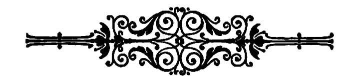
Fué un soldado pundonoroso, campeon abnegado, distinguido ciudadano é historiador tan modesto como verídico.

Ha muerto amado de su pueblo y al depositarse sus restos, su nombre se incorpora á la lista de inmortales que tiene la República Argentina.

Su entierro fué numeroso, yendo el acompañamiento á pié, tras del carro fúnebre, y en el cementerio, el general don Bartolomé Mitre, hizo su elogio en breves y elocuentes palabras; no así sus funerales, donde no se le rindieron, ni los honores militares que son de ordenanza.

La Revista Nacional, se asocia con recogimiento al luto de la patria.

La Direccion.



1º DE ABRIL 1889 BUENOS AIRES ÑO III-TOMO-VIII-Nº 36

REVISTA NACIONAL

HISTORIA AMERICANA—LITERATURA—JURISPRUDENCIA

MEMORIAS DE UN SOLDADO

(CONTINUÁCION)

En el medio mismo del corral me hallaba yo sentado con mi fuego y mi oveja por delante, de la cual iba sacando los pedazos que consideraba estaban en buen estado, los que despachaba con increible presteza al estómago, cuando de improviso se abre la puerta del corral y se presenta á mi vista....... mi patron. La cabeza de Medusa no me hubiera dejado tan petrificado como la no esperada vista y presencia de aquel demonio. Acababa de llenarme la boca con un buen pedazo de carne, cuando lo avisté, y fué tanto mi espanto al fijar la vista en él, que no pude tragarlo ni devolverlo, ni moverme de la postura en que estaba. ¿Qué haces? me dijo con una voz de trueno. Quise responderle que no era cosa de consideracion lo que hacia, pero me impidió que pudiese articular ni una sola palabra, el pedazo de carne, que al tragarlo, se me habia anudado en la garganta y no subia ni bajaba, embargándome á un mismo tiempo la palabra y respiracion. ¡Esto ya no se puede sufrir, exclamó: prevente, pues sin la menor misericordia te voy á sacar el pellejo, como hicieron con San Bartolomé!

Confieso que entonces conocí lo muy mal que habia hecho, pero ya no tenia remedio, y lo que mas ocupaba por entonces mi mente, era la tremenda sentencia que contra mi se habia pronunciado, la que á cada momento me

parecia oirla nuevamente resonar en mis oidos; siendo tanto el horror que se apoderó de mí al contemplarme despellejado de piés á cabeza, que sin entrar en ninguna reflexion procuré ponerme en salvo fugando de la casa: mas á mi patron que segun entiendo, le asistian los más positivos deseos de escarmentarme é infiriendo tal vez, la determinacion que yo pudiese tomar, habia cerrado todas las puertas, de modo, que tuve que pasar por el sentimiento de verme pillado y encerrado en un cuarto, en el cual me hizo pasar cuatro dias en duplicado ayuno,

Un dia por la mañana sentí que abrian las puertas de mi prision, presentándose en seguida el negro Joaquin, el que tomándome de la mano me dijo, tenia órden de su amo para conducirme á su presencia. Salí temblando de susto y el corazon en extremo palpitante, creyendo era ya llegada la hora del tormento: hice un devoto acto de contricion y con tembloroso y vacilante paso llegué hasta la sala donde estaba mi patron, sitio en donde yo consideraba encontrar mi suplicio. Mi primer cuidado al entrar allí, fué, dirigir la vista sobre todos los objetos que se presentaban, por ver si entre ellos descubria las herramientas de desollar gente, que por habérmelas figurado de horrendas formas, estaba curiosísimo de conocer: más á pesar que dí varios paseos con la vista por toda la sala, no vi cosa que me causase inquietud, lo que llegó á tranquilizarme algo. Luego que estuve en presencia de mi patron, me dijo éste; que habian sido tantos los empeños de su mujer é hija para que me perdonase, que se habia visto en la necesidad de condescender, suspendiendo por entonces el justo y gran castigo que mis escesos merecian; pero que si por entonces usaba de esa clemencia era con la advertencia y precisa condicion de que si otra vez delinquia, fuese cual fuese la condicion del hecho, sería

doblemente castigado y despedido de la casa irremisiblemente. Prometíle yo que seria muy honrado en adelante, más el encierro y la mucha hambre que me había hecho pasar en los cuatro dias, me habian dispuesto tanto el ánimo contra él, que interiormente resolví vengarme en Ia primera oportunidad que se me presentase.

En seguida de la reconvencion pasamos é tomar el desayuno: pusieron la mesa y sirvieron el inmaginario almuerzo, el que no sirvió de otra cosa, que de hacer entrar en deseo á los dientes y poner en alarma al estómago. Mas ligeros todavia que cuando nos sentamos á la mesa nos levantamos de ella y marchamos al almacen. Antojósele á mi patron este dia, descomponer y componer todo cuanto en él habia, y yo tuve que estar en la escalera acomodando y desacomodando, de suerte que ya se me partian las espinillas de tenerlas apoyadas contra los escalones ó gradillas de élla. Al dia siguiente continuó con su mania, faltándonos aun por remover lo más trabajoso, y creciendo en mi por momentos la cólera, porque conocia que solo se hacia todo aquel transtorno, con solo el objeto de mortificarme. Puesto yo en lo alto de la escalera, le echaba unas grandes piezas de lienzo llamado *sana* cuyo peso era bastante considerable, y él, las recibia al pié de la escala y luego marchaba á colocarlas en el mostrador. Acabada enteramente mi paciencia, le echo una pieza, la recibió, y habiendo dado vuelta para ir á ponerla donde estaban las demás, le eché otra, peguéle con ella en el cogote, balancéale el cuerpo y finalmente fué á dar con la frente en el filo del mostrador y despues, con todo su cuerpo en el suelo. Levantóse enfurecido echando espuma por la boca y fué á tomar la vara de medir para vengar con ella sus agravios y medirme con ella todo el cuerpo. Yo que conocí el gran riesgo que me



amenazaba no pude menos que alzar mis manos al cielo y exclamar: ¡O glorioso santo de este dia, que ni sé como te llamas ni de donde eres, te suplico impidas que este hombre me haga pedazos las canillas á palos! Al pronunciar estas palabras, por un movimiento indeliberado y como si el santo á quien invoqué me hubiese impulsado de un modo invisible, dí desde arriba de la escalera un salto sobre mi patron en circunstancias que acababa de agarrar la vara, y sin saber cómo, ni como no, me hallé á horcajadas sobre sus hombros. El peso de mi cuerpo hizo que el suyo se doblase, de modo, que volvió á dar con las narices en el suelo. Viendo yo tan bella oportunidad, le quité de las manos la vara, de otro tiron la peluca, y con cuantas fuerzas pude le dí con el puño de la mano siete ú ocho golpes en la despoblada cabeza, con lo que quedó aturdido: entonces desaciéndome de la bestia en que estaba cabalgado, tomé mi sombrero y me puse en la puerta del almacen con el objeto de ver, lo que haria mi patron, luego que se le hubiese pasado un poco el susto. Todos estos movimientos fueron ejecutados con tal rapidez, que no hubiera bastado la vista á seguirlo. A poco rato de estar yo aguardando y cuando el aturdimiento se le hubo pasado un poco á mi D. Santiago, se levantó, y viéndome muy plantado en la puerta, con una voz melíflua y afeminada me dijo: «hombre; tu eres el mismo Demonio, un asesino, un pícaro. Vete con Dios que no quiero tenerte mas á mi lado, pues temo que el dia menos pensado acabes con mi vida. Vete con Dios te vuelvo á decir, que no quiero verte mas.» Dicho esto me saqué el sombrero, le hice una profunda y donosa cortesía con el mayor donaire y le volví la espalda, sin pensar en cobrarle mi trabajo de tanto tiempo, ni tampoco él pensó en darme



un solo peso, como que es costumbre general en los patrones.

Aunque me es imposible explicar el gran contento que tuve al verme libre del fatal dominio de aquel Fariseo, no por eso dejaba de entristecerme sobremanera el no saber que giro tomar en aquellas afligentes circunstancias, ni adonde dirigirme, ni en qué ocuparme para adquirir la subsistencia. Ocupado enteramente con estas melancólicas ideas y sin intento alguno determinado, dejé que mis piés marchasen á su voluntad para que me dirigiesen donde fuese de su agrado, mientras que mi imaginacion ocupada en cosas de suma gravedad, volvia y revolvia en mi cabeza cien mil proyectos á cual más desconcertados, y sin haberme podido resolver á nada, me hallé de improviso en la puerta de la tienda de una señora conocida mia llamada doña Antonia Moreira, á la que saludé cortesmente, volviendo en seguida á quedarme sumergido en mis angustiosas meditaciones. Observando la señora que yo debia padecer alguna pesadumbre, con tono y ademanes dulces y amorosos, me preguntó la causa de mi tristeza.

El eco de aquellas cariñosas y benévolas palabras desterraron de mi toda la cólera de que aún me hallaba poseido, enternecieron mi corazon y llenándoseme entonces los ojos de lágrimas, le referí con toda sencillez y la mayor verdad, sin ocultar cosa alguna, todo cuanto me habia pasado con mi patron desde mi llegada á su casa, y los acontecimientos de ese dia, por los cuales me habia despedido.

Mucho se indignó la señora contra el proceder que conmigo habia tenido D Santiago, y como ella tenia un mediano conocimiento de dicho señor, no dudó por un momento que era cierto cuanto le habia referido. Despues de haber vituperado cuanto quiso la conducta de mi patron,

dirigiéndose á mi y acariciándome, me dijo: «no te dé cuidado »hijo mio, que aun cuando ese mal hombre te ha despedido »tan sin ninguna consideracion de su casa, yo te acojo y »quiero que vengas á la mia, que de lo que yo disfrute »participarás tú; y desde este momento debes figurarte »que mi casa es aquella en la cual nacistes, pues aun cuando »yo tal vez no pueda proporcionarte las mismas comodidades »que le facilitaban tus padres, estoy segura, que siempre »lo pasarás mucho mejor conmigo que no con D. Santiago. »Ven, siéntate junto á mi, y olvida tus penas.»

Acepté la oferta que me hacia la bondadosa señora, dándole las mas expresivas gracias por el beneficio que se dignaba dispensarme, con lo cual se alivió tambien mi alma de los pesares que la habian acongojado.

Serian las dos de la tarde cuando me dijo la señora que la acompañase á comer: ¡Santo Dios; que palabras tan dulces, fueron para mí estas! más de una hora estuve repitiendo entre mi: ¡comer, comer! Jamás alma que salió del Purgatorio á gozar de la mansion elegida para los predestinados, dió mas saltos y cabriolas que las que yo dí ese dia: fuera de mi estaba de gozo: todo me parecia bueno: creia que la fortuna me halagaba entre sus brazos; en fin, yo estaba loco. Llegamos á la casa, pusieron la mesa y en seguida los manjares; no ideales como en la casa de D. Santiago, sino reales y efectivos y los ojos me brillaban de gozo á cada plato que se servia. Concluida la comida, no me cansaba de dar gracias y bendecir la mano protectora que así me trataba. Vida excelente pasaba yo en esta casa: todo era placer, todo dicha y continuamente agradecia al cielo el que me hubiese sacado de la servidumbre de Egipto y llevado á la tierra de promision.

No podia parar en bien una mudanza tan repentina y

estraordinaria en el método de comida á que anteriormente estaba acostumbrado mi estómago, mucho mas en una temperatura tan delicada y epidémica como la de Lima. Hecho ya mi estómago á recibir el alimento en palabras, estrañó enteramente las obras y me sucedió lo que debia esperar. Se apoderó de mí un maligno empacho que degenerando en una terrible disenteria, me postró en cama y de allí al borde de la sepultura! ¡Ah, y cuantas veces maldije al pícaro que con sus continuados ayunos y dietas, habia desorganizado mi organizada máquina!: pero el mal iba tomando cuerpo y cada dia se hacia mas difícil el poder restablecer mi salud. Al fin, á costa de los infinitos cuidados que conmigo tuvo mi patrona, en que demostró la generosidad de una reina, logré escapar de las garras de la muerte, cosa que á todos parecia imposible. Mi convalecencia duró mucho: tuve varias recaidas de mucha consideracion, mas al fin pude verme totalmente restablecido.

VI

Una expedicion patriota procedente de Chile y á las órdenes del general don José de San Martin, arriba y desembarca en las costas del Perú: oficio que el virey don Joaquin de la Pezuela dirige á las autoridades militares de sus dominios, haciéndoles saber esta ocurrencia. El virey propone á San Martin unos tratados, que fueron desechados por éste. Hostilidades de los patriotas. Varian estos de posicion.

A esta sazon nos hallábamos ya en el año 1820. Todo el Perú gozaba entonces de una inalterable tranquilidad; la alegria y contento rebosaban en aquellos venturosos habi-

tantes, anunciando todo el bienestar de cada individuo; la agricultura estaba en buen estado, y daba productos abundantes y valiosos; la mineria halagaba las esperanzas del minero, dándole numerosos marcos de plata; y el comercio, á pesar de haber sufrido bastante, por la guerra que en varias partes de la América se hacia, todavia y con mucha frecuencia se efectuaban transacciones de suma importancia, que cada dia acrecentaban mas y mas, los gigantes caudales que encerraba en su seno, la opulenta Lima. ¡Todavia brillaba el Sol en el Perú, en su mas claro medio dia! Embriagada Lima en su inmenso bienestar, dormia profunda y tranquilamente en los brazos de su dicha, arrullada por los melodiosos cánticos de sus afortunados y alegres hijos, cuando el estruendo aterrador de la guerra la despertó de su dulce letargo para que viese los destrozos y miserias que le preconizaba la espantosa voz del cañon, la cual en lo sucesivo habia de reemplazar los armoniosos cantares del pueblo, y los combates y la miseria ocuparian el lugar de la abundancia y delicias que entonces disfrutaba: ella en fin, abriendo los ojos, vió lo que jamás pensó haber visto.

Como á mediados de setiembre de este mismo año se supo en Lima por un espreso que se le dirigió al virey, que el dia 8 del mismo mes, habia llegado á Pisco y desembarcado allí, una espedicion patriota procedente de Chile, mandada por el general don José de San Martin, calculándose toda la fuerza espedicionaria en unos 5,000 hombres poco mas ó menos.

Esta noticia causó en los tímidos habitantes de Lima y aun del Perú todo, tanto espanto, como si el mundo se hubiese desencajado de sus ejes, é ídose á estrellar contra otro mundo. Todo fué desde ese momento una confusion, un tras-

torno, todo negocio se suspendió y finalmente, todas las cosas variaron de aspecto.

No es mi intento el referir las alternativas terribles que sufrió el comercio en todos sus ramos, ni las pérdidas que desde aquel momento empezó á sentir el país: esto toca hacerlo á hombres de talento é inteligencia en la materia, y que hayan presenciado y observado con atencion, las oscilaciones que sufrió el Perú en aquella época. Yo por mi parte, me ciño única y esclusivamente á referir algunos acontecimientos de esta guerra, siguiéndoles la pista sin intermision, esplicándolos como mejor me ayude mi entendimiento y segun me recuerde mi cansada memoria los sucesos.

Informado el virey de la noticia que se le participaba, empezó á tomar disposiciones para resistir la invasion, y sin pérdida de tiempo, ofició á todas las autoridades y jefes militares de todos los puntos de sus dominios y muy en particular al señor brigadier don Juan Ramirez, jefe de las fuerzas del sud sobre la línea del Desaguadero, en que comunicándoles la llegada de dicha espedicion, les decia así:

« Ha llegado al fin á Pisco la anunciada espedicion de Chile, y desembarcado en aquel punto el dia 8 del presente mes. Todo su decantado ejército consiste, segun noticias que se han recibido, en 4,700 hombres. Su plan parece dirigido á fijar allí su establecimiento, para prolongarlo segun las alteraciones que promuevan, y los auxilios de gente, víveres etc, que puedan agenciar la ilusion ó la violencia. Este acontecimiento, aunque ocasiona las atenciones propias de su clase, asegura el feliz éxito de nuestra justa causa, contra la que no pueden prevalecer la débil fuerza destinada á invadirla, por la muy superior y prepotente que ha de contrarestarla, ni causar el menor trastorno en la acen-

drada fidelidad de los honrados habitantes del Perú que conocen bien, que este avance es el último recurso que toma en su despecho el caudillo San Martin, imposibilitado de permanecer en Chile, donde sus temeridades le han formado opuestos partidos que no puede contrarestar.»

«Hasta el presente no ha tenido movimiento alguno su primera posicion: el gobierno vigila sobre el enemigo con competentes partidas que los incomoden y observen sus pasos; y á la actividad y celo de los gobernadores de las provincias, corresponde en estas circunstancias el tomar sin demora las mas vigorosas disposiciones para la reunion y alistamiento de sus respectivas fuerzas, velar incesantemente sobre la conservacion del órden interior, y estar muy á la mira para que por ningun ángulo de su Departamento, puedan introducirse los agentes de que se valgan, para propagar sus pésimas insinuaciones. Es el tiempo crítico de la mayor vigilancia de los que mandan y del prudente uso de la autoridad, para afianzar el sosiego y la entera decision de los súbditos, por nuestro propósito. La reunion militar de los respectivos cuerpos, debe asegurar tan sagrados objetos y estar diestramente preparados, para cuando la necesidad lo exija: con el bien entendido, de que siempre que se mantengan fieles los pueblos, no solo sufrirán su desengaño los invasores, sino que muy en breve nos darán un dia de gloria que asegure por mucho tiempo la tranquilidad de estos pacíficos dominios.»

«Dios guarde á V. E. muchos años. Lima y setiembre 11 de 1820. *Joaquin de la Pezuela.* Señor brigadier don Juan Ramirez.»

Habiendo el Virey dado este paso, procedió en seguida á reunir todas sus tropas en la Capital, para dar á las di-

visiones las direcciones convenientes, segun los movimientos que efectuasen los patriotas; mas éstos, dueños de los mares por la impotencia de la escuadra española, amenazaban favorecidos de sus buques, desembarcos diarios en todos los puntos de la costa, la mayor parte de ellos falsos, y tan solo con el objeto de llamar la atencion de los realistas en todas direcciones, diseminarlos, fatigarlos hasta el último estremo para que no les inquietasen su mansion en Pisco, y poder entretanto, efectuar con alguna comodidad, el plan de invasion que se tenian propuesto.

Viéndose Pezuela fatigado por todas partes á consecuencia de los continuados y diversos movimientos de los patriotas, creyó librarse de ésto y sacar las ventajas que pudiese de sus enemigos, proponiéndoles unos tratados de paz, á su parecer admisibles: púsolo en ejecución, mas el general San Martin los desechó con desprecio. Este nuevo incidente obligó á Pezuela el noticiarlo á las autoridades, haciéndolo en la forma siguiente:

«Los recelos de que el General de la espedicion enemiga que ha desembarcado en Pisco, no se avendría á ningun acomodamiento racional que hiciese cesar los horrores de la guerra, segun lo anuncié á V. S. en oficio del 23 del mes próximo pasado, tratando de este importante acontecimiento, se han hecho efectivos. Se han deshechado altaneramente las paternales aspiraciones del rey consignadas en propuestas que, consultando decididamente la felicidad de estos pueblos, acreditan del modo mas evidente que S. M. sin olvidar el decoro nacional y la dignidad de su rango, descendia en mucha parte de sus legítimos derechos, por tal de arribar al interesantísimo término de la pacificacion de este hermoso continente».

«Este gobierno superior, ha apurado todos los recursos de su moderacion política, para conseguir una transaccion amistosa que diese fin á las inmensas desgracias que ha causado á la América una contienda de tantos años.»

«Habiéndose negado rotundamente los diputados del General enemigo á jurar nuestra constitucion y someterse á la monarquia española bajo una absoluta igualdad de derechos en el nuevo sistema liberal del dia y con la oferta solemne de conservar en el goze de sus destinos, honores y prerogativas, á los gobernadores y jefes de los paises disidentes, se pasó á proponerles una suspension de hostilidades, mientras mandaban á España comisionados para que espusiesen sus quejas y arreglasen definitivamente con nuestro supremo gobierno estas desavenencias, dejando tambien en tal caso mientras tanto á los gobernadores en el completo ejercicio de sus atribuciones actuales, y á los pueblos en el mismo estado é independencia de hecho en que al presente se hallan y franqueando un comercio recíproco, que poniendo en circulacion los productos territoriales, estableciese las relaciones útiles, entre unos y otros.»

«Ningun partido ventajoso ha bastado para hacerles abandonar su temerario proyecto de conquistar el Perú y han sido desairados mis ardientes deseos por una conciliacion que cerrase las profundas llagas que esta porfiada lucha, ha abierto en el cuerpo político de la América. En esta virtud, la razon y la justicia, legitiman con la mayor fuerza el arbitrio de las armas, único decoro que resta para repeler con suceso esta invasion destructora. Yo me prometo seguramente humillar su arrogancia, si penetrados los pueblos fieles de sus verdaderos intereses, se aunan para conservar en todo su vigor el órden establecido.»

«Propague V. S. por todas partes y vias posibles estas

ideas que tanto deben contribuir á fomentar la opinion favorable á nuestra causa, y en la inteligencia de que el general San Martin me acaba de intimar, que iba á romper al instante las hostilidades. Prepárese V. S. á cualquier acontecimiento, y no omita providencia ni medida alguna para que manteniéndose en seguridad y el debido reposo el distrito de su mando, se consiga la comun defensa.»

«Dios guarde á V. S. muchos años. Lima, octubre 7 de 1820. *Joaquin de la Pezuela.* Señor brigadier don Juan Ramirez.»

No habiendo el general San Martin convenido en las proposiciones de paz que le hizo Pezuela, y decidídose á continuar activamente las hostilidades, mandó á principios de noviembre de este mismo año, al general don Antonio Alvarez de Arenales con una Division compuesta de unos 1,500 hombres, para que internándose con ella en las poblaciones de la Sierra, á mas de apoderarse de los inmensos recursos que en ella habia, amenazase desde ese punto y como mejor conviniese á las ciudades de Arequipa, Huamanga, y valle de Jauja. Otra fuerza en la misma fecha y á las órdenes del coronel don Francisco de Paula Otero, marchó en direccion á la Sierra de Pasco, para distraer por esta otra parte á los realistas, dominar toda esta parte de la Sierra y amenazar la ciudad del Cuzco y caminos que conducian al Alto Perú: tanto Arenales como Otero debian engrosar sus fuerzas lo más que les fuese posible quitar á los enemigos cuantos recursos pudiesen, alarmar el país en su favor, etc., etc.; mientras el resto del ejército Patriota que quedaba situado en la costa, debia tener en un contínuo movimiento á las tropas del Virey, amenazando continuados desembarcos en los puntos mas importantes, de modo que por atender á éstos, les fuese imposible desprender fuerzas

que marchasen á atacar á las divisiones que se dirigian al interior.

Conducida esta combinacion con grande inteligencia y prontitud, lograron los jefes de ambas espediciones arribar á los puntos á que habian sido destinados: puestos en ellos, hicieron cuanto daño pudieron á sus enemigos, sublevando los pueblos, apoderándose de las caballadas, ganados, dineros y cuantas otras mas cosas pudieron, sembrando al mismo tiempo en todas partes las semillas de libertad y rebelion, que prósperamente fructificaban.

Sin embargo de lo envueltos y fatigados que se hallaban los realistas con las incesantes maniobras de los patriotas, procuraron oponer algun obstáculo á los rápidos progresos de Arenales y Otero, para lo cual mandaron contra el primero al comandante general de caballeria, Ricafort, con una fuerte Division, para que persiguiendo al enemigo, lo esterminase donde quiera que le diese alcance. Ricafort hizo una rápida y tenaz persecucion á su enemigo, de tal modo, que Arenales tuvo por necesidad que desamparar á Huamanga con precipitacion, emprendiendo su retirada por Huanta y ejecutando este movimiento tan tumultuosamente, que no solo dejó abandonados todos los ganados y caballadas de que se habia apoderado, sino tambien dejó en manos del enemigo 300 fusiles, 30,000 cartuchos á bala y otros muchos pertrechos de guerra que no pudo salvar. El resultado de la espedicion Arenales fué, haber perdido casi toda su fuerza, pues fueron pocos los que alcanzaron á reunirse á su ejército, y enseñar á los realistas que los patriotas no eran invencibles; mas en cambio del descalabro que éstos sufrieron, dejaron sublevada y alarmada toda aquella parte del país que habian ocupado, dejando con esto, otros nuevos y mas serios cuidados á los españoles.

Mientras que sucesos tales tenian lugar en la Sierra, el Virey en la costa, tomaba las mas activas medidas contra su enemigo, destacando al general O'Reylly con una division de 3000 hombres para que situándose sobre Pisco, observase los movimientos del general San Martin, le privase de todo recurso é impidiese el que pudiese desprender mas fuerzas en ninguna direccion, para protejer á los pueblos que se declaraban en su favor. O'Reylly marchó, situándose á las inmediaciones de Pisco el 25 de noviembre, y su vanguardia al mando del coronel, Marqués de Valle-Umbroso, se estendió hasta Nasca y San Juan de Lucana, dejando de este modo interceptada la comunicacion de la Sierra con la costa del modo mas rigoroso posible. Al mismo tiempo el Virey, teniendo reunido el resto de su ejército, lo conservaba dispuesto á marchar, donde las circunstancias lo exigiesen.

Viendo el general San Martin el fatal resultado que habia tenido su empresa sobre Huamanga, lo mucho que esta ocurrencia habia desmembrado su ejército, el fatigoso asedio á que lo tenian reducido las fuerzas realistas, y lo poco adecuado que era el punto que ocupaba á los grandes fines que se proponia; pero habiendo conseguido de que todas las poblaciones de aquella parte de la costa se decidiesen por él, resolvió mudar de posicion á punto mas ventajoso, donde prosiguiendo su plan, le prometiese mejores y mas seguros resultados: con este intento, reembarcando sus tropas, se dirigió al norte de Lima y desembarcando en Huacho, ocupó el punto de Huaura, donde fijo su cuartel general el 18 de diciembre del mismo año.

En el acto de haber recibido Pezuela la noticia del nuevo punto que ocupaban los patriotas, empezó á tomar medidas para hostilizarlos, al mismo tiempo que daba parte de esta ocurrencia á todas las autoridades militares diciéndoles:

« Variada la posicion de los enemigos de Pisco á Huaura « para continuar sus hostilidades á la orilla del mar sin « desamparar sus buques, este gobierno ha cuidado de resta- « blecer la tranquilidad en los puntos que dejaron incendiados « y con algunas guarniciones, todas las que están ya, en « nuestras manos. »

« Sigue el señor Ricafort los pasos de una division que « desde Huamanga se ha internado al mineral de Pasco, « y no es dudable que al mismo tiempo que deje tranquilos « los pueblos de su tránsito, la bata completamente donde « quiera que la alcance. »

« El estado de las operaciones de la guerra hasta ahora, no « es otro sin que pueda variar; porque siendo la fuerza prin- « cipal del ejército enemigo la seduccion, no se presentará á « dar accion alguna teniendo la probabilidad de ser destruido, « por la superioridad de las armas del Rey en calidad y « número. La conducta de estos invasores con los pueblos « indefensos que los han recibido, ya abandonándolos, ya « despojándolos de sus propiedades, ha producido en los « ánimos tal horror, que no es posible los admitan por « segunda vez, si pueden defenderse. »

« Aprovecho la salida del correo de Arequipa, para « comunicar á V. S. estas noticias, y para prevenir las « siniestras que intentan propagar por todo ese territorio, « para amortiguar los espíritus y disponerlos á abrazar el « partido de la insurreccion. »

« Dios guarde á V. S. muchos años. Lima, 18 de diciembre « de 1820.—Joaquin de la Pezuela.—Señor brigadier don « Juan Ramirez. »

VII

Las tropas realistas reunidas, acantonan en Asna-Puquio.—Situacion de Lima.—Motin militar en el ejército del Rey.—Es obligado Pezuela á hacer dimision del mando y colocan en él al general Laserna.—Pezuela hace saber su dimision.—El batallon realista, «Numancia» se pasa á los Patriotas.—Armisticios propuestos por Laserna á San Martin.

Colocados los patriotas en su nueva posicion, desde la que próxima y directamente amenazaban á Lima, tuvo el virey, para precaver cualquier movimiento repentino de ellos, que reconcentrar tropas en la Capital, haciéndolas acampar como á una legua de distancia, en el campo llamado Asna-Puquio, en donde hizo levantar grandes atrincheramientos, varios reductos y algunas baterias, cuyas precauciones daban á entender, por el encierro en que se habia puesto, que se consideraba estrictamente sitiado por su enemigo que no era capaz de poderlo hacer y que se hallaba á algunas leguas de distancia. A esto fué á lo que se redujeron los planes de campaña de Pezuela, y aun cuando contaba con un ejército numeroso, lucido y entusiasmado, se contentó únicamente con tenerlo encerrado en los fuertes atrincheramientos como á monjas protegidas por los elevados muros de su monasterio, antes que esponerlos en las empresas que era de su deber haber practicado. Esta inaccion ó como gusten llamarle, lo desopinó enteramente en el concepto de sus tropas y vecindario.

Desde el momento que el general San Martin fijó su cuartel general en Huaura, su primer cuidado fué, hacer convulsionar toda la parte de la Costa que le fué posible, lo que no le fué difícil de conseguir en muy poco tiempo; mas esto no le era suficiente, y queria buscar otros medios con los cuales pudiese destruir aquel poderoso ejército, que

aun cuando no lo atacaba, continuamente lo amenazaba, por otros medios que la fuerza, pues él no tenia la suficiente para hacerle competencia con las armas. Buscando pues los arbitrios para llevar adelante sus intentos, introdujo en muchos puntos de la Sierra agentes secretos con el objeto de que conmoviesen y agitasen los ánimos de aquellos habitantes, invitándolos á la insurreccion, cuya medida le salió, al colmo de sus deseos.

Sublevados los serranos, en lugar de mandar los recursos de víveres á la capital, los remitian al campo de los patriotas, y mientras éstos gozaban de un abundante y fresco alimento la ciudad y el ejército realista, perecian de hambre: de este modo, las fuerzas de este hermoso ejército, se iban estenuando insensiblemente. Estas tropas parecia que se hubiesen acantonado en Asna-Puquio, tan solo con el objeto de ser pasivos espectadores de los grandes sucesos que ocurrian, sin tomar parte alguna en ellos, pues aun cuando es verdad que con frecuencia desprendian de su campo algunas partidas, con el fin de contener y perseguir á los revolucio nados y procurarse recursos, eran tan débiles é insignificantes estos medios, cuanto eran importantes los sucesos que se desarrollaban; siendo por lo regular el resultado de las pequeñas espediciones que hacian los realistas, el que, además de tener que luchar contra un vecindario pronunciado contra ellos, que les retiraba toda clase de recursos y que les hacia la guerra de cuantos modos podia, el ser casi siempre vencidos por las fuerzas del ejército patriota que en número superior procuraba siempre atacarlos, para asegurar de este modo la victoria, con cuyos prósperos y repetidos ensayos obligaba al enemigo á desistir de sus empresas haciéndolo retirarse con pérdidas, introduciéndose de este modo el aliento y confianza en aquellos soldados, mientras



que en las filas de los realistas se difundia el terror y la consternacion.

Estas fatales ocurrencias dieron lugar á que muy pronto se viese la Capital sitiada por una espantosa y desoladora hambre, que si se hacia sentir con fiereza en la clase poderosa, con muchos mas horrores ejerció su cruel imperio en la menesterosa, como siempre sucede. Una alma de fierro era necesario tener para no conmoverse, al ver á hombres, mujeres y niños, que con aspecto de cadáveres que acabasen de fugar del panteon, corrian desalentados á aquellas panaderias que se sabia habian amasado, á conseguir tal vez por todo el precio de una joya que habian vendido, un mezquino y negro pan de puro afrecho, ó de harina de yuca mezclada con otras mil cosas insalubres, que lo constituia mas amargo que la hiel, y que el que lo conseguia, dando mil gracias á Dios, lo iba devorando con aquella ánsia, parecida á la del tigre cuando hambriento se ceba en su presa. La escasez de comestibles, la malísima calidad de los pocos que llegaban á conseguirse y el mal clima de la costa, hicieron se pronunciase en Lima, una horrible epidemia. La ciudad llegó á verse en el mas estremado conflicto por el hambre y las enfermedades: los recursos se hacian cada dia mas escasos; y las causas de que procedian tantos males, parecian estar muy al principio para que se pudiese concebir la esperanza de que llegasen á cesar. ¡ Qué ansiedad, qué miseria, qué desesperacion !

En este estado se encontraba el Perú, cuando terminó el año de 1820. Desde enero de 1821, presenta la revolucion, una série de sucesos mucho mas complicados y críticos.

En las pocas y estériles campañas que hasta entonces habian ocurrido, tuvieron tiempo los jefes realistas de observar las ridículas medidas que en negocios de tanta gravedad

adoptaba Pezuela, su nulidad para discurrir y disponer, y la falta de energia que le asistia para hacer llevar á cabo sus disposiciones. Convencidos por esto y por el afligente estado que aquejaba á la ciudad, del que en gran parte participaba el ejército, que el continuar teniendo á la cabeza de los negocios del país á una persona tan inepta como Pezuela, seria proseguir atesorando males y dar tiempo á los patriotas para que aprovechándose diestramente de tanta inaccion, se fuesen haciendo de fuerzas, opinion y recursos, y que en muy poco tiempo mas, seria absolutamente imposible arrojarlos del país; y deseosos pues, de destruir á un enemigo todavia débil, antes que con el tiempo se hiciese formidable é invencible; resolvieron unánimente escoger entre sus jefes de mayor graduacion, uno, el cual reuniese en su persona la pericia, talento y prestigio que se requerian en aquellas circunstancias para mandar el vireynato, y que al mismo tiempo impulsase y dirigiese los negocios de la guerra con la actividad y constancia que se requeria, y ella demandaba. Combinado el plan se reunieron y entrando á palacio en la noche del 28 de enero, exigieron del virey en pocas y terminantes palabras, dimitiese el mando del vireynato en la persona del general don José Laserna, pues en él habia recaido la eleccion de virey y general en jefe del ejército, que ellos habian hecho.

Bien comprendió Pezuela, que de las palabras no estaban muy distante las obras, y no teniendo ganas de pasar por el trance del conquistador don Francisco Pizarro, acaecido en aquel mismo palacio, accedió á cuanto le pidieron, rogando únicamente no ajasen su dignidad con medidas violentas, que él, de muy buena gana en el siguiente dia, bajo un decoroso pretesto y con las formalidades debidas, haria la abdicacion que se le exigia en la persona nombrada, dando el

correspondiente aviso á las autoridades á fin de que fuese legalmente, evitando de este modo el dar escándalos ni se formasen tumultos, y tambien para que no conociese el enemigo el estado de desórden en que se hallaban.

Concedieron á Pezuela, todo lo que él pidió; y al siguiente dia, 29, cumpliendo religiosamente con su palabra, dirigia el oficio siguiente :

« Acabo de pasar al Exmo. señor don José de Laserna, « el oficio del tenor siguiente. »

« La crítica situacion en que se halla el Perú con la inme- « diacion del enemigo y el advertir que el presente estado « en que me hallo no me permite atender á ella con todo « el vigor y energia que demandan las circunstancias y « que exige mi intenso amor á la causa del Rey y de la « Nacion, no menos que por el bien de esta heroica ciudad « que tanto aprecio, me resuelven imperiosamente á resignar « en V. E. todo el mando que ejerzo como virey para « que en el acto se posesione y contraiga á espedirlo, admi- « tiendo el generoso desprendimiento que hago de mi « constitucion y facultades, sin otra mira que ser inviolable « á la fé que profeso y procurar que por la mano de V. « E. se salve cuanto sea posible, la nave política del « Estado. »

« Lo voy á comunicar ahora mismo á todas las corpo- « raciones, para su inteligencia y observancia en la parte « respectiva. »

« Lo transcribo á V. E. para su inteligencia y gobierno « en la parte que le respecta. »

« Dios guarde á V. E. muchos años. Lima, 29 de enero « de 1821.—Joaquin de la Pezuela.—Señor brigadier don « Juan Ramirez. »

La mutacion de gobernante causó una alegria general en

todos, persuadiéndose que el gran cúmulo de males que los afligia debian cesar muy pronto, ya fuese por unos tratados de paz que les devolviese su antiguo bienestar, ó por medio de un gran hecho de armas. Las medidas que empezaba á tomar el nuevo virey confirmaba á todos en esta idea, cuando un grande é inesperado acontecimiento, vino á cambiar totalmente la faz de los negocios, y sumió á todos en nuevas y mas grandes incertidumbres.

El batallon, «Numancia» uno de los mejores que tenia el ejército del rey con una fuerza de 700 hombres que habia marchado á ocupar el punto de Palpa, se sublevó, encabezando el movimiento el oficial don Tomás Heres, y despues de haber apresado á todos los jefes y oficiales de aquel cuerpo, emprendieron su marcha hácia el campo de los patriotas, á los cuales se incorporaron en el punto de Retes. No es creible cuanto fué lo que influyó esta desgraciada ocurrencia en el espíritu del ejército y vecindario. Todos creian que las cosas habian llegado al momento fatal de una crísis en qué indispensablemente habian de ser envueltos. La pérdida de una gran batalla, tal vez no hubiese causado tantas angustias: el virey mismo tuvo momentos de indecision, al recibir la noticia de suceso tan funesto. Con el refuerzo recibido, adquirió el ejército patriota mas poder y opinion, por lo que desde entonces se miró como imposible, el poderlos desalojar del territorio que ocupaban.

Viendo el virey cuan graves y apremiantes eran las circunstancias y con cuanta prontitud debia ponerse algun remedio á aquellos males que ya empezaban á tomar el aspecto de incurables, determinó, mientras tomaba otras medidas, negociar con los enemigos unos tratados de paz, los cuales y por lo pronto, retardasen algun tanto los agigantados pasos á que marchaban, teniendo decidido el



demorarlos cuanto le fuese posible y darles toda la importancia que pudiese, aun cuando para conseguirlo tuviese que hacer algunos cortos sacrificios con los cuales pudiese deslumbrar á sus enemigos, que si llegaba á conseguir su intento, le serian pagados con usura todos sus perjuicios. Con este intento mandó al campo enemigo un parlamentario á proponer el armisticio al general San Martin, el que por su parte aceptó la proposicion con entusiasmo, porque á consecuencia del malísimo estado en que se hallaban sus tropas por la epidemia que las habia acometido, deseaba aprovechar esta tregua para darles algun descanso y poder con alguna tranquilidad, continuar la instruccion de los reclutas que estaba disciplinando para reforzar su ejército.

Bien pronto se difundió por todas partes la noticia de las negociaciones que estaba entablando el virey y su decidida intencion en transar la guerra á toda costa, y la buena acogida que habia dado el general San Martin á la propuesta hecha, llenaba á todos los corazones de júbilo: no es posible esplicar el contento de que se hallaba poseido el vecindario de Lima. Estos tristes y cadavéricos habitantes en sus afligentísimas circunstancias, seguian con angustiosa mirada el aspecto que cada dia presentaban nuevamente los asuntos políticos, y con éstos, se entristecian ó alegraban, segun ellos eran prósperos ó adversos: echaban vaticinios para el porvenir, los que los abatian ó alentaban segun la exaltacion de las ideas de cada uno, de la mayor ó menor impresion que en él hacian los males que le afectaban: de modo, que además del padecimiento general, parece que se complacian en forjarse y aplicarse otros mil tormentos.

VIII

Tratados de Punchauca—el virey Laserna, hace saber á los pueblos que no han sido admitidas las propuestas de paz hechas por el general San Martin—los realistas guarnecen con fuerzas los Castillos del Callao, á los que emigraron muchos ciudadanos—desampara el ejército del Virey, la ciudad de Lima--Proclama del Virey, etc.

Deseoso el virey de llevar á debido efecto su premeditado plan, lo apresuró cuanto pudo, nombrando inmediatamente una comision de tres individuos y un secretario con poderes suficientes, los que incontinenti marcharon al punto de Punchauca, lugar convenido entre ambas partes para la reunion de los comisionados que debian proceder á celebrar los preliminares del arreglo y en cuyo sitio debian encontrarse ya los mandados por el general San Martin.

Luego de reunidas ambas diputaciones, canjearon sus respectivos poderes, haciendo suspender las hostilidades á fin de que pudiesen los jefes principales tener una entrevista particular y ajustar el tratado definitivo de paz, que contenia los artículos siguientes:

«Los diputados reunidos en Punchauca para tratar de poner término á los males de la guerra del Perú, á saber: por parte del escelentísimo señor don José de Laserna, presidente de la Junta pacificadora establecida en Lima, á los señores don Manuel de Llano Nájera, mariscal de campo; don José María Galdiano, 2° Alcalde constitucional de Lima, y don Manuel Abreu, capitan de fragata: y por la del escelentísimo capitan general don José de San Martin, los señores coronel Tomás Guido, primer ayudante de campo; Juan Garcia del Rio, secretario de gobierno y hacienda, y José Ignacio de la Rosa: convencidos de que



una suspension temporal de hostilidades es necesaria para fijar las bases de una negociacion y celebrar un armisticio durante el cual, se proceda á conciliar las actuales desavenencias entre el gobierno español y los independientes de esta parte de América, despues de haber canjeado y reconocido sus respectivos plenos poderes, convinieron en los artículos siguientes:»

1° «Todo acto hostil, queda suspendido por una y otra parte contratante durante el término de veinte dias, contados desde aquel en que sea ratificado el presente armisticio. Las divisiones del uno y otro ejército, conservarán las posiciones que ocupen al tiempo de notificarseles la ratificacion y sus partidas no podrán avanzarse fuera de las líneas, hasta donde hoy se estienden.»

2° «Si el tiempo de veinte dias ya indicado no fuese suficiente para llenar el objeto propuesto, podría prorogarse cuanto sea necesario á este efecto.»

3° «Ratificado que sea el armisticio, los escelentísimos señores don José de Laserna y don José de San Martin, acompañados de las dos diputaciones pacificadoras y demás personas en que conviniesen, tendrán una entrevista en el dia y lugar que se designase, para que vencidas las dificultades que por una ú otra parte se presenten, puedan inmediatamente ambas diputaciones proceder á ajustar el armisticio definitivo.»

4° «Si por una fatalidad no esperada, no pudiesen convenir entre si las dos partes contratantes, no se habrán de remover las hostilidades por ninguna de ellas, si no dos dias despues de haberse notificado que feneció el presente armisticio.»

5° «Los escelentísimos señores, don José de Laserna y don José de San Martin, espedirán en el acto de la rati-

ficacion las órdenes respectivas para que se observe fiel y escrupulosamente, todo lo contenido en los artículos anteriores.»

6° «El presente armisticio será ratificado por una y otra parte dentro del término de ocho horas.»

«Dado en Punchauca á las cinco de la tarde del dia veinte y tres de Mayo de mil ochocientos veinte y uno. Manuel de Llano, José Maria Galdiano, Manuel Abreu, Tomás Guido, Juan Garcia del Rio, José Ignacio de la Rosa, Francisco Morat, secretario, Fernando Lopez Aldama, secretario.»

«El presente tratado queda aprobado y ratificado en todas sus partes. Lima, mayo 23 de 1821. José de Laserna, Toribio de Acebal.»

«Cuartel general de Ancon y mayo 23 de 1821. Ratificado, José de San Martin,—doctor Manuel Peña,—lugar del sello».

La empeñosa contraccion con que ambas partes beligerantes trabajaban, segun parecia, para transar de un modo amistoso y propicio á la humanidad sus mutuas quejas y diferencias, llenaban de consuelos y esperanzas los entristecidos corazones de aquellos desgraciados habitantes, prodigando sus bendiciones sobre aquellos jefes, que olvidando mutuamente los odios que pudieran abrigar en sus pechos nacidos de la diferencia de opiniones, solo atendian al bien general del pais, salvando á los ciudadanos de las grandes miserias que sufrian y desviarlos de la ruina que les amenazaba. Ya para ellos era cosa incuestionable la realizacion de la paz y esta consoladora idea les hacia aun soportar con resignacion sus desgracias; éstas sin embargo acrecian diariamente y ya no era para ellos cosa estraña, al ver caer muertos en las calles á muchos de

sus conciudadanos, ya fuese aniquilados por la necesidad ó ya por los funestos efectos de la epidemia que los aquejaba. El número de enfermos que diariamente acudian á los hospitales era inmenso, tanto que ya no había donde colocarlos, ni tampoco alimento que darles; de modo, que el lugar que escogian para aliviar sus males, era precisamente el sitio donde con infalibilidad encontraban la muerte.

Muchos dias habianse pasado ya, sin que se hubiese dado publicidad á los tratados, ni se supiese con certidumbre por otras vias, el estado en que se hallaban, pues aunque era notorio que Laserna y San Martin habian tenido una larga entrevista, se habia guardado un silencio profundo sobre el resultado de ella. Solo se advertian en el ejército del Rey algunos movimientos y marchas de tropas en variadas direcciones, sin poderse adivinar el objeto; todo el mundo estaba en una especie de agonia espantosa. Al fin, despues de algunos dias pasados en terribles ansiedades, llegó á conocerse aquel oculto misterio, descubriéndolo la proclama que el virey dirigia al pueblo, en que les decia.

«El virey á los habitantes del Perú.»

«Despues de haber procurado un armisticio honroso, franqueándome á todo género de sacrificios, de acuerdo con la Junta de Pacificacion para conseguirlo, veo con sentimiento que no es esto lo que acomoda á los enemigos, ni lo que conviene á sus planes. Yo creí, que nada mas podian desear, ni les convenia otra cosa que una suspension de hostilidades que hiciese cesar los horrores de la guerra y vuestras desgracias, mientras diputados mandados por mi y el general San Martin marchasen á la Península para esponer al Gobierno Supremo de la nacion sus quejas y medios de remediarlas, habiendo al mismo tiempo ofre-

cido que cooperaria con toda eficacia, á que la nacion representada en las cortes, asegurase para siempre la tranquilidad de estos paises, afianzase su felicidad sucesiva que por otros medios no es capaz consultar y estrechase los vínculos que deben unir á los habitantes de ambos hemisferios de un modo indisoluble, grato y respetuoso á la faz de todo el mundo. Me lisonjeé algunos momentos con la idea halagüeña de que consiguiria mi intento, dirigido únicamente á vuestro bien, pues preveo, á pesar de que aun continuan las negociaciones, que nada se podrá arreglar, no obstante haber ofrecido la plaza del Callao con sus fuertes adyacentes en el pié de guerra en que se hallaban, en garantia y seguridad de que se cumpliria religiosamente lo que se conviniese, con otros sacrificios mas, que el público graduará de tales, cuando se publiquen todos los pasos que se han dado en la negociacion. Por esto es, que desesperanzado con harto dolor mio, de conseguiros una paz que os proporcionase descanso y seguridad, he tenido que ocurrir de nuevo á los preparativos de la guerra.»

«Los enemigos mas que nunca, principian á desplegar con actividad movimientos hostíles, y por lo tanto, me veo precisado á usar de los medios estraordinarios y de planes mas vastos y estensos que los que permite la nueva defensa de una ciudad situada de un modo muy contrario á las operaciones militares.»

«Vacilando muchos dias en si abandonaria un pueblo que por tantas razones aprecio siempre, ó si trataria de defenderlo á toda costa, quedándome yo mismo sepultado para siempre entre sus ruinas y cadáveres, tuve que acceder por último al deber y obligacion de hombre público; asi es que, me fué forzoso desprenderme del cuerpo de tropas que marchó con el señor general Canterac, para ase-



gurar las provincias del Alto Perú amenazadas y por lo tanto, tendré tal vez que operar por algun tiempo con e resto, fuera de la ciudad y sus inmediaciones, lo que me obliga á depositar todo lo que podia serme embarazoso en la plaza del Callao, á fin de que se hallen prontas las tropas para acudir al punto que sea necesario y para moverse en la direccion oportuna, en mas ó menos distancia segun convenga.»

«Este plan que debia ser secreto en otras circunstancias, me apresuro á comunicároslo, para que se hallen prevenidos y dispuestos los que quieran acogerse al fuerte del Callao, ó á donde mejor les parezca, si llega el caso de que en alguno de los movimientos indicados, logran los enemigos entrar en la ciudad, cuya posesion no puede ser de mucha duracion.»

«Entre las medidas de gobierno que he adoptado, ha sido la de delegar el mando político y militar en el señor Marqués de Monteneira digno patricio, y español, cuya sola opinion pública, es bastante para infundir consuelos y evitar trastornos.»

«¡Habitantes de Lima! no corresponderia al amor y aprecio que tengo hacia vosotros, si no os aconsejase el órden, la prudencia y juicio que en tales casos se debe observar, como igualmente la necesidad de conformarse con los acontecimientos que sobrevengan, que os repito, no pueden ser de mucha duracion.»

«Yo espero que á las muchas pruebas de amor y respeto que teneis dadas á las leyes, al gobierno y á sus representantes, añadiréis la de justos y pacíficos unos con otros, como con razon lo espera.—Lima, 4 de Julio de 1821. —José de Laserna.»

No sé como poder significar los diferentes efectos é im-

presiones que produjo esta proclama en todos los habitantes, pero sí, es bien facil conocer, que todos los castillos de tranquilidad y felicidad que se habian formado en la imaginacion, cayeron por tierra deshaciéndose completamente. Algunas personas adictas á los patriotas eran los únicos en quienes se advertia alegria y regocijo, en medio de aquella consternacion general, pudiendo echárseles de ver su complacencia, en sus palabras y demostraciones; pues no era posible advertirlo en los rostros, segun la flacura, amarillez y lacidad que los cubria, señales horrorosas que en ellos habia dejado estampadas, la fatal hambre que los tenia afligidos. Aun mas dignos de compasion eran los decididos por el sistema contrario; pues además de hallarse en el mismo estado de robustez que los otros, si querian salvar sus vidas y personas, tenian que abandonar forzosamente sus fortunas á merced de los patriotas, los que no dejarian de echar mano de ellas como pertenecientes á individuos amparados bajo la fuerza de línea y que amenazaban á la par de aquellas; y si se quedaban, tenian que resignarse á sufrir las leyes del vencedor, por terribles que ellas fuesen. Retirándose á los castillos del Callao, único refugio que en sus congojas les proporcionaba su fatal suerte, no mejoraban en nada su posicion, pues no teniendo como proporcionarse y abastecerse de los víveres necesarios para el tiempo que allí hubiesen de permanecer, quedaban siempre con la muerte á la vista. ¡Que situacion tan exasperante, que dias de desolacion y abatimiento!

La casi repentina marcha de algunas fuerzas realistas al Callao, fué la señal de que habia llegado el momento. En simultánea y casi tumultuosa retirada, se pusieron numerosos vecinos de Lima en direccion á los castillos del

Callao, los cuales aunque muy desprovistos de víveres bien pronto se vieron repletos por mas de 3000 hambrientos consumidores, entre tropa y ciudadanos emigrados.

No aguardó el virey Laserna á que feneciese completamente el tiempo estipulado en los tratados para empezar sus movimientos, pues tan luego como dió la proclama á luz y aseguró los Castillos, levantó su campo de las inmediaciones de la Capital el 6 de julio en la tarde, emprendiendo su marcha al interior, quedando la ciudad sumida en un profundo silencio, semejante al que reina en los sepulcros, esperando con angustiosa ansiedad, lo que decidirian los sucesos.

Llegado que fué el virey Laserna á Lurin, pueblo inmediato á Lima, considerando la muy crítica situacion y suma necesidad en que habia dejado sumergidos á los habitantes de aquella ciudad y afligiéndose estremadamente su paternal corazon, contemplándolos en tan amargo trance, quiso aún y á pesar de la distancia en que se hallaba, hacerles sentir los efectos de su gran beneficencia, mandándoles por lo pronto una larga proclama, para que con ella fuesen entreteniendo el hambre y disipasen sus temores, en la cual les decia.

«El virey á los habitantes del Perú.»

«El dia 4 del corriente os anuncié la disposicion en que me hallaba de ponerme en movimiento y hoy me hallo en proporcion de comunicaros que ya me he puesto. He salido de Lima con las tropas que habia destinado á esta campaña, habiendo dejado en la plaza del Callao las competentes provisiones para su defensa; y he salido despues de haber espedido sin embarazo alguno, todas las providencias de gobierno militar y político que requeria la empresa, por no haber enemigos que pudiesen oponer im-

pedimento alguno. Entre ellas se incluye la de haber avisado al general San Martin mi movimiento oficialmente, á fin de prevenirle cuantos pretestos quisiese figurar contra el benemérito de Lima. Dos dias estuve á la vista cubriéndole de todo desorden con mis fuerzas; y si despues de ellos hubiesen sobrevenido algunos desastres, habré con sentido en que el enemigo, causa y agente de todos los males que hoy se padecen, no ha correspondido á la idea prudente y generosa con que le avisé que me movia.»

«No estrañaria esto, porque entre otros antecedentes tengo el de haber infringido los tratados ó concierto que publicamos, suspendiendo nuestras hostilidades, como lo acreditaré pronto documentalmente, haciendo conocer que estos hechos unidos á la esperiencia comun, que el general San Martin, el almirante Cochrane y algunos otros que lo acompañan, no atemperan sus operaciones á las medidas con que pueden evitarse, ruinas y estragos.»

«Puesto yo en la absoluta precision de conservar el Perú á la Nacion Española como parte integrante de ella, era inescusable la operacion militar que he practicado. Tengo bastante confianza para comunicarlo asi á los pueblos, porque no me ocupa otra mira que la de mantenerlos en la seguridad y órden, para que puedan obrar efectos útiles las disposiciones benéficas del Gobierno Soberano, que se halla hoy especialmente contraido á la felicidad de este territorio por ser susceptible y digno de ello. No lo dudeis peruanos; no dudeis tampoco que las ideas de independencia promulgada por los enemigos, son delirios de hombres sueltos y vagantes en diversas regiones, que buscan su suerte particular, sacrificando á todos por conseguirla. Aspiran á dominar destruyendo y emprenden ruinas sobre un país que habia sido dichoso hasta que ellos vinieron á



invadirlo. La invasion es el principio de todos los males que se padecen, y los modos de conducirla los contrarios, son claros, evidentes y decisivos, hacia el mas horrible de cuantos se conocen en las sociedades, que es el de anarquia. Yo me he puesto en campaña para evitarla en el Perú, y para conseguirlo, no habrá medio alguno que deje sin ejercicio. ¡Pueblos! ninguno de vosotros conoceis al general San Martin, sino por los destrozos que hacen sus fuerzas desde que aparecieron en nuestras costas. No os dejeis alucinar con las ventajas efimeras que él pregona. Su actual superioridad marítima, le proporciona desembarcos en unos y otros puntos indefensos que ha devastado; pero pronto dejarán de ser superiores marítimamente y entonces desaparecerán del país unos invasores mandados por jefes subalternos, los mas de ellos estranjeros. Creo que me conoceis bastante, pueblos del Perú, y que sabeis mis sentimientos en todo el tiempo que mandando, he tenido lugar de desplegar mi carácter. Nada deseo sino que no os dejeis alucinar de los que se llaman vuestros libertadores y que creais que yo sin ese título fantástico, y sin aspiracion á otro título ni mando, solo me intereso por vuestro bien positivo.»—Lurin, 8 de julio de 1821.—José de Laserna.

IX

El ejército Patriota entra en Lima y pone sitio á los Castillos del Callao Entro al servicio militar: conflictos de los sitiados: El general Canterac, baja á protejer los Castillos: Marchas y movimientos de este Jefe: Llega al Callao.

Sabiendo positivamente el general San Martin que el ejército del rey se hallaba á mucha distancia de Lima, salió de sus atrincheramientos de Huaura y dirigiéndose á

la capital entró á ella el 19 de Julio, pasando inmediatamente sus tropas hacia al Callao, estableciendo la línea de sitio contra los castillos, con la mayor estrictez.

Escusado me parece el decir, que el recibimiento que se le hizo en la ciudad al vencedor fué magnífico: todos á porfia le tributaban sus dones y homenajes: los adictos por amor y los contrarios. por miedo.

Luego de ocupada la ciudad por las fuerzas patriotas se volvieron á ver los mercados provistos de comestibles en suma abundancia y con ella, la alegria en los ánimos y decision por los libertadores; al paso que en los Castillos, á cada momento se hacia mas afligente el hambre. Era tanto el entusiasmo del pueblo á favor de los recien llegados que se presentaban en grupos á pedir ser soldados del ejército, reforzándose así, el reducido número de hombres de que constaban los cuerpos; mas este entusiasmo ó delirio fué de muy corta duracion.

Al servicio del ejército patriota se hallaba en la clase de teniente un sobrino de mi patrona, el que con motivo de encontrarse destinado su batallon al sitio, cuando estaba de descanso venia bastante á menudo á casa de su tia, por cuya razon intimamos amistad: llegó esta á ser tan íntima, que ya no nos era posible vivir separados; y cuando él no estaba en la ciudad, lo visitaba yo en su campo cuando se hallaba de descanso su cuerpo. Estas repetidas visitas me condujeron á contraer nuevas relaciones de amistad con otros muchos jóvenes oficiales de varios otros cuerpos á los que fuí presentado por mi amigo Fernandez, los cuales me hicieron una muy buena acojida. Toda la oficialidad de este ejército era en lo general compuesta de una lucida juventud de argentinos, chilenos, algunos peruanos y extranjeros de varias naciones; todos muchachos traviesísimos. alegres, en



fin, el mismo diablo en figura de hombres. Todas aquellas sus truanadas y vivacidades me encantaban y por ello les profesaba á todos un verdadero cariño.

Un dia que el teniente Fernandez fué á visitar á su tia, encontrándome en la casa y saludándome con su acostumbrada gracia, me dijo: «querido: he hecho el viaje de mi campamento aquí, con el objeto de ver á mi amada tia y de convidar á usted á que mañana vaya á hacerme una visita á mi campo. La division á que pertenece mi cuerpo está toda de descanso y ha de pasarse una gran revista. La tropa se ha de presentar á ella de gran parada, con un hermoso vestuario nuevo que acaban de recibir y un armamento flamante y resplandeciente como el Sol: además, cada individuo tendrá en su bolsillo un sueldo íntegro que recibirán en el acto de la revista, que es la sal de todo negocio y el verdadero escudo contra las balas. Las monedas hacen invencibles á los soldados y cuando están bien provistos de plata, pelean como unos tigres y no muere ninguno. A ver la revista ha de concurrir mucha gente de la ciudad, de modo que nuestro campo ha de estar mañana hecho un jardin de flores y mas hermoso que el Paraíso Luego que termine la revista, pasaremos á mi alojamiento á tomar en compañia de otros cuantos amigos un buen asado de carnero que uno de los soldados de mi compañia tomó ayer prisionero en una guerrilla que tuvimos con una partida enemiga que llevaba unos cuantos para los Castillos el cual, juzgado en consejo de guerra, fué sentenciado á morir para que nos sirva de alimento; y aunque el carnero ha sido tomado en accion de guerra, no creo que por eso, tenga gusto á pólvora la carne, y para evitar cualesquiera mal sabor que se le pueda encontrar, he tenido la precaucion de proveerme de una razonable cantidad de vino de una calidad esqui-

sita, con cuyo auxilio todo manjar es delicado. Dése V. por notificado y cuenta con faltarme á la cita».

—Mi buen amigo, le contesté, le doy las gracias por la atencion y crea V. que seré exacto en comparecer á su alojamiento en el término que se me señala.—Quedamos en eso y al siguiente dia marché á dar cumplimiento á mi palabra. Efectivamente, la revista se pasó y todo estuvo tan magnífico como mi amigo Fernández me lo habia pintado

Concluida la revista pasamos á la mesa, la que fué servida de manjares sencillos, pero abundantes. Muy luego empezó á correr el vino, y á poco andar ya estaba aquella reunion de locos en estado de llevarlos todos á San Andrés. Estando en lo mejor de la comida se sintió un vivísimo cañoneo en los Castillos, á cuyos continuados sonidos, uno de los oficiales que se hallaba en la reunion, dijo con señaladas muestras de pesar ¡nuestros compañeros se están batiendo y nosotros estamos aquí con todo sosiego: en fin, pasado mañana nos tocará tambien á nosotros! A esto contestó Fernández: no hay cuidado; pasado mañana nos toca á nosotros estar de servicio y sin duda que no hemos de estar ociosos, y tal vez á la sombra del humo que vomitan esos robustos cañones, podamos apoderarnos de los Castillos, donde recojeríamos á mas de muchas glorias, mucho dinero;—y volviéndose á mí, me dice—¿no quisiera V. acompañarnos en esas 24 horas de servicio, amigo Arrieta?

No por cierto, amigo Fernández: lo uno porque no me agrada mezclarme en cosas que no entiendo, ni me incumben; y lo otro, porque esos infelices sitiados no me han hecho mal alguno para que yo gratuitamente y sin necesidad me preste á ofenderlos.

Me gustan esos filantrópicos sentimientos, dijo Fernández, pero creo que no los tuvo así el virrey al despojar al tio de V. de sus bienes y tal vez de su vida, ni creo se detuvo mucho en considerar que por aquel acto despótico é injusto, no solo quedaba arruinado un honrado y trabajador vecino, sino que tambien lo dejaba á V. en la mendicidad. Sus sentimientos son llenos de honradez y moralidad, no hay duda, pero no deben ser ejercidos con los que tan gratuitamente lo han ofendido de un modo, que no puedo persuadirme le sea indiferente. Traiga V. á la memoria los padecimientos que habrá sufrido su anciano tio: el desamparo en que V. se ha encontrado; los males que ya ha esperimentado; los que tal vez le quedan que padecer y verá, que todo esto reunido le dice ¡venganza, venganza contra el déspota! y para ello es necesario abrazar la carrera de las armas. Y dado caso que nada de esto le mueva á adoptar esta profesion, dígame ¿cuál es el destino que piensa V. seguir en la crítica situacion en que hoy dia se hallan todos los negocios, y la muy falsa posicion en que V. se encuentra por ser español? Sin duda que no le queda otro arbitrio para salvarse de los muchos males que pueden ocurrirle y que no seria estraño en la época, sino enrolarse en el servicio militar. ¿Se desdeñaria V. acaso de servir en las filas donde está su amigo, y tendria á menos el contarse entre el número de estos valientes compañeros de armas y mesa? ¡Nó, no es posible: manos á la obra; un vaso de este soberano vino acabará de hacerle conocer la fuerza de mis razones y le decidirá á hacer una protesta formal ante esta ilustre reunion de campeones de que tomará nuestro hábito, es todo lo que se apetece y estoy seguro que no le pesará!

Confieso que los recuerdos que me hizo despertar Fer-

nández adormecidos hasta entonces en mi alma, por que jamás se me habian referido de un modo tan punzante como en aquel momento y por consiguiente, no habia sabido apreciarlos en su justo valor, movieron en mí los mas profundos sentimientos de agravio, y á la par, los deseos de venganza; y ayudado, tanto de lo animado del convite, cuanto por los consejos de todos los allí reunidos y mis resentimientos particulares que me suministraban diabólicas ideas de furor, levantándome de mi asiento dije: Basta, Basta, amigo Fernandez: sus observaciones me han hecho presente lo que hasta ahora tenia en un completo olvido, y en prueba de que resucitan mis amortiguadas ideas y resentimientos, quiero ante V. y las personas aquí reunidas, prestar el terrible juramento que se me exije.

Al decir esto, todos se levantaron simultáneamente de sus asientos y con las copas llenas del licor, esperaron en silencio que yo continuase. Viéndolos en esta actitud, levantando la voz dije: Juro por la moharra de una lanza y por el lado que ella esté mas afilada, que desde este momento hago profesion solemne en el servicio militar, tomando en toda forma el hábito que corresponde á la profesion y sujetándome á todas sus penurias, con el fin de ver si en algun dia puedo llegar á satisfacer el objeto por el cual abrazo la carrera militar:—y consumé el juramento bebiendo el vino de la copa que tenia en la mano.

¡Válgame Dios, que bulla, que alboroto hicieron aquellos diablos en celebridad de mi profesion! Uno se encaramaba sobre la débil mesa de cañas y echaba un brindis elogiando al recien profeso; otro pronunciaba una arenga que ni él sabia lo que decia, ni nadie comprendia lo que queria decir; otro me felicitaba y prometia su proteccion, cuando él la necesitaba de cualquiera persona, en fin, todo era un albo-



roto, una leonera en la que nadie podia entenderse. El dia y la noche fué una no interrumpida jarana, y al siguiente mi amigo Fernández, dando todos los pasos necesarios en el negocio, me hizo tomar servicio en el Rejimiento de Granaderos á Caballo de los Andes, en la clase de aspirante, cuyo cuerpo se hallaba tambien en el sitio, y siendo jefe de él, el señor coronel don Mariano Necochea y héteme aquí luciendo el hermoso uniforme de mi regimiento y más patriota que el diablo. Poco tiempo me fué suficiente para acostumbrarme á mi nueva profesion y sus penurias, y todo lo hacia alegre y llevadero el buen humor de aquella gente, y lo mucho que llegó á apreciarme mi capitan.

El sitio fué rigoroso, y durante él y en uno de los continuados tiroteos que diariamente se sostenian por ambas partes, una bala de cañon de los sitiados le llevó las ancas á mi caballo, recibiendo yo tal porrazo en el suelo á la caida del animal, que me dejó aturdido por mucho rato, mas no fué cosa de mayor consideracion. No me pareció muy bien este ensayo de la guerra, pero el caso no tenia remedio, ni habia recurso alguno que tomar.

Luego de haberse posesionado San Martin de Lima, se declaró una persecucion terrible á los españoles, y aún á muchos americanos, por su fatal amor al Rey, de modo que por esto perdieron muchos caudales, y se perdieron muchos notables hombres, porque quiso la rarísima casualidad que todos los adictos al sistema realista fuesen hombres muy ricos, siendo muy singular encontrar entre los de la opinion que con tanto ahínco se perseguia, algun pobre.

Entre tanto el tiempo trascursaba, y la desoladora hambre se hacia sentir en los Castillos, cada dia con mas vehemencia y horrores: ya no les quedaba absolutamente recursos de ninguna clase para poder soportar por algun poco más

de tiempo el estado en que se hallaban: la peste y la mortandad empezaron nuevamente á ejercer su desolador imperio sobre aquellos infelices, haciéndolos agonizar muchos dias antes de que exhalasen el aliento último.

Los patriotas, cada dia mas fuertes, les amenazaban á cada momento asaltarles sus muros, y la mísera existencia de aquellos hombres, no solo estaba comprometida á lidiar con los males interiores que los esterminaba, sino con el poder de un sitiador terrible y tenaz á cuyas manos indispensablemente tenian que caer, y con la guadaña de la Parca que los quintaba una, dos y tres veces cada dia.

A pesar del tumulto de males á cuales mas espantosos de que se hallaban acometidos, todavia hicieron un último esfuerzo para sostenerse, esperanzados en que serian socorridos por los suyos. Con el fin de salvarse ellos y librarle al Rey sus hermosos Castillos de que cayesen en manos de sus enemigos, poniendo en juego toda su industria, lograron hacer escapar á uno de los mas fuertes de ellos, para que sin pérdida de momentos marchase al Cuzco donde se hallaba el virey, le significase los grandes conflictos en que se hallaban y les mandasen tropas que protejiesen y defendiesen las fortalezas, pues ya á ellos no les era posible hacerlo por faltarles las fuerzas para tomar las armas, y no podian ofender ni defenderse. Lograron que sus súplicas llegasen al virey, el que al momento ordenó al general don José Canterac que se hallaba en el valle de Jauja, que con la fuerza de 2350 hombres de que constaba la division de su mando, se pusiese en marcha sobre Lima y protejiese los Castillos que ya estaban al rendirse. En virtud de la órden del virey, se puso en marcha Canterac dejando su acantonamiento el 20 de agosto con la fuerza mencionada, y superando los trabajos del camino



y los obstáculos que le presentaban los Andes en su estacion de nieves, llegó con su tropa al pueblo de Santiago de Tuna distante de Lima 16 leguas, el dia 3 de setiembre.

Pero dejemos á Canterac que en este sitio dé un poco de descanso á sus fatigadas tropas, mientras volvemos nuestra atencion á observar los movimientos que ejecutaban los patriotas que sitiaban los Castillos, y las ocurrencias que tenian lugar en Lima.

Inmediatamante que el general San Martin tuvo positiva noticia de que la fuerza enemiga que bajaba á protejer á los sitiados, se encontraba ya á muy pocas jornadas de la capital, reunió todas sus tropas de línea y montoneras, y dejando la fuerza que juzgó suficiente para contener cualquiera movimiento que intentasen los sitiados, marchó con todas sus fuerzas hacia el estremo opuesto de la ciudad y en direccion á donde venia el enemigo, campando sus tropas en el sitio llamado la Chácara de Mendoza, parapetándose allí con las dilatadas filas de tápias de la misma hacienda, defendiendo su frente con el rio Surco, y amenazando el camino de Lurin, por donde infaliblemente debia venir el enemigo. Vamos ahora á observar á Lima.

A consecuencia de la inmediacion en que se hallaban ya las tropas realistas, se espidió el dia 3 de setiembre un decreto para que todo español allí residente, se presentase en el convento de la Merced en el perentorio término de seis horas, sopena de que pasado este plazo, seria pasado por las armas todo el que fuese encontrado que no hubiese obedecido. Al instante se llenó dicho convento de hombres á los que se les puso una reforzada guardia, la que puede decirse, los tenia incomunicados.

A una persona de ingenio é imparcialidad que pretendiese describir con minuciosidad las circunstancias en que entonces



se hallaba Lima, sin duda que le presentarian la serie de funestos acontecimientos que ocurrian, abundante material con que poder formar un lucido y elocuente cuadro, ocupando en el detalle de ellos infinitas páginas de una interesante aunque triste lectura. Yo que carezco de la inteligencia necesaria para hacerlo, me limitaré solamente á dar alguna idea de las principales ocurrencias, para que por ellas pueda el pintor literario que guste, llenar el retrato del modo que mejor le acomodase, ó para que cada persona de por sí juzgue de los sucesos como mejor fuese de su agrado, ya sea con toda la fuerza de sus preocupaciones y pasiones, ó sin ellas.

Considérese primeramente, ver encerrados dentro del convento de la Merced unos dos ó tres mil hombres, (en el número no estoy cierto) la mayor parte de ellos ancianos, todos ellos antiguos y honrados vecinos de aquella ciudad, casados y relacionados ó ligados por antiguas amistades ó parentesco con infinitas familias, á los cuales se les agravaban más y más sus penalidades, con prohibirles toda comunicacion con los de afuera; el no permitirles la introduccion de aquellos artículos que les eran necesarios para disfrutar de alguna comodidad y descanso, y varias veces impidiendo se les diese el alimento que le llevaban de sus casas. ¡Cuánto era el abatimiento y tristeza que indicaban aquellos semblantes, tanto por los repetidos contrastes ya sufridos, como por los que tenian de los actuales acontecimientos!

Pasemos ahora á observar la plazuela de enfrente á la iglesia, y las calles circunvecinas, en las que encontraremos á muchos centenares de las mujeres, hijos y deudos de los detenidos, los que llenos sus corazones de amargura y de lágrimas sus ojos, no apartaban la mirada de las

puertas de aquel convento para ver, si entre los que con frecuencia salian por ellas destinados, segun decian, á destierro, pero sin saberse á donde ni por cuanto tiempo, podian ver á la persona por quien se interesaban. Muchas de estas aflijidas mujeres y niños solian aproximarse á la puerta á solicitar de la inexorable guardia alguna noticia de la existencia de la persona de su cariño, mas estas eran preguntas que generalmente quedaban sin respuesta, haciendo este silencio mas aflijente, la situacion de aquellos infelices. Agréguese á esta multitud de padecimientos, la impresion dolorosa que causaria en aquellos lacerados corazones los rumores que muchos mal intencionados hacian correr, de que en el momento que se aproximasen más á Lima las tropas realistas, habian de ser degollados todos los españoles detenidos en la Merced. Además de estos males particulares, digamos así, habia otro que agoviaba en general el espíritu de aquellos habitantes, el cual era la proximidad en que se hallaban las tropas realistas y lo inevitable que parecia el que se diese á las mismas puertas de la ciudad una batalla, cosa para aquellos siempre medrosos moradores, tan espantosa y formidable, que para esplicarlo conforme lo sentian, me valdré de sus mismas espresiones. Suponiendo que dos mujeres hablan y que la una á la otra decia, que el siguiente dia se habia de dar la batalla, se esplicaba en estos términos: *Niña, dicen que mañana vá á ser el juicio.* ¡Tanto era el pavor que les infundia la idea de los sucesos que podian tener lugar¡

¡Valgame Dios que espanto, que desconsuelo, tristeza, confusion y llanto se observaba en todas partes! Mas vale nos alejemos de sitio de tanta angustia dejándonos de indicar hechos y circunstancias, capaces cada una de por sí, de contristar el alma mas dura é insensible, y nos

dirijamos al campo de los valientes patriotas, que con magnánimos corazones, aguardaban á los intrépidos y audaces realistas, deseosos ambos de poner á prueba su valor. Marchemos pronto á observarlos, pues segun la prisa que parece trae Canterac, no debe parar mucho en el pueblo de Tuna donde lo dejamos, y no seria bueno, perderlo de vista. Al caso.

Intentando Canterac ocultar á San Martin, el punto por donde pensaba continuar su marcha, la emprendió la misma noche del 3, con su infanteria, por el camino de los altos que conduce á la entrada de la quebrada de San Mateo y despues, variando de direccion á la izquierda, al anochecer del 4, despues de una marcha que hizo de diez leguas, sin agua ni socorro alguno y por terrenos estraordinariamente quebrados, llegaron el 5 al amanecer sobre el rio de Lurin á las inmediaciones de Sieneguilla. Al mismo tiempo desde el pueblo de Tuna, se dirigia el coronel don Juan Loriga con la caballeria, el segundo batallon del primer regimiento, la artilleria, bagaje y ganados tomando por la quebrada del Espíritu Santo á reunirse en la Sieneguilla con el general Canterac. En su marcha fué atacada la cabeza de esta columna, por cuatro compañias de cazadores de nuestro ejército, con una bravura imponderable, pero al momento se vieron acometidos por el segundo batallon del primer regimiento protejidos por dos mitades de Granaderos de la guardia cargando toda esta fuerza á los nuestros, derrotándolos, matando 50 hombres y tomando un oficial y 26 individuos de tropa prisioneros y algunas cabalgaduras: el resto de nuestra tropa se dispersó completamente.

Canterac, hizo descansar sus tropas en la Sieneguilla hasta el 6 al anochecer, que con 1500 infantes, 850 ca-

ballos y 7 piezas de artilleria de á 4, continuó su marcha para la rinconada del Ate, llegando el 7 al amanecer á la llanura limitrofe á la indicada hacienda llamada Pampa Grande, alli tomaron posicion y siendo informados por unos prisioneros que nos hicieron sus partidas, del local que ocupaba nuestro ejército, combinó sus operaciones.

En el punto referido permanecieron las tropas realistas todo el dia 7, y parte del 8, persuadidos que nuestro ejército marcharía á atacarlos, mas observando su inmovilidad y que ni aun se mudaban posiciones, lo efectuaron ellos como á eso del medio dia del 8, en que se adelantó Canterac hácia nuestro campo con dos compañias de cazadores del Infante y un escuadron de dragones de Arequipa, con el objeto de observarnos mas de cerca y descubrir por los movimientos que hiciésemos, nuestras intenciones. El general San Martin se mantuvo inmóvil porque nuestra posicion era muy buena, estando colocadas las tropas del modo siguiente:

Todo el costado izquierdo y frente, lo teniamos cubierto por el rio Surco: nuestra derecha en la prolongacion al camino Real de Lima á San Borja, la teniamos apoyada en unos grandes tapiales, la retaguardia cubierta y protejida por las alturas llamadas del Pino, que dan principio á las que siguen hasta el almacen de pólvora de la Menacho, y la caballeria se hallaba situada á retaguardia sobre la derecha de la línea, y todas las partidas de guerrillas y montoneras á retaguardia tambien, ocupando variados puntos en los caminos: á todas estas posiciones las abrazaba el dicho rio Surco.

El general Canterac con su pequeña fuerza, ocupó sin impedimento alguno las alturas situadas entre la Laguna de la Molina y la llanura del Cascajal, camino de Lurin

y colocado en ellas, quedamos á la vista unos de otros. Entonces nuestro ejército hizo un pequeño movimiento, pero conservando siempre el mismo frente: marchó de frente un poco hasta que toda nuestra infanteria quedó parapetada detrás de varios órdenes de tapias; y el rio Surco aunque de poca anchura, por su mucha rapidez y altos y escarpados bordos, solo podia pasarse por los dos Puentes que estaban sobre el frente de nuestra línea, defendidos por la artilleria y fuego de los tiradores.

Al pié de la altura que habian ocupado los enemigos se hallaba la casa de Monte-rico, poseida hasta entonces por nosotros con una corta fuerza de caballeria, la que muy luego hizo desalojar el enemigo, por llegar á ella con su infanteria y caballeria. Viendo ellos que habiamos rectificado nuestra posicion, hicieron se les reuniese toda su infanteria y caballeria que habian dejado en el Ate y haciendo pasar las tropas las alturas de Monte-rico por dos portachuelos, desembocaron todas á un tiempo en el Cascajal, apoyando inmediatamente su derecha á dicha altura, dejando dos batallones en columna, su caballeria formó la izquierda de la línea, y la casa de Monte-rico quedó ocupada por ellos, con las dos compañias del Infante.

En la noche, poco satisfechos los enemigos de la inmoraildad en que por todo el dia nos habian visto permanecer y temerosos de que á favor de la oscuridad se premeditase algun ataque cuando ellos estuviesen mas descuidados, destacó el general Canterac al coronel don Jerónimo Valdez con algunas fuerzas del Imperial Alejandro y la tropa con que se habian apoderado de la casa de Monte-rico, con el objeto de observar y reconocer los movimientos que se practicasen en nuestro campo: en efecto, lo reconocieron, y aunque se dispararon algunos tiros,

nada ocurrió que fuese de entidad y Valdez regresó á su campamento.

El dia 9 por la mañana movieron su campo, rompiendo la marcha por el flanco izquierdo, formando sus fuerzas tres columnas paralelas con frente cada una de mitad de compañia. La primera columna se componia de toda la caballeria: la segunda, de la infanteria y artilleria; y la tercera de los bagajes, etc, cubriéndolo un escuadron la retaguardia. Llegados que fueron al tambo del Surco, variaron á la derecha y se dirijieron rapidamente por el camino real de San Borja; y como el terreno les era entonces mas ventajoso para la infanteria, pasó esta por los claros de la caballeria y quedó su columna en primera línea. Con la compañia de cazadores del 1° del Imperial y un escuadron de Granaderos de la guardia, se apoderaron del Puente, por el cual, disminuyendo los frentes, pasaron á un tiempo la caballeria y la infanteria, la primera y en el momento de haber pasado, se formó en batalla en un campo espacioso que está á la izquierda del camino real, dando frente á este; la derecha al rio Surco y la izquierda hacia San Borja. Sus infanterias delante de la caballeria, hizo pavellones detras de la tapia que formaba la izquierda del camino y derribaron parte de ella, la que estaba del otro lado del camino y varias otras, con el objeto de que su caballeria pudiese operar. La compañia de cazadores del Imperial y escuadron de Granaderos de la guardia que habian tomado el Puente, desalojaron algunas partidas nuestras de caballeria que tenian ocupada la casa de San Borja, en la que permanecieron ellos todo el dia.

El movimiento practicado por el enemigo obligó á nuestro general hacer un cambio de frente, apoyando nuestra

derecha á las alturas del Pino, nuestra izquierda hacia el rio Surco, quedando nuestro frente paralelo al del enemigo y parapetados por varios órdenes de tapias. A eso de las tres de la tarde volvió nuestro ejército á variar de posicion; y desfilando por el flanco derecho, nos colocamos en el campo de instruccion, apoyando nuestra izquierda á la chácara del Pino y la derecha á las murallas de Lima. Como de esta nueva posicion le flanqueábamos al enemigo todos los caminos que conducian á su retaguardia, tuvieron que ejecutar un rapidísimo cambio de frente perpendicular, quedando su derecha muy cerca de la posicion que habiamos dejado, formando la línea por esta parte con la infanteria, la izquierda con la caballeria y reservas, y quedando con el frente á Lima.

En la mañana del 10, temerosos los enemigos de que por medio de un movimiento rápido pudiésemos corrernos á Bella Vista y cortarles su comunicacion con los Castillos, haciéndoles entonces su posicion sumamente dificil y complicada; para evitar este caso y lograr el cumplimiento de su plan, marchó el general Canterac con toda su caballeria y dos piezas de artilleria más allá de San Borja, amenazando nuestro campo, con el objeto de entretenernos de este modo, y no pudiésemos emprender cosa alguna contra sus columnas, mientras tanto que el resto de sus fuerzas ejecutaban las órdenes que de él habian recibido; y cuando llegó á su término la combinacion, la infanteria, bagajes y gran número de cabezas de ganado vacuno que conducian para auxiliar á los sitiados, emprendieron una marcha rapidísima en direccion á Bellavista por el camino de Santa Cruz, pasando por entre el mar, y el pueblo de la Magdalena.

Con prontitud increible ejecutaron este movimiento, pero

no tanto, que no diese lugar á nuestras montoneras á que impetuosamente cayesen sobre su retaguardia y les arrebatasen todo el ganado que llevaban y algunos equipajes. Cuando Canterac hubo considerado que sus tropas habian pasado ya el peligro, se retiró hasta la chácara de San Isidro, desde donde se dirigió por la Magdalena á Bella-vista, y en seguida al Callao, acampando sus tropas bajo los fuegos del real Felipe.

A consecuencia de hallarse ya el enemigo en el Callao se movió nuestro ejército tomando posicion al frente de ellos en la alameda del camino de Lima, apoyando la derecha hacia el Rimac, la izquierda en las Huacas del Tambo de Mirones teniendo cortado el camino real, y un parapeto que se levantó en un momento con 6 cañones y 2 obuces en bateria, de modo que solo podia marchar la caballeria enemiga por el camino con muy poco frente, siéndoles imposible desplegar sus fuerzas á nuestra vista, por hallarse nuestro campo en casi toda su estension, perfectamente cubierto por varias filas de tapias.

Digno es de detenerse un momento á contemplar los movimientos practicados por Canterac, su valor y conocimientos militares, aunque tal vez por traerlos á consideracion me haga acreedor á que alguno me regale con un donoso apodo: pero adelante.

El general Canterac salió de Jauja con la pequeña fuerza en busca de un enemigo que tenia dos tercios de tropas mas que él, descansadas, bien mantenidas, con todos los auxilios necesarios, en un país amigo, y pacífico poseedor de fuertes posiciones: entre tanto que él, tuvo que hacer una marcha de infinitas leguas, superar las dificultades que la estación le oponia en su tránsito en las nieves y asperezas de la gran cordillera de los Andes, hostilizado siempre

tanto por la escasez de recursos con que alimentar sus soldados, como por los continuados tiroteos con que nuestras partidas de guerrillas le molestaban y aun hacian paralizar sus marchas; y finalmente, el andar en un país enemigo, siempre observado y sin poder emprender movimiento alguno, que de él, no tuviésemos una pronta y exacta noticia.

A pesar de estos grandes impedimentos, es asombrosa la rapidez con que hizo su marcha, pues el muy limitado tiempo de catorce dias le fué suficiente para atravesar la inmensa distancia que hay desde Jauja á Lima y ponerse á nuestra vista. Si con esto hizo ver Canterac su fortaleza y constancia en los trabajos, desde este momento hizo brillar su talento; serenidad de alma y pericia militar.

Colocado en fuerza de imperiosa necesidad á una distancia de su fuerte competidor de poco mas de tres tiros de cañon de montaña, á campo raso, no le era posible encubrir ninguno de sus movimientos ni ocupar posicion alguna, que no fuese la que su enemigo le dejaba tomar, viéndose espuesto siempre y de todos modos, á que en cualquiera evolucion que ejecutase mal, ya fuese por inexactitud de cálculo, precision en la ejecucion ó cualquiera otro motivo, ser repentinamente atacado y destruido completamente.

No obstante las dificultades que le presentaba el terreno como las muy sérias atenciones que le demandaban la inmediacion de su observativo y fuerte enemigo, maniobró á la vista de este por el espacio de siete dias consecutivos con tanto acierto, tomando tan sabias medidas, con tal exactitud y serenidad y amenazándonos siempre, que jamas se consiguió el poderlo sorprender, en ninguna de sus maniobras.



No parecia sino que l› muy crítico del caso en que se hallaba, lo consideraba él. un nuevo simulacro de guerra ejecutado á muchas leguas del enemigo, y que solo se entretenia en leccionar sus tropas con el fin de tenerlas ejercitadas, para cuando llegase el caso efectivo de batirse.

Situada la division realista bajo la respetable proteccion de los Castillos y dando descanso á los fatigados cuerpos de los trabajos sufridos, recibian al mismo tiempo los parabienes y felicitaciones de sus compañeros de armas, los antiguos sitiados, sin poder estos obsequiar á sus nuevos compañeros con otra cosa, que mucha de la miseria de que abundaban.

Los patriotas por su parte no intentaban molestarlos y solo ponian todo su esmero en atrincherarse y parapetarse fuertemente y todo cuanto les era posible, pues parecia se habian decidido á conservar la defensiva.

En este estado, unos y otros descansaban, cuando les permitian las circunstancias.

X

Critica posicion de Canterac en los Castillos.—Los abandona y se regresa á Jauja.—Los sitiados piden capitulacion y se rinden.—Calman las operaciones militares por ambas partes en la costa.—Derrota de nuestras fuerzas en Pasco.—El general San Martin delega el mando y marcha á Guayaquil á una entrevista con el general colombiano Bolivar.—Proclama del Virey.

Colocado Canterac en los Castillos, fin del objeto de la campaña que habia hecho, se vió en el mas apurado conflicto. El ganado y demás víveres que llevaba, único recurso con que contaba para alimentar sus tropas y auxiliar á los defensores de los Castillos, le habian sido quitados por los

patriotas. Esta fatal ocurrencia pesaba casi esclusivamente sobre los antiguos sitiados, pues se veian en la forzosa necesidad de compartir con sus nuevos compañeros de armas los últimos y miserables restos de comestibles que le quedaban, y que ellos habian conservado á costa de infinitas é inesplicables fatigas.

No solamente este mal acongojaba á Canterac: otro habia de tanto entidad ó tal vez superior á él, lo cual era la absoluta carencia de forraje en que se hallaba para poder mantener las caballadas de la tropa, brigadas de mulas en que conducia su artilleria, y los demás animales de servicio y remonta; teniendo para proporcionarles la manutencion que venir á forrajear casi en nuestro propio campo, originándose de esto continuados y muy serios tiroteos, siempre con desventaja de ellos como era muy natural.

No le era posible á Canterac permanecer por mucho tiempo en aquella aflijente situacion, y viendo no serle posible por modo alguno salvar á los sitiados por el miserable estado en que se hallaban, resolvió dejarlos entregados á su miserable suerte y poner en salvo su Division que todavia estaba fuerte y buena. Resuelto á ello, el dia 16 á las 4 de la tarde se puso en movimiento ocupando el punto de la Legua, desde donde hizo adelantar sobre nuestro campo como en observacion, dos mitades de caballeria. A la derecha de su campo fué colocado el primer batallon del Imperial, quedando sobre el camino los dos escuadrones de Granaderos de la Guardia y dos piezas de artillería, mientras que el resto de su tropa verificaba un movimiento sobre su izquierda con direccion á la Hacienda de San Agustin, pasando el Rimac por frente á la chacra de Villegas, continuando toda la noche la marcha por Oquendo, único recurso que le quedaba para



ponerse á cubierto de nuestras fuerzas y evitar de este modo el ser flanqueado en la marcha.

Al amanecer del 17 fueron destacados de nuestro campo unos cuatrocientos infantes y cien caballos, con intento de picar la retaguardia y molestar la marcha al enemigo, todo cuanto les fuese posible. En la mañana de este dia ocuparon los realistas el pueblo de Oquendo descansando allí un poco, mas no encontrando en él absolutamente cosa alguna con que poder racionar las tropas, prosiguieron la marcha tomando por el crítico paso de Márques á Copacabana, donde por necesidad tenian que hacer su camino por la orilla del mar, con todas sus fuerzas completamente en descubierto. Un bergantin de guerra nuestro, llamado el «Maipú», que se hallaba con la comision de guardar las costas, viendo aparece en las playas las tropas enemigas, se aproximó cuanto le fué posible á tierra, rompiendo sobre ellos un vivísimo fuego que lo sostuvo todo el dia, causando á los realistas un terrible daño.

Tambien este dia y como á las once, se recibió en nuestro campo un Parlamento de los sitiados en que pedian capitulacion. Fué admitida la propuesta, y entre este y el siguiente dia se acordaron las bases de ella rindiéndose la plaza el 19, á las doce del dia.

Luego de haber evacuado los Castillos las fuerzas realistas, se posesionó de ellos nuestro Ejército, enarbolándose inmediatamente en el torreon principal, la bandera peruana. Entonces conoció el Perú la bandera que el Protector le habia designado, con cuya divisa habia de ser reconocido desde entonces por nacion é incluida en el rol de las Repúblicas de América. En el instante que el pabellon encarnado y blanco flameó en el aire, fué saludado como bandera de Nacion, con los 21 cañonazos de ordenanza, producidos por

la gruesa artilleria de los Castillos, la misma que un minuto antes estaba en poder de los enemigos.

Los capitulados fueron conducidos al pueblo de Bellavista, dándoles el hospital por cuartel. Daba la mayor compasion ver á los infelices rendidos, tan estenuados, flacos y descarnados como la misma muerte, faltándoles las fuerzas, aun para poderse tener de pié: ¡no parecia sino que todos habian estado sirviendo de dependientes á mi patron don Santiago Llanos!

La rendicion de los Castillos y huida de Canterac, eran para los patriotas unos acontecimientos de gran monta, pues esto ponia fin á las infinitas aflicciones que habian soportado, y por lo tanto demostraban la repletud de su regocijo haciendo mil fiestas públicas, haciendo ver por cuantos medios les eran posibles la inmensa alegría de que se encontraban poseidos.

En celebracion de tan importantísimos como felices sucesos se decretó ese mismo dia, que todos los españoles detenidos aun en el convento de la Merced se restituyesen á sus casas, y los destinados á confinacion, podian regresar de sus destierros. Efectivamente, todos los de la Merced salieron de su arresto, y algunos de los deportados regresaron; pero otros muchos de estos últimos no han parecido todavia, sin duda por que aun no se les habia notificado el decreto, ó porque su confinacion seria á regiones muy lejanas.

Ya que por este lado han terminado las cosas de un modo tan pasivo y ventajoso; que los cuidados de mayor importancia han cesado, y que solo se toman medidas de precaucion y de descanso para las tropas, que bastante lo necesitaban, no dejando cuidados atrás que nos distrageran, iremos en seguimiento del general Canterac, quien marchaba



á orillas del mar, recibiendo los fuegos que le dirigia desde su bordo el bergantin «Maipú».

La columna de quinientos hombres que salió de nuestro campo en persecucion de los realistas al siguiente dia de haber estos desocupado los Castillos, se dió tal prisa en la marcha que ese mismo dia le alcanzó la retaguardia, empezando á molestarlos desde el mismo momento con un tenaz tiroteo y por cuantos otros medios les era posible. Viéndose el enemigo acometido por la retaguardia, sufriendo por el flanco los muy activos fuegos del bergantin, que amenazaba no dejar un hombre vivo que pudiese llevar la noticia al Virey del esterminio de aquella division; atormentados por la precipitada y forzada marcha que sin descanso y desfallecidos ya por el hambre hacian, era tan desesperado el caso en que se hallaban, que pensando la tropa en los medios que debian poner para evitar una muerte cierta, empezaron á desertarse de sus filas y á ampararse de las nuestras, ascendiendo el número de los pasados á mas de seiscientos individuos de tropa y treinta y cuatro oficiales.

El dia 24, precipitó Canterac su marcha con apuro estraordinario, con el intento de embocar á la cordillera de los Andes, como en efecto lo consiguió ese mismo dia, cesando por ello de ser perseguido.

Libres por el momento de enemigos, se dió á nuestro ejército cuarteles de descanso en la Capital, cesando por entonces todo movimiento militar activo. Este paréntesis de quietud lo empleó el gobierno en contraerse con especialidad á arreglar de algun modo el órden interior hasta entonces completamente olvidado; hacer tomar algun impulso y crédito á la nueva Nacion que empezaba á crearse, formar nuevos planes contra el enemigo, proporcionarse recursos

para llevarlos á término y continuar con el mas delicado esmero la persecucion contra los peninsulares.

Nos hallábamos ya en el mes de Diciembre, cuando á mediados de él tuvimos la fatal noticia, de que el coronel Otero que ocupaba el cerro de Pasco con una fuerte division, habia sido batido y completamente destrozado por las fuerzas realistas al mando del coronel don Juan Lóriga, habiendo sufrido nuestras tropas una mortandad horrorosa. Este acontecimiento fué sumamente sensible, pues á mas de que por ello sobrevenian males de suma importancia, se desmembraban las fuerzas del ejército en gran manera.

Sin embargo de que hasta entonces habian presentado los negocios políticos un aspecto bastante satisfactorio á los patriotas, no por eso dejó de observar el general San Martin con bastante disgusto, que á pesar de los grandes sacrificios hasta allí hechos, no habian correspondido los resultados á sus ideas, ni á los medios que se habian puesto para conseguirlos: prueba de ello era la muy pesada marcha que llevaban todos los asuntos; lo muy incierto que era todavia el resultado de la revolucion; lo muy poco decidida que aun se hallaba la opinion en lo general: el colosal poder del enemigo con quien tenia que habérselas: la poca fuerza con que contaba su ejército y la escaséz de numerario y otros recursos que les eran de absoluta necesidad para reponerse de tropas, continuar la guerra, etc.: mientras que los realistas, apoderados de las provincias mas ricas y fertiles del Perú, les proporcionaba su ventajosa situacion, tener bien mantenidos y equipados sus soldados: conservar en un brillante estado sus grandes caballadas y aumentar sus soldados hasta el número que quisiesen. Agregando á esto, el órden regularmente sistemado que tenian en su contabilidad de hacienda para el recaudo de caudales



y su distribucion, hacia esto que jamás le faltase el dinero para todos sus gastos, y aun para disponer y seguir grandes empresas.

Las circunstancias de los patriotas eran en si, bastantemente críticas y por lo mismo buscaba San Martin un arbitrio que reparase con prontitud, los daños que los amenazaban.

En este estado se hallaban los acontecimientos del Perú, cuando terminó el año 1821.

Comenzó el de 1822, y con él, otra nueva série de sucesos.

A consecuencia de las observaciones que sobre los negocios de la guerra habia hecho el general San Martin, juzgó ser de suma necesidad obrar en combinacion con el general colombiano Simon Bolivar que acababa de triunfar en Pichincha sobre los últimos restos de tropas realistas que habian en Quito, para lo cual determinó marchar á Guayaquil donde Bolivar despues de haber terminado la campaña, fijó su cuartel general.

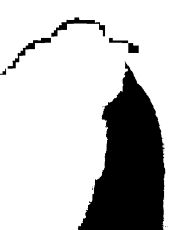
Varios eran los objetos que San Martin, segun decian, se proponia en esta entrevista: el primero, convenir en el modo de hacer la guerra á las tropas españolas existentes aun en el Perú: el segundo, reclamarle la provincia de Pasto que siempre habia pertenecido al Perú y que Bolivar á consecuencia de la última batalla que habia ganado, agregó á la República del Ecuador; y el tercero, solicitar el reembolso de las sumas gastadas en la Division auxiliar que se le mandó del Perú perteneciente al Ejército de los Andes, cuyas tropas contribuyeron con grande, notoria y positiva eficacia á las victorias de Riobamba y Pichincha. Resuelto, pues, á la visita ó entrevista, delegó el mando de la nacion el diez y nueve de enero en la persona del Marqués de Tor-

retagle, y el del ejército en la del coronel don Rudecindo Alvarado.

El virey Laserna desde el Cuzco donde residia, y á pesar de la gran distancia que de nosotros se hallaba, no dejaba de observarnos con la mayor atencion sin escaparse á su perspicacia el estado en que nos hallábamos. Por lo tanto, vivia tranquilo y sin el menor cuidado de que por entonces se emprendiese nada contra él, bien satisfecho de que cualesquiera empresa de que se intentase á ese respecto, nos habia de costar bien caro; mas queriendo obrar á la par de las armas con la persuacion para atraerse la voluntad de los pueblos, espidió una proclama, que aunque en lo largo se asemeja á cuento de las mil y una noches, es al pié de la letra como sigue:

«*El Virey á los habitantes del Perú.*»

«¡Peruanos!: mi venida al Cuzco es un suceso ordinario la variedad de los que ocasionan siempre las revoluciones políticas; pero es importantísimo en relacion á vuestros objetos: yo la he verificado con la idea de regularizar las operaciones de una autoridad superior, que he admitido únicamente por precaver la disolucion espantosa que os amenazaba, reunir vuestras voluntades é intereses á un órden permanente y útil, y afianzar la duracion próspera de vuestras familias, vacilante por el desenfreno bárbaro de una horda ó gavilla de bandidos y estrangeros, que se asociaron ambiciosa y criminalmente en regiones diversas para venir á turbar vuestro reposo. Nada necesito ni busco para mí entre vosotros. Mis desvelos y dedicaciones están fuera de la línea de aquellos hombres que aspiran á engrandecerse ó sobresalir entre sus conciudadanos. De general en jefe del ejército vine al Reino: vosotros sabeis como he desempeñado este cargo honroso, varias veces renunciado, por situarme donde no me ocu-



pasen otros cuidados que los indispensables para mi sociego; y si al trasferirme á la Península cedí á las instancias públicas que han ido preparando mi resignacion al mando que ejerzo, ¡yo lo padezco Peruanos! por la repugnancia con que hube de recibirlo, y por la contrariedad que forma con mis deseos. Soy virey por contener el torrente de desgracias que envuelve la revolucion en que los enemigos intentan precipitarnos, y siendo este mi destino y designio, me es peculiar la comunicacion que voy á dirigiros desde el Cuzco para instruccion y beneficio vuestro.»

«No espereis recoger fruto alguno de las turbulencias que han traido y fomentan en el país, los estranjeros y los rebeldes, porque nada producen sino conmociones populares, guerras, anarquia y desconcierto de una armonia feliz que debe haber entre el gobierno y los pueblos; sumo de los males con que Dios castiga á los hombres. La paz y la subordinacion á una ley racionalmente instituida, son el complemento de los bienes sociales, porque con su apoyo é influjo se ocupan todas las familias en labores útiles, se sustentan con sus productos lícitos y franquean mútuamente auxilios en sus necesidades, se conducen naturalmente á la comodidad y á la opulencia, y con la bendicion del cielo, goza cada uno y acrecenta cuanto puede, las delicias de la vida. Estos son los primeros ó verdaderos elementos de los bienes y males del género humano, y en investigando un poco el uso ó aplicacion que tienen y pueden tener, entre los enemigos como se hallan y entre nosotros como nos hallamos, se percibirá claramente nuestras respectivas acciones y deberes y la conveniencia que puede resultar de no confundirlos ni equivocarlos.»

«Todos los pueblos del Perú padecen y varios de ellos gimen en la opresion y miseria que nunca esperimentaron,

por las alteraciones en que San Martin los ha puesto. Los que él ocupa, padecen sin término por lo que les roba y destruye: los que yo gobierno padecen, por no ser posible escusarles la consignacion del servicio, ó los medios necesarios para repeler su agresion, esterminarles y restituirles la tranquilidad que no debieron perder por el necio pensamiento de crear una potencia nueva, donde no era posible ni útil crearla, segun requiere el estado actual del mundo político.»

«Los hombres que mediten algo sobre esto y sobre el hecho positivo y notorio de no ser proyecto de San Martin ni de español alguno citra ni ultra marino, deberán sentir el orígen bastardo de la lucha doméstica en que nos vemos y no podrán negar la enorme diferencia que hay en las acciones á que damos impulso. La de San Martin incluye cuanto debe considerarse y ponerse para funesto....... ¡la discordia y la guerra!. La que yo sustento como Virey y ciudadano, incluyo todo lo que conviene y han menester siempre los pueblos....... ¡la paz y la concordia! El obra por su capricho ó sin leyes conocidas y sin limitacion en los deseos, medios, ni modos y alucinando á muchos hombres ambiciosos y á otros criminales, pone en las manos de ellos las armas alevosas con que bárbaramente introduce la guerra civil, por cuyo horrible medio aspira á su engrandecimiento personal, trastornando el sosiego público: yo obrando bajo las responsabilidades instituidas, ni puedo escederme sin riesgo y sin descrédito, ni debo consentir que otros se escedan; por esto es, que procuro no ocupar en el ejército ni administracion civil otros hombres, que los beneméritos, los honrados y los que con su probidad y luces, pueden contribuir á mantener el orden.»

«Nadie puede demandar compensacion ó reintegro de los

perjuicios que San Martin y sus fuerzas originen, porque no tienen otro estado, garantía, ni patrimonio, que sus robos y sus vicios: todos pueden exigir y obtener reparacion de los daños aun involuntarios que causen mis providencias porque dependo y pertenezco á una Nacion poderosa y bien constituida, ante quien he de contestar legalmente á todo requerimiento sobre mis operaciones. La Nacion no puede ser un tirano con nosotros, porque es un cuerpo que nosotros mismos formamos en beneficio nuestro, y ella y nosotros no somos ni debemos considerarnos dos cosas distintas: San Martin que no es mas que un hombre ambicioso, y sus secuaces que no son mas que unos cuantos hombres ambulantes, los mas de ellos sin domicilios, nada valen ni representan, sino lo que les permite la estúpida credulidad de unos y el error ó el engaño de otros.»

«Los principios que promulga en sus gacetas y proclamas llenas de engaño y astucia ponzoñosa, están en contradiccion evidente con las acciones que ejecuta: los principios de nuestro gobierno, no pueden ser contrariados impunemente por ciudadano ó empleado alguno, si es que el poder público lo reclame ó lo vindique. Y en fin, Peruanos, como el que nada tiene, nada arriesga aunque lo emprenda todo, ha emprendido San Martin, ó se ha puesto á la cabeza de la revolucion ó el trastorno de estos paises alucinando algunos habitantes corrompidos, díscolos ó incautos, con promesas sin límites, que no les ha cumplido, ni es posible que les cumpla: al paso que yo, procediendo con la medida prudente y justa que prescriben nuestros estatutos, y la hombría de bien requiere, nada prometo que no sea cumplido y nada emprendo que no sea por vosotros ó nuestra causa común, que viene á ser una misma cosa.»

«Este es, españoles peruanos un cuadro verdadero ó punto

de vista exacto de la invasion que el caudillo San Martin ha conducido al territorio. Despues de tantos años que se estuvo previniendo y despues de diez y seis meses que está brindando y embistiendo con ella á unos pueblos sencillos que no supieron discernir los horrores que envuelve, solo les presenta ruinas y estragos. En reflexionando sobre esto, que los enemigos ocultan con especial cuidado por satisfacer sus deprabadas miras, es preciso convencerse de que la variacion de estado político que San Martin promulga en unos distritos inmensos, muchos despoblados é incultos, es una quimera ó ficcion que ese hombre ha escogido para engrandecerse entre vosotros, poner vuestros bienes á discrecion de los piratas estrangeros como Cockrane y otros que le acompañan, y dejaros llenos de miseria y desconsuelo un dia que desaparezcan de nuestras costas, como Cockrane ha desaparecido cargado de maldiciones y robos. Los habitantes de Lima, compatriotas vuestros, lo comunican y publican, bien desengañados: y vosotros podeis y debeis creer, que si yo no detuviera el curso incendiario de la revolucion, os sucederia lo mismo que á los Limeños cuando San Martin les hizo reunir su dinero y sus alhajas al pretesto de custodiarlas y defenderlas: accion notoria, que ha sepultado en la miseria á muchas familias. No hay espresion que vaste á caracterizar esta conducta atroz, que no podeis penetrar desde el retiro donde, generalmente hablando, os emplean en las labores industriosas que os proporcionan el sustento necesario.»

«Tiempo es ya en que reunidos íntimamente con vuestro gobierno legítimo asegureis vuestra antigua paz y comodidades, tan envidiadas de las demás naciones: tiempo es ya de que todos contribuyamos con singular esmero y sin reservar arbitrios á dar un movimiento decisivo y poderoso

á las operaciones combinadas para reprimir los esfuerzos de los revolucionarios, destruir y reparar las desgracias que ha ocasionado su venida ominosa á nuestras costas. Yo debo lisonjearme de conseguirlo con vosotros y por vuestro beneficio.»

«Mas si por una fatalidad que no preveo ni aseguro, desoyese alguno mis advertencias instructivas y se atreviese á sostener ó defender el intento sanguinario de los enemigos, la espada de la justicia nacional puesta en mi mano, le alcanzará donde quiera que estuviese. Teman los sediciosos públicos ó secretos, descubiertos ó solapados, que mi moderacion é influencia no ha hecho perseguir con el rigor que las leyes exigen, y entiendan que la variacion de su eonducta ó su exterminio ha de ser el cimiento permanente de la seguridad y prosperidad de los ciudadanos honrados y pacíficos.»

«¡Y tú, pueblo de Cuzco!, que por la situacion local y por otras sobresalientes circunstancias, estás hoy destinado á dar al resto del Perú un ejemplo eficaz é imponente de tu lealtad y noble orgullo ¡tú lo darás sin duda alguna! Las demostraciones sínceras y ostentosas que has presentado con amor y ternura al Gobierno superior que te habla, han acreditado la consistencia y robustez de tus sentimientos inalterables: ¡Dichoso serás con ellos!

«Y yo, órgano de las retribuciones nacionales, tengo por única ventura mia el decirte, que el Dios de las bondades proteje nuestra causa, y que no serán defraudadas tus glorias, ni tus esperanzas.—Cuzco, 4 de enero de 1822.—*José de Laserna.*»

A pesar de los grandes esfuerzos que el Virey hacía en el terreno de la persuasion para volverse á atraer la opinion y buena voluntad de los pueblos que se le habian revelado,

en verdad que bien poco ó nada adelantaba en esta empresa, y mas bien sus obras nos pusieron por repetidas veces en la mayor consternacion.

XI

Sale de Lima una expedicion á las órdenes del general don Domingo Tristan, con direccion á la costa de Pisco—Baja el general Canterac con sns fuerzas desde Jauja en busca de Tristan—Movimientos de ambos generales—Canterac derrota completamente á Tristan--Decreto expedido en Lima, contra los españoles.

Elevado Torretagle al rango de Presidente de la Nacion Peruana y estando por ello al cargo de los negocios políticos y de la direccion de la guerra, quiso que su nombre resonase con hechos dignos de su alta categoria y que el clarin de la fama publicase por todas partes la grandeza de sus proezas. Quiso tambien de un solo golpe, como suele decirse, formar una Nacion, donde apenas habia un bosquejo de ella: quiso formar un grande ejército: sin recursos de numerario, gente, ni general y oficialidad que lo mandase: quiso con su impotencia, destruir completamente á todos sus enemigos cuando ellos, puede decirse así, tenian á su arbitrio la suerte de su Nacion y aun la de él mismo; quiso, en fin, sin talento, disposicion ni recursos, hacer en un momento lo que á otros en quienes se hallaban reunidas las singulares cualidades de que él carecia, les habia sido imposible efectuar.

Mas esto no tiene mucho de estraño, porque nuestra humana debilidad y vanidad, á mas de no dejarnos conocer nuestras ineptitudes, nos hace entender que somos muy suficientes, para poder manejarlo todo.

Empero, arrastrado Torretagle por sus ardientes incli-



naciones á grandes empresas, comenzó á obrar. Libre por entonces de tener que atender al ejército realista que tranquilo reposaba en el valle de Jauja, empleó su atencion en coordinar los negocios interiores, predicar á los hombres la firmeza y la fe, que debia asistirles en la nueva relijion política que habia abrazado, proporcionarse recursos con que poder dar cima á los planes que tenia trasados en su mente contra su contendor etc. etc; ocupando en estas tareas y preparativos parte de los meses de enero y febrero. Cuando á su parecer estuvo todo como lo apetecia, contempló la obra de su sabiduria, la admiró y la bendijo.

Seguidamente dispuso los medios de destruir y aterrar á los ya aterrados y pasivos españoles vecinos de Lima y luego de haber combinado su alta inteligencia el golpe que debia dar, dictó en 25 de febrero de 1822 un decreto para que todo español soltero que se hallase en Lima, saliese espulsado de ella inmediatamente.

No se estrañe lo apremiantísimo del decreto, pues el vivísimo genio del señor marquez de Torretagle no permitia la menor dilacion á sus ideas y asi le salia todo cuanto ponia en ejecucion.

Entusiasmado y muy ufano Torretagle de la facilidad con que habia expedido su decreto de espulsion y empeñado en su prontísimo y puntual cumplimiento, observando la rápida marcha que hasta entonces y sin oposicion alguna llevaban los negocios que corrian bajo su direccion y creyendo era ya llegado el tiempo de obrar contra el enemigo activo, que suponia destruir con tanta facilidad, como habia destruido al enemigo pasivo, empezó á disponerse en el mes de marzo para una gran campaña, pues ya era tiempo de que sus disposiciones se hiciesen cono-

cer en los campos de batalla. Dispuso, pues, que el general don Domingo Tristan marchase en direccion á la costa arriba de Lima, y que con las fuerzas que le confiaba impidiese y escarmentase muy seriamente á los realistas en las repetidas incursiones que cuando lo tenian á bien, hacian sobre aquellos puntos, llevándose todo cuanto consideraban serles útil, á mas de que, con sus continuadas correrias, tenian á la capital en continuos sobresaltos y aun hacian sentir alguna vez la escasés de algunos artículos de indispensable consumo.

Estando pronto, todo cuanto necesitaba Tristan para marchar á dar el debido cumplimiento á los mandatos del gobierno, salió de Lima como á fines de marzo con los batallones 1° y 2° del Perú, el 2 de Chile y Granaderos del Perú; debiendo incorporarse á esta division, los Lanceros del Perú creados en Chincha, los cuales permanecian en aquel punto, á mas de varias otras fuerzas que en todas aquellas direcciones se hallaban diseminadas, con lo que hacian ascender el total de la expedicion á unas tres mil plazas.

Conducian ademas, 4 piezas de artilleria con su correspondiente dotacion de hombres y abundantes municiones y para la division, un parque bien provisto de armamento, etc. La tropa era muy lucida, bien disciplinada vestida y pagada. Se nombró para jefe de estado mayor de esta division, al señor general don Agustin Gamarra.

Muy luego, y desde que se principiaron los aprestos de la expedicion, tuvo de ello aviso el virey, tanto de la fuerza de que constaba, como su objeto y destino; y cuando consideró que las tropas patriotas pudiesen llegar á él ordenó al general Canterac se pusiese en marcha sobre la costa con la fuerza que le señaló, y batiese á Tristan.

Canterac obedeciendo la orden, salió de Jauja el 26 de marzo con destacamentos tomados de los batallones, Infante, Cantabria, primero y segundo del Imperial Alejandro, Húsares de Fernando 7°, Dragones de la Union, Dragones del Perú, Granaderos de la Guardia y tres piezas de artilleria; y con su acostumbrada constancia en los trabajos y una presteza siempre sorprendente, se halló el 6 de abril al medio dia en el punto del Cármen, á dos y media leguas distante de Ica, punto que entonces ocupaba el señor Tristan; el cual sabiendo la inmediacion del enemigo, pensó en atrincherarse en aquella plaza por si intentasen atacarlo ese dia, y si no lo fuese, emprender su marcha en la noche en direccion á Lima y colocarse en el punto mas ventajoso que le fuese posible encontrar, y alli, aguardar al enemigo; pues segun parecia, la superioridad de este en caballeria, lo tenia bastante asustado.

Canterac, por su parte, tambien meditaba sus planes y para ocultarle á Tristan sus movimientos y que conociese por ellos sus ideas, hizo descansar sus tropas en el Cármen todo el resto del dia 6 hasta bien anochecido, que entonces, levantando su campo y con una rapidísima marcha fué á interponerse en el camino que conduce de Ica á Lima, con el fin de impedir al general Tristan pudiese ponerse en retirada sin batirse, oponiéndose de este modo á que pudiese ampararse de la capital: y en caso de que no se moviese de Inca, atacarlo en sus mismas posiciones.

A la una de la noche llegó Canterac á la Hacienda de la Macacona situada en el camino; y allí sorprendió y tomó su vanguardia todo el ganado que habia hecho retirar Tristan, con anticipacion á su movimiento en aquella direccion; y tomando juntamente con el ganado algunos prisioneros de la tropa que lo conducian, fué informado por

ellos, que el general Tristan y sus fuerzas, no tardarian en llegar á aquel punto.

Cierto ya Canterac de la marcha y proximidad de su contrario, salió inmediatamente de los callejones que al frente de dicha Hacienda, formaban varios cercados de tapias; reconocíó á favor de la luna el terreno, y viendo que se le presentaba un campo suficiente donde pudiese maniobrar su caballeria y ocultar su infanteria, dispuso que esta formase en batalla á la derecha del camino á distancia como de 150 varas de este, arrimados á unos zarzales muy altos, cuyas sombras y ramas los ocultaban.

El destacamento del primero del Imperial que hacia cabeza y derecha, dejó bastante distancia entre la demas infanteria y fué colòcado en un médano de arena donde se emboscó.

Los granaderos de la guardia fueron situados á la salida de los dichos callejones, en batalla perpendicular al camino real, y su izquierda apoyada á una altura pequeña.

Los Húsares quedaron en columna en los callejones y á los dragones los colocaron en columna detrás de la altura mencionada. Todas estas disposiciones tomaba Canterac para aguardar bien prevenido á su incauto enemigo, que tranquilamente marchaba á caer en el lazo que le estaba dispuesto.

En este estado fué, cuando asomaròn por el camino desembocando á la llanura, tres compañias de cazadores que formaban la vanguardia ó descubierta de Tristan. Estas compañias en el momento que distinguieron al enemigo hicieron alto: en este instante saliendo aceleradamente de su emboscada las compañias del Imperial, se precipitaron sobre las tres de nuestro ejército con un vivísimo fuego, que fué contestado con la mayor bizarria por los últimos, tanto,

que hicieron contener la audacia con que los atacaban los realistas; mas cargando á este mismo tiempo los dragones á nuestros cazadores, los acuchillaron, teniendo que ponerse en fuga á protegerse del batallon 2 de Chile que á no mucha distancia los seguia, el que á los primeros tiros que sintió precipitó su marcha, llegando al punto del combate en circunstancias que ya los cazadores estaban completamente destrozados, y ocupando el fatal sitio que ellos habian desalojado, rompió el fuego sobre los enemigos. Este batallon sin saber qué posicion tomar en aquellos momentos, sin saber los puntos que ocupaban los contrarios, ni cuanta era la fuerza que lo batia, no le quedó otro recurso que formar en batalla sobre el mismo camino, dando frente á donde observaba que procedian los fuegos contrarios, haciendo los suyos con toda la viveza posible. Apenas habia podido colocarse de este modo, cuando fué cargado por los destacamentos del Imperial y Cantabria por el frente, y los dragones que estaban formados en el camino por el flanco, de modo que lo arrollaron y acuchillaron de un modo lastimoso. Llega el resto del ejército, halla en fuga el batallon 2 y la turbacion y desaliento se apoderan de él, al ver tan gran desgracia: no saben qué hacer ni qué disponer en aquel momento y se hallan envueltos en si mismos. Entretanto le enemigo se habia ordenado, y conociendo ser prudente no dar tiempo al general Tristan á que tomase alguna posicion, carga nuevamente el Imperial sostenido por los húsares atacando la columna por un flanco: los Dragones se colocan á retaguardia de ella y tambien la cargan: llega en esto todo el resto de la infanteria enemiga y los granaderos de la guardia renovando el combate con encarnizamiento; y el general Tristan atacado á la vez por el frente, flancos y retaguardia, se ve precisado á ceder, con una pérdida

horrorosa. Procura rehacer sus tropas y hacer todos los esfuerzos posibles para continuar defendiéndose, pero nuevamente atacado en todas direcciones, y la tropa enteramente desalentada, se dieron todos á la fuga abandonando el campo.

Declarada la victoria á favor de los realistas, la continuaron estos sembrando el terror y la muerte en los dispersos, y obteniendo el mas completo triunfo. Nuestra caballeria viéndose acometida y sin el apoyo de la infanteria, se dispersó tambien, y he aquí el resultado de la campaña de Ica.

Nuestra division perdió en la batalla una porcion muy considerable de muertos: 1770 prisioneros sanos: 100 heridos: 2 banderas, una peruana y otra chilena: 75 oficiales de todas graduaciones: 4 piezas de artilleria: 3000 fusiles: 200 tercerolas: 100 sables y espadas: muchas municiones de cañon y fusil: un número crecido de tiendas de campaña: todas las cajas de guerra: las de los cuerpos: la imprenta y una cantidad de ganado mayor. Debiéndose entender, que no todo el armamento referido fué tomado en el campo de batalla, sinó que es contado con el que habia quedado guardado en Pisco, que cayó tambien en manos de los enemigos.

Sin embargo que los realistas alcanzaron tan completo triunfo, debieron acordarse con frecuencia de la batalla del 7 de abril en Ica, pues muchos de sus huesos blanqueaban despues en aquellos campos.

Junto con algunos dispersos llegó á Lima la noticia del desastroso suceso que habian sufrido nuestras armas en la jornada de Ica. Este acontecimiento llenó de consternacion y esparció el luto en la poblacion: muchos padres habian perdido en aquella batalla á sus hijos: muchos hermanos á sus hermanos queridos; y muchos hijos á sus padres. La

opinion pública tambien se resintió grandemente de este gran golpe y los asuntos políticos se complicaban gravemente. El primer esfuerzo que hacia el Perú, habia fracasado: Tristan, el ángel salvador que prometia custodiar, defender y llenar de glorias á Lima, no habia correspondido con sus hechos á las esperanzas que en él se habian fundado: el Ejército sufria á consecuencia de la pérdida de la Division, una baja muy considerable que costaria nuevos é inmensos sacrificios el reponerla; fuera de otras pérdidas de consideracion, que por ello sufria el pais. Se hicieron tan apremiantes las circunstancias, que el Ejecutivo se vió ejecutado.

Imponderable fué el disgusto que causó á su excelencia la fuerte oposicion que sus adversarios le habian hecho, resistiéndose á que el señor Tristan los trajese á todos vivitos conforme se los habian mandado, lo que era una gravísima falta de respecto á su persona y á quien lo representaba, como criminal el hecho de contrariar de un modo tan brusco sus cálculos y voluntad. El carácter duro, violento y poco manejable que mostró con aquellos hombres armados que andaban á campo libre, le pareció muy poco compatible con el apacible de los que tenia encerrados en la jaula de la ciudad, los que se entretenian en oir misa, leer sermones y obedecer ciega y prontamente sus mandatos, y no queriendo entrar por lo pronto en argumentos nuevos con los primeros, resolvió vengar la afrenta recibida en los segundos; y cuando él buscaba los medios de efectuarlo, he aquí, que las circunstancias mismas le presentaron un excelente pretesto.

Empezó a circular en Lima la noticia—no sé si casual ó intencionalmente—de que los españoles residentes en la capital en union con los americanos adictos al sistema rea-

lista y en combinacion con su ejército, tenian tramada una conspiracion, la que muy pronto debia estallar con funestos resultados. Corrió esta voz con tanta rapidez y apariencias de verdad, que el gobierno empezó á tomar sérias medidas para descubrir los revolucionarios, dictando al mismo tiempo el decreto siguiente:

«EL SUPREMO DELEGADO: HE ACORDADO Y DECRETO»

1° «Ningun español con excepcion de los eclesiasticos, podra usar capa ni capote cuando salga a la calle, debiendo andar precisamente en cuerpo bajo la pena de destierro.»

2° «Toda reunion de españoles que pase de dos individuos, queda absolutamente prohibida en todas sus partes, bajo la pena de destierro y *confiscacion de bienes.*»

3° «Todo español que salga despues de oraciones, incurre en la pena de muerte.»

4° «Todo español á quien se le encontrare alguna arma fuera de las precisas para el servicio de mesa, incurre en la pena de *confiscacion y muerte.* Solo se exceptuan de este artículo, los que tengan carta de ciudadania ó una excepcion firmada por mi.»

5° «Se establece una comision de vigilancia que conocerá privativamente en las causas de españoles que se versen sobre infidencia ó infraccion de los artículos anteriores. Los miembros que la componen son el doctor don Francisco Mariátegui, Fiscal Departamental, Presidente de ella: don Miguel Gaspar Fuente Pacheco; y don Manuel Cogoi. El doctor don José Faustino Sanchez y Carrion, hara las funciones de fiscal: la comision nombrara el actuario que sea de su mayor confianza.»

6° «La comision procederá breve y sumariamente en la actuacion de las causas, y pronunciada la sentencia, la pa-

sará a la alta Cámara de Justicia, para que en el mismo dia que se reciban, se confirme ó revoque el pronunciamiento, de la comision. La comision queda autorizada para allanar las casas, cuando haya motivo de sospecha, pasando en el acto aviso oficial al ministerio de estado, para conocimiento del gobierno.»

7° «La comision tendrá sus sesiones en la casa que designe el Presidente y á las horas que acuerde ella misma.»

8° «El Presidente pasará al fin de cada semana una razon de las causas que existan y de las que hayan concluido.»

9° «El presente decreto se publicará por bando y circulará á los Departamentos libres, para que se adopte con las modificaciones que tengan a bien los Presidentes de ellos; y para que no caiga en olvido ninguno de los artículos que contiene y tenga el pueblo siempre presente la necesidad de velar por su seguridad, se repetirá la publicacion en los lunes de cada semana, quedando encargado de ello, los sargentos mayores de plaza en todos los Departamentos hasta que se dé nueva órden.»

«Dado en el Palacio del Supremo Gobierno en Lima á 20 de Abril de 1822.—2°.—Firmado — *Torretagle.*—Por órden de S. E.—*Bernardo Monteagudo.*»

Este tremendo y aterrante decreto que cualesquiera que en él se fije conocerá por los términos en que está concebido, la grande extension de males y desórdenes á que daba lugar; y que aunque aparecia como especialmente espedido para los españoles se hizo extensivo á los americanos, y se le dió el mas exacto y severo cumplimiento.

No es fácil poder dar una idea del espanto y desolacion de que se hallaban poseidos todos aquellos que se consideraba podian ser comprendidos en el fatal decreto, bien

fuese por los compromisos de opinion que hubiesen contraido á favor de los realistas; bien porque la opinion pública los tuviese sindicados por de contrario partido aunque en nada se hubiesen mezclado, ó bien porque tuviesen caudales, que en aquel tiempo el que los poseia era enemigo de todo el mundo.

No solamente por estas razones se veian los hombres expuestos á sufrir castigos y aun la muerte, pues cualesquiera que quisiese vengar sus resentimientos particulares en una persona, ó por cualquiera otro motivo, no tenia mas que hacer sino denunciarla como de contraria opinion, cuya denuncia era admitida como positiva y probada, y sin mas forma de juicio ni aclaraciones, se procedia inmediatamente contra la persona acusada, sometiéndola en cuerpo y alma al decreto ó cualesquiera otra ley del momento, saliendo generalmente con el castigo, pues ya se habia adoptado como moda, de confinacion y destierro.

Todos los hombres temblaban al ver sus vidas y fortunas y las de sus inocentes familias expuestas á . . . . . .

. . . .

Las medidas que tomó el gobierno fueron tan activas, tan sábias y tan á tiempo, surtiendo tan admirables efectos, que consiguió quedase todo reducido á nada, como que nada habia habido de positivo en su orígen.

A consecuencia del espresado decreto solo hubieron muchas confiscaciones que dieron ingentes sumas: algunos desterrados y ningun decapitado en público, aun que de muchos hombres conocidos no se ha podido saber el paradero de ellos hasta ahora.

DOMINGO ARRIETA.

Continuará



MEMORIA HISTÓRICA

SOBRE LA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO LIBERTADOR (1839-1841)

(*Continuacion*) 1

CAPITULO XII

SUMARIO—Posicion del Ejército Libertador en la isla Coronda—Es compelido á desalojar su hospital de sangre—Recursos—Proyéctase una escursion á la provincia de Santa Fé—Medidas sobre Corrientes—Desígnase al general Paz para trasladarse á dicha Provincia—Elementos puestos á su disposicion—El general Ramirez—Regreso de la columna exploradora sobre Santa Fé—Acuérdase el embarco del ejército—Dificultades suscitadas por el jefe de la escuadrilla—Reorganizacion y equipo de las fuerzas libertadoras—Prepárase una sorpresa sobre el Baradero—Embarco general—Dá la vela el convoy bajo los fuegos del enemigo—Combate con las baterias del Rosario—Pérdida sensible—San Nicolás—Desembarco en las cercanias del Baradero—Roconocimiento llevado sobre San Pedro—Marcha de avance—Encuentro en el arroyo Tala—El enemigo se retira hácia el Salto—El General en jefe marcha para San Pedro—Nombra comandante militar á esta plaza—Orden general—Operaciones fluviales—Situacion del ejército libertador—Ductilidad y manejos reprobados de los comisionados del rey Luis Felipe—Conducta honrosa de los marinos franceses.

Habia dejado por un momento al Ejército Libertador, para indicar los últimos sucesos que tuvieron lugar despues de la aparicion del enemigo sobre Punta Gorda; pero ya es tiempo me ocupe de los defensores de la libertad colocados en la isla de Coronda.

Indispensable es hacer antes, una ligera descripcion de aquel asilo del Ejército, para que nuestros compatriotas puedan juzgar su crítica posicion, donde el cálculo y la constancia del jefe de los libres, debia luchar con los obstáculos naturales y vencer resistencias que dibujaban un porvenir alarmante y cargado de nubes opacas.

La isla de Coronda, situada en la costa occidental del

(1) V. pág. 359—Tomo VII de esta Revista.

gran Paraná, se halla separada de la provincia de Santa Fé por un brazo fuerte de aquel rio, estando cortada en diferentes sentidos por arroyos mas ó menos caudalosos y por esteros espaciosos y bañados que la hacen casi inhabitable. El Ejército, ocupó la parte mas elevada de ella; pero esa situacion, lo ponia á la vista y al alcance de los fuegos del reducto de Punta Gorda, cuya artillería le dirijió sus tiros, aunque sin ofenderlo.

El hospital militar, habia sido improvisado precisamente donde el cañon enemigo podria causar mas daño, y tan luego como el reducto fué ocupado por Echagüe, asestó su artilleria contra él. Hízose, pues, indispensable desalojarlo y conducir los infelices heridos y enfermos á las embarcaciones que debian trasportar, unos á Corrientes y otros á las Vacas, en el Estado Oriental. Cualquier ejército que no obedeciese á Rosas, habria respetado un sitio en el que la humanidad encuentra siempre objetos de compasion; pero el furor mas encarnizado, allanaria en esa lucha cruel y sangrienta, todas las barreras que la civilizacion coloca entre naciones cultas.

El ejército, contaba con escasos medios de subsistencia y por lo mismo, se hizo indispensable reducir á una limitadísima cantidad, la carne que se suministraba al soldado, sin embargo, de que era su único alimento. Tambien debia atenderse al sosten de la emigracion entre-riana y al abasto de los buques de guerra y mercantes. Todo esto, contribuia poderosamente á hacer mas insoportable y peligrosa nuestra permanencia en dicha isla.

Tan alarmante perspectiva, exijia un remedio pronto, eficaz, y el General en jefe creyó descubrirlo, destacando el 23 de Julio, la division Vega con dos compañias de infantería, mandadas por el sarjento mayor Juan José Perez, y el todo á órdenes del teniente coronel Manuel Saavedra (el coronel

Vega herido en la última batalla, todavía no se hallaba en estado de prestar un servicio tan activo), para que atravesando la isla, reuniese toda la caballada y ganado posible. Esta espedicion, púsose en marcha inmediatamente, sirviendo al efecto los caballos que hicimos pasar el Paraná (1). Para segundarla, dió la vela una parte de la escuadrilla, la que debia amagar un desembarco en Santa Fe.

El General en jefe, estaba penetrado de la importancia de la heróica provincia de Corrientes en esta guerra, y por lo mismo, no perdia de vista un pueblo, que si bien habia hecho cuantiosos sacrificios en la campaña que acababa de terminar; dando nuevo impulso á su elevado patriotismo, la nacion debia esperar todavía mayores servicios, de ese pueblo entusiasta, llamado á ocupar una de las mas bellas pájinas en la historia militar contemporánea de la República Argentina.

Entre tanto, el benemérito general Paz, hallábase en el

(1) Llegaba á esta altura, cuando vino á mis manos un opúsculo intitulado: *Campaña del primer Ejército Libertador de la República Argentina, al mando del general D. Juan Lavalle, contra el tirano de los pueblos del Plata.* Ciertamente que es meritorio y digno el objeto de su autor, el ciudadano Pedro Lacasa, quien se ha propuesto, al escribirlo (como acalorado partidario del ilustre y malogrado general Lavalle), vengar la memoria de una víctima tan interesante, refutando las acusaciones que se le han hecho. Respeto el móvil que impulsa á su autor, por penoso que sea confesar, que ha incurrido en notables errores. Muchos hechos se hallan desfigurados ó incoherentes; sin embargo, hago la justicia de creer, que á este buen patriota, no ha guiado la malicia—conozco su corazon y sus nobles tendencias. Colocado yo en el rol de escribir los mismos sucesos que él ha narrado, tendré á cada paso que tropezar con sus deficiencias, y seria intempestivo que me ocupase de refutarlas, hasta promover tal vez una polémica—entre el amor propio ofendido y la veracidad histórica—en la que no quiero, no deseo, ni puedo entrar. Sin embargo, faltaria á mi deber y á mi conciencia, si no declarase, que el escrito á que aludo, no debe ser considerado ni apreciado como un documento fehaciente. Para probar esta verdad amarga para mí, baste decir, que el ciudadano Lacasa se halla tan escaso de nociones sobre la campaña que ha pretendido escribir, como sobre la vida pública del general Lavallc, pues, segun él, la espada de este guerrero, *empezó á lucir en el año 17*, cuando en 1814 ya brillaba en las filas de los sitiadores de Montevideo!...

Ejército, dispuesto á prodigar su sangre por nuestra noble causa, y el General en jefe, puso á su eleccion trasladarse á Corrientes, para organizar y mandar allí el ejército de reserva que debia crearse, ó quedar de jefe del Estado Mayor bajo sus órdenes. Un guerrero como el general Paz, no podia vacilar. Se decidió por lo primero—y esta inspiracion de su coraje, iba á darle nueva vida á la causa agonizante de la libertad!

La mision confiada á la capacidad y patriótico celo de un General tan distinguido, era espinosa, delicada, pero de honra y gloria, pues en fuerza de su genio, debia preparar los elementos de triunfo, que puestos hábilmente en juego, han venido á consolar y despertar las esperanzas de la Patria. (1)

El general Ramirez, por su influencia sobre el pueblo correntino, fué designado para marchar con el general Paz, así

(1) El general Paz, ha conquistado gloria inmarcesible, porque invadido el suelo correntino por un ejército numeroso al mando de Echagüe, fué este completamente derrotado, el 20 de noviembre de 1841, en Caaguazú. Esa memorable jornada, cuyo resultado es bien conocido, ha hecho dueño al vencedor, de la provincia de Entre Rios, dejándola purgada de sus opresores. A esta hora, el Ejército de la libertad, pisa triunfante, sin duda, la márjen occidental del Paraná, teniendo al frente á su mas esclarecido campeon, y en breve será arrojado el tirano del asiento de sangre, en que un conjunto funesto de circunstancias, lo colocó para inflijir á la República Argentina el retroceso oprobioso de la civilizacion á la barbarie, hasta convertir tan hermosa tierra, en teatro de carnicería, de miseria y latrocinio!—habiendo aniquilado el comercio, destruido las fuentes de la industria, paralizado el movimiento y la vida material de aquel pueblo llamado á figurar entre las naciones, por sus virtudes y su heroísmo. Mas, por una de las permisiones divinas, el tirano ha visto súbitamente armarse la tormenta que va á anonadar para siempre su dominacion devastadora... Hoi, (1841) el Presidente Rivera, proteje y da impulso á la guerra santa. El generoso pueblo Oriental, puesto al fin en armas contra el absolutismo, concurre á combatir por la libertad del país, al que debe su existencia política, mientras que su primer magistrado, se hace por este paso, acreedor al olvido de sus lamentables estravíos pasados. Finalmente, el gobernador de Santa Fé, D. Juan Pablo Lopez, abjurando la causa del crímen, se afilia con su valerosa Provincia, entre los guerreros destinados á vengar la patria de los males sufridos, garantiendo así, su futura prosperidad—para que la gran familia argentina, levante sobre los escombros ensangrentados de la tirania, el templo augusto de la concordia y de la paz!

como el teniente coronel D. Indalecio Chenaut, y otros muchos jefes y oficiales que habian servido con honor en el Ejército. Tambien se puso á disposicion del primero todo el armamento y municiones de que estaba en posesion el ejército, sin distraer el que le era necesario.

Preparado todo, el general Paz dió vela en uno de los buques de guerra que debia custodiar el convoy que marchaba para Corrientes, y en el que fueron enviados los heridos y enfermos.

El general Ramirez, fué despachado antes que el general Paz, en una ballenera perfectamente armada, conduciendo pliegos para el gobernador Ferré, en los que el general en jefe le daba cuenta de los sucesos ocurridos, y de la resolucion que habia tomado de trasladar el teatro de la guerra á la provincia de Buenos Aires. (1)

(1) El general Ramirez, que como se dice en el texto, partió antes que el general Paz, llegó primero al territorio de Corrientes y pudo por consiguiente prevenir al Sr. Ferré, y este magistrado, aturdido con las noticias que le fueron comunicadas, no viendo sino el peligro que amenazaba á la provincia de su mando, desde que Echagüe desembarazado del Ejército libertador, quisiese invadirla, dió á luz una proclama de que luego tuvo que arrepentirse, cuando mejor instruido por el general Paz, conoció que lo que él habia calificado de *desercion*, con ligereza hasta cierto punto disculpable, era un acto sublime que la posteridad sabrá apreciar. El gobernador Ferré, cuyo carácter leal y franco, le hace tan distinguido, á fin de lavar el borron que pretendió echar sobre el general Lavalle y su virtuoso Ejército, al arribo de Paz, publicó dos nuevas proclamas, que si bien fueron bastantes á reparar la impresion causada por la primera, tambien pueden considerarse como un brillante homenaje rendido al *guerrero que con el pomo de su espada, habia ido á golpear las puertas del tirano.*

Efectivamente, el general Lavalle, despues del desastroso resultado de la batalla del 16, no podia ya mantenerse en el Entre Rios, ni tampoco emprender retirada sobre Corrientes. Tomó la resolucion que debia. Fué atrevida, grande, pero tambien la única que podia salvar á Corrientes y al ejército de su mando. He aquí esas piezas:

«PROCLAMA.—*El Gobernador y Capitan General de la Provincia.*—COMPATRIOTAS: Cuando el que os habla, apuraba sus conatos en afianzar la paz, tranquilidad y libertad de la provincia: cuando por fin, sacrificaba en aras de la Patria, los justos motivos de queja y desconfianza á que daba mérito la conducta irregular del general Lavalle, en cuyas manos se depositó la fuerza armada; entonces es, cuando este mismo, faltando á sus juramentos y á

La espedicion destinada sobre Santa Fé, estuvo de regreso el quinto dia de su partida, despues de haber sufrido inmensos trabajos, en que los soldados tuvieron que comer hasta la carona de cuero de sus monturas, y últimamente, muchos caballos de los que montaban; pues habiendo

todo lo mas sagrado, que respetan los hombres, os ha abandonado, desertando con el ejército de esta provincia á quien ha sorprendido y engañado—¿lo creerías Correntinos? Ese hombre á quien recibisteis con el abrazo del amigo, y á quien prodigásteis vuestra confianza y elementos, retribuye hoi vuestra lealtad y generosidad, con la mas negra de las traiciones.

«CORRENTINOS: Ha llegado el caso de redoblar nuestros esfuerzos. La causa santa de la libertad, que habeis jurado defender, no pende de la defeccion de un malvado: nos sobran medios de vencer, y lo haremos, sin que el nombre de él manche en lo sucesivo nuestras glorias. Armémonos, y la victoria será nuestra. Mañana marcha á campaña y os aguarda en su Cuartel General, vuestro compatriota.—*Pedro Ferrê.*—Corrientes, agosto 5 de 1840.»

El gobernador Ferré, esplicó detalladamente las causas orijinarias de la anterior proclama, en su Mensaje de noviembre de 1840, al Congreso Provincial de Corrientes. «...Sensible fué ciertamente ese paso—decia entre otras cosas—y otros que tuvo que dar el Gobierno, pero absolutamente necesarios para descargarse de la inmensa responsabilidad que un silencio mal entendido, podia traerle; para hacer revivir el entusiasmo y satisfacer á sus compatriotas, sobre un suceso que ponia en manos de sus enemigos á un pueblo tan digno de mejor suerte, desertando para ello el general Lavalle de sus compromisos y de sus deberes. Por lo demas: protesto á V. E. y al mundo entero, que considero y consideraré siempre al Ejército Libertador un ejército de Correntinos patriotas y valientes soldados, que marcharon á, combatir y combaten contra la tirania, y que mis votos son por su felicidad, que es la de la Patria, y el honor de Corrientes...»

«PROCLAMA.—¡Viva la Federacion Argentina!—Año 31 de la Libertad y 25 de la Independencia.—*El Gobernador y Capitan General de la Provincia á sus habitantes.*—Compatriotas: Un acontecimiento extraordinario vuelve á excitar nuestro patriotismo: la fuerza correntina con que contábamos para nuestra defensa, se ha lanzado contra nuestros mismos enemigos á la banda occidental del Paraná. Tal es el fuego de venganza que los anima contra la tiranía: ¿y nosotros con este ejemplo tan elocuente, seremos frios espectadores de la invasion que nos amenaza?

«No, Correntinos—estos hombres son los que nuestros mismos hermanos, han vencido tantas veces. No pueden olvidar, que nosotros pertenecemos á la misma familia que se ha coronado de gloria. Que nuestras lanzas, nuestro coraje, y nuestro valor, es el mismo que nos han dejado aquellos, y que no han podido resistir tantas veces nuestros enemigos.

«Compatriotas—un General de crédito, de patriotismo y de un valor bien probado, es el que va á dirijir nuestra justa defensa: unios á él, y confiad en su pericia militar. El general don José Maria Paz, os enseñará el camino de la gloria, y la fama seguirá publicando vuestras hazañas.

marchado sin ninguna clase de provisiones, con la sola esperanza de lo que hubieran podido tomar, natural era que llegasen á ese estremo. La espedicion, en su camino, habíase visto obligada á pasar frecuentemente un gran número de arroyos, la mayor parte á nado ó pantanosos, y esta circunstancia, unida al frio, y al escaso alimento, destruyó los caballos, debilitando á los hombres. Llegados á los confines de la isla, se encontraron con la absoluta imposibilidad de franquear el último obstáculo que oponia á su perseverancia y valor, un brazo del Paraná, y el comandante Saavedra, previa consulta con el General en jefe, tuvo que retrogradar forzosamente para salvar sus beneméritos soldados. La escuadrilla regresó asimismo, porque habia espirado el tiempo que le fué asignado.

El mal éxito de esta operacion, hacia ya mas urjente la necesidad de adoptar una medida pronta y eficaz para dejar la isla cuanto antes, porque el ejército se encontraba aquejado por la privacion de los medios de subsistencia, y el

«No dispensaremos sacrificio, por sostener nuestras libertades y derechos, y se sepultará antes de capitular con la tirania, junto con vosotros en las ruinas de Corrientes, vuestro amigo y compatriota.—*Pedro Ferré.*—Villa de San Roque, agosto 10 de 1840».

«PROCLAMA—¡Viva la Federacion Argentina! —Año 31 de la Libertad y 25 de la Independencia.—*El Gobernador y Capitan General de la Provincia de Corrientes.*—Compatriotas y amigos: el territorio del tirano Rosas se halla invadido por las lanzas del Ejército Libertador. El general Pacheco ha sido batido y deshecho: nuestros bravos llegaron á San Pedro, vieron á los enemigos, los cargaron y los vencieron. Los satélites de Rosas, huyen despavoridos y espantados: sus tropas se reunen á nuestros valientes: la hora terrible de juzgar al tirano se acerca.

«Correntinos: imitemos á aquellos héroes: son nuestros hijos, hermanos y amigos, y el esterminio del teniente de Rosas será inevitable. El general Paz, cuya ciencia y crédito militar son bien conocidos, os dirije: busquemos la gloria y la hallaremos. Estos son los votos de vuestro amigo y compatriota.—*Pedro Ferré.*—Cuartel General en la Laguna de Avalos, agosto 22 de 1840.»

hambre empezaba á ejercer su influencia irresistible á pesar de que ya se hacia uso de la carne de caballo. (1)

Despues de haber tenido el General en Jefe repetidas y acaloradas discusiones con el Sr. Penaud, jefe de la escuadrilla, quedó definitivamente acordado el embarco del Ejército en todos los buques de guerra y mercantes que se hallaban fondeados en las inmediaciones de la isla. El señor Penaud, no habia vacilado un momento en que esa medida se efectuase, pero nacia su oposicion á los proyectos del General en jefe, de que este marino queria conducirlo directamente á Martin García, sin esponerse á sufrir las demoras que podian ocasionar las tentativas hostíles en las costas del Paraná, contra la provincia de Buenos Aires.

Esa resistencia por parte del jefe de la escuadrilla, emanaba ademas, de que ella, tenia escasamente víveres de repuesto para quince dias, *solo para la tripulacion*, y aumentado con exceso el número de los consumidores, no podian alcanzar para mas de siete dias, reducidas las raciones de los marinos, á menos de la mitad. Los buques mercantes del convoy que bajaban desde Corrientes y debian tambien

(1) En este punto, se incorporaron al Ejército, los emigrados de la lista adjunta, recien llegados de Montevideo (via Martin Garcia), los cuales, con marcadas escepciones, continuaron la campaña. Muchos de ellos eran hacendados del Sur de Buenos Aires.

Allende (Faustino) coronel—Ábrego (Nicolás) capitan—Albarellos (Rafael)—Ascasubi (Hilario) y un sirviente—Ballesteros (Ramon)—Bauzá (Valerio)—Billinghurst (Roberto)—Butter (José Maria) y un corneta—Cavenago (Ramon)—Caviedes (Julian)—Céspedes (Manuel Ramon)—Esteves (Francisco)—Gomez (Francisco José)—Guerrico (Gregorio)—Heredia (José Blás) Huerta (Domingo)—Lezica (Pedro)—Llanos (Angel)—Llanos (José)—Llanos(Mariano)—Martinez (Federico) capitan, y su asistente—Muñoz (Ramon) —Olleros (Juan José) comandante—Pizarro (Severo)—Plaza (Benito)—Rodriguez (Justino)—Salas (Mariano) capitan—Dr. Salvadores (médico)—Santa Coloma (José Manuel)—Soto (Felipe) y sirviente—Taboada (Antonino—Torres (Pedro)—Ureta (Ramon)—Vazquez (José)—Vidal (Salvador) —Villegas (Francisco)—Yedros (Pascual)—Zeballos (Indalecio).

recibir á su bordo tropas del ejército, estaban en peor estado que los de guerra.

Si el órden de los sucesos, contrariaba ó retardaba el éxito de la empresa, entonces el Ejércio se hubiese encontrado en una situacion desesperada, y el resultado habria sido conducirlo á Martin Garcia, y una vez sucedido esto, podia considerarse asegurada su total dislocacion y destruidas tal vez para siempre, las esperanzas de emplearlo de nuevo contra el tirano.

En esta cruel alternativa, el General en jefe, tuvo que resignarse á sufrir un verdadero contraste, trabajando sin embargo, con intelijencia, para evitar las consecuencias que amagaban á la obra de su mas atrevida resolucion. Pero la fortuna, amiga del valor y de la audacia, todavia esta vez, coronó esas miras con prósperos resultados, aunque mas tarde, lo haria víctima de sus caprichos é inconstancia!

Antes de embarcarse el ejército, el General en jefe se contrajo á hacer en su organizacion, algunas alteraciones reclamadas por el mejor servicio.

El coronel don Cayetano Artayeta, fué puesto á la cabeza del escuadron Mayo, para reemplazar á su antiguo jefe el comandante Chenaut.

La division Ramirez, reducida á la fuerza de una legion, por la dispersion que habia sufrido en la batalla del Sauce, fué confiada á su segundo jefe, el teniente coronel Manuel Ocampo con la denominacion de *Legion Ocampo*.

La Legion Torres, cuyo jefe solicitó y obtuvo pasaporte del General en jefe, para retirarse al Estado Oriental, fué puesta á órdenes del acreditado comandante de escuadron de la misma, don Manuel Jesús Noguera, recibiendo tambien el nombre de su jefe.

A la legion Vilela, se le dió por jefe, al teniente coronel don Domingo Abalos, denominándose como este.

Las legiones Noguera y Abalos, formaron una division mandada por el coronel Vilela, la que llevaba el nombre de su jefe.

Inmediatamente, se procedio á completar el armamento, municiones y monturas de los cuerpos, á los que se uniformó de nuevo, y tan luego de terminar dicha operacion, el ejército se preparó á embarcarse á la primera órden.

Antes de proceder al embarco de este, el General en jefe, nombró al capitan don Mariano Camelino, para que teniendo á sus órdenes á los ciudadanos José Iraola, Francisco Pelliza y Antonio Cané, cada uno de los cuales debia mandar una partida de doce soldados escojidos de la legion Rico, se embarcase en un buque lijero que lo conduciria á desembarcar en el Rincon de Cabrera, para que apoderándose allí de todas las caballadas, las condujese á la isla del Baradero, punto designado para que el ejército verificase su desembarco.

El 28 de julio de 1840, tuvo lugar el embarco del ejército, á pesar de hallarse el rio demasiado agitado por un recio viento del N. que soplaba á la sazon.

Como todos los buques mercantes y algunos de guerra, se hallaban fondeados mas abajo de las baterias de Punta Gorda, los cuerpos que fueron destinados á embarcarse en ellos, tuvieron que desfilar al frente del reducto, y en su tránsito, sufrieron el fuego de la artilleria enemiga, que por fortuna no les causó daño.

A la entrada del sol, estuvo embarcado casi todo el ejército y á esa misma hora, dejó la isla el General en jefe. Fué conducido á bordo de la corbeta *Expeditive*, en la que ya se hallaban los señores Agüero, Carril, general Iriarte, el

secretario del General en jefe y los comandantes Saavedra y Hornos con sus respectivos escuadrones. Era la nave que arbolaba la insignia del señor Penaud.

La cañonera *Tactique*, recibió á su bordo todos los empleados del Cuartel General, Estado Mayor, Comisaría y al escuadron «Mayo». Llegada la noche y hecha por el jefe de la escuadrilla la señal conveniente, dieron la vela los buques que se hallaban mas arriba del reducto, y sufriendo un fuego activo de cañon, que no fué contestado, pero que tampoco les causó daño alguno, fondearon donde estaba el resto de aquella y el convoy.

El 29 de julio á las 11 y media de la mañana, habiendo la capitana tirado pieza de leva, por estar concluido el embarco, dió la vela la expedicion aguas abajo, á vista de los servidores del tirano, que en ese momento coronaban las elevadas barrancas del Paraná.

Al dejar el ejército la isla, quedaban ya mui pocos caballos que no hubiesen sido devorados, y los que aun restaban, fueron muertos y conducida su carne á bordo para servir de alimento á los libertadores, cuya constancia y sufrimiento, son un timbre de gloria, así como la paciencia con que soportaron las privaciones durante su permanencia en ella, y en la travesia hasta el momento del desembarco.

La navegacion fué feliz, en medio de un tiempo delicioso hasta el Rosario, cuyo paso debia forzarse. Al efecto, los trasportes en número de veintitres, recibieron órden de dirijirse al arroyo de los Marinos, pues de ese modo se hallaban fuera del alcance de las baterias enemigas, siendo fácil su tránsito por el poco calado. Los de guerra que les servian de escolta, preparados al combate y habiendo hecho descender al entrepuente á la tropa que conducian, forza-

ron de velas, y en columna, cuya cabeza ocupaba la cañonera *Tactique*, sostenida por las de igual clase, *Eglantine* y *Vigie*, bergantin *Sylphe* y dos buques menores, cubriendo la retaguardia la corbeta *Expeditive*, continuaron rumbo, desafiando audazmente las baterías de Rosas.

El enemigo, preparado de antemano, aguardaba el momento oportuno de romper sus fuegos, y á las 7 de la mañana del 31 de julio, apenas la *Tactique* húbose puesto á su alcance, se empeñaba un vigoroso cañoneo, entre esta y las baterias de la costa, el que se sostuvo casi tres horas con los demas buques, que al pasar recibian las balas enemigas y contestaban con las suyas. Luego de forzado el paso, y hallándose estos fuera del alcance de aquellas, dieron fondo para esperar la reunion de los trasportes.

El resultado del combate, fué haber recibido los buques no pocas balas en cascos, velámen y maniobra; averias que se repararon inmediatamente; pero la marina francesa, entre las pocas bajas que tuvo, perdió al distinguido oficial Fabre, del *Sylphe*, jóven dotado de gran valor y conocimientos, el que cayó en su puesto, vivando á su patria y á la libertad. (1)

El enemigo, tuvo pérdidas en los artilleros que servian

(1) Este oficial, herido gravemente al forzar las baterias del Rosario, y cuyo nombre me es satisfactorio consignar aquí, murió el dia 4 de Agosto, sin que para salvar una vida tan preciosa, hubiesen bastado los auxilios del arte y el profundo interés tomado por su conservacion. El fué sepultado en una isla desierta del Paraná, frente á San Pedro. Sus restos mortales, reposan olvidados en tierra estranjera, mientras que el gobierno de su país, objeto de sus últimos votos, atentaba contra su propia gloria, firmando una paz onminosa, con el bárbaro que se ha puesto fuera de la ley de las naciones!... La sangre francesa y argentina que selló ese rasgo de felonia, clama venganza!—Y la obtendrán de seguro, porque la decrépita tirania, desaparecerá tarde ó temprano del suelo clásico de la libertad, puesto que el terror justifica la represalia, y entonces, conocerá el gabinete de las Tullerías, hasta qué punto su conducta equívoca ha perjudicado á sus súbditos en las márjenes del Rio de la Plata, y quizá en toda la América!

las baterias, y el pueblo del Rosario sufrió mucho, porque las balas dirijidas contra aquellas, y que pasaban por alto, iban á hacer su efecto en los edificios del tranquilo habitante, víctima inocente de los males inevitables de la guerra provocada por una espantosa tirania.

Luego de reunidos los barcos del convoy, la espedicion dió de nuevo la vela, quedando á retaguardia el conductor de la infantería, que por su mucho calado, presentaba inconvenientes para el paso del arroyo de los Marinos, cuya carga fué menester alijar con alguna lentitud á fin de que pudiera salvar ese obstáculo.

La espedicion navegó sin otra ocurrencia particular hasta la altura de San Nicolás, fondeando á media tarde del 1° de agosto, una legua mas abajo de su puerto, porque convenia durante la noche, ponerse en contacto con los muchos patriotas que existian en esa ciudad enemiga decidida del tirano. Mas, la influencia del terror y la fuerza militar que la guarnecia al mando del coronel Juan Antonio Garreton, impidieron que los medios puestos en juego, diesen resultado favorable.

El dia 3, se continuó descendiendo el Paraná, á excepcion de la *Eglantine*, dejada en comision al frente de la guarnicion de San Nicolás, que formada en batalla sobre sus elevadas barrancas, presentaba una division de las tres armas como de quinientos soldados, que no habrian resistido el primer amago de un desembarco del ejército, al que la fortuna llamaba á otra parte; y por lo mismo, necesario fué alejarse de un sitio donde la presencia de los libertadores, podia perjudicar á los infelices patriotas asegurados bajo la garra de hierro de un cobarde, dispuesto á hacerles sufrir su saña, para satisfacer el odio que mas tarde desplego contra ellos.

Al caer la noche del 4, todos los buques de la espedicion se encontraban fondeados al norte de la estensa isla del Baradero, punto estratéjico elejido para el desembarco del ejército. Mui avanzada esta, fué puesto en la costa el teniente coronel Juan Camelino, con una compañia de tiradores, para que á la vez que practicase un reconocimiento sobre el pueblo de San Pedro, situado á corta distancia, pudiese tambien ponerse en relacion con los patriotas que allí habia. A las doce de esa noche, se sintió un tiroteo de corta duracion, el que tuvo lugar entre la fuerza desembarcada y algunas patrullas destinadas á vigilar la costa, que fueron dispersadas fácilmente. En fin, el resto de ella, se pasó en medio de la agitacion y la esperanza, aguardando la presencia de aquel dia, en que debieran realizarse los ideales que halagaban á los generosos defensores del honor y dignidad de la República.

Pocos momentos antes de amanecer, el General en jefe. tuvo la interesante noticia de que los esforzados patriotas desembarcados en el arroyo Cabrera, no tardarian en llegar á la isla, conduciendo un crecido número de caballos de que lograron apoderarse en fuerza de su actividad y la resuelta cooperacion de los patriotas del Norte de la campaña de Buenos Aires, que en odio al tirano Rosas, iban con ellos, á ofrecer al ejército un relevante testimonio de su decision por la causa santa de los pueblos.

Tan luego como se mostró el sol del memorable 5 de Agosto de 1840, el ejército se hallaba pronto al desembarco, esperando con impaciencia la señal para verificarlo. Hecha esta, todos los cuerpos lo efectuaron en la isla del Baradero, con el mayor órden y celeridad. El General en gefe, los precedió, para tomar allí las disposiciones que la gravedad del caso exijia, y que desenvueltas con rapidez

debian asegurar el resultado de una empresa que la posteridad sabrá apreciar, adjudicando el galardon que merece todo lo que tiende á prestar á la patria un servicio útil. Cuando el calor de las pasiones, no ajite la pluma que debe trazar la página ensangrentada de la lucha de la libertad contra la tiranía, entonces y no antes, la gloriosa República, inscribirá con orgullo y con gratitud, los nombres de los guerreros, que no escuchando sino la inspiracion del valor y de la constancia indomable, habrian cambiado la suerte de su país, si un acontecimiento de tristísimo recuerdo, no hubiese conspirado contra ellos: LA PAZ CON FRANCIA!

Luego que el ejército pisó la isla, los cuerpos se ocuparon en tomar caballos, resultando de esta operacion quedar sin ellos, una fuerza considerable. Circunstancia demasiado grave, y por lo mismo, aconsejaba la prudencia, no se perdiese un solo instante, pues que todo dependia de la prontitud con que se condujese una empresa tan audaz como difícil, porque Rosas podia en poco tiempo acumular sus fuerzas sobre San Pedro, y entonces, aquella abortaba infaliblemente. Por fortuna, el tirano en tan preciosos momentos, descansaba tranquilo, por que el jactancioso Echagüe, (1) habia adormecido su vigilancia con el mentido anuncio de la destruccion del ejército libertador, como ya lo dije, y á esta causal, unida á la sorpresa que ocasionó su aparicion en el territorio de Buenos Aires, fueron debidos los felices resultados que se obtuvieron.

La isla del Baradero, se halla separada de la costa firme, por un pequeño riachuelo ó brazo del mismo Paraná, pero

(1) Hoi, este General, se halla en Buenos Aires á la cabeza del Ejército que destina el tirano para castigar á la provincia de Santa Fé. La batalla de Caaguazú, ha costado á ese personaje, la pérdida de su gobierno soberano, obligándolo á refugiarse á la sombra del amo.

bastante pantanoso, y este obstáculo fué bien pronto salvado por los libres, merced á la ayuda prestada por los marinos franceses dirijidos por el simpático Halley; é inmediatamente, toda la caballeria que habia montado, franqueando al galope los bañados adyacentes al rio, trepó las alturas que varios escuadrones enemigos ocupaban momentos antes, los cuales se entregaron á una completa dispersion desde los primeros tiros de artilleria de los buques de guerra, que les causaron algunas bajas.

La noche se aproximaba ya, y el General en jefe dispuso que la caballería se mantuviese pronta para ponerse en marcha.

Desde que ella dominó las alturas inmediatas á San Pedro, varios vecinos concurrieron á visitar al General en jefe y á ofrecerle sus servicios, pues que todos deseaban la oportunidad de acreditar su odio al verdugo de la patria argentina.

A las diez de la noche, el General en jefe abandonó la isla para ponerse al frente de la caballería, cuyo número no excedia de unos mil hombres, y á las once, emprendia marcha con ella dejando al coronel Vilela encargado del mando de las fuerzas que todavía permanecian en la isla, quien tenia órden de proceder al siguiente dia, sin pérdida de tiempo, á hacer recolectar caballos para montar el resto de la caballeria y la artilleria.

El patriotismo de los habitantes de San Pedro, colmó los deseos del General en jefe, pues desde el dia siguiente, se halló montada la mayor parte de la fuerza dejada al coronel Vilela, quien pudo inmediatamente marchar á colocarse al norte de la poblacion en observancia de la campaña, pues segun avisos recibidos, se aproximaban las fuerzas del gobernador de Santa Fé, don Juan Pablo Lopez.

Este General, con una columna lijera de caballeria y dos

piezas, habia hostilizado por la costa del Paraná, al buque conductor de la infantería, dirijiéndole aunque infructuosamente algunos disparos de cañon, al seguirlo desde el Rosario hasta la altura del Arroyo del Medio, en que desengañado de la inutilidad de su persecucion, la suspendió para regresar á aquella villa.

La infantería llegó la mañana del 6 y habiendo desembarcado por la tarde, ocupó á San Pedro, con el objeto de defenderlo en caso de ataque.

El General en jefe, que esa misma noche habia marchado sobre el arroyo del Tala, tuvo bien pronto avisos positivos, de que una columna de mil quinientos combatientes al mando del general don Angel Pacheco, se hallaba á sus inmediaciones; y en la tarde del 6, ya se puso dicha fuerza á la vista de la caballeria libertadora. El General en jefe, tomó las medidas convenientes, para aguardar la agresion con que amagaba aquel.

Apenas llegada la noche, el General en jefe fué advertido por sus descubridores, que el enemigo iba en marcha sobre su campo, situado en las cercanias de la estancia de Linares.

En consecuencia, se preparó á recibirlo. La legion Avalos, colocada en observacion, tuvo órden de retirarse lentamente á presencia de aquel, hasta tomar su puesto en la línea.

El enemigo, marchó en batalla, lanzando gritos semejantes á los de las hordas salvajes, pues creia sin duda su hábil general, que este nuevo sistema de guerra, seria eficaz para intimidar y desbaratar á una caballeria, cuya superioridad y valor, habia brillado en mas de un campo de batalla. El resultado de ese torpe y ridículo ataque, correspondió perfectamente al modo con que fué iniciado y ejecutado, pues la caballeria del Sr. Pacheco, se entregó á una vergonzosa

fuga al primer empuje de los libres, abandonando dos piezas de artilleria. (1)

El héroe de esta cómica jornada, fué á esconderse desatinado en el Salto, dejando abandonada á discrecion del vencedor, toda la campaña del Norte, cuyo patriotismo se manifestó, cuando libre de la presencia de esa fuerza que lo comprimia, pudo entregarse á sus nobles impulsos.

La noticia del triunfo sobre el Tala, fué acojida por la decidida poblacion de San Pedro, con salvas y repiques.

Ese parte se recibió por chasque la tarde del 7 y era lacónico su contenido. (2)

Como la noche era no solamente cruda, sino tambien tenebrosa, fué imposible perseguir á los fugitivos, y el General en jefe solo marchó como una legua hasta la estancia de Velez, donde hizo acampar su tropa.

Esa misma noche, fueron destacados al Sur, los coman-

(1) Este encuentro, en que el General enemigo se condujo con una impericia singular, recibió el nombre de *batalla de Pacheco*, con que los defensores de la libertad la bautizaron por ironía. Ella es sin duda *única* en los anales militares, pues no costó una sola gota de sangre á los vencedores ni á los vencidos!!!

Empezó con alaridos y concluyó con carcajadas, en que prorumpieron los libres, cuando creyéndola apenas iniciada, ya la vieron terminar por la desastrosa dispersion de los *guerreros rosistas*.

(2) «Cuartel General en el Tala, agosto 7 de 1840.—Al señor coronel don José Maria Vilela.—Tengo la satisfaccion de participar á V. S. que la columna de Pacheco, fué completamente derrotada, ayer á las 7 de la noche, por las legiones que me siguen.

Estando acampado ayer en la estancia de Linares, se dejó ver la columna de Pacheco, á eso de las 5 de la tarde. Nuestras legiones permanecieron inmóviles, porque este mismo arroyo las separaba del enemigo. Pero Pacheco lo vadeó al amanecer, y ejecutó la carga que causó su derrota y dispersion absoluta. Dejó en el campo su artilleria compuesta de dos piezas, y todas sus caballadas.

Pero por desgracia, estas se asustaron con el ruido de la accion, y se dispersaron todas, no habiendo podido reunirse, por la oscuridad. Ahora me ocupo esclusivamente de reunir caballadas para montar todo el resto de la caballeria del Ejército y marchar sobre la capital.

Participe V. S. esta plausible noticia al señor comandante de la division naval, y á todos los cuerpos de su mando.—Dios guarde á V. S. muchos años.—JUAN LAVALLE.—Es copia del original.—*Agüero*.

dantes José A. Villalba y Vicente Valdez, acompañados de cuatro ó cinco hombres de confianza, para que fueran á reunirse con los patriotas que vagaban por las sierras del Volcan, y operasen allí una diversion en pro de la causa de la libertad.—Por desgracia, ciudadanos tan abnegados, cayeron en manos del enemigo el 30 de Setiembre (1840). antes de llegar á su destino, y el feroz tirano les hizo pagar caro su patriotismo y su arrojo!

Al siguiente dia, pudo el General, ya sin obstáculos, desprender algunas partidas destinadas á recolectar caballos, las que estuvieron bien pronto de regreso, conduciendo á su campo, un número crecido de estos. Incontinenti, marchó sobre San Pedro, donde llegó en la mañana del 8, siendo recibido en medio de las mas pronunciadas demostraciones de júbilo.

Tan luego como el General en jefe se incorporó con el resto del ejército, dió órden de prepararse á emprender la marcha de avance, y todos los cuerpos perfectamente montados, estuvieron en aptitud de cumplirla.

El teniente coronel D. Juan Camelino, fué nombrado comandante político y militar de San Pedro, y en este destino prestará servicios interesantes, sin otros elementos que los del valor y patriotismo de aquel pueblo, al cual se verá desplegar un entusiasmo heróico en su defensa contra las fuerzas que para someterlo, condujo el arrogante gobernador de Santa Fé.

Antes de ponerse en marcha el Ejército libertador, le fué comunicada una órden general en que su glorioso caudillo recomendaba á todas los clases, la moral, subordinacion y disciplina mas ejemplar, así como el respeto inviolable á los hombres y á las propiedades de los habitantes. Ella concluia con estas palabras notables: «...El Ejército libertador,

es el amigo y el protector de todos los hombres de bien. Ha pisado el suelo de la Patria, para traer la libertad y ayudar al Pueblo Argentino á romper sus odiosas cadenas. Dentro de mui pocos dias, habremos trozádolas, y quinientos mil argentinos nos colmarán de bendiciones. De otro modo, recojeremos el oprobio, por fruto de nuestros trabajos, é iremos á buscar en el suelo estrangero, un asilo, para arrastrar una existencia vergonzosa, mientras que el tirano se ceba en la sangre preciosa de nuestros padres, esposas é hijos»... Por la mas terrible de las fatalidades, esta prediccion ha sido cumplida... y los miserables restos de ese ejército, que un dia hizo temblar á Rosas, arrastran en paises estranjeros, el dolor y la miseria, mendigando el sustento para conservar una vida, que no pudo alcanzar el fierro destructor de la tiranía!

Por no interrumpir la narracion de los sucesos militares, ocurridos desde el desembarco del ejército, he diferido hablar hasta este momento de la escuadrilla, así como de los buques del convoy que habian servido para trasportarnos al suelo sagrado de la Patria. Luego que el ejército tomó tierra, el convoy continuó viaje á Montevideo, donde iba destinado, conduciendo efectos de la provincia de Corrientes, y con él, partió tambien el buque que llevaba los enfermos y heridos á las Vacas (hoi Carmelo), para que allí se les prodigasen los cuidados á que eran tan justamente acreedores; asi como las familias emigradas de Entre Rios. El convoy, fué escoltado por dos buques de guerra, quedando los restantes en el puerto, de donde debian retirarse mas tarde.

El Ejército, se hallaba por esta circunstancia colocado en la absoluta necesidad de morir ó vencer, porque en adelante, su salud dependia del valor y virtudes que pusiese en accion

para conquistar la libertad de la Patria y asegurar de este modo su renombre.

Un vasto campo de gloria y de fortuna le estaba abierto, y el cobarde tirano veia por primera vez cerca de sí, el peligro que hasta entonces habia logrado alejar. Las inspiraciones magnánimas del coraje, desplegadas por el Ejército libertador, presentaban á los Pueblos Argentinos la preciosa oportunidad de ponerse en pié para destrozar el último eslabon de aquella cadena vergonzosa, y mostrar al mundo que una nacion puede ser oprimida, pero no envilecida para siempre!...

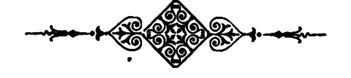
El poder vacilante de Rosas, se hallaba al borde del abismo que le habian abierto sus crímenes monstruosos, y solo aguardaba á ese tirano, una caida estrepitosa, inevitable... Mas, ¡ay! bien pronto los amigos de la libertad, llorarian inconsolables, la profunda herida con que desgarró el corazon de la Patria, la mano de una Nacion, que armada en su defensa, pero olvidando sagrados compromisos, abandonó a sus aliados en la arena de los combates, á la saña feral del gobernante á quien todos los pueblos civilizados debian declarar guerra sin cuartel! Conducta tan inmoral, ha arrancado un grito de indignacion y desprecio contra los actuales mandatarios del pueblo francés y su negociador en Buenos Aires; sin embargo, ella no será capaz de borrar de la memoria de los buenos Argentinos, los servicios honrosos que sus distinguidos marinos, prestaron á la gran causa, asociados al Ejército libertador.

El nombre del infatigable, del intrépido Halley y sus dignos camaradas, quedará grabado con letras perdurables en la pájina que trasmita á la posteridad, la primera campaña de Entre Rios; el embarco de Punta Gorda, el de la isla de Coronda, el paso del Rosario y el memorable de-

sembarco en San Pedro—trances en que esos marinos tuvieron una parte tan importante, patentizando así, que los que descienden de los vencedores de la Europa coligada, no ha degenerado en el valor y virtudes con que asombraran al mundo sus jigantes projenitores!

JUAN E. DE ELIA

(Continuará)



1° DE MAYO 1889 BUENOS AIRES AÑO IV-TOMO-VIII-N° 37

REVISTA NACIONAL

HISTORIA AMERICANA—LITERATURA—JURISPRUDENCIA

EPISODIO

DE LA GUERRA CIVIL DE VENEZUELA 1862-63

Guzman Blanco, hacia sus primeros ensayos de guerrero y Comandante en Jefe de las montoneras federales de la provincia de Carácas á fines de mil ochocientos sesenta y dos y principios de mil ochocientos sesenta y tres. Mandaba militarmente en la Guayra, y su litoral de Carlovento y el Sotavento el entonces coronel Zárraga, en defensa del Gobierno de Carácas qne presidia el glorioso veterano General José Antonio Páez.

Ocurrióle á Guzman, expedicionar y posesionarse de la Guayra, en cuyo punto tenia cómplices como el General José de Austria. Tenia su cuartel general en Santa Lucia pueblo de la provincia de Carácas, de donde dispuso que Joaquin Salazar, caudillo de las montoneras de los Teques marchase con mil y pico de hombres armados y municionados á ocupar á Carayaca, en donde se encontraba un pequeño piquete de defensores del Gobierno. Salazar llevaba instrucciones de arrollar la pequeña escolta que habia en Carayaca y marchar al trote á ocupar Maiquetia.

Guzman reunió cuatro mil montoneros de lo mas escojido de sus tropas y se puso en marcha por el cerro pretendiendo bajar á la Guayra por el punto denomina-

do Cachimbo, donde la temperatura fresca probablemente lo hizo mas reflexivo.

Resolvió escribir una carta á su cómplice general Austria, pidiéndole informes sobre el número y condiciones de las fuerzas que guarnecian á la Guayra.

Austria le contestó inmediatamente: «el total de las fuerzas de artilleria é infanteria no pasa de cuatrocientos hombres. La mayor parte del personal de esta tropa, está formado con montoneros de Maturin, traidos á la Guayra en calidad de prisioneros. El actual Jefe de operaciones, los asea, los viste, les hace dar algunas nociones de los primeros rudimentos militares, los agasaja, los cuida y los mantiene en una severa disciplina. Con esta tropa media docena de jefes subalternos valerosos y leales, entre los cuales se encuentran Zapata, Wolweider y otros, tras las trincheras que ha improvisado el actual Jefe: la Guayra es muy capaz de resistir y rechazar el ataque de fuerzas muy superiores. La ocupacion de la vigia fortificada como hoy se encuentra, costaria mucho tiempo y mucha sangre. Por fin vd. conoce al Jefe militar que defiende hoy á la Guayra; y debe saber que no ocuparia una poblacion sino las ruinas y las cenizas de ella. A vd. le estaria mejor contramarchar á su cuartel general de Santa Lucia.

De Maiquetia habia dispuesto el Jefe de operaciones general Zárraga, que marchase el valiente coronel Enrique Infante al mando de cien hombres que de Carácas le habian remitido. Llevaba Infante instrucciones precisas para sus operaciones sobre Carayaca. Este decidido defensor obró con la cordura y disciplina que le habia inspirado su Jefe. En Carayaca, dispersó quinientos hombres apresó trescientos fusiles y continuó la persecucion de Joaquin



Salazar, llevándolo en derrota por la colonia Tovar hasta perderlo de vista.

Guzman recibió casi á un mismo tiempo la carta de Austria, sus consejos y la noticia de la derrota vergonzosa de sù teniente Salazar, por tales fundamentos tomó la retirada al trote á su cuartel general de Santa Lucia, donde se prometió usar de las armas que le son favoritas, la intriga, la seduccion y los chismes.

Desde allí conspiraba por todas partes, en el Tuy, en Carácas y en la Guayra mismo, donde se prometió usando de franquicias y tramoyas comprometer al comercio en una conspiracion para comprar la tropa y sacrificar al Jefe que era el obstáculo de sus pretensiones. Su cómplice de la Guayra, Austria le escribió á Guzman: «que en la Guayra no podia efectuarse cambio alguno en política sin la adquiescencia del jefe Zárraga, querido del comercio, del pueblo y de cuantos le trataban, por tanto le decia, «tome vd. otro camino del que ahora ha seguido con este caballero.»

Logró Guzman que en el Tuy traicionara al general Paez, un Nuñez, antiguo enemigo de los federales, hombre oscuro é ignorante que en las revueltas habia surgido.

Estos son los antecedentes que movieron á Guzman á escribir las cartas de Santa Lucia de dos de abril de 1863 para el señor general Soublette y la de los Ocuritos de marzo 23 de 1863 para el señor Toro.

Santa Lucia, Abril 2 de 1863.

Mi estimado, General, tio y amigo:

Solo en la persuacion de que su ayuda puede darnos el contingente de un hombre que decidirá esta lucha sin necesidad de mas sangre, me atreveria á molestarle con

esta y hasta mezclarlo en asuntos que deben serle muy enojosos.

Vd. lo comprende todo y esto me revela de muchas esplicaciones respecto de la actualidad y de los fines que me propongo al empeñarme en que una fraccion considerable del partido que hemos combatido, entre como parte integrante de la próxima situacion.

Aqui está el ejemplo del Tuy, lo que he hecho aquí, eso haria en la Guayra, en Carácas y en todas partes. La alianza es una verdad, entre los jefes, en el ejército, en la poblacion, asi es que no hay partidos en el Tuy y todos están contentísimos.

Quisiera por este camino obligar al general Páez á celebrar la paz y juzgando que el contingente de la Guayra acreciendo esta situacion produciría ese efecto, me he resignado á proponerle á Vd. que explore á mi tio Clemente y aun lo persuada de que la patria le exige un dia de resolucion.

Que fraternice con el pronunciamiento del Tuy y está todo logrado, desde ese dia el general Páez no podrá luchar y la paz es infalible y la alianza de los hombres inteligentes, de los propietarios, del alto comercio, de todas las ilustraciones del país con las masas queda asegurada, yo se lo prometo á Vd. porque conozco la revolucion y tanto como á ella á su Jefe

Si mi tio Clemente cree que necesita mas seguridades, que se las tome todas, yo no he engañado jamas á nadie. Puede modificar el gobierno provisorio y ojalá lo pusiera á Vd. en él y aun el mismo coronel Zárraga podria entrar tambien. Si esas seguridades las quiere tomar en el ejército, desde el dia que lo quiera será su Jefe de Estado Mayor General.

En fin lo único que yo deseo es que juntos obliguemos al General Páez á entrar por el camino de la paz y mi única exigencia, que el General Falcon presida el Gobierno provisional que quiero que se forme.

No me niegue el favor que le pide su affmo. S. I. A.

Zárraga contestó: «Mi camino es muy conocido, siempre el mismo, lealtad y firmeza.

Muy inmediatamente volvió á escribir Guzman Blanco al venerable general Cárlos Soublette, instándole desde Santa Lucia, que se esforzase para que el general Zárraga se prestase á sus pretensiones; aquel venerable anciano inmediatamente le contestó. «Desista vd. señor Guzman de pretender que el Jefe de operaciones Zárraga falte á sus deberes.

Este es uno de los pocos hombres que existen hoy en Venezuela para quienes el honor, el deber y la lealtad son prendas preciosas é inapreciables.» (1)

Mas tarde en el mes de mayo desde los valles del Tuy le ocurrió á Guzman Blanco escribirle al honorabilísimo señor don Fermin Toro de quien tenia noticia cultivaba amistad íntima con el general Clemente Zárraga. Léase la carta siguiente:

Los Ocuritos, Mayo 23 de 1863.

Muy estimado señor: aunque sin prévio antecedente, aun sin saber cuál será su posicion respecto de los distintos intereses que se agitan en estos momentos, me atrevo á contar con su indulgencia atendida la inminencia de la situacion.

—Vd. conocia sin duda la fragilidad de la dictadura

(1) El borrador de la carta anterior existe en Carácas entre los papeles del general Soublette. Su nieto don Manuel Hernaiz lo ha leido y aun le ofreció al general Zárraga darle el borrador indicado.

antes del 18, pero despues del 18 es imposible que su distinguido talento no descubra su ruina como un hecho casi consumado. El pronunciamiento del Tuy le ha arrebatado toda disculpa, todo ascendiente moral, y careciendo de fuerza material su obstinacion, nos conduce á sacrificios tan estériles que me conmueven.

Yo no tengo esperanza de una inteligencia racional con ese poder, porque el general Páez tan decaido en sus resortes morales á causa de su avanzada edad, quizá no tiene ya fuerza de voluntad para desprenderse de una autoridad que lo lisonjea.

Pudiera si, reducírselo por la evidencia de los hechos, logrando que uno tras otro fuesen segregándosele los elementos con que cuenta para toda estremidad; es decir, que hiciesen lo que ha hecho el Tuy.

Yo creo que la situacion haria crisis al fraternizar la Guayra con el Tuy, y eso es posible que esté al alcance de Vd. Todo se reduce á que el coronel Zárraga se persuadiese y tomase este partido. Siendo vd. su amigo personal, está llamado, caso de pensar como yo, á proponerle este camino que ha abierto el general Nuñez como el camino salvador para todos.

Señor Toro, cuanto nos deberia el porvenir!

La bandera es reconstitucion del pais. El gobierno provisorio los generales Falcon, Zamora, Austria y el arzobispo de Carácas.

Si yerro al dirigirme á Vd. espero cuando menos la indulgencia de un hombre de mundo é ilustrado.

Aprovecho la ocasion de ofrecerle mi estimacion y respeto.

«Hay una rúbrica».

Esta misma carta puede Vd. dejársela ver al señor Zár-

raga. Respeto su carácter, pero juzgo que el sabrá comprenderme. Tenemos ademas amistad y es primo hermano de mi madre; asi es que no me faltan títulos para procurar que sepa lo que pienso, que juntos podemos hacer para el bien estar de todos.

¿No cree Vd. que Revenga pudiera ayudarnos en este pensamiento?» Puesta en conocimiento de Zárraga escribió al pié: contéstese: mi camino es muy conocido, siempre el mismo; lealtad y firmeza.

En esos mismos momentos se habia trasportado á la Guayra el Exmo. Sr. general Páez, alarmado con el cúmulo de intrigas y supercherias de Guzman Blanco. El principal objeto de este caudillo, Jefe del gobierno, era empeñarse con el general Zárraga para que continuase de Jefe de operaciones del litoral, por lo menos el tiempo necesario para despejar la situacion conflictiva, porque atravesaba el Gobierno dictatorial. Zárraga habia renunciado de una manera indeclinable á seguir sirviendo la Jefatura Militar del Litoral que desempeñaba, por motivos que no son de oportunidad referir, pero que lo hará mas tarde con la franqueza que le es característica.

El general José Antonio Páez tuvo una conferencia con Zárraga en la casa que este habitaba, encareciéndole no lo abandonase en aquellos momentos; mas Zárraga continuó en su negativa.

El primero se marchó al edificio en que se hospedaba que era el de la Administracion de Aduana de la Guaira—desde allí hizo llamar al segundo, quien se avistó con aquél que se encontraba acompañado del señor Miguel Mujica, gobernador entonces de la provincia de Caracas. El general Páez se puso de pié y volvió á suplicar á Zárraga retirase

su renuncia y le favoreciese con sus servicios. En este momento se recibió un telegrama dirigido á Páez — quien lo abrió y no pudo leerlo, porque se le cayó de las manos. Zárraga tuvo la atencion de recojerlo y fué necesario lo leyese.

El telegrama era del Secretario General, don Pedro José Rojas que desde Carácas lo dirigia al Jefe Supremo—y en que le decia: hoy mas que ayer interesa que el general Páez consiga que Zárraga nos acompañe por quince ó veinte dias siquiera.—*Pedro José Rojas.*—El sobre del telegrama decia: *traicion en el Tuy.*

Forzoso es decir que Páez se quedó estático; imploró de Zárraga lo acompañase los quince ó veinte dias que indicaba Rojas, á lo que este conmovido por el conflicto á que habian reducido á aquel valeroso guerrero — y de heróicos hechos — prometió á Páez que permaneceria los veinte dias que se le exigian, empero, ni una hora mas, con lo que le tranquilizó y dispuso su regreso para Carácas, seguro de que el jefe Zárraga conservaria el litoral tranquilo los dias prefijados.

Zárraga quedo persuadido por el telegrama de Rojas, Secretario General y Director absoluto del gobierno de la Dictadura que estaba de acuerdo con Guzman Blanco—para entregar á los federales el gobierno de Páez. Quince ó veinte dias de plazo no podian ser para otra cosa: además, corrian rumores de los manejos y tratos de ambos.

En el mismo instante que se cumplieron los veinte dias de plazo—entregó Zárraga la jefatura militar de la Guayra y su litoral al general Eduardo Michelena nombrado por el gobierno de Carácas para servir este puesto.

Zárraga partió de la Guayra pueblo en que gozaba de

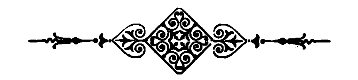
innumerables simpatias, sentido y victoreado como su magistrado y convecino.

Fué acompañado en su marcha hasta la mitad del camino que média entre la Guayra y Carácas—por un concurso numeroso de vecinos y militares que quedaban sirviendo allí.

En un punto que se llama Guaracarumbo, existe un hotel, en el cual le obsequiaron con un excelente lunch. De allí á Caracas siguió Zárraga acompañado de varios amigos personales, no sin despedirse de los numerosos Guaireños, que retornaban á sus hogares, despues de dispensarle demostraciones de profundo cariño y amistad. Llegado á la capital de la República, fuése Zárraga á su hogar á reunirse con su familia.

Son de pública notoriedad los manejos y conchavanzas que tuvieron lugar entre Rojas y Guzman Blanco—lo que dió por resultado definitivo el triunfo de la Federacion ó sea del general Falcon, representado por su favorito Guzman Blanco.

CLEMENTE ZÁRRAGA



EL CORONEL CORVALAN (1)

El coronel Victorino Corvalan nació en la ciudad de Mendoza el año 1793 y era hijo legitimo del capitan don Domingo Reges Corvalan y doña Manuela Sotomayor.

Deseoso de tomar parte en la restauracion de Chile que iba á emprender el ejército organizado en Mendoza por el general San Martin, marchó en sus filas en la clase de teniente de la segunda compañia del tercer escuadron de «Granaderos á caballo». Aquella formaba parte de la vanguardia y se batió en las *Coimas* el 9 de Febrero de 1817, á las órdenes de Necochea, acuchillando la caballeria enemiga hasta derrotarla completamente.

Tres dias despues tomó parte en la jornada de *Chacabuco* y al terminarse recibió órden del General en Jefe de perseguir á los dispersos que se dirigian á Santiago, siendo el primero que con su compañia entró á esa capital, donde logró tranquilizar á sus habitantes y salvar los caudales de la Casa de Moneda.

El 14 se le ordenó desde Chacabuco, de continuar la persecucion hasta Rancagua lo que efectuó con la mayor actividad, logrando aprehender mas de trescientos prisioneros y como quinientos caballos que entregó á los coroneles Plaza y Las Heras.

Apenas cumplida esa comision, fué enviado á Rancagua, conduciendo las monturas que necesitaba el batallon número

(1) Para bosquejar estas lineas de homenaje al guerrero de la independencia que es objeto de ellas, hemos utilizado los apuntes que nos suministró nuestro amigo el señor Rafael N. Corvalan.

11 y al dia siguiente se le mandó continuar la persecucion hasta San Fernando y despues hasta Talcahuano, para ponerse á las órdenes del comandante Freyre con quien asistió á la destruccion de los Castillos y allanamiento de los fosos que servian de defensa al enemigo en *Chillan.*

Participó de los encuentros, penurias y glorias de la campaña del Sud bajo el mando del coronel Las Heras, batiéndose en *Curupaligue* y corriendo al jefe español Ordoñez hasta el Troncon.

El 5 de Mayo de 1817 se halló en la batalla de la *Alameda de Concepcion*, donde llenó su deber, lo mismo que en la série de pequeñas guerrillas que le subsiguieron, mereciendo ser recomendado especialmente.

Puesto el sitio á *Talcahuano* sufrió de sus fatigas y contribuyó á sus operaciones, siendo de los asaltantes de aquella plaza fuerte, en la brigada á las órdenes de Freyre.

Retirados á Curicó y despues á Talca, se halló en el combate del 19 de marzo de 1818 y en la sorpresa de esa noche en *Cancha-Rayada* en la que consiguió reunir 110 granaderos que presentó al coronel Las Heras. En seguida se incorporó al comandante Bueras para continuar la retirada.

Tuvo parte activa en el encuentro parcial de los llanos de Mendoza (Rancagua) en que le quebraron dos costillas.

Hallábase enfermo todavia cuando sonó el clarin de *Maipo* y voló al campo de la accion batiéndose con la bravura de costumbre.

Despues del combate se le destinó por el general San Martin para perseguir á Osorio, pero sin cruzar el Maule por lo que no le fué posible capturarlo.

De regreso á su patria en 1819 era Ayudante mayor y ostentaba en su uniforme la medalla argentina de Chaca-

buco y otra de plata y la de la Legion de Mérito de Chile y un cordon de honor conquistado en Maipo.

La guerra civil ardia en la República y Corvalan se decidió á ofrecer su espada contra la anarquía.

Como jefe de caballeria de vanguardia se encontró en la accion de *Jocoli* en 1820. Hizo la campaña á San Juan, Rioja y Córdoba en 1821 y en calidad de comandante general de caballeria y mayor general fué de los vencedores de Carrera en la *Punta del Médano*.

La provincia natal le acordó dos escudos y una remuneracion pecuniaria por las primeras, y una medalla por la segunda.

Posteriormente en 1822, el gobierno del Perú le concedió una medalla.

Durante la guerra civil en el espacio de mas de veinte años, permaneció retirado de la escena política, y en el extrangero.

Vuelto á Mendoza en vísperas de caer la tiranía, fué encargado de hacer volver los contingentes que se enviaron para coadyuvar al derrocamiento el poder que terminó en Caseros.

Mas tarde lo nombraron Inspector General de Armas, lo que renunció para entregarse á las tareas rurales, cultivando el suelo que con su espada concurrió á dar independencia.

Vivió siempre en la modestia y el silencio, respetado por sus virtudes y sus méritos.

Muerto en 1856, asistió á su entierro lo mas distinguido de la sociedad de Mendoza y los honores fúnebres que le fueron tributados eran dignos del ciudadano que con una educacion esmerada, prefirió las durezas del campamento y el sacrificio de la vida á cada instante, en holocausto de la patria y de la libertad.

El señor Damian Hudson, pronunció sobre su tumba, el siguiente discurso:

«Doloroso deber es el de enviar la última palabra de despedida á los que nos abandonan para siempre, tanto más si esos séres pertenecen á una generacion y á una época que son la gloria y el orgullo de nuestra historia.

Al impulso de la mole de los años han ido derrumbánse una á una esas viejas columnas del pasado, diseminadas en toda la estension de la América, monumentos que debieran ser eternos para recordar á las naciones, proezas y virtudes de otros tiempos que no se reproducen sinô de siglo en siglo. Pero la Providencia lo ha dispuesto de otro modo y estos hombres gigantes están sujetos á la misma suerte y á las mismas desgracias de los hombres comunes. Ellos han caido frecuentemente en el suelo de la patria cubiertos de ingratitud y de miseria; han hallado una tumba en la tierra extrangera expatriados ó emigrados, han visto posponerse y olvidarse sus cicatrices y sus méritos ante las consideraciones muchas veces indignas prestadas á los hombres de caudillaje y de partido. Pero todos ellos tambien han sabido conservar pura su dignidad y puro el brillo de sus honrosos antecedentes, esperando la corona de la justicia, á lo menos mas allá de la tumba.

A esa raza de hombres perteneció don Victorino Corvalan, jefe de reconocido valor y mérito, patriota á toda prueba y sobre todo, ciudadano sin mas ambicion que el lleno de sus deberes, ha bajado al sepulcro despues de probar todas las glorias de su carrera y todos los contrastes de una vida llevada al embate de las guerras civiles sin tomar parte en ellas.

La mas bella apología que puede hacerse de su vida, son las palabras que oimos pronunciar á un viejo compa-

ñero de armas al borde de su lecho de muerte: «muy pocos hombres salieron sin una mancha, de la revolucion de la independencia, uno de ellos fué Corvalan á cuya justicia, valor y honradez acrisolada ningun lábio osó jamás poner un tilde.»

Con el sentimiento de no poder hacer la reseña de los servicios militares del noble anciano y de las numerosas acciones de guerra que dejan tras de él un reguero de esplendor, nos inclinamos ante la invalorable pérdida que acaba de tener la Nacion con su fallecimiento.»

ADOLFO P. CARRANZA



MEMORIAS DE UN SOLDADO

(CONTINUACION)

XII

Contestaciones que tuvieron lugar entre el coronel don Rudecindo Alvarado que mandaba en Jefe el Ejército Patriota, y el general don José Canterac, general en jefe del Ejército del Rey—Calman los movimientos militares por ambas partes—Proyecto del gobierno del Perú de mandar una expedicion por mar á los Puertos Intermedios—Regresa el general San Martin de su entrevista con Bolivar, reune el Congreso y dimite en él, el mando supremo que ejercia y se retira del Perú.

Mientras el Gobierno se ocupaba en sofocar la tremenda revolucion que habia amenazado, y que tomaba todas cuantas medidas estaban á su alcance para reorganizar su ejército y continuar sin intermision persiguiendo á los españoles avecindados en el país, tuvieron lugar algunas contestaciones entre los jefes beligerantes, dimanado esto de haberse corrido la voz de que los prisioneros hechos por el enemigo en la batalla de Ica que antes pertenecieron al batallon Numancia, habian sido pasados por las armas de órden del general Canterac, quien no habia permitido se les diese cuartel. Sabido esto por el Ministro Plenipotenciario enviado extraordinario de la República de Colombia cerca del gobierno del Perú, que se hallaba en Lima, creyó de su deber exigir esplicaciones del jefe enemigo sobre la conducta que habia observado con los espresados prisioneros, por ser de su nacion, y se dirigió por medio de comunicacion oficial

al Ministro de Estado y Relaciones Esteriores del Perú en estos términos:

«Legacion Colombiana.—Lima, mayo 24 de 1822, 12°. —Ilustre honorable señor.—He sabido con dolor que el general Canterac, despues de la batalla desgraciada de Ica, mandó fusılar al teniente Remigio Torres y al subteniente José Montanches por haber sido del batallon Numancia. En la Gaceta de Huancayo corre una órden del general Valdez, jefe de Estado Mayor del ejército español, previniendo que todos los inviduos del Numancia que se encuentran en las filas de la patria, sean fusilados. Ultimamente, he visto en la Gaceta n°. 40 de esta Capital, que los prisioneros que alguna vez han servido al gobierno español, han sido fusilados por los mismos jefes.»

«Considerando que en tales casos, el derecho de represalias es el único con que se obliga á los bárbaros á respetar á la humanidad y que puede ser practicado útilmente con los prisioneros que ha hecho ya el general Sucre en la campaña de Quito, le he participado estos atentados que son una violacion del tratado de regularizacion de la guerra concluido entre Colombia y el gobierno español y muy particularmente del art. 7°. A la fecha considero que el señor general Sucre se habrá reunido ya en Quito con el Exmo. señor Libertador Presidente de Colombia, y no dudo que intime al general Laserna que usará de una justa represalia, si no se respetan los individuos del Numancia que pueden en lo sucesivo caer prisioneros.»

«Sin embargo, hago á V. S. I. esta exposicion para que elevada al conocimiento de S. E. el Supremo Delegado, emplee por su parte las medidas propias de la sábia política del Perú con el mismo noble objeto, y para hacer

entrar en su deber á los españoles que quedan en el sur del Estado.»

«Aseguro á V. S. Ilma. mi mayor consideracion y aprecio.—I. H. S.—*Joaquin Mosquera.*—I. H. S. Ministro de Estado y Relaciones Exteriores del Perú.»

Esta nota trascrita, fué remitida por el señor Ministro Monteagudo al señor coronel Alvarado encargado en jefe de nuestro ejército, para que por su conducto se solicitase la aplicacion expresada. En vista de ellos, el coronel Alvarado dirigiéndose oficialmente al general en jefe del ejército realista, se espresó en los siguientes términos.

«Lima y mayo 30 de 1822.—En consecuencia de comunicacion que he recibido hoy de este ministerio de Estado, tengo el honor de dirigirme á V. S. con los adjuntos documentos que ha pasado á este Gobierno Supremo, el Honorable Ministro Plenipotenciario y enviado extraordinario de la República de Colombia, con objeto de que se exija de V. S. una declaracion terminante, sobre si á los oficiales y tropa del batallon de Numancia, se les dá cuartel, ó nó. Así lo ejecuto por este, lisonjeándome de que los sentimientos filantrópicos de V. S., serán vertidos en su contestacion, conforme á los que dicta la humanidad é inspira la regularizacion de la guerra que se hizo en 25 de noviembre de 1820. De otra suerte serán inevitables las indicaciones que en su nota hace el referido honorable señor Ministro Plenipotenciario; y yo tendré el dolor de ver que dicho batallon, sea obligado á una sangrienta represalia, cuyos resultados serian demasiado funestos.

«Con este motivo tengo el honor de ofrecer á V. S. los sentimientos de mi mayor consideracion. — *Rudecindo Alvarado.*»

«Señor brigadier don José Canterac, general en jefe de las tropas enemigas.»

Recibidas por Canterac las comunicaciones é impuesto de ellas, contestó á Alvarado lo siguiente:

«He recibido el oficio de V. S. de 30 de mayo, en que se sirve acompañarme la nota pasada en 24 del mismo por el señor Enviado del general Bolivar don Joaquin Mosquera, y como dicho oficio es solo referente á la indicada nota, me es preciso primeramente contestar á esta, con la estension que exije su contenido.»

«Asegura el señor Mosquera, que despues de la victoria de las armas nacionales en Ica, mandé fusilar al teniente Torres y subteniente Montanches, sin advertir que para afirmar una cosa de esta especie, debia tener noticias positivas; asi es que se equivoca altamente, pues los únicos fusilados fueron, el teniente Manuel Zapata y tres ó cuatro individuos de tropa, en quienes las circunstancias criminosas que los acompañaban, no dieron lugar á ejercer con ellos la generosidad española tan acreditada, no solo en estos tiempos, sino desde los mas remotos, y que nunca podrá oscurecer la falsedad con que el partido contrario, pretende acriminarnos.»

«Tambien se advierte á primera vista una grosera falta de inteligencia ó sobrada malicia, cuando el señor Enviado espresa haber visto en la Gaceta del gobierno legítimo una órden, en que se previene que á ningun individuo del «Numancia» que se halle sirviendo á los enemigos y fuese prisionero, se le dé cuartel. Que lea otra vez el señor Mosquera la órden y se convencerá de que ella solo condena á los oficiales de «Numancia» á no tener cuartel, y que á la tropa de dicho batallon, se le dará siempre, pues estamos seguros, fué seducida por aquellos infames».



«Tambien es una falsedad de las comunes en los papeles de Lima, la cláusula que contiene la Gazeta número 40, relativa á habèr sido fusilados los prisioneros de Ica que alguna vez sirvieron en nuestras filas. Debieron si, haber sido por derecho de guerra, segun la práctica de todas las naciones civilizadas de la tierra; mas la generosidad propia de la grande nacion á que nos gloriamos pertenecer, les salvó la vida en el consejo de guerra de oficiales generales que los juzgó, sin ser acreedores al indulto que espedí el dia antes de la accion; ques sin haberse acogido á él, se batieron; y al presentarse prisioneros, no les quedaba otro recurso que morir en aquellos inmensos arenales, ó caer á manos de las partidas que recorrian el campo.»

«Es así mismo falso que el señor Brigadier don Gerónimo Valdez, haya tenido intervencion ni conducido los prisioneros de Ica, ni menos haber fusilado á ninguno, del modo que se le acumula indevidamente en la mencionada Gaceta, siendo muy indigno del carácter de hombres racionales, apelar á tan viles calumnias para alucinar á los que desconocen los principios de los reuolucionarios de América. El batallon »Numancia» era un cuerpo del ejército nacional español, y cometió la bajeza y felonía de desertar al enemigo, y este crímen, todas las leyes militares del mundo señalan el mismo castigo; pero el gobierno del Perú para dar á conocer los humanos sentimientos de que naturalmente se halla revestido, ha proscripto únicamente á los indignos oficiales de «Numancia», ejerciendo su generosidad con todos los individuos de la tropa del mismo cuerpo, como el señor Enviado Mosquera si sabe leer, no podrá negar.»

«El derecho de represalia señor coronel, puede V. S. hacerlo observar con aquellos que se hallen en igual caso

que «Numancia», es decir, que habiendo pertenecido al ejército del cargo de V. S. hubiesen desertado é incorporádose en el de mi mando y fuesen hechos prisioneros, esto es únicamente lo que debe entenderse por derecho de represalia; pero si como colijo por el espíritu de la nota del caballero Mosquera, se trata de sacrificar á otros individuos del ejército nacional español que se hallen prisioneros, ó se hiciesen en lo sucesivo, no dándoles cuartel en las acciones de guerra ó despues de ellas, abusando asi y dando una interpretacion enteramente falsa al significado de la voz represalia, me obligaria esto á vengar la sangre de las víctimas inocentes sacrificadas contra todo derecho de humanidad y de gentes, y seria consiguientemente un presagio de guerra á muerte, la cual, aunque odiosa, repugnante y detestada, tanto por mí mismo, como por todos los que componen el ejército que mando, nunca nos seria temible; y en ese caso, solo V. S. y los de su partido serian responsables al género humano, de las fatales consecuencias que se originasen.»

«Respecto al tratado de regularizacion de guerra entre los señores generales Morillo y Bolivar, contestaré, que aquel fué un convenio entre dos ejércitos, que jamás estarán otros obligados á cumplir, siempre que estos no convengan en su observancia: además, nosotros no obedecemos otras leyes que las sancionadas por S. M. y comunicadas por los conductos establecidos en la nacion.»

«La esperiencia me ha convencido de que es inutil todo tratado entre este ejército y el que tiene V. S. á su cargo; pues nosotros, dependientes de una nacion grande, cumplimos relijiosamente lo que pactamos, segun V. S. si la examina sin pasion confesará de buena fé. y así, es indudable que perderíamos mucho en el convenio, cuando

por la parte contraria es muy raro la realice nada de lo que se ofrece ó contiene. Prueba de esta verdad es, la sorpresa de la compañia de cazadores del «Imperial Alejandro» verificada por V. S. en persona, antes de espirar el admiticio del año pasado: el robo de caballerias y ganados de este ejército en las inmediaciones de Lima, por tropas de ese, en el mismo tiempo: el no haber permitido la introduccion de la cantidad de trigo para los habitantes de esa capital, que se estipuló en uno de los artículos del tratado: el horroroso asesinato en Viñas de una porcion de ciudadanos indefensos, durante las treguas: la falta de cumplimiento de la capitulacion del Callao: la cruel y atroz conducta de ese gobierno con relacion á los españoles europeos, que contra los mas sagrados derechos y las solemnes promesas del general San Martin sobre la inviolabilidad de sus personas y bienes, han sido arrojados de este territorio arrancándolos del seno de sus familias con una barbarie sin ejemplo en la historia de las naciones cultas y ni aun en las mas feroces, la ninguna buena fé en estampar en un artículo de oficio de este gobierno, que todos los americanos habian sido expulsados de la Península, cuando si lo fueron algunos, han sido solo los diputados de Santa Fé y Venezuela, por no haberse admitido sus proposiciones, lo que siempre se verifica entre pneblos beligerantes; y otros infinitos procederes nada arreglados á justicia, ley de guerra, ni derecho de gentes que pudiera relacionar; pero considero suficientes los manifestados.»

«Tampoco quedan españoles en el sud del Perú, como espresa el señor Enviado, sino que existen y son españoles regidos bajo las mismas leyes, todos los habitantes de los dos terceras partes del Perú y los de las mas pobla-

ciones y pingües provincias de Buenos Aires, protegidas todas felizmente en tan vasta estension, por las armas nacionales.»

«Para concluir de contestar á la citada nota, advertiré á V. S. por el modo grosero, indecoroso, impropio y falto de urbanidad con que se produce el señor Mosquera que si en lo sucesivo en los asuntos que se tercien durante nuestra contienda, no se guarda el decoro y dignidad que exigen las personas constituidas en cargos superiores y no se conserva el respeto á la noble nacion á que pertenecemos, serán devueltos sin contestacion los pliegos que reciba y cesarán para en adelante, toda especie de comunicacion.»

«Con lo que llevo referido, dejo contestado tambien el oficio de V. S. y solo añadiré sobre su último acapite, que luego que tenga la satisfaccion de que el ejército de mi mando llegue á las manos con el del cargo de V. S. se verá quien pide cuartel, si «Numancia», ó los valientes que tengo el honor de dirigir.»

«Dios guarde á V. S. muchos años.—Cuartel General en Jauja y junio 7 de 1822.—José Canterac.»

«Señor coronel don Rudecindo Alvarado, encargado del mando en Jefe de las tropas enemigas.»

No sé que resolveria el gobierno del Perú á consecuencia de la nota de Canterac; pero lo cierto es, que ni aquél, ni el señor Enviado Mosquera, á quien los patriotas en Lima habian bautizado con el sobrenombre del Burro de Oro, volvieron á remover este asunto.

Los sucesos de Ica pusieron fin por algun tiempo á las operaciones militares de los contendientes. El ejército del rey situado en el Valle de Jauja, centro de inmensos recursos y punto importantísimo tambien para sus operacio-



nes militares, pues desde alli dominaban y amenazaban todo el país, pudiendo en pocas marchas ponerse sobre cualquiera punto que les fuese de necesidad, permanecia tranquilo en su posicion.

A los patriotas, situados en la costa, les era imposible llegar hasta sus enemigos sin grandes penurias y pérdidas de suma consideracion á causa de la gran distancia en que estaban, por lo que por entonces, permanecian sosegados y placenteros en su adorada Lima.

Apesar del revés que sufrió Torre-tagle en su primera empresa expedicionaria y de lo muy mal que habia hecho sonar su clarin la fama, no por eso dejó de insistir en tentar fortuna nuevamente con òtra incursion, para lo cual meditó los medios largo tiempo.

Convencidos todos de la imposibilidad de poder emprender por tierra operacion alguna contra el enemigo que diese un resultado feliz; tanto por la inmensa distancia que habia que recorrer, cuanto por la suma escasez de recursos en que estaban todos los pueblos por donde debia transitarse hasta llegar á ellos, ventajas inmensas para los realistas que muy oportunamente sabrian aprovecharse de ellas en caso de necesidad, pero deseando al mismo tiempo, tanto el Presidente de la Nacion como el Jefe accidental del ejército iniciar por sí alguna cosa digna de la causa que sostenian trajeron á la memoria su escuadra y trasportes que yacian por mucho tiempo en la mas completa ociosidad, decidiéndose á efectuar la empresa por mar, evitando de este modo las dificultades y peligros que se presentaban por tierra. Por el mes de agosto, concluida ya la combinacion del plan de la nueva expedicion de la que debia hacerse cargo y mandarla en jefe el ya general Alvarado, empezóse desde entonces á notar bas-

tante actividad en los negocios militares. Las tropas destinadas á esa campaña salieron á acantonarse fuera de la ciudad, repartidas en varios puntos, estableciéndose la disciplina mas rigorosa.

En este estado se hallaban los negocios interiores del país, cuando arribó á la Capital el general San Martin á principios de setiembre, de regreso de la entrevista con Bolivar. Segun se supo, á nada habian podido arribar entre San Martin y el colombiano. Era extremada la ambicion indisimulable del último, para que hubiese cedido á ninguna proposicion, siendo el obstáculo mayor que se oponia á sus planes, la persona de San Martin. Conociendo éste con su natural penetracion las ideas de su antagonista y prefiriendo ser él el sacrificado y no el país por que tanto habia trabajado y queriendo llenar en todo las miras de Bolivar, le ofreció continuase solo la campaña contra los realistas y que él se retiraria inmediatamente del Perú. ¡Dia de gozo para Bolivar! ¡Dia de honra para San Martin!

Llegado San Martin á Lima y observando la dislocacion en que todo se hallaba, apresuró cuanto le fué posible la reunion del Congreso que habia dejado convocado.

El 20 de setiembre de este año, creo no se habrá borrado de la memoria de muchos de los buenos patriotas de aquel tiempo, y no dudo que con frecuencia harán gratos recuerdos de él. Este dia vió el Perú su primer Congreso reunido: vió que ya era nacion, pues funcionaba como tal; y vió tambien el acto mas heróico, desinteresado y sin ejemplo en toda la América en el tiempo de su guerra de Independencia, que fué el apersonarse el general San Martin á aquel Congreso que el mismo habia convocado é instalado ante el cual, dimite la Suprema autoridad de



que aun se hallaba investido, y que nadie le disputaba, desnudándose en aquel mismo momento de todas las insignias con que el Perù al darle el título de Protector de su libertad, lo habia condecorado, poniendo en manos de los representantes de la Nacion, la banda, espada y baston símbolos de su autoridad, para que invistiesen con ellas á la persona que considerasen los habia de dirigir por senda de mas honor y acierto, declarando al mismo tiempo se retiraba del Perú. El cuerpo soberano se opuso á este paso rogándole con instancia continuase en el mando, mas no pudo conseguirlo; le suplican acepte el mando militar en Jefe, pero tampoco lo pudieron alcanzar: al fin, concluida esta sentimental ceremonia sale San Martin del gran salon, con el objeto de alejarse para siempre del Perú y dirigiéndose inmediatamente al Callao, se embarcó en el primer buque que encontró á mano y emprendió viaje.

No hay duda que con este paso, perdió San Martin todo el terreno que habia adquirido en el Perú, pero en recompensa se granjeó la admiracion y aprecio universales hasta el extremo de llorarlo los envidiosos que aspiraban á su caida por óbtener el mando.

Todo el mundo sintió que este Jefe abandonase el Perú en las circunstancias en que este se hallaba, pues en el sentir general, era el único que en aquel entonces podía dirigir los negocios nacionales con mas tino y política que ninguno otro, por el escabrosísimo camino de la revolucion; pues aun cuando ya se sabia que otro Jefe de crédito venia á continuarlos, la opinion pública estaba mas decidida por el malo conocido que por el bueno por conocer.

XIII

Embárcanse las tropas—Cuerpos de que se componía la espedicion y buques que ocuparon—Padecimientos en la navegacion—Proclama del Virey—Llega la expedicion al puerto de Arica—Toma de Tacna--Accion de Calama—El general Canterac baja con fuerzas en proteccion de Valdez.

Las tropas destinadas á expedicionar permanecian en sus acantonamientos, adiestrándose en el manejo de sus armas y evoluciones tácticas, en continuados ejercicios. La marina se hallaba activamente recorriendo y carenando todos los buques que debian marchar, abasteciendolos al mismo tiempo de víveres, agua, etc. Estando todo dispuesto á fines de setiembre, se impartieron órdenes á las fuerzas acantonadas, para que el 3 de octubre, estuviesen todas reunidas en la capital, lo que tuvo puntual cumplimiento.

Luego de llegado á Lima, fué mi primer cuidado visitar á mi querida patrona la que ya hacia buen tiempo que no la habia visto. Mostróse muy pesarosa por la nueva ausencia que me veia obligado á hacer, pero no habiendo otro remedio que conformarse, me dió un buen convite de despedida quedando yo listo, para lo que la suerte quisiese disponer de mi.

El dia 4 marchó la division del Callao y se le señaló á cada cuerpo el trasporte que debia ocupar, y al siguiente 5, se embarcaron los cuerpos siguientes:

CUERPOS

DIVISIONES—*De Buenos Aires*—Regimiento Granaderos á Caballo, Primer batallon del regimiento Rio de la Plata, 2° id id id id, batallon n° 11.

De Chile—Batallon n° 4, batallon n° 5, artilleria 4 piezas.



Del Perú—Primer batallon de la Legion Peruana, cuadro del batallon nº 2, cuadro del batallon nº 3.

General en jefe, don Rudecindo Alvarado—Jefe de Estado Mayor, don Francisco Antonio Pinto—Generales de Division, don Enrique Martinez, don Cirilo Correa.

Los buques ocupados por las tropas, fueron los siguientes:

DE GUERRA

Fragata— O'Higgins, Capitana.
Corbetas—Independencia, Perla, Chacabuco.
Bergantines—Dardo, Nanci, Maypú, Potrillo.
Goleta—Montezuma.

MERCANTES

Fragatas—Trinidad, Mackenna, Trujillana.
Bergantines—Ibernia, Ramo de Oliva.

La tropa era la mas lucida del ejército, tanto porque no se encontraba entre todos los soldados uno solo que mereciese ser desechado por su edad, cuanto porque era la mas disciplinada, moralizada, aguerrida, bien armada y equipada de los ejércitos independientes.

Difícil es poder formar una idea de cuanto fué el numeroso concurso que se reunió en el Callao á presenciar el novelesco aspecto de embarque de tropas y salida de la escuadra; pues ademas del vecindario del Puerto, habian concurrido los de Bella-vista, Lima, Magdalena, Miraflores, Surco, Chorrillos, Lurigancho, Late etc. todos pueblos circunvecinos. Maravilla causaba ver en tan estrecho sitio un tan numeroso gentio, presentando á la vista la variedad de los colores de los vestidos, un dilatadisimo y confuso jardin.

El dia 6 como á las 8 de la mañana, hizo señal la

Capitana á los buques del convoy que zarpasen el ancla, y luego de efectuado y que todas las naves estuvieron en viento, empezó la Capitana y demas buques de guerra el saludo de despedida á la plaza, el que fué contestado por la artilleria del arsenal y castillos.

Estensísimo era el cordon qne á lo largo de la costa de la Bahia formaban los numerosos y curiosos ciudadanos viéndonos salir del puerto, y si muchos levantando en alto sus sombreros y pañuelos nos dirigian un saludo ó un adios tal vez eterno, otros muchos se ocupaban en enjugar su llanto, nacido de la próxima ausencia de la persona que ellos amaban, y que quizá no volverian á ver jamás.

Con la mayor felicidad, contentos y llenos de entusiasmo salimos del puerto, y pocas horas despues perdimos de vista la tierra, durándonos propicios los vientos, por unos cuantos dias. Pronto calmaron estos y siendo justamente la estacion en estas costas en que parece que los vientos recogidos á sus cavernas duermen por largo tiempo en el mas profundo sueño, empezó á temerse que nuestra navegacion fuese muy dilatada y penosa, todo lo anunciaba asi, y efectivamente se iba cumpliendo. Los víveres y aguadas que se habian embarcado, fueron calculado para mes y medio de viaje, término excesivo, para la corta travesia que teniamos que hacer, mas los muchos dias que llevábamos perdidos de andar por causa de las calmas que continuaban, nos hizo empezar á sentir la escasez de ambos artículos, de modo que limitaron la racion de agua, á tres pocillos por hombre cada 24 horas.

Aquejado todo el convoy de este grave é irremediable mal, hizo señal la Capitana el 23 de noviembre para que cada buque de por si, hiciese los esfuerzos que pudiese

á fin de arribar á la costa, sobre el punto designado al desembarque. El convoy que hasta entonces habia marchado reunido, se dispersó completamente, haciendo todos los buques cuanta fuerza de vela podian para aproximarse á tierra; ¡esfuerzos vanos! la calma continuaba y si alguna vez soplaba una suave brisa, precisamente era contraria. Fué ya tanto lo que nos afligió la falta de agua, que nuevamente hubo que reducir su suministro á un pocillo cada 24 horas.

Digno es de traerse á consideracion el padecimiento de esta tropa. Un corazon de bronce se hubiese enternecido al presenciar el reparto del agua, que se efectuaba de diez á doce de cada dia. Cada compañia sacaba en globo la que le correspondia y luego el capitan de ella en persona, la repartia con un pocillo á la tropa que estaba formada en círculo ó rueda. Los ojos se les querian saltar de sus órbitas á aquellos infelices, al ver la tina ó gamela en que se hallaba el ansiado líquido, y á algunos de ellos que angustiadamente suplicaban se les aumentase algo mas la racion porque la que habian recibido en nada les habia aplacado la sed, al oir la negativa, se les vió correr las lágrimas por el rostro, otros, á quienes el pocillo de agua que con convulsivas y desesperadas ánsias habian sorbido ni aun les habia humedecido las fauces, alzando la vista y manos al cielo exclamaban; ¡Oh dios mio. dios mio! cuando permitirás que lleguemos á tierra, para alli poder saciar la ardiente sed que ya diseca nuestros corazones.

En esta terrible situacion nos hallábamos, cuando repentinamente empezaron á soplar los vientos con alguna frescura y prosperidad: ¡qué alegria, qué júbilo infundió en todos nosotros ya moribundos, tan feliz acontecimiento. Todas las velas se desplegaron para aprovechar hasta el

mas ligero soplo, viendo compensados nuestros esfuerzos, con encontrarnos próximos á tierra despues de muy pocos dias. Llegamos al fin, al puerto de Arica, en donde encontramos varios buques del convoy ya anclados y aunque faltaban unos pocos, en poco tiempo llegaron todos.

Entre tanto que rodeados de infinitas fatigas y amarguras cruzábamos los mares para ir á rompernos las cabezas con los enemigos, llegó á noticias del Virrey la salida de esta expedicion, el cual tuvo mas del tiempo necesario para tomar muy pausada y reposadamente, todas las medidas que creyó precisas, para recibir nuestra visita, y haciendo saber á los pueblos de su mando este acontecimiento, les decia así.

El Virey á los habitantes del Perú.

«Peruanos: Convencidos los insurgentes de que les era imposible permanecer en Lima por no tener con que subsistir y que no pueden emprender operacion alguna contra el ejército nacional situado en el valle de Jauja, parece segun noticias que han esparcido que vienen con una expedicion á las costas de Arequipa. Yo os lo anuncio porque nada quiero ocultaros, y porque estoy firmemente persuadido de que si la obcecacion y desesperacion de los enemigos es tal, que se determinan á verificarlo, encontrarán su desengaño y exterminio; porque los pueblos unidos á las tropas nacionales, obrarán contra esos hombres revolucionarios, que parece han nacido para causar desastres y toda especie de infortunios.»

«Habitantes del Perú: á ninguno de vosotros debe de serle desconocido lo que Lima ha sufrido y sufre, por haberse dejado alucinar con promesas efímeras é insignificantes de los invasores: sírvaos esta leccion de regla

para no dar oidos á los sediciosos y agentes de los enemigos, que no buscan sino su interés particular á costa de vuestras personas y bienes. Nada deseo sino libertaros de esa mano devastadora de la revolucion y de los robos de la insolente codicia de aventureros desconocidos. Creedme españoles americanos, que á esto solo se dirigen mis esfuerzos; asi, con la franqueza que me es característica, y la verdad con qne hablo siempre os aviso, que si llega el caso, saldré de esta capital con direccion á los puntos mas inmediatos al enemigo, no por ser absolutamente necesario, sino por convenir al plan de operaciones que me he propuesto.»

«Yo espero, porque lo debo esperar, que vuestra conducta corresponderá á mis sentimientos y desvelos, y que marchareis como hasta aqui por la senda del honor y del deber, obedeciendo y auxiliando al legítimo gobierno cuya sagrada obligacion os impone Dios, las leyes y la nacion.»

«Pero si por una fatalidad que estoy distante de imaginar, os separais de ella, temed todos los daños y desgracias que producen los furores de la guerra y el desconcierto y oscilaciones que son consiguientes en las crisis violentas de los Estados.»

«Cuzco 8 de noviembre de 1822—José de Laserna.»

Hallándonos ya todos en tierra con abundante agua con que saciar la devoradora sed que nos habia consumido, nos entregábamos á toda la complacencia que nos inspiraba tan feliz suceso.

En Arica descansaron las tropas hasta el 10 de diciembre, en cuyo dia, el regimiento de Granaderos á Caballo, el regimiento Rio de la Plata y el batallon Legion Pe-

ruana, recibieron órden de marchar al valle de Yuta: tanto, segun entiendo, porque alli se encontraban mas recursos para mantener la tropa y caballadas, como porque esta posicion era mucho mejor que la de Arica, fuera de las observaciones ó combinaciones que sobre este movimiento y posicion, tendria hechas el general en Jefe. Efectivamente, en el mencionado valle de Yuta, hallámos entre otras, varias haciendas pertenecientes á españoles en las que alojamos, encontrando eu ellas grandes plantaciones de caña de azúcar, maizales, muchas frutas ctc, etc. todo en estado de cosecha, cuyas especies fueron de infinita utilidad; pues los granos, frutas y una regular cantidad de llamas, sirvieron para alimentar á la tropa, y los grandes cañales y alfalfares para los caballos: estuvimos allí hasta que quedó todo perfectamente concluido.

El dia 15 se tuvo noticia que el general enemigo don Jerónimo Valdez que se hallaba en Sama, practicaba movimientos que indicaban querer aproximarse cuanto le fuese posible á nuestras fuerzas y creyéndose fuese su intencion el sorprendernos ó batirnos, ordenó inmediatamente el general Alvarado se replegase la division situada en Yuta al resto del ejército, el cual se hallaba acampado en el valle de Azapa á las inmediaciones del mar. Aqui descansaron las tropas unos cuantos dias.

Los continuados movimientos é inquietud perpétua que observabamos en el general enemigo Valdez nos tenia en constantes sobresaltos. Este diabólico é insigne guerrillero, de calidad valiente, de condicion astuto é infatigable, habia reconcentrado sus fuerzas que se componian de los batallones Jerona, Centro, el regimiento de cazadores montados, el tercer escuadron de Dragones de la Union, el 2° de Dragones de Arequipa y 4 piezas de artilleria,

cuyo total podia ascender á unos 2000 hombres poco mas ó menos, los que dirigidos por Valdez eran un número nada indiferente, para que se pudiese vivir confiado.

En una completa inaccion permaneció nuestro ejército varios dias hasta que al fin, el 24 de diciembre se empezaron á notar en él, algunos movimientos de accion activa El regimiento Granaderos á Caballo, el regimiento Rio de la Plata y cuatro piezas de artilleria, al mando del general don Cirilo Correa, tuvieron orden de emprender la marcha y apoderarse del pueblo de Tacna, que dista de Arica unas 14 leguas.

El cuadro del batallon nº 2 del Perú, se empezó á posesionar del pequeño y casi inhabitado puerto de Iquique con el intento de guardar este punto y aumentar su fuerza con la gente que pudiese tomar de leva, ó con la que se le remitiese: y el cuadro del batallon nº 3 del Perú se quedó en Arica, con el mismo intento que el anterior; y el resto del ejército quedaba dispuesto á continuar la campaña para el interior.

Inmediatamente que el general Correa recibió la órden de marchar lo puso en ejecucion, y el dia 25 á las 5 de la tarde ya éramos señores de Tacna, sin que su ocupacion nos hubiese costado un solo tiro de fusil. Los habitantes de este pueblo nos manifestaron la mayor decision y buena voluntad, la misma que siempre tuvieron aun en nuestras desgracias.

Mientras que asi maniobraba nuestro ejército, no se movia el general enemigo del valle de Sama, donde permanecia con el objeto de observar atentamente y muy de cerca nuestros movimientos, por si alguno de ellos le presentaba la oportunidad de batir y destrozar alguna fuerza nuestra que saliese fuera del alcance de ser protejido pron-

tamente. Alli fué donde tuvo la noticia de la ocupacion de Tacna por nuestras tropas, mas por partes inexactos que le dieron con respecto al número de que se componian, se persuadió de que las fuerzas que habian ocupado á Tacna, eran sin duda algunas partidas que habia desprendido nuestro ejército en aquella direccion, con el objeto de recolectar caballadas, ganados, etc. y observarlo con mas inmediacion. Deseoso, pues, de batir y desbandar esas tropas, tomó unos 400 infantes y otros tantos de caballeria, con los cuales emprendió la marcha sobre Tacna con el fin de sorprendernos; pero quiso nuestra suerte y su desgracia que por mas que forzó su marcha en la noche del 31 de diciembre, le fué imposible llegar á donde él queria, hasta muy despues de haber amanecido.

Teniendo aviso nosotros esa misma noche del movimiento practicado por el enemigo por un espia que se le tomó, los aguardabamos en disposicion de batirlos.

En esta actitud estabamos, cuando nos alumbró el sol del dia 1° de enero de 1823 ¡año fecundo, en acontecimientos extraordinarios!

En grande espectacion nos amaneció este dia esperando por momentos al enemigo, el que á eso de las siete de la mañana se nos puso al frente, y observando nuestra fuerza, conoció el error que habia padecido y cuan tarde era ya para pensar en hacer una retirada, por lo demasiado cerca que se hallaba de nosotros, y lo muy comprometido que estaba para poderlo efectuar sin ser batido, y en este caso, su derrota era inevitable.

En el acto que avistamos á los enemigos marchamos sobre ellos y á eso de las diez de la mañana se trabó un combate de guerrillas muy reñido que duró hasta mas de las cinco de la tarde. Valdez no se ocupaba de otra cosa

que de contenernos, continuar la retirada que habia comenzado y protejerse con las buenas posiciones que le proporcionaba el terreno en su tránsito, y en las cuales, solia hacer descansar un momento á sus tropas para que cobrasen algun aliento

Admirable fué la destreza militar que el general Valdez manifestó en esta ocasion, pues teniendo que batirse contra triplicada fuerza á la suya supo sostener sus fuegos todo el dia, entretenernos completamente, aprovechar los momentos que se le presentaban de poder continuar su retirada, y salvar de este modo su tropa, como al fin lo consiguió. Sin embargo de la superioridad de nuestras fuerzas, no sé si las maniobras de Valdez habian magnetizado à nuestro general, que nada emprendió de decisivo contra su enemigo en todo el dia. El triunfo por nuestra parte era indudable al menor esfuerzo que se hubiese hecho, tanto por la superioridad numérica como por ser nuestra tropa tan buena como la enemiga, y porque nuestros soldados estaban bien descansados, mientras que los contrarios se hallaban trasnochados, cansados, muertos de hambre y de sed por la larga y presurosa marcha que por aquellos inmensos y secos arenales habian hecho. En fin; Valdez se retiró á nuestra vista y bajo nuestros fuegos: y sin perder un solo hombre, se burló de nosotros á su completo placer.

No pudiendo nosotros seguir al enemigo en su retirada, nos regresamos á Tacna á ocupar nuestro campo.

El 2 de enero se incorporó á nosotros el resto del ejército y se dió descanso á las tropas.

Habiendo sido enterado el virey de nuestro arribo y desembarque en Arica, y considerando insuficientes las fuerzas del general Valdez para que pudiese estorbar nos apoderásemos de Arequipa, ordenó al general Canterac

saliese de Jauja con los batallones, Infante, Cantabria, Partidarios y Burgos; y los escuadrones 1° y 2° de Dragones de la Union; 1° de Granaderos de la guardia y 2 piezas de artilleria; que unida esta fuerza á la de Valdez, formaban un ejército lucido y superior al nuestro. Canterac hizo sus marchas con la velocidad que acostumbraba.

XIV

Continúa nuestro ejército sus marchas sobre el enemigo. Atrevido reconocimiento que hace de nuestras fuerzas el coronel Realista Don Cayetano Ameller. Llega nuestro ejército á la Villa de Moquegua ocupada por los enemigos. Posiciones respectivas de ambas fuerzas: Batalla de Torata y sus resultados.

Habiendo descansado un poco nuestras tropas en Tacna, continuaron la marcha el 4 de enero en seguimiento del enemigo con direccion á la villa de Moquegua, ocupada por ellos, campando nuestro ejército el 13 sobre la márgen derecha del Rio de Locumba y adelantando unos 600 hombres á ocupar la llanura que domina al pueblo de este nombre.

Deseoso Valdez de saber positivamente, si era todo nuestro ejército el que contra él marchaba, ó solo una parte, destacó en la tarde del 13 al coronel Don Cayetano Ameller con tres compañias de infanteria y un escuadron de caballeria desde el punto de la Rinconada, para que practicase el reconocimiento que deseaba y le diese aviso. El coronel Ameller marchó inmediatamente con sus 400 hombres, y como ignoraba la colocacion de nuestras fuerzas, se apareció el 14 á las 7 de la mañana á retaguardia

de la que teníamos en la Pampa de Locumba, de modo que naturalmente quedó cortado, pór hallarse interpuesto entre esta fuerza y todo el resto del ejército. Viéndose Ameller en tan desesperado caso, se propuso salvarse ó morir, antes que dejarse tomar prisionero. Nuestras grandes guardias que vieron á los enemigos en aquel conflicto y creyendo apoderarse de ellos con la mayor facilidad, se dispusieron á ocupar todos los caminos por donde podia intentar su retirada sobre la Rinconada, haciéndose por consiguiente mucho mas crítica la situacion de los enemigos, con este movimiento. Hallándose pues Ameller en una situacion nunca por él imaginada y conociendo que solo podia sacarlo de aquel gran peligro una desesperada resolucion y prontitud en sus maniobras, se resolvió á emprenderlo todo sin fijarse en los resultados. Dejó sobre el campo que ocupaba una mitad de caballeria para que llamase la atencion por esta parte, mientras que él, con el resto de su fuerza flanqueaba con una marcha rapidísima, el valle. Esta era una operacion peligrosísima, pero la única que podia emprender en aquel caso para probar si le era posible doblar el valle, conduciéndolo esta maniobra al otro lado, tropezando y teniendo que batirse con nuestras emboscadas y venciendo otros varios obstáculos que le oponian la localidad del terreno, con tanto valor como rapidez.

¡Un momento feliz para él!: nuestra vanguardia se replega, y aprovechando Ameller este inesperado movimiento, logra colocarse delante de ella y asegura por medio de maniobra tan atrevida, la ruta que debia seguir. Sin embargo, muchas dificultades le quedaban aun que superar, antes de poder salvarse. A consecuencia de la nueva posicion que habian tomado los Realistas, ocuparon nuestras

tropas la loma que conduce á Locumba: el batallon 4 intentó atacarlos, y mientras el enemigo lo entretenia y amenazaba con unos 40 hombres por el flanco izquierdo, otra partida como de 80 le atacaba el derecho, presentán ose entonces por el frente, la mitad de caballeria que habia quedado en observacion, que ya se les incorporaba. Entre tanto y sin perder instantes seguia el resto de la fuerza enemiga su retirada apoyando y protejiendo á su caballeria para que no fuese atacada en algun mal paso de los que se presentaban, continuando en este órden hasta que tuvieron completamente asegurada su retirada, dirijiéndose al valle de Cinto donde viéndose que no era posible seguirlos ni alcanzar ventaja alguna sobre ellos, se les dejó ir en paz, despues de 4 á 5 horas de movimientos y tiroteos, y con pérdida de 6 ú 8 muertos y algunos heridos. Valdez mandando 800 hombres, se burló en Tacna dé una fuerza nuestra que pasaba de 2000; pero Ameller en Locumba se burló de todo nuestro ejército que constaria de 5000, con solo 400 hombres. Fueron tantas, tan variadas y tan rápidas las maniobras que ejecutó, que apenas daba tiempo á la vista para seguirlo; pudiendo decirse tal vez sin mentir, que no hubo cuerpo de nuestro ejército, sobre el cual Ameller, no hubiese dirijido sus fuegos.

El 13 y 15, continuó nuestro ejército su marcha en busca del enemigo que se hallaba ocupando la villa de Moquegua, sobre la cual estuvimos á las 5 de la tarde del 17, campando nuestras fuerzas en el punto llamado el Portillo. Un escuadron de nuestra caballeria persiguió á otro del enemigo hasta la misma plaza del pueblo, en donde suspendió la persecusion por no caer en algunna emboscada y se replegaron.

Luego de haber tomado posicion nuestro ejército, estableció su línea de guerrillas, avanzándolas hasta las primeras casas del pueblo y sostenidas por un batallon y un escuadron en reserva.

El enemigo que á nuestra llegada se habia retirado al estremo opuesto de la villa, estableció la línea de las suyas sobre las primeras casas, protejidas por un cuerpo de infanteria y 2 escuadrones de caballeria. En esta actitud unos y otros anochecimos, siendo la línea divisoria de ambos ejércitos la pequeña villa de Moquegua.

Allí nos amaneció el 18, pero el enemigo esa noche favorecido de la oscuridad, habia emprendido su marcha y situádose á la embocadura de la quebrada de Yacango, ocupando algunas de muchas posiciones formidables que abundantísimamente le proporcionaba el terreno, y cubriendo al mismo tiempo con sus fuerzas el largo desfiladero que presenta el camino desde el rio hasta las alturas. En ese punto les amaneció y desde allí pudieron observar que nuestro ejército, desamparando el punto en que habia dormido aquella noche atravesó la villa en columna y fué á situarse en el campo que ellos habian dejado. En él paramos todo el dia, empleándolo en municionar la tropa y revistar el armamento, pues estando el enemigo tan inmediato y en aptitud de aguardarnos, era necesario ya buscarlo y dar la batalla.

Al amanecer del 19, nos pusimos en marcha en direccion á ellos, no tardando mucho nuestras guerrillas en dar con sus puestos avanzados y romperse el fuego.

Situado el enemigo en sus fuertes posiciones de Yacango esperó á nuestro ejército, el cual estuvo al frente de su contendor á eso de las ocho de la mañana, encendiéndose inmediatamente un fuego vivísimo. Valdez á pesar

de la minoridad de sus fuerzas, sostuvo por mucho rato el empuje de todo nuestro ejército, mas apesar de la posicion casi inespugnable que ocupaba, no le fué posible conservarlo por mas tiempo contra la bravura de nuestros soldados, que tanto mas se irritaba su valor, cuanta mas resistencia les oponian los enemigos, por lo que se vió obligado Valdez á hacer un precipitado repliegue, continuándolo hasta que, hallando en su tránsito otra posicion de suma importancia la ocupó, dispuso con serenidad sus tropas, nos presentó nuevamente la batalla y continuó el combate.

Desde la quebrada de Yacango hasta los altos llamados de Valdivia, el terreno es un cordon continuado de alturas que ofrecen fortísimas posiciones, las que los enemigos iban aprovechando en su retirada para defenderse, y que sucesivamente iban abandonando al furioso ímpetu de nuestras tropas, dejando el camino en la retirada que hacian, señalado por el asombroso número de cadáveres que en él iban quedando. Casi todo el dia sufrió el enemigo esta tenaz persecucion, no habiendo posicion que tomase por buena y segura que fuese, que no se le batiese y arrojase de ella. Como á las tres de la tarde practicaron otro repliegue, ocupando las penúltimas alturas de Valdivia, colocándose en una posicion inatacable, donde se creyeron seguros de no ser desalojados. Allí reorganizó Valdez otra vez sus tropas y por tercera vez nos presentó la batalla. La izquierda de la línea con la artilleria, era protejida por el batallon Centro; seguidamente por parte del Jerona y dos mitades de caballeria: y su derecha se componia del resto del batallon Jerona y toda la demas caballeria á retaguardia. En este momento fué cuando el general Canterac, que desde por la mañana

habia sentido el cañoneo, adelantándose con solo sus ayudantes, y dejando sus tropas para que continuando la marcha lo alcanzasen, se presentó en el campo de batalla. Desde aquel instante, ¡instante fatal para nosotros! tomaron un aspecto muy diferente las cosas.

El general Alvarado que observó la fuerte posicion que ocupaban los enemigos y su colocacion, apoyó su derecha, que se componia del batallon Legion Peruana, delante de pueblo de Torata.

El Centro, que fué situado en una altura bastante accesible por el frente y separada á derecha é izquierda por profundos barrancos, se componia de los dos batallones del Rio de la Plata.

La izquierda, separada tambien del centro por otro barranco, era compuesta del batallon N° 4, sostenido por el N° 11; á retaguardia de este el N° 5 y á retaguardia de este la caballeria.

La colocacion de nuestro ejército presentaba tres porciones aisladas enteramente, sin comunicacion unas con otras, y consiguientemente sin poderse protejer mútuamente si fuesen atacadas.

Rectificadas las líneas de ambos ejércitos por sus respectivos jefes, empezaron las tropas á batirse desde sus posiciones con nuevo y voraz ardor y entonces sí fué cuando se encendió el fuego con furor: ¡Dios de las batallas! ¡quién mereciera estar dotado por Vos de un solo átomo de sabiduria, para poder referir con el debido acierto los inauditos sucesos de este tan grande como temeroso dia! Por todas partes se sentia el horrisono estallido del cañon que despidiendo de sus entrañas el fierro que oprimido encerraba en ellas, sembraba muertos y esparcia mutilados miembros en todas direcciones. El

fuego continuado y jamás interrumpido de las infanterias: el ronco y temible tañido de multitud de cornetas y atambores que incesantemente repetian el fúnebre toque de; á degüello:! los mortíferos disparos del cañon que atronaba los aires, el triste y lastimoso clamoreo de infinidad de heridos que yacían tirados en el suelo, el estraño ruido formado por los confusos rumores del combate, repetidos con fuerza por los ecos en las profundidades de las quebradas, cuyas vibraciones conducidas por los vientos se multiplicaban infinitamente á lo lejos, hacian creer que á la distancia y en muchos puntos, se daban millares de combates tan terribles, como el en que nos hallábamos empeñados.

En este estado, ordenó el general Alvarado al batallon N° 4 y 11 forzasen á los enemigos en su derecha, mas advirtiendo ellos el movimiento y conociendo el intento, con prontitud inconcebible reforzaron este costado con algunas compañias del batallon Jerona y tomando inmediatamente la ofensiva nos cargaron. y despues de algunas descargas dadas á quema-ropa por ambas partes, se trabaron á la bayoneta. Buen espacio de tiempo pelearon en esta forma, mas al fin tuvieron que ceder nuestros dos batallones, los que destrozados tuvieron que huir á favorecerse en la posicion que habian dejado, dejando entrambos combatientes aquel sitio cubierto de cadáveres.

Mientras que así se batía nuestra izquierda, habia bajado el general Valdez en persona con su caballeria, y colocándose delante del Rio de la Plata, amenazaba la posicion que ocupaban estos dos batallones, impidiendo Valdez con esta maniobra, que dichos batallones tomasen de flanco con sus fuegos al batallon Jerona mientras se

batia haciendo imposible que protejiesen de ningun modo los batallones 11 y 4.

En el momento que desbandaron á los dos referidos batallones, reforzaron la caballeria de Valdez con dos compañias de infanteria: el batallon Centro marchó de frente y 3 escuadrones de caballeria marcharon por el camino real, dirigiéndose toda esta fuerza sobre nuestro batallon Lejion Peruana, el cual, apesar de una heróica resistencia y de la ineficaz proteccion que el Rio de la Plata le dió con sus fuegos desde su muy lejana posicion, fué al fin arrollado, completamente desbandado y mucha parte de él, acuchillado. Apesar de este mal suceso, sufrió el enemigo una pérdida muy considerable.

Solo el Rio de la Plata no habia sido batido hasta entonces; mas en el acto mismo que fué destrozada la Lejion Peruana, reuniéndose en masa los enemigos y con presteza increible, atacaron por el frente estos dos cuerpos, al mismo tiempo que dos compañias enemigas enfilaban con sus fuegos la izquierda de estos batallones, y á pesar de la fuerte posicion que ocupaban fueron al fin batidos, desalojados del punto y forzados á replegarse con tumulto á otra posicion sufriendo una pérdida considerable.

Pasmaba de asombro ver el furor con que se rebullia en el campo aquel puñado de hombres, llevando la muerte, la desolacion y el estrago, donde quiera que se dirigian.

El ejército del Rey ya victorioso y con sus tropas completamente reunidas, aunque muy notablemente diezmadas, vuelve á dirigirse cual leon rugiente sobre la derecha de la Lejion Peruana ya reunida, y logra á pesar de mucha sangre, alcanzar nuevos trofeos.

Vuelven y revuelven por todo el campo llevando el espanto y destruccion por donde pasaban, y nuestro ejército cansado, batido en todas sus posiciones y donde quiera que intentaba reunirse, no oponia ya sino una muy débil resistencia. Cedimos finalmente todos los puestos y los ocupó el enemigo. Solo nuestra caballeria conservó ese dia una neutralidad admirable, pues ni defendió al uno, ni ofendió al otro; bien que la situacion del terreno no les permitió hacer brillar su valor.

Al fin vino la noche y solo ella pudo hacer se separasen los contendientes.

XV

Retirase nuestro ejército á Moquegua: Se incorporan á las fuerzas de Valdez las de Canterac. Nos atacan y derrotan completamente: Parte que dá el general Alvarado al gobierno del Perú del resultado de su campaña: Regreso á Lima.

Eran las siete de la noche cuando terminó el combate y ya solo se sentian por el campo, diseminados tiros. La oscuridad en que quedó envuelto todo y el cansancio en que se hallaban las tropas por las 12 horas no interrumpidas de agitadísimos movimientos y continuado fuego, obligó á los Realistas á suspender la persecusion á nuestras columnas para rehacerse y tomar descanso en los puntos que ocupaban.

Este intérvalo de tranquilidad lo aprovechó el general Alvarado en reunir sus diezmadas tropas, las que despues de haber descansado pocas horas sobre aquel campo de sangre y horrores emprendieron la retirada á la villa de Moquegua, dejando esparcidos por todos aquellos sitios infinidad de heridos, á merced de la bondad ó crueldad

del vencedor, y mas, una pieza de artilleria, que fué absolutamente imposible poderla conducir. Una parte de la noche se empleó en la marcha, y á eso de las 6 de la mañana del dia 20 entramos á Moquegua. Allí se le dió á la tropa una escasa racion de pan y carne, empleándose el resto del dia en coordinar los desbaratados batallones, causando el mas vivo sentimiento el ver la grande baja que habian sufrido.

Por su parte se ocupó el enemigo en la misma operacion y este dia por la mañana se incorporaron las fuerzas de Canterac á las de Valdez que no pudieron efectuarlo el dia antes, con cuyo importante refuerzo, cobraron nuevo valor. Viendo el enemigo su ejército nuevamente organizado y lucido; y el nuestro casi destrozado y temeroso, no perdieron la esperanza de concluirnos enteramente, si segunda vez nos atacaban, como era muy probable. Tetrible en verdad era nuestra situacion, pues raro era el soldado que se hallaba regularmente municionado, y en el repuesto no habia un solo cartucho, de modo que tanto este acontecimiento, como las desgracias sufridas el dia anterior, habian desalentado mucho á la tropa.

Decididos los jefes realistas á llevar á término la obra de destruccion que estaba comenzada y llenos de brios y confianza en la buena calidad y número de sus tropas, premeditaron otro nuevo ataque sobre nosotros y en la madrugada del 21, se dirigieron á Moquegua, decidos á forzarnos en nuestras mismas posiciones, y al amanecer se hallaban ya como á 4 tiros de cañon de nosotros, por lo que era inevitable otro combate.

En el momento que tuvo noticia Alvarado de los movimientos que practicaba el enemigo y su aproximacion, abandonó el campo de Moquegua, en que habia dormido

esa noche, y avanzando sus tropas hácia donde venian los enemigos, encontró un sitio oportuno donde colocarlas, que fué del modo siguiente:

La derecha la apoyó en direccion á unas alturas, cuyas cúspides forman un muy dilatado desfiladero: el centro protejidó por un barranco ancho, de escarpado y difícil paso; y la izquierda quedó apoyada en las alturas, que en forma de anfiteatro circundan la villa de Moquegua, y sobre cuyas lomas fueron colocadas nuestras piezas de artilleria. En este órden esperó á los enemigos.

Nuestros soldados, llenos de fatigas por tantas marchas hechas en aquellos abrasadores arenales; mal, malísimamente alimentados; estropeados por la batalla anterior, debilitados por el clima que con eficacia habia influido en sus naturalezas; el tener que batirse otra vez con un enemigo fuerte que los acababa de escarmentar y que ya lo tenian al frente, y el no tener la mayor parte de ellos municiones, con que siquiera poder contar para la defensa y conservacion de sus vidas; este conjunto de fatalidades los tenia tan abatidos, porque al fin no eran de fierro, que se advertia visiblemente lo mucho que en ellos habia decaido el espíritu guerrero que siempre los habia animado.

Una densa niebla nos ocultaba aun los enemigos, mas habiendo salido el sol, sus rayos la disiparon y entonces vimos no sin sorpresa que todos los caminos estaban invadidos por ellos y que nos presentaban por varios puntos, fuerzas superiores á las nuestras.

Despues de limpiarse la atmósfera y de haber reconocido Canterac las posiciones que ocupabamos, ordenó al general Valdez que con la Division de vanguardia que se componia de 3 batallones, 1 escuadron de caballeria y 2 piezas de artilleria, se dirigiese hácia las alturas que estaban á nuestra

derecha y que á toda costa se apoderase de ellas. Mientras que Valdez ejecutaba esta maniobra, Canterac bajaba rectamente por el camino real, formando sus fuerzas 4 columnas paralelas, dos de infanteria y dos de caballeria; y llegado que hubo cerca del alcance de nuestra artilleria, varió á la derecha cubriendo sus tropas de los fuegos de nuestras piezas cuanto le fué posible, marchando en esa direccion todo cuanto le pareció suficiente á su plan de ataque, que entonces, y al mismo tiempo que Valdez dominaba ya las alturas, se dirigió con todas sus fuerzas contra el centro de nuestro ejército. Durante esta marcha sufrió el enemigo un fuego vivísimo de nuestra artilleria, que causaba en sus filas un terrible daño, notándolo nosotros en los grandes claros que cada cañonazo les abria, y los cuales ellos procuraban ocultar estrechando con prontitud sus hileras y continuando siempre la marcha con serenidad.

Entretanto y para contener los progresos que Valdez hacia sobre nuestra derecha, ordenó el general Alvarado saliesen de nuestro campo dos compañias de cazadores del regimiento Rio de la Plata. protejidas por un batallon del mismo regimiento para que lo batiesen é impiesen llevar adelante su intento: estas compañias se batieron brillantemente é hicieron gran resistencia en las pequeñas posiciones ventajosas que les proporcionaba el terreno; mas Valdez con fuerzas muy superiores á las nuestras y sin parar su marcha, arrolló y llevó por delante al batallon y á las 2 compañias que lo atacaban, apoderándose seguidamente del desfiladero, objeto de su maniobra. Situado en esta posicion, le fué muy fácil formar sus tropas sobre nuestra derecha, de modo que nos hallábamos completamente flanqueados por toda aquella fuerte Division.

Observando Canterac la colocacion de Valdez y aprove-

chando el momento, desplegó en guerrilla á nuestro frente 4 compañias de cazadores, las que protegidas por todo el resto del ejército y bajo el mortífero fuego que sufrian de nuestras infanterias y artilleria, lograron pasar el barranco, continuando siempre el ataque á nuestra línea por el centro; mientras que parte de su caballeria se dirigia con la mayor diligencia por el camino real á atacar al batallon nº 11, que estaba sosteniendo nuestra artilleria. En este instante acababan de pasar el barranco sus caballerias y estendiendo su línea, tanto esta como la infanteria en todo nuestro frente, logran ligar su ataque con el que ya nos hacia Valdez sobre nuestra derecha, la que á pesar de la terrible resistencia que opone, es destrozada y obligada á abandonar el puesto á bayonetazos, acabando de sembrar la confusion en nuestras filas, el terrible destrozo que hacia en ellas la caballeria enemiga. Al mismo tiempo era tambien atacado nuestro centro por el resto del ejército enemigo: la mortandad se aumentaba cada vez mas: la carniceria ya causaba horror, y nuestros soldados acometidos por los enemigos en todas direcciones, ceden envueltos en tumultuoso desórden. Siguen los vencedores sobre nuestra artilleria y batallon nº 11, que la sostenia, renuévase la batalla en este punto: caen los hombres muertos al suelo, así como el granizo de las nubes en una tempestad, mas es imposible resistir á tanto número de enemigos. Entra de nuevo su caballeria, alcanza á nuestros artilleros que mueren casi todos sobre las piezas, y el batallon nº 11 es reducido á la nada por la infanteria y caballeria enemigas.

El espanto, la muerte, la desolacion, el desórden y confusion estaban apoderados ya de nuestro campo, encontrándose á donde quiera que uno se dirigia.

Muertos ya mas de las dos terceras partes de nuestros

compañeros y sin poderse reunir en un punto el corto resto de los que quedaban, fué preciso entregarse á una desesperada fuga. Una Division de caballeria enemiga que se hallaba colocada á la entrada del pueblo de Moquegua, acuchilla sin misericordia á cuanto infeliz disperso se aparece por ese lado, mientras que el resto de su caballeria hace lo mismo con el grueso de los que fugaban.

El general Valdez viendo declarada la victoria en favor de sus armas marchó con precipitacion á cortarnos la retirada con una fuerza de caballeria por el camino de la rinconada, y aun cuando no lo pudo efectuar, mata ó toma prisioneros á cuantos alcanza en su marcha. ¡A do quiera que nos dirigíamos, encontrábamos la muerte á nuestro frente.! todo era terror, todo confusion: en fin, todo, todo se perdió.

El resultado de estas dos batallas' fué dejar en poder, del enemigo unos 1200 prisioneros de tropa: 70 oficiales: mas de 2000 muertos: todas las cajas de guerra del ejército: la artilleria: muchas carabinas y sables: un buen número de caballos y mas de 4000 fusiles.

Decidido de aquel modo el éxito de la batalla, pensó cada cual en tan críticas circunstancias, poner de su parte todos las medios que fuesen posibles para salvar sus vidas, alejándose de sitio de tanto infortunio. Yo tambien logré por medio de inauditos esfuerzos escapar del campo, como veia que lo practicaba cada hijo de vecino, y al fin llegué al puerto de Ilo el 22 á las oraciones, habiendo llegado á él mucho antes que ninguno otro, todos nuestros generales ¡qué felicidad!

Por una casualidad se hallaban en el puerto algunos buquecitos mercantes fondeados, que recientemente habian llegado con algunos víveres para el ejército, los que em-

pezaron á recoger los dispersos á su bordo. En seguida llegaron algunos otros buques mas, que sirvieron para el mismo objeto, logrando de este modo poder salvar, de 800, á 1000 hombres. Siete dias permanecimos en el puerto esperando la llegada de mas dispersos de los que hubiesen pudido librarse de las manos de los enemigos, y durante esta permanencia dirigió el general Alvarado al gobierno del Perú, el parte del éxito de su campaña, que segun se refiere en la «Gaceta del Gobierno» de Lima de 5 de febrero de 1823 era del tenor siguiente:

«Ilo abordo de la Macedonia y Enero 25 de 1823.»

«*Honorable Señor Secretario de Guerra y Marina.* Impelido de alimentar el ejército y tratando de preservarle de los estragos que habian comenzado á sentirse por la insalubridad del clima de Arica, me moví con direccion á Moquegua donde el general Valdez con dos batallones y cuatro escuadrones se habia estacionado y á cuyas inmediaciones se hallaban todos los viveres y recursos que habian separado de la costa. La desolacion de la costa era tan completa, que me fué forzoso trasportar á lomo de mula hasta la villa de Moquegua con mil dificultades víveres secos que habia desembarcado de la escuadra.»

«El dia 18 del corriente encontré al enemigo ya en posision del cerro Baul, la que abandonó inmediatamente que notó las disposiciones de atacarlos. En el momento se puso en retirada, y le hize atacar con las compañias de cazadores y cuatro batallones de reserva, que lo persiguieron del modo mas vivo por espacio de dos leguas, desalojándoles de cuantas posiciones iba tomando, hasta que últimamente se estableció en Torata. En este punto trató de hacer una vigorosa resistencia, y fué desalojado

sucesivamente de tres posiciones que una sobre otra, en tres escalones habia establecido, hasta que últimamente se retiró á la cuarta, inmediata á la costa del cerro.»

«En este estado, puesto ya el general Valdez en derrota, llegó con su ejército el general Canterac y emprende un segundo ataque sobre nuestras columnas que ocupaban sus oposiciones. Estas tuvieron que retirarse á las reser. vas que la habia establecido en un punto ventajoso con 2 piezas de artilleria, y el enemigo volvió á situarse en la cima del cerro al cerrar la noche, pudiendo en ella sin ser malestado, retirar el ejército hasta Moquegua en donde permaneció hasta el 21, en que el enemigo me obligó á un nuevo combate desventajoso por mi parte, respecto á la inferioridad de mis fuerzas, mas sin embargo, fué disputado el terreno cuanto fué posible, y obligado al fin á seguir mi retirada aunque desordenada, por lo que se ha sentido alguna pérdida y mas que todo, la moralidad de la tropa, con cuyo motivo he resuelto embarcar el ejército, reforzando la division de Tarapacá en movimiento ya sobre Cavangas con 300 hombres de tropa y todos los animales del ejército.»

«El general Martinez y el jefe de Estado Mayor Pinto, pasaron á reorganizar la fuerza de Pisco, mientras yo me dirijo al sud, á dar un impulso á las operaciones, si las circunstancias lo permiten; aseguro á V. S. que en primera oportunidad pasaré los detalles respectivos.»

«Tengo la honra de manifestar á V. S. los sentimientos de mi mas distinguido aprecio—H. S.—*Rudecindo Alvarado.*

No aportando ya mas dispersos al puerto, dieron la velas los buques para el Callao. Siete dias echamos en el viage en los cuales, el alimento que se nos dió abordo del que yo estaba, fué un poco de arroz medio cocido y una

escasísima racion de agua cada 24 horas. Finalmente, cargados de trabajos, enfermos, llenos de miseria, enteramente desnudos y muertos de hambre y sed, desembarcamos en el Callao el 8 de febrero de 1823, descansando allí hasta el 16 del mismo que nos condujeron á la ciudad.

Considero sea escusado referir la tristeza y abatimiento en que se hallaban sepultados aquellos habitantes por la pérdida sufrida en Moquegua, y mucho mas por los funestos resultados que á consecuencia de esa degracia podian sobrevenirles. Considero escusado igualmente el significar la desolacion y llanto de infinitas familias, con la pérdida de tantos hijos y deudos como habian quedado muertos en el campo de batalla ó en manos del enemigo, y paso tambien en silencio, el terrible golpe que con esto sufrió la opinion pública ó de partido, que aun no se hallaba muy bien cimentada.

Parecia que la Providencia cansada ya de proporcionar placeres y felicidades á esta infeliz ciudad, se esmerase ahora en prodigarle continuados dias de angustias, amarguras y padecimientos.

XV

Se dispone en Lima una 2ª espedicion a los Puertos Intermedios: Asonada militar ocurrida en la Capital, encabezada por el general Santa Crúz, su objeto y resultado: Marcha la espedicion: Proclama del Virey: El ejército realista al mando de Canterac baja contra Lima: La primera Division Auxiliar de Colombia, llega al Callao: Los Patriotas se refugian eu los Castillos: Ocupan los realistas la Capital y nos ponen sitio: Reunion del Congreso en los Castillos y resultado: Los realistas levantan el sitio: Boletin del ejército de Santa Cruz, de sus operaciones y prosperidades.

Sucesos de demasiada magnitud habian sido los que

acaban de tener lugar, para que su influencia no hiciesen se resintieran todos los ramos de la administracion pública, y aun la situacion de cada individuo en particular: por ellos sufrian las fuerzas nacionales un desmendramiento estraordinario: el ejército que existia, quedaba aislado y sin reservas; el tesoro, completamente aniquilado, los empréstitos forzosos, aumentados en cántidad, y exigidos con doble frecuencia, aumentándose con esto, el descontento en los contribuyentes: el reclutamiento en toda su fuerza, sembrándose con esto la aflicion en infinitas familias, que colmaban constantemente al gobierno de maldiciones: la confianza en los partidarios, decaida hasta el último estremo: el crédito del enemigo aumentándose de dia en dia y ganando voluntades: su ejército, formidable, ante quien ya nadie osaba presentarse por no esperimentar sus terribles empujes, y otras mil circunstancias á cuales mas lamentables, de que no haré mencion. Este era el estado en que verdaderamente se hallaba el Perú en la época que se hace referencia, lo que no dudo parezca una ponderacion execiva, á los hombres, de la presente.

Advirtiendo Torretagle la rapidez con que se disipaba el humo de sus ensueños: lo muy dispuestos que se hallaban á abandonarlo sus mejores partidarios; y la terrible borrasca que sufria la nacion, cuyos balances hacia temer zozobrase y sepultase á todos en abismos de desgracias, las que imperiosamente exigian un pronto remedio, concibió su fecunda imaginativa un proyecto, con el que creyó imponer al enemigo, alentar la opinion pública: dar á la nacion su perdido crédito y respetabilidad, y llenarse él mismo de gloria.

Aparentando con el objeto de reanimar los espíritus, que los contrastes sufridos eran una cosa de muy poca

monta comparados con los inmensos recursos que aun le restaban á la nacion, para reponer sus pérdidas y continuar la marcha magestuosa é imponente que antes llevaba, ordenó en el momento, que el ejército del Perú, que con esmero é inmensos sacrificios se habia fomentado y puesto en un buen pié de fuerza, se dispusiese inmediatamente á marchar al mismo punto donde fuimos nosotros desgraciados, siendo el primer jefe de este ejército don Andrés Santa Cruz, y el segundo don Agustin Gamarra.

El general Canterac, despues del completo triunfo que obtuvo sobre nuestras armas, dejando bien guarnecida la costa y al activo general Valdez al cuidado de ella, se retiró con sus tropas al valle de Jauja á darles allí descanso y reorganizarlas, paralizando por entonces los movimientos hostiles, activos por ambas partes.

A pesar de las medidas que en Lima estaba tomando el Gobierno: la activa disposicion de un nuevo embarque de tropas para los Puertos Intermedios: la suma seguridad con que se contaba el triunfo, en nada en verdad hacia esto consolar á los tristes vecinos que ya estaban demasiado penetrados de las descabelladas disposiciones de Torretagle, empleándose solo en echar funestos baticinios sobre el resultado de la Espedicion, considerando á todo el número de hombres que marchaban, otras tantas víctimas que conducian al sacrificio.

El 26 de Febrero de 1823 y á los diez dias de nuestra llegada á Lima, intempestivamente se puso el ejército peruano sobre las armas mandado por el general Santa Cruz, y con ellas en las manos, pidió humilde y sumisamente al Congreso la deposicion de Torretagle del mando supremo, y la colocacion en él, del coronel D. José de la Riva Agüero. Los Padres de la Patria tomaron en con-

sideracion el asunto, y considerando la corta distancia que habia del salon donde celebraban sus sesiones, á las carceletas, lugar segurísimo para aquellos que se queria no viesen el sol, convinieron de comun acuerdo conceder á Santo Cruz lo que pedia, por ser cosa absolutamente necesaria y de justicia, pues así la consideraban ellos. En el momento se efectuó el cambio y todo quedó tranquilo, sin que hubiese ocurrido cosa alguna de consideracion, pero esta asonada tan pequeña y casi insignificante le proporcionó al Perú ese dia la gloria que no cuenta otra alguna república de América, y es, que en un solo dia tuvo, dos y tres escritos del Presidente en esta forma: 1, el depuesto: 1, el elejido: medio, Santa Cruz y cuartillo, el Congreso.

Habiendo quedado las cosas por entonces en la mayor quietud, se marchó pocos dias despues Santa Cruz al Callao con sus tropas, se embarcó y se hicieron á la vela.

En la capital y demas pueblos se estableció la recluta mas rigorosa para reforzar ó mas bien para formar nuevamente el ejército del Perú.

Nos hallábamos ya en el mes de abril, cuando arribó al Callao la primera Division del ejército auxiliar Colombiano mandado por Bolivar, al mando del general D. Antonio José de Sucre, compuesta de tres batallones de negros, á los cuales debian reunírseles pronto, los restantes que aun faltaban, y esta fuerza en union con las que habian en el país, debian obrar en mancomun contra el ejército realista. Desde el momento que llegó el señor Sucre al Perú, le confió el gobierno el mando en jefe del ejército nacional situado en la costa, con cuya medida, el buen crédito que gozaba este general y el

refuerzo que habia traido de tropas, volvió á renacer la confianza en los pechos desfallecidos de los peruanos.

No se hacen reuniones y embarques de tropas á ocultas, es de necesidad que todo el mundo lo sepa y vea. Los aprestos de una 2ª espedicion á Intermedios, los bulliciosos acontecimientos ocurridos en Lima por Santa Cruz etc., dieron tiempo á que los realistas supiesen estos movimientos, tomasen bien sus medidas, y aun mas; á que llegasen á concebir la idea de devolver á los patriotas, la visita que les habia hecho Alvarado.

Engreidos con los afortunados sucesos de sus armas en las dos últimas victorias de Torata y Moquegua, miraron con sumo desprecio la espedicion que mandaba el Perú á que operase contra ellos, sin dejar por eso de tomar las mas activas medidas para asegurar nuevas victorias.

No ignoraba el virey ni la espedicion que contra él se dirigia, ni los refuerzos de tropas que de Colombia llegaban al Perú y su objeto, mas á pesar de este conocimiento, balanceando sus circunstancias y fuerzas, encontró segun su cálculo que su posicion era fuerte; y así para ostentarla y temiendo en la ociosidad un poderoso ejército repetidas veces vencedor, á quien necesariamente era fuerza buscarle una ocupacion bélica con que divertirla, concibió y determinó el plan de hacerlo marchar sobre Lima para asegurarse de esta capital y quitar á los patriotas este único punto de apoyo con que contaban; bien seguro, de que la única oposicion que sufriria su ejército, seria la que le hiciesen los relumbrosos auxiliares recien llegados; pues las muy pocas fuerzas mas que en la costa habian, eran pertenecientes al ejército vencido en Moquegua á quienes todavia duraba el susto de aquellas batallas, y de los

escarmentados en varias otras ocasiones, por lo que consideraba toda esta fuerza innomine; y así, quedándose con el número de tropas que creyó suficientes, tanto para mantenerse en segura posesion de las provincias del alto Perú, como para hacer frente á la espedicion de Santa Cruz, encargó la ejecucion de sus designios al general en Jefe de su ejército, D. José Canterac.

Jamás se le propuso á este Jefe una campaña mas de su agrado que la que se le encomendaba, acogiéndola con trasportes de júbilo; así, por cumplir en ella las instrucciones que le comunicaba el virey, como por la gloria que de ello probablemente debia resultarle; al mismo tiempo que, esta ocurrencia la proporcionaba la satisfaccion de pagar á Alvarado, si le fuese posible, la visita que le habia hecho en Moquegua ¡era tan político Canterac!

El dia 2 de Junio de 1823, levantó Canterac su campo del valle de Jauja con los batallones 1º del Imperial Alejandro, el 2º batallon del 1er regimiento, batallon Cantabria, 1er batallon de Burgos, batallon Centro, 1er batallon de Jerona, batallon de Fernandinos, batallon de Castro y batallon de Victoria. De caballeria 2 escuadrones del regimiento Granaderos de la guardia, 2 de cazadores montados, 4 de Húzares de Fernando 7º, 4 de dragones de la Union y 14 piezas de artilleria; y el dia 14 del mismo mes, se situó en el pueblo de Lurin á mui corta distancia de Lima.

Mientras que el ejército realista con pricipitada marcha se dirigia sobre la ciudad, habia logrado el general Santa Cruz arribar al puerto de Arica, hacer tranquilamente su desembarque y empezar sus operaciones militares sin estorbo, pues siendo su plan de campaña bien meditado, hizo

equivocar las disposiciones que contra él tenia tomadas el enemigo.

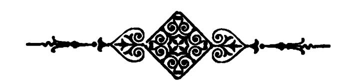
La noticia de la llegada de Santa Cruz á Arica y sus primeras operaciones, bien pronto tuvo de ellas aviso el virey como lo hizo saber á los pueblos en la proclama siguiente:

«*El virey á los habitantes del Perú.*»

«Peruanos: Avisados los enemigos con anticipacion, del movimiento del ejército nacional sobre Lima, desavinieron, al no conocer que no podian resistir su fuerza, valor y disciplina, formar otna espedicion á la costa de Ariquipa, para de este modo aparentar grandes medios, y ver si podian evitar el golpe que les amenazaba.»

DOMINGO ARRIETA.

Continuará



MAYPÚ

La publicacion hecha en *El Sud Americano* del capítulo de la HISTORIA DE SAN MARTIN consagrada á la batalla que el Ejército de los Andes libró, triunfando en ella, el 5 de abril de 1818, ha motivado que el escritor don Mariano Pelliza objete la opinion vertida por el teniente general don Bartolomé Mitre respecto del nombre de aquel hecho de armas inmortal, oponiendo *dos* documentos á las razones que el ilustre historiador del primer guerrero americono aduce en pró de su juicio. Esta contradiccion, que tiende á fijar el nombre histórico de uno de los mas notables acontecimientos de la Independencia sud-americana, abre camino para ofrecer otros antecedentes ilustrativos del punto á fin de que la determinacion de aquel se haga con absoluta verdad.

El teniente general Mitre llama batalla de MAIPU la del 5 de abril de 1818, separándose un tanto para ello de la regla que, segun el mismo, debe observarse en los nombres históricos de lugares y que consiste en «escribirlos tal como la geografía ó los documentos correlativos los consignan». No ha sido por mero capricho que asi procediera, sino buscando un termino medio que concluya con las diferencias que hay en el nombre de la mencionada batalla. «El lugar en que se dió la batalla—dice—se llama geograficamente, desde los tiempos de la conquista, el *llano de Maipo*, y *Maypu ó Maypo* el rio que lo limita al sur. Pero sucede que la batalla, en que combatieron unidos chilenos y argentinos, los primeros la llaman *Maypo* ó

Maipo, y los segundos *Máipu* ó *Maipú*. En un principio se usaron indistintamente las denominaciones Maipu, Maypo y Maipú para designar su batalla. El gobierno de Chile, al determinar las leyendas de las medallas y escudos de premio á los vencedores, dice: *Maypu*; pero en las medallas de oro y plata se esculpió: *Maypo*; en el escudo de paño grana para los sargentos y cabos se bordó *Maipú*, y en los de tropa, de paño azul, *Maipu*. El Congreso Argentino, al mandar grabar una lámina conmemorativa del hecho, emplea la palabra *Maypo*; y el Poder Ejecutivo, al conceder al ejército cordones de honor, dice: «*llanuras de Maypo*». La costumbre ha hecho prevalecer el nombre de *Maypú* en la República Argentina, mientras en Chile se ha conservado inalterable el nombre geográfico de *Maypo*. *Para armonizar estas disonancias, hemos adoptado escribir* MAIPU, que no cambia la fisonomía ortográfica de la denominacion argentina y se diferencia muy poco de *Maipo* en su sonido, ajustándose mas á su etimología, *mápu*.»

El señor Pelliza no se conforma con el anterior fundamento de la denominacion *Maipu*, sin argüirlo, empero, en la causa determinante de la preferencia; y, apoyándose en dos notas oficiales del general San Martin, es de parecer que debe predominar el nombre de *Maipo* como el verdadero de la batalla. «Si bien San Martin—dice—era muy capaz de pronunciar *Maipú* y no Maipo, *no era igualmente capaz de escribirlo asi*»; y deduce su conclusion de haber escrito *Maipo* en los documentos que trascribe. Segun esto, el mencionado escritor cambiaría de opinion demostrándosele que San Martin no solo fué capaz si que tambien escribió *Maypú*, y como él el general Balcarce y otros.

No puede negarse que la solucion propuesta por el teniente general Mitre es, en su carácter, la mejor para uni-

formar el nombre de la batalla: las razones del historiador son de paso; pero tampoco puede desconocerse que como *nombre propio* del hecho de armas del 5 de abril de 1818 no debe primar sobre el que dió á su obra y á su gloria el General en Jefe del Ejército de los Andes. El general San Martin pudo ó no pronunciar y escribir mal el nombre del *lugar* en que aseguró para siempre la independencia de Chile; pero bien ó mal escrito el *nombre que dió á la batalla* allí librada, ese es el *único verdadero*, porque lo adoptó ó lo creó el que mas derecho tenía á darle denominacion perdurable. No hay imposicion fatal para que una batalla se designe con el nombre del paraje en que tuvo lugar: muchas llevan denominacion distinta y algunas veces caprichosa; y si la posteridad tiene como establecer cual fué el *nombre de pila* que San Martin dió á su triunfo inmarcesible, no vemos para que deba traerse á cuenta el del lugar.

El señor Pelliza no dice si las dos notas de fecha 5 de abril, que trascribe, escritas *en el campo de batalla Llanos de Maipo*, existen *originales* en su poder ó si las tiene en copias ó si las ha tomado de las publicaciones de la época; este dato es, sin embargo, importantísimo en la cuestion, porque sin el original á la vista hay que dudar de la copia ó del impreso, en los cuales pudo ponerse una palabra por otra. Nos inclinamos á creer que el señor Pelliza no posee los originales de las mencionadas notas, porque son documentos oficiales valiosísimos, que en ningun tiempo y por ninguna causa han podido salir de los Archivos Nacionales de nuestro país y Chile. En este supuesto, pierde casi por completo su fuerza la prueba exhibida en favor de la denominacion *Maipo*, puesto que, en último analisis, llegaríamos á que los documentos son lo que el

copista ó el tipógrafo hizo que fuesen. Para saber lo que San Martin *escribió* el 5 de abril de 1818, son indispensables sus notas *originales*; de otro modo, con impresos ó copias de ellas, nada se adelanta y nada se demuestra.

Las notas *originales* del general San Martin y otros, que existen en nuestro Archivo General de la Nacion y se refieren á la batalla del 5 de abril de 1818, dejan muy mal parada la rectificacion aclaratoria del señor Pelliza, y establecen de una manera categórica, en letra muy clara, que la batalla se denominó MAYPÚ.

Estaba aun fresca la sangre derramada, los heridos y muertos en el lugar en que cayeron y los batallones y regimientos juntándose ó corriendo detras de los fujitivos, cuando el general San Martin redactó el siguiente parte al Supremo Director de las Provincias Unidas de Sud-América:

«Exmo. Señor: «Nada existe del Exercito enemigo: el que no ha sido muerto, es prisionero. Artillería, ciento sesenta oficiales, Todos sus generales, exepto Osorio, están en nuestro poder: yo espero que este ultimo me lo traigan hoy: la accion del 19, ha sido reemplazada con usura: en una palabra, ya no hay enemigos en Chile».

«Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel General EN EL CAMPO DE MAYPÚ, Abril 5 de 1818.

Exmo. Señor.

José de San Martin.

Exmo. Señor Supremo Director de las Provincias Unidas de Sud-America».

Este documento, cuyo laconísmo grandioso rivaliza con los mas clásicos de su especie, revela en su redaccion y en

la firma que lleva al pié que fué el primero salido de manos de San Martin. La concision del lenguaje y la estructura de la pieza denotan el apuro en que fué escrita, y la firma temblorosa, como la de un viejo de ochenta años, que la autoriza, da una idea de que San Martin estaba aun dominado por la emocion estraordinaria de su soberbia victoria. Las notas reproducidas por el señor Pelliza debieron ser posteriores, aunque del mismo dia: son ya tranquilas y detalladas; la dirigida á O'Higins, sobre todo, es seguro que lo fué, porque él se halló en el campo de batalla y no había para que dirigirle nota inmediata sobre lo que tenía á la vista.

Al fechar San Martin su *primer parte* al gobierno de quien dependía EN EL CAMPO DE MAYPÚ, no se refirió al Llano de Maipo sino al *campo* desde aquel dia inmortalizado con el nombre de MAYPÚ, que él, vencedor, pronunció y *escribió* para enseñar á las generaciones el nombre que debian dar á su hazaña. Cuando el ejército dejó el *teatro de la accion*, donde no podía acampar, las notas de San Martin se fecharon ya en los Llanos de Maipo; lo que evidencia que el nombre de *Maypú*, dado á la batalla, no fué una confusion sino una intencion deliberada ó, por lo menos, que San Martin hizo diferencia entre uno y otro nombre. En el parte detallado, fechado en Santiago el 9 de abril (existe original en el Archivo) el general, al mencionar la batalla, dice simplemente: «la batalla del dia 5»; pero escribe MAYPÚ con motivo de indicar uno de los movimientos del enemigo; para nada menciona Maipo ó el Llano de Maipo. Dejó, por consiguiente, con todo su valor la denominacion primera.

Diez y ocho dias despues de la batalla, estando el general Antonio Gonzalez Balcarce al frente del Ejército de

los Andes, por ausencia de San Martin, dirigió al Secretario de Estado del Director Argentino la siguiente nota:

«Remito adjuntas á manos de V. S. las relaciones, que me han pasado varios xefes del Exercito, recomendando particularmente el merito contrahido en la gloriosa BATALLA DEL MAYPÚ, por los oficiales que comprenden. Yo no encuentro se señale á ninguno accion que deba graduarse de distinguida con arreglo á lo prevenido en las ordenanzas generales del Ejército; pero, sin embargo, las paso al Exmo. Señor Supremo Director para la resolucion que fuese de su agrado.»

Dios guarde á V. S. muchos años. Quartel general en Santiago 23 de abril de 1818.

Antonio Gonzalez Balcarce.

Señor Secretario de Estado en el Departamento de la guerra de las Provincias Unidas.»

Esta nota demuestra que no hubo error de nombre ó confusion en cuanto á la designacion de la batalla, y que tanto los generales como el Ejército de los Andes la llamaron BATALLA DE MAYPÚ. El documento da luz, además, para esplicarse el porqué de dicho nombre. Dice: batalla *del* Maypú, es decir: batalla del rio así llamado; lo cual indica que San Martin tomó el nombre del rio y no del llano, ya porque le pareció mas propio ó porque le agradó mas.

Y no se diga que el general Balcarse se equivocó al escribir, pues con fecha 24 de abril del mismo año, en nota directamente enviada al Director Argentino, usa de los mismos términos, como puede verse en el siguiente documento, cuyo original se encuentra en el Archivo.

«Exmo Señor:

«Las copias que tengo el honor de acompañar á V. E.

contienen los principales partes, que he recibido de las partidas destinadas á perseguir en su fuga á los enemigos despues de la gloriosa BATALLA DE MAYPÚ. Los restos con que el general Osorio puede haberse reunido de la otra parte del Maule, deben estar reducidos á un corto nùmero de enfermos y reclutas, que habiendo quedado á la retaguardia á notable distancia, lograron precipitadamente repasar aquel rio, al primer anuncio que tuvieron de su derrota. De todas direcciones se han traido y aun conducen prisioneros, y por los contestes informes de cuantos tienen el mejor conocimiento de la fuerza que traxeron, biene á resultar comprobado por los muertos que hubo, y prisioneros tomados, que solo puede haberse salvado tal qual disperso.»

«Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel General en Santiago, 24 de abril de 1828.

«Exmo. Señor:

Antonio Go ızalez Balcarce.

«Exmo. Señor Supremo Director de las Provincias Unidas de Sud-América.»

En presencia de documentos tan decisivos como los que dejamos trascritos no se esplica la razon porque el Director y el Congreso Argentinos cambiaron por *Maipo* el nombre de la batalla, salvo que—y es lo probable—lo confundieran con el del Llano; sin embargo, apesar de esa modificación indebida, el general y el ejército continuaron usando la denominacion MAYPÚ.

El 13 de noviembre de 1818 comunicó el general Balcarce al Director que en órden general del ejército «se publicó el decreto del gobierno de Chile concediendo el premio de una medalla por el mérito contraido en MAYPÚ»; y solicitó el correspondiente permiso para autorizar el uso

de dicha condecoracion. El secretario de guerra contestó en los términos siguientes, el 4 de diciembre de 1818:

«Sin embargo de que el Director Supremo de ese Estado nada ha dicho al de este sobre el uso de la medalla con que tuvo á bien premiar el mérito contraido en la *memorable jornada de* MAYPÚ, de cuya gracia se halla en posesión el Exército de Chile, y no el de los Andes que la reclama, esta superioridad ha tenido á bien en acuerdo de hoy conceder á los beneméritos de él el premiso correspondiente para el uso de lo que pôr sus servicios en la citada accion hayan obtenido de esa supremacía: se ha pasado el aviso correspondiente al Estado Mayor General, y por disposicion de S. E. lo trascribo á V. S. para la inteligencia y fines consiguientes, en contestacion á la nota del 13 del próximo pasado.» (Archivo General de la Nacion).

La insistencia del general Balcarce en la denominacion primitiva de la batalla obligó, como se vé, al mismo gobierno á aceptarla, agregándose así, para la historia, una prueba mas á las que ya existian en comprobacion de que la jornada del 5 de abril de 1818 fué Batalla de ó del MAYPÚ. En ello estuvieron de acuerdo, á los fines de aquel año, los generales en jefe del ejército, este y el gobierno: trinidad cuya autoridad es imposible destruir.

En el mes de enero del siguiente año, el teniente 2° de artillería José Olavarría se presentó al Estado Mayor del Ejército Unido con un memorial en que decía: «Diez dias antes de la *accion de* MAYPÚ fuí destinado bajo las órdenes del capitan Juan Apostol Martinez para una guerrilla que se mandó por Milipilla; dos dias antes de dicha *accion de* MAIPÚ nos atacamos con otra enemiga en el lugar llamado del Portezuelo de Algué; asi es que sin embargo de haber sido destrozada completamente por nosotros, no teniendo



órden para regresarnos á Chile, no pude encontrarme en la *accion* de Maipú en razon de habernos ocupado en tomar los prisioneros que fugaban; hallándome cuando esto á retaguardia del enemigo. Pasado un mes de la predicha accion llegamos á Chile donde supe que los grados ofrecidos á las clases del Ejército se habian distribuido sin que á mi, á pesar de ser uno de los tenientes á quienes correspondía en razon de ser mas antiguo de los del cuerpo, se me hubiese agraciado, á causa de no haberme hallado en la *accion* de Maipú, ó presente en Santiago cuando se dieron. En cuya virtud: á V. S. suplico se digne mandar se me confiera el grado respectivo etc.» (Archivo General de la Nacion. Nota original.)

Aunque Olavarría escribe indistintamente *i* ó *y*, las cuatro veces que da nombre á la accion emplea la misma palabra usada por San Martin, Balcarce y el Secretario Argentino de guerra; de manera que su presentacion, á pesar de aquella irregularidad, es una prueba invocable en la cuestion.

Otra mas existe original bajo la firma de San Martin. Informada la solicitud de Olavarría por el Comandante de la Artillería, teniente coronel José Domingo Frutos, el General en Jefe la elevó al Estado Mayor General de la Capital acompañada de la siguiente nota:

«Tengo el honor de acompañar á V. S. la solicitud del teniente de Artillería de los Andes D. José Olavarría, que dice verdad en su esposición, y reclama con justicia la graduacion que le correspondía entre las que se distribuyeron al Exercito por la *accion* de Maypú. Este oficial practicaba una comision importante á un flanco del Exercito enemigo al tiempo de la accion, y concurrió al logro de sus resultados por aquella parte en que se hallaba. Yo lo considero acreedor al grado que solicita; por lo que sirviéndose V. S.

elevarlo al conocimiento del Exmo. Supremo Director del Estado, resuelva S. E. lo que sea de su agrado. — Dios guarde á V. S. muchos años.—Quartel General en Curimon, Febrero 2 de 1819.—*José de San Martin.* (Nota original que existe en el Archivo General de la Nacion.)

Los *siete* documentos originales que hemos reproducido literalmente no dejan la mas pequeña duda respecto del verdadero nombre de la batalla del 5 abril de 1818: es MAYPÚ. Sea la voz esta lo que fuere: adulteracion, falsificasion, degeneracion cisandina ó pampeana: cualquiera que sea su defecto y apesar de la crítica lengüística que pueda hacerse de ella,—MAYPÚ es el nombre autentico que el gran capitan de América dió á su victoria *en el mismo campo de la accion*: el que fué aceptado y consagrado por Balcarce y el Ejército de los Andes: el que aceptó y usó el gobierno argentino en diciembre de 1818. No es una deduccion ni tampoco el resultado del estudio etimológico de una palabra; es mas que todo eso; *es un hecho* evidenciado por piezas históricas indestructibles.

El señor Pelliza, sin embargo, aventura esta afirmacion osada: «M*aipú* es una voz introducida de contrabando en la literatura histórica; no tiene la noble filiacion lengüística y etimológica de Maipo.» Como! ¿Contrabando el nombre de la batalla comprobado por documentos originales de la época, y no contrabando, sino gloria, la jornada memorable, cuando esta dió orígen á aquel como designacion especial destinada á perpetuarla en la históría? En el supuesto—que no es exacto—de que la palabra *Maypú* carezca de filiacion lengüística que la ennoblezca, no la necesita: nació, en todo caso, como nombre propio de una accion de guerra, no de un lugar, el 5 de abril de 1818,



y ante la gloria de aquel dia tienen que inclinarse lenguas y lengüístas, gramáticos y etimológistos.

Las denominaciones: Quartel Genaral *en el campo* (*de batalla*) *de* M*aypú*, *Batalla del Maypú*, *Accion de* M*aypú*, *Jornada del* M*aypú* con que los generales, el ejército y el gobierno argentino designaron la batalla del 5 de abril, denotan concluyentemente que en la época hubo una opinion fundada y una fijacion invariable del nombre de aquella; y si á esto se agrega que la palabra elejida no fué *inventada* esprofeso sino tomada de las usadas y que tiene su etimológia perfecta en la lengua Araucana, como lo ha demostrado el teniente general Mitre,—lejos de merecer el reproche de «contrabando» la voz MAYPÚ, resulta que es la única verdadera segun los documentos originales y su filiacion lengüística.

No ha estado, pues, en error el Pueblo Argentino ni ha modificado por ignorancia el nombre propio de la celebrada batalla al usar constante é invariablemente la palabra MAYPÚ; por el contrario, ha perpetuado con fidelidad la verdad histórica.

M. F. MANTILLA.



LA BANDERA DE LOS ANDES

VERIFICACIONES HISTÓRICAS

. . . .

Oh [illegible] hermoso de Maipu [illegible]
Desplegaste tu lienzo virjinal!
Al mirar los contrarios tus colores,
Bandera, te creyeron celestial.

. . . .

RIVERA INDARTE

Acercábase á su término el año de 1816, cuando el general San Martin, con el ejército argentino ya organizado, se hallaba listo en Mendoza para abrir la campaña que debia conquistarle celebridad merecida.

Pero, antes de escalar la nevada cordillera, juzgó indispensable, que sus huestes llevasen un estandarte como símbolo querido de la patria que dejaban y de la victoria que iban á buscar. Fué entonces que el General en Jefe, quien á la sazon, ocupaba con su familia, la casa de D. José Márcos Alvarez, encargó la preparacion de dicha enseña á la emigrada chilena, Dª. Dolores Prast de Huici, con la cooperacion de las señoritas Mercedes Alvarez, Margarita Corvalan y Laureana Ferrari, que casó despues con el coronel D. Manuel de Olazabal.

Estas y otras damas que gozaban de reputacion entre el bello sexo mendocino, por sus raras aptitudes en la aguja—poniendo manos á la obra con el mayor ahinco y entusiasmo, en breves dias, bordaron de realce con sedas de color, el escudo de armas de la patria, cuyo ámbito

recamaba una graciosa onda de perlas del mas bello oriente. Figuraban ojos al sol, dos diamantes (donados) de la mejor agua, colocándole otro igualmente abrillantado y valioso en la borla del gorro frijio.

Se confeccionó dicho escudo, perpendicular al asta y divididos por mitad, los colores, entre dos gajos de laurel, afectando la bandera una forma cuadrilonga—puesto que media 1.30 metros de largo por 1.48 de ancho—siendo su tela de sarga celeste y blanca.

***

En seguida, tuvo lugar una ceremonia en estremo conmovedora y solemne—cual fué la bendicion y juramento de esa bandera—para que como el Aguila Romana, avivando el recuerdo amado de pasados triunfos, augurase el medio de renovarlos.

El general San Martin, deseaba imprimir á un acto semejante, toda la pompa y magnificencia, si no compatible, al menos indispensable, en las críticas circunstancias porque atravesaban las Provincias Unidas, y con ellas, la causa de la independencia, que acababa de ser declarada por el Congreso de Tucuman.

Para seguir hasta cierto punto el ejemplo de Belgrano—y conciliando el espíritu y tendencias de la época, formóse una terna en el campamento del Plumerillo, con el fin de nombrar, no *Generala*, como aquel lo hizo, sino *Patrona* protectora del ejército espedicionario, á la Vírgen Santísima, bajo una de las tres advocaciones—*del Rosario*, *de las Mercedes ó del Monte Carmelo*.

Sin embargo, de que el General en Jefe era adicto á la segunda, en memoria del feliz 24 de Setiembre de 1812—en la junta de guerra celebrada con tal motivo en el Cuartel

General—resultó por dos veces empatada la votacion, dividiéndola esta con la última, que fué la que obtuvo mayoria en la tercera de aquellas, segun se dio á saber al ejército en la órden del dia.

Salvado así ese requisito, señalóse por bando el dia 5 de enero de 1817, para la bendicion de la nueva bandera, con arreglo á ordenanza, y el reconocimiento oficial de la que debia patrocinar á los soldados de la libertad en la lucha inminente, segun consta de la invitacion que sigue, dirijida al Intendente de Cuyo, general D. Toribio Luzuriaga:

«*Señor Gobernador Intendente de esta Provincia*—El domingo 5 del corriente, se celebra en la iglesia Matriz, la jura solemne de la Patrona del Ejército, y bendicion de su bandera. V. S. al frente de la mui Ilustre Municipalidad, Corporaciones, Prelados y Jefes militares y políticos de esta Capital, se servirá solemnizar la funcion con su asistencia, en lo cual el ejército y yo, recibiremos honra. Principiará la funcion á las cinco de la mañana. Dios guarde á V. S. muchos años—Cuartel General de Mendoza, enero 1º de 1817—José de San Martin». (*Archivo de Mendoza*).

Como es fácil suponer, la plaza mayor de la capital de Cuyo, fué el punto elejido para una funcion tan clásica. Con ese motivo, se improvisó un altar bien paramentado en las inmediaciones de la puerta lateral de la iglesia Matriz, que daba á la plaza indicada, la cual se decoró con trofeos de armas, ostentando sus edificios un lujo de colgaduras y banderas del mejor efecto.

Toda la ciudad se veia así engalanada con los colores patrios, y la antigua calle de la *Cañada*, lucia numerosos arcos triunfales, habiéndose alfombrado ó cubierto de flores y cintas en la mayor parte de su prolongacion, iluminada desde la víspera. Un gentio inmenso, llenaba el vasto cuadrado de la plaza y las avenidas á ese local, elejido para una ceremonia tan marcial, como jamás presenciada por las diez y siete mil almas que iban á ser espectadoras.

***



Amaneció el dia fijado para el juramento, y la naturaleza misma, mostróse risueña, bañando con luz diáfana y una brisa perfumada, tibia:

. . . á la Ciudad famosa,
Nido que fué del Aguila Argentina. . .

El ejército, á las órdenes de su mayor general D. Miguel Estanislao Soler, se puso en marcha á la madrugada desde su campo de asamblea, al son de las músicas militares de los batallones 8 y 11, y de las bandas de clarines de la caballería, que se presentó montada, así como el cuerpo de artilleros.

La fuerza que ocupó la plaza Independencia y parte de una de sus calles de entrada, excedia de tres mil hombres, á saber:

Dos baterias—comandante Pedro Regalado de la Plaza.
Nº 1 de *Cazadores*—comandante Rudecindo Alvarado.
Nº 7, Id. Pedro Conde.
Nº 8, Id. Ambrosio Cramer.
Nº 11, Coronel graduado, Juan Gregorio de las Heras.
Regimiento *Granaderos á Caballo*—Coronel José Matías Zapiola.

Escolta del General en Jefe, comandante Mariano Necochea.

«Era grandioso, imponente,» esclama un cronista contemporáneo, «el espectáculo que allí ofrecia este nuevo ejército de la República, creado, organizado, disciplinado y equipado en poco mas de un año, á impulsos de la actividad, de la elevada intelijencia de su ilustre General en Jefe, que habia ampliamente correspondido á la confianza que en él depositára el Gobierno Nacional, y á los sacrificios que con tanta decision y abnegacion, secundándole, oblaron por la salud de la patria en peligro, los pueblos

de Cuyo. Veiase en la actividad, en el porte marcial de esos soldados, el aplomo del veterano; el orgullo retratado ya en sus rostros, del guerrero vencedor en cien combates y batallas. Parecia que presentian en sus pechos la alta fama, la gloria inmarcesible que iban á adquirir, combatiendo sin cesar por la independencia de América en ocho años de campaña...»

***

Encontrábase adornado el templo principal, cual correspondia al acto.

El general San Martin, de gran uniforme y rodeado por su brillante Estado Mayor, habia tomado colocacion á la izquierda del altar. En el presbiterio y sobre una mesa con tapete de terciopelo carmesí, veíase una magnifica bandeja de plata conteniendo la bandera.

El capellan general castrense, canónigo, doctor José Lorenzo Güiraldez, celebró la misa, y luego de bendecir aquella, hízolo tambien con el baston y la espada del General.

Terminadas las preces, sacóse en procesion á la imágen del Cármen, y al descansar sus andas en el sitial improvisado en la plaza al costado del templo, San Martin, despojándose de su baston de mando, lo colocó con profunda reverencia en la mano derecha de la vírgen, dándola á reconocer como PATRONA del ejército.

Incontinenti, se le presentó el asta con su moharra de plata sahumada en oro y forrada de terciopelo celeste tachonado. Una vez asegurada la enseña, levantándola en alto, seguido de las autoridades y clero, trepó las gradas de un tablado erijido allí, y avanzando algunos pasos, dirijió á las tropas, en voz alta, estas memorables palabras:

SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES! *Esta es la primer*



bandera que se bendice en América; jurad sostenerla, muriendo en su defensa, como yo lo juro!

Lo JURAMOS!!! respondieron millares de voces, cuyo eco, atronando el aire, repercutió en todos los corazones alborozados por el estruendo de la artillería, los cohetes y el repique general de campanas...

Acto continuo, fué entregada á una guardia de honor que la paseó por el frente de los cuerpos desplegados en batalla, que batian marcha, presentando las armas. Estos, formados luego en columna, escoltaron á la PATRONA hasta dejarla en la iglesia de San Francisco, costado N. O. de la plaza, retirándose al campamento despues de presenciado su desfile por las autoridades y General en Jefe.



La capital de Cuyo, festejó aquel acto inolvidable, con diversiones públicas que duraron tres dias consecutivos, no interrumpiéndose las aclamaciones y vítores al héroe y á los que con él iban á afrontar los peligros, para que el mejor éxito coronase una cruzada que debia llevar las ideas y el jérmen de la revolucion allende los Andes!

Nada faltaba ya á ese ejército para romper sus marchas de avance sobre Chile, una vez templada su moral con la entrega del lábaro llamado á presidir las dos grandes batallas que restauraron aquella *Presidencia* del poder español. En efecto, el domingo 19 de enero de 1817, se internaba resueltamente por las gargantas de moles empinadas; en tanto que el Cabildo de Mendoza, parodiando á Felipe II despues de Lepanto, mandaba tocar rogativas en todos los templos, prolongándose ellas, hasta que desapareció el último espedicionario, que con el corazon henchi

do de esperanzas, leía detrás de esa cortina de nieblas los nombres de CHACABUCO y de MAIPU!...

Como ha podido notarse, todos habian cumplido con su deber, y el patriotismo de aquella Provincia heróica, mereció que el Cisne de la Carolina, lo aclamase con épica trompa:

A los héroes que fueron
¡Oh Lima! en tu venganza,
CUYO *les dió la lanza*
Y su inmortalidad.
Si tus grillos rompieron
Con virtud y fortuna,
En CUYO *vé la cuna*
De tu libertad.
....

*
* *

Empero, corrieron los tiempos... Devorado por la anarquía el ejército de Belgrano y tras él, la nacionalidad argentina, ya no quedó otra esperanza á los buenos patriotas para espedicionar sobre Lima, foco de la opresion, que la cifrada en el general San Martin, aunque en aquellos dias con su salud sériamente comprometida.

La perspectiva que columbrara el ejército de los Andes, no pudo ser mas deplorable, desde que el Gobierno Nacional, habia caducado por la voluntad omnipotente del caudillaje bárbaro, y el país entero, semejaba una hoguera inmensa, cuyas crepitaciones sentianse á la distancia... El cierzo de la discordia, soplaba desencadenado en torno de ese AÑO XX, de celebridad aciaga en nuestros anales!

San Martin, investido hasta entonces con el mando en jefe, creyóse en el deber caballeresco de presentar su di-

mision, en una proclama que terminaba con estas palabras, dignas del bronce de la historia.

«...*Compañeros:* Ha fenecido ya la autoridad que me dió poder para mandaros. Yo no puedo continuar mas. Elejid vosotros el que os convenga, y disponed de vuestra suerte...»

Acéfalos de su glorioso caudillo, quedaron aquellos veteranos, sin otra cabeza que los guiase, que el general Las Heras, en su calidad de Jefe del Estado Mayor. Mas, abrumado este con tamaña responsabilidad, convocó junta plena de guerra, para que asistiesen á ella todos los jefes y oficiales, á fin de someter á su deliberacion, tan grave como escepcional emerjencia, que ponia al ejército en riesgo inminente de disolverse.

La Junta, en esa apurada coyuntura y llena de dudas, optó á unanimidad, por el principio militar, que dicta, abrazar en tales casos, el partido que haga mas honor—declarando y consignándose por *aclamacion* en una acta solemne, labrada y firmada en la ciudad de Rancagua el 2 de abril de 1820, que manuscrita tenemos á la vista...

Que el ejército, permaneceria siempre fiel á su pabellon y á sus juramentos, haciendo la guerra á los españoles, mientras existieran en América; porque ese era el voto de todos los pueblos, REELIJIENDO en consecuencia para su jefe, al mismo general don José de San Martin, que lo habia renunciado espontáneamente al conocer la acefalia en que se hallaban las Provincias Unidas, etc...»

El Vencedor de los Andes, catorce dias despues, se entregaba públicamente de ese ejército que habia compartido con él las fatigas de la guerra, y la escena de Rancagua, perpetuada por el pincel de Blanes, puede afirmarse, fué la cuna de la Independencia Peruana.

Entre tanto, la idea atrevida de lanzarse sobre el Bajo Perú, habia madurado.

Mas, en hondo desconcierto la nacionalidad argentina, era indispensable, urjente, que ese plan se llevase á efecto á la sombra del flamante pabellon de Chile, restaurado por sus armas, y desde el General en Jefe hasta el oficial mas subalterno, tuvieron que revalidar su patente respectiva, para quedar á cubierto de las leyes de la guerra, en caso de contraste.

Tal fué la razon que influyó, para que la bandera de Chacabuco y de Maipu, á cuyo pié habia jurado el ejército que la tremolára en ambas funciones, la Constitucion unitaria de 1819, quedase en Santiago confiada al Director O'Higgins, que luchando tambien en defensa de ella, derramó su noble sangre y se hizo digno de esa custodia.

***

Dos años trascurrieron apenas, y el Protector del Perú, despues de haber asistido á la proclamacion de su independencia y abdicado ante el primer Congreso instalado en Lima (setiembre de 1822) un poder que jamás ambicionára, regresaba á Valparaiso, buscando al amigo que tenia el mejor derecho para dividir su fama, el general O'Higgins, quien lo hospedó en su quinta del *Conventillo*, en el llano de Maipu.

Allí, en esa morada melancólica, disfrutó como de paso, los últimos dias de la munificencia de su jemelo de gloria, porque el suelo ya crujia bajo los síntomas de la conflagracion que amagaba á este; y á fin de no sufrir algun desaire de las facciones que se diseñaban, caso de verificarse, juzgó prudente, así enfermo como se encontraba, poner los Andes de barrera, lo que hizo en los primeros

dias de 1823, cruzando por la vez postrera aquellas montañas cuyas crestas encanecidas atestiguan sus proezas.

***

Por renuncia de D. Tomás Godoy Cruz, gobernaba en esa época la provincia de Mendoza, D. Pedro Molina, vecino acaudalado y amigo particular de San Martin, el que pisó su recinto, seis años despues de haberlo abandonado al frente de un ejército poderoso, ay! casi prófugo, con el espíritu abrumado de sinsabores y á las puertas de la miseria y de la vejez...

Fué durante su permanencia en dicha ciudad, que instó porque se jestionase oficialmente la devolucion de la bandera de los Andes, fundado, en que el Director Supremo de Chile, estaba ya prevenido por él, y que siendo Cuyo la provincia que habia contribuido con mayores elementos á la formacion de ese ejército, era justo que custodiara el símbolo de sus glorias.

El Gobierno, comisionó entonces al mayor de plaza, coronel D. Manuel Corvalan, el cual, trasladándose á Santiago, reivindicó la preciada reliquia, no sin haber mediado antes, una activa correspondencia diplomática, á mérito de ciertos entorpercimientos enmerjidos con motivo de la caida de O'Higgins.

Devuelta á Mendoza, fué depositada en la secretaria de Gobierno, y por muchos años, el *25 de Mayo*, iba en su demanda, una guardia de honor compuesta de los vecinos mas respetables, encabezados por un guerrero de la Independencia. Concluida la funcion de iglesia, era colocada de nuevo en su lugar, tributándole los honores de ordenanza, en medio de la mayor veneracion del pueblo.

Durante la tiranía, no se profanaron sus colores, y

hasta el terremoto del 20 de Marzo, respetó las gloriosas tradiciones que encarnaba, siendo salvada ilesa de entre las ruinas de la casa de Gobierno.

Pero, si escapó á la saña maldita de Rosas y á los cataclismos de la naturaleza, debia sucumbir durante la efímera administracion de D. Meliton Arroyo, en el motin de cárcel, ocurrido el 9 de noviembre de 1866, y el que sin embargo de haber asumido proporciones inesperadas, seis meses mas tarde, era pulverizado afortunadamente en los campos de San Ignacio.

La *Bandera de los Andes*, desapareció entonces con otras españolas cautivas, hasta el año de 1872, en que siendo Gobernador de la provincia, el señor Arístides Villanueva, se presentó en su despacho el jóven Elias Godoy Palma, y le dijo; que constándole las activas dilijencias practicadas para descubrir el paradero de la *Bandera de los Andes*, se comprometía á llevársela junta con otras tres banderas viejas, si contribuia con una corta suma para costearse á Chile, donde las tenian sin aprecio unos individuos de su relacion.

El Sr. Villanueva, sin preocuparse ya de otra cosa, y con un patriotismo que le honrará siempre, accedió en el acto, y el 24 de Mayo de ese año, le eran presentadas las banderas, notándose únicamente que á las españolas las habian *aliviado* de la chafalonia que las adornaba.

El Gobierno, dió la mayor solemnidad á ese misterioso hallazgo, debido al celo recomendable del jóven Godoi Palma, y luego de comprobarse la identidad respectiva de dichas banderas, con las formalidades que la prudencia aconseja en tales casos, se mandó construir una elegante arca de nogal á doble cerradura, en la que se guardan con toda solicitud, conservando una de sus llaves

el Gobernador y la restante: el oficial 1° del Ministerio. Llegará tiempo en que el Gobierno Nacional, recabe de aquella legislatura su traslacion definitiva á esta capital, en la que tienen asiento las autoridades federales, y donde deben agruparse los grandes recuerdos de la *Patria vieja*... Sería su última peregrinacion!

***

Queda pues evidenciado, que la bandera bordada de *oro*, (1) hoi en el Ministerio de Guerra y Marina, fué la del Regimiento *Rio de la Plata* (2)—presentada como tal en Julio de 1826, por el brigadier general D. Tomás Guido, al Gobierno de esa época—la cual, detentada por el general Enrique Martinez desde 1830, depues de haber sufrido sensibles alteraciones durante el sitio de Montevideo—fué entregada el 11 de setiembre de 1858 al Gobernador D. Valentin Alsina, con la denominacion *apócrifa* de *bandera del Ejército de los Andes*, que le dió entonces dicho General, ratificando semejante mistificacion en una *Memoria* publicada seis meses mas tarde. Que la *verdadera*, la jurada en Medoza por las huestes patriotas al tomar el nombre de *Ejército de los Andes*; la que flameó en la cuesta de Chacabuco y en el campo de Maipu; la inmortalizada por el lápiz de Gericault en Paris, y los datos del diputado

(1) En aquella época, no se conocia aun en nuestro país el bordado con hilos de oro y plata. Consta ademas, que su confeccion, costó al rededor de 150 pesos, invertidos en sarga, *sedas de color*. etc., segun el documento presentado en 1875, entre otros, á la Comision liquidadora de la deuda atrazada de la guerra de la Independencia, que presidimos, y ante la cual, el Gobierno de Mendoza, entabló gestion con arreglo á la ley de la materia.

(2) En que se refundieron los batallones 7 y 8 de los Andes. Estrenada esa bandera en la parada militar que tuvo lugar en Lima el 25 de Mayo 1823—fué salvada por un sarjento en la sublevacion de los castillos del Callao, ocurrida el 5 de Febrero 1824, quedando en poder del general Guido, cuando capitularon dichas fortalezas á fines de enero de 1826.

Alvarez Condarco en Lóndres; la que sustentada por el general Guido en Julio de 1819, presenció el homenaje rendido á la Constitucion de Abril en el llanito de Portales, es la misma que existe hoi en aquella benemérita Provincia, despues de haber cobijado el féretro del campeon excelso el dia de su apoteosis. (1)

La *Bandera de los Andes*, sintetiza las victorias de la Independencia, y con razon dijo de ella un afamado escritor desde las cumbres del poder—«...Muchas Repúblicas la reconocen como salvadora, como auxiliar, como guia, en la difícil tarea de emanciparse. Algunas, se fecundaron á su sombra; otras, brotaron de los jirones en que la lid la desgarró. Ningun territorio fué, sin embargo, añadido á su dominio; ningun pueblo absorbido en sus anchos pliegues; ninguna retribucion exijida por los grandes sacrificios que nos impuso...!»

Esto justifica los colores del cielo que la tiñen, y es cuanto puede reclamar su honor y su gloria perdurable.

ANJEL JUSTINIANO CARRANZA

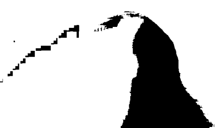
ADITAMENTO—Hemos conceptuado de oportunidad, redondear el trabajo sobre las vicisitudes de la *Bandera de los Andes*, con el que hace tiempo escribió á solicitud nuestra, el estimable caballero D. Elias Godoi Palma, á cuyo de-

(1) Dolidos de que el 24 de Setiembre de 1873, el Presidente Sarmiento, en un acto solemnísimo, hubiese confundido con otra mancillada por la perfidia, á la que:

Llevó gloriosa guerra
Desde el Rio Plateado
Al suelo por el Andes dominado...

nos acercamos cinco años despues, al entonces Presidente de la República, Dr. Avellaneda, para que con el objeto á que se alude en el texto, la pidiera al Gobierno de Mendoza, donde permanecía olvidada y completamente desconocida. Era una gloria enterrada...

En los diarios de la época, se publicaron los telegramas relativos, y la contestacion afirmativa que obtuvimos de aquellas autoridades.



sinterés y celo patriótico, segun queda consignado, se debe esclusivamente el descubrimiento de la famosa reliquia.

APUNTES SOBRE LA RECUPERACION DE LA BANDERA DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES EN 1872

Con motivo de los viajes que en esa época hacía á Chile, llevando ganado vacuno, tuve oportunidad de relacionarme con la familia del español don N. N., domiciliada en el *Cajon de Maipo*, como á unas diez ó quince leguas al O. de la cumbre de la cordillera de los Andes, donde acostumbraba alojarme cada vez que pasaba por allí.

En una de esas ocasiones, noté, que el colchon de mi cama, contenía algo estraño, que no era lana, ni crin y mucho menos, plumas, pues la casa era bastante modesta, sin embargo, de que reinaba siempre la alegría, estando generalmente dispuesta la familia á la *farra*, ó *parranda* como se le llama en Chile.

Averiguada la causa de las irregularidades del colchon, descubrí, aunque con alguna resistencia de una de las damas á quien se lo preguntaba, que era, nada menos que la gloriosa bandera del Ejército de los Andes..! juntamente con otras españolas ocultadas tambien entre la tela de aquel. Traté de obtenerlas valiéndome de la buena relacion que tenía en la casa y la compensacion de algunos pesos, pero sin resultado satisfactorio.

De regreso en Mendoza, me informé por diarios de Buenos Aires, que á la sazon, se trataba de averiguar si la bandera del Ejército de los Andes, era una que se habia estraviado de la primera ciudad en 1866, con motivo de la revuelta del 9 de Noviembre de ese año, ó la que existia en la Inspeccion General de Armas de la segunda, presentada como tal, por el ya finado general D. Enrique Martinez.

Comprendí entonces, que la bandera en la cual habia dormido sin saberlo, era de mas importancia que la que le dí al principio, doblemente, desde que se trataba de una reliquia histórica, construida por las damas del mismo pedazo de tierra argentina donde nací—á lo que se agregaba, segun me dijeron en seguida, que esa bandera, durante la tiranía de Rosas fué amparada por mi tio D. Tomás Godoy Cruz, quien á la caida de aquel, la presentó al pueblo, cuando festejando el triunfo de Caseros, fué á su casa á felicitarlo. Entonces, el anciano, derramando lágrimas de emocion, pronunció sentidas frases alusivas al acto, haciendo entrega de esos colores salvados de la profanacion.

En vista, pues de estos antecedentes, me propuse obtener á toda costa dicha bandera. Pero, siendo mui jóven y un principiante, cuya posicion pecuniaria no me permitía afrontar erogaciones que podian serme gravosas, me presenté al Gobierno de la Provincia, á mediados de mayo de 1872, pidiéndole autorizacion para hacer los gastos que ocasionara mi traslacion á la República vecina, con el único propósito de recuperar las banderas, previniéndole que si daba mal resultado la empresa, no se me reembolsaran esos gastos.

El Gobierno, la verdad sea dicha, no dió al parecer mayor importancia al asunto, pues me costó no poco, conseguir que autorizára un gasto de trescientos pesos bolivianos, equivalente á doscientos, poco mas ó menos, de la moneda que circulaba entonces en Chile—con lo cual, no se habria podido hacer gran cosa, á no ser la cooperacion que prestó mi peculio. No obstante, acepté la comision y se me despachó con una nota para el Sr. D. Félix Frias, Ministro Argentino en Santiago, recomendándole apoyase el objeto que me llevaba, hasta lograrlo.

Partí inmediatamente con mi antiguo peon de mano, Basilio Chaves, buen gaucho, guitarrista y esperimentado en viajes. Despues de cuatro dias de camino, tramontamos los Andes, y caí al cajon del Maipo, casa de mis consabidas camaradas.

—«Qué tarde viene Godoi»—me dijo la señora, «no tiene miedo que se le cierre la cordillera y le impida regresar?»

—No, señora, porque para eso cuento con buenas amigas de este lado, como es vd., que no me negarían hospedaje durante el invierno, hasta que se abra nuevamente. No es cierto, *mamita?*

—Así es, *hijo*, eso no hay ni qué hablar, ya sabe que esta casa es suya.

—Gracias, es vd. mui generosa, señora.

—Pero, bájese Godoi, dice de pronto la señorita C. R. que escuchaba el diálogo.

—Con mucho gusto, señorita, no lo hacia porque no me invitaban.

—*Jasus*, Godoi,» esclama la sta. M. R., de dónde sale tan exijente *ahura*?

—*Heé*, Basilio! vocea, el viejo con pronunciado acento español, desensille *hombree* y largue al potrero.

—Ahora, Basilio nos vá á tocar unas *zamba-cuecas*—añadió la sta. T. R.

—Con mucho gusto, señorita, contestó mi astuto compañero.

—Y á la verdad, dije, que vengo con mucho frio, señoritas y ansiando calentar el cuerpo, pues nos tomó un temporal al cruzar la línea, que nos ha obligado á disparar como el leon que busca refujio en su cueva. Traigo hambre tambien, y

sobre todo, muchos deseos que vds. me acompañen á cenar una buena *cazuela* con *chicha baya* (1)

—Y hay mui buena, señor, por acá en la *cócindad*; como que llega vd. en la época de la buena *chicha*; contestó el viejo.

—Bien, *tatita*, y haciendo sonar unos cuantos *condores* de oro, tiré uno sobre la mesa, y dije: Tenga la bondad de mandar preparar lo necesario, y si falta aceite para ponerle á la máquina, avise...

Habría trascurrido una hora de esta escena, cuando ya estábamas en la mesa con el *tomo* y *obligo*, *á su salud*, *retruco*, *me atraco*, *pago y comprometo* y otros modismos ó *chilenismos* por el estilo. Terminada la merienda, despues de dos horas largas de sobre-mesa, pasamos á un saloncito, donde hice llevar *chicha* y llamé á Basilio con la guitarra, para que *tirase el carro,* lo que nosotros llamamos *gancho*. En fin, luego de bailar muchas zamba-cuecas; cuando ya se acabó la chicha, y siendo como las 2 la mañana, dimos por terminado el acto, regresando á nuestros respectivos alojamientos—y con la autorizacion de la señorita C. R. para estraer las banderas de entre el colchon, en que debia dormir, que era el mismo al que me he referido antes—mediante la suma de *veinte cóndores* (2) con que la retribuí, y la formal promesa de jamás dar el nombre de la referida familia con motivo de este negocio.

Al amanecer del siguiente dia, me ponia en contramarcha, rumbo á Mendoza, llevando en las alforjas del fiel Basilio, la bandera del Ejército de los Andes y tres otras españolas, de las prisioneras en Chacabuco y Maipu; todas mui deterio-

(1) Puchero de gallina, y cierta bebida confeccionada con la uva. De ella hacen gran consumo los *rotos* en sus afamadas remoliendas.

(2) Comprados en Mendoza á quince bolivianos cada uno; precio corriente en esa fecha, equivalente á los trescientos, que el Gobierno me autorizó gastar en la operacion.

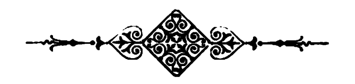


radas y faltándoles las alhajas con que en mejores tiempos fueron adornadas.

Llegado á Mendoza el 24 de Mayo, coloqué esas banderas en una bandeja de plata, y cubriéndolas con una rica toalla de hilo y crochet, las envié al gobernador D. Arístides Villanueva, en circunstancias que se encontraba en la fiesta de distribucion de premios á las Escuelas, el cual, agradablemente sorprendido con el hallazgo, pronunció sentidas palabras, pero sin recordar mi nombre para nada ..

Mas tarde, el Sr. Ministro D. Daniel Videla Correas, me insinuó el propósito de abrir una suscricion para recompensarme el señalado servicio que acababa de prestar, á lo que me opuse, declarando—que no habia hecho sino cumplir con un deber, pues cualquier otro argentino, en caso análago, ejecutaria lo propio. Que en mi concepto, consideraba indecoroso aceptar remuneracion alguna, fuera de los trescientos pesos bolivianos que se me autorizó á espender, como parte de los gastos hechos en el logro de la empresa que dejo referida, quedando con la satisfaccion íntima de haber rescatado esas reliquias históricas, de donde difícilmente pudiera haberlas conseguido otra persona.

No habiéndose dado nunca á la publicidad los detalles consignados, sobre la adquisicion y salvamento de dichas banderas, tengo el gusto de dedicarlos á mi buen amigo el Dr. Carranza, para que haga de ellos el uso que crea mas conveniente.» *Elias Godoi Palma.*



ESTUDIOS

LA REVOLUCION ARGENTINA POR EL Dr. VICENTE F. LOPEZ

> La imparcialidad histórica no es la del espejo que únicamente refleja los objetos, sino la del juez que vé, que escucha y que pronuncia: los anales no son la historia; para que ésta merezca el nombre á que aspira, debe tener conciencia propia, porque andando el tiempo, la historia de un autor sêrá la historia del género humano. Los hechos vivificados por la imaginacion, sujetos á las observaciones de la prudencia y juzgados por la sabiduria; he aquí la historia como los antiguos la comprendian, y de la cual quisiera, si Dios se dignase guiar mi pluma, dejar un fragmento á mi pátria.
>
> LAMARTINE.

I

Hace tiempo que, bajo el rubro de *Estudios*, vengo publicando artículos, mas ó menos estensos, que unas veces son esbozos ligeros de figuras culminantes de nuestra historia ó de nuestra actualidad, y otras, resúmenes de impresiones recogidas en la lectura fugaz de obras recientes y de produccion argentina.—-Nunca he manifestado la intencion que me anima en estos mis artículos, ni el alcance que les doy, al llamarlos *Estudios*. Ocupándome hoy de obra de grande aliento, escrita por aurea pluma, altísimo honor de la República y de América, no puedo ocultar, ni callar, aquella intencion, aquel alcance. No he entendido jamás hacer ensayos, porque esto significaria que ofrecia para mas adelante producciones definitivas de mérito superior,

pretension que nunca he abrigado, y que no quiero, siquiera que se sospeche. Además, los *ensayos* envuelven ya de suyo el concepto de un trabajo literario ó científico, pensado y escrito para herir el sentimiento y el pensamiento público, reclamando el aplauso ó el rechazo, que, en uno y otro caso, sirvan para perfeccionar su trabajo, rehacerlo ó deshacerlo. Muy lejos de mí esta intencion y este anhelo. Yo escribo con el orgullo de Diógenes delante de Alejandro—ni pido, ni necesito nada.—Lejos, muy lejos tambien está ésta altivez del amor propio colmado ó de la suficiencia ensimismada. No: ella es hija tan solo de la independencia nativa que he bebido en la historia de mi país, en las tradiciones de mi raza, y que he absorbido de los aires y de las emanaciones de la tierra natal. Tampoco concibo escritor de una república, hijo de la libertad que tenga otra norma, ni otra enseña, que su propia inspiracion, que su propia conciencia y su propia ciencia recogida y acumulada con el ardor y el teson del que se respeta á sí mismo, y respetando al público para quien escribe, anhela dar á sus juicios fundamentos imponibles. Por otra parte, siempre he despreciado y desprécio á aquellos rapsodistas miserables y escritores eunucos, que en su esterilidad y en su impotencia, toman hijos agenos como hijos suyos, no obstante que nuestro Código Civil no sanciona la adopcion. Y no solo los he despreciado, sino que los he odiado y los he maldecido, porque, hijos del vacio no pueden generar sino el vacío á su alrededor.—Desgraciado el país que posea estos tahures de pluma, secos de espíritu, que llevan al mercado los condimentos de su cocina literaria, sin otra mira que la mira baja de la infatuacion de sus nombres vulgares.—Estos son en las letras lo que los dulcamaras en la política. Los

unos no llevan *in pectore* otra ambicion que las pitanzas de los puestos públicos que asaltan con hambruna famélica, y el brillar, como la mona vestida de seda con el brillo prestado de las curules cuyo esplendor empañan y sombrean con su propia oscuridad y su negrura. Los otros, que no quieren, como el émulo de Voltaire, que luzca en sus tumbas este epitafio muchas veces de justo desprecio:—*ci j'y Piron qni jamais ne fu rien, pas même academicien*—olvidados de la verdad, del sentimiento y de la ciencia solo persiguen la vanagloria de una fama transitoria, adulando los errores y las pasiones de su época y bastardeando los pátrios ideales y las aspiraciones geniales de las masas nativas.—Yo no los sacaria á los unos y á los otros de mi país, como Platon saca á los poetas en su República, llevándolos cortesmente y coronados de flores hasta las fronteras del reino; yo desearia para los unos y los otros aquellas bravas fieras que á Dante atajaban la marcha en la *selva selvaggia*.—El país que nutre en su seno estos réptiles, lleva en sus entrañas veneno de muerte. Los unos agostan y esterilizan con sus esquilmos las fuentes de la riqueza pública; los otros, secando la sávia nacional, sumergen á las masas empobrecidas de alma en una anemia moral cercana al idiotismo—y unos y otros todo lo manchan y todo lo contaminan con la suciedad y la hediondez de las harpias que pinta Virgilio en el festin heróico.

Y ademas, si en todo pueblo, esa enervacion de escritores afeminados; sin propio criterio y sin amor de la verdad y del arte, es funestísima á sus progresos, en nuestro pueblo, en nuestra América, es fuera de funestísima, inaceptable, inesplicable.

No cabe duda que nuestro desarrollo intelectual es reciente, pero por tal razon debe ser original y entonado con



propio color. Vestir el pensamiento naciente con ropage que la polilla ha picado, nutrir el alma vírgen con alimento recalentado, es como acicalar á un jóven con los afeites de un viejo, para marchitar la frescura de su tez y abatir el ritmo vigorizo de su arteria latiente. Hay en esto algo de híbrido é infecundo, que no puede aceptarse, cuando se tienen á la mano nuevas telas para nuevos ropages y alimentos nuevos para nuevas nutriciones. La inteligencia americana no puede, ni debe glosar el pensamiento europeo; habria en ello mucho de inesplicable y mucho mas de humillante. Los que, como el ilustre Sarmiento, mas que con el ejemplo, con la teoria, han proclamado y sostenido aberracion tan singular y funesta, han olvidado los ejemplos seculares de la historia en la evolucion y desarrollo de las razas y los pueblos, han olvidado la diversidad y el sello propio que estampan en el carácter y el tipo nacional las variedades locales, las diversificaciones accidentales del suelo y la pluralidad distinta de elementos heterogeneos que se refunden y se homogenizan, dando existencia á una nueva unidad, y mas que todo y sobre todo han olvidado los gérmenes morales que, como arquetipos de nuevas creaciones diseñan y bosquejan una nueva civilizacion.

El alma americana tiene que espaciarse y evolucionar al acorde sublime del ritmo grandioso de nuestra jigante naturaleza. Sus acentos, por fuerza, han de resonar unas veces, con el estrépito clamoroso de nuestros mares y rios inmesos, de nuestros huracanes pavorosos, y otras, con la dulzura rumorosa del susurro musical y apacible de nuestros claros lagos, de nuestros valles encantados y nuestras floridas praderas. El pensamiento americano debe tener algo de fuerte como el ala del condor que se eleva triunfante sobre los ventisqueros y volcanes del Andes; algo de lu-

minoso como los esplendores fúlgidos del encendido trópico; algo de brillante como el metal purísimo de sus minas jigantes; algo de perfumado como las auras impregnadas del aroma de nuestras florestas, de nuestras selvas y de nuestros bosques vírgenes; algo de magestuoso y de intuitivo como nuestras inmensas llanuras que invitan el alma á las meditaciones proféticas; algo de cadencioso, de rítmico, de musical, como la armonia de nuestro continente que parece un canto en su magnífica concordancia. Y, si así no fuera, si así no debiera ser, menester seria, empujarlo, encaminarlo todo para que asi fuese.—¿Qué provecho sacaria la humanidad de la reproduccion fiel y de la propagacion escrupulosa de su actual civilizacion? El provecho que saca el Asia en su quietismo sagrado, narcotizada, mas que con el ópio, con su civilizacion monótona é invariable.—Y la América qué provecho reportaria á la humanidad y como retribuiria los inmensos beneficios que de ella hemos recibido, sin hacer acto de personalidad, de propio trabajo y de propia produccion.—Qué, los americanos no oimos acaso resonar en los aires el grito altivo del esclavo de Terencio, nosotros que somos *vino nuevo en odres nuevas*, nosotros que hemos recibido en nuestras almas el soplo de la fecundidad original y de la independencia característica del español?—Y acaso no tenemos un ideal americano?—Puede acaso no tenerlo un continente que alza en masa el pendon republicano, y en la fidelidad heróica de su tenaz amor, lo baña con su sangre, para purificarlo y lo consagra con sus dolores para santificarlo?—Y este ideal propio y diverso, al encanarse en nuestro pensamiento, en nuestros actos, en nuestras obras, en la accion de nuestra vida, no deberia bañarla toda con su luz peculiar?—Tan es así, tan debe ser así, que aquellos grandes literatos,



pensadores y hombres de estado, pasageramente desorientados por el ardor del patriotismo que en su amór exigente se anticipa al tiempo y á la accion inevitable, al querer europeizarnos en todo, al querer echarnos en corrientes exóticas, bruscamente y con violencia tal de comprimir la espasion espontánea de nuestra personalidad, al punto de borrarla, de prescindir y suprimir las influencias de nuestra naturaleza, de nuestra historia y de nuestros orígenes que nos cercan, y las aspiraciones nativas del ideal que surge y bulle en nuestras almas, buscando como la sangre en la arteria, como la sávia en la planta, cauces por donde derramarse—dieron testimonio en el hecho del imperio de aquellas influencias y aspiraciones, al divagar en sus elucubraciones, filosóficas, literarias ó políticas.

Esos escritores han sostenido flojamente en el libro, aunque aspirado á otra cosa en el hecho, que no tenemos nada genial y propio, que ni tenemos literatura, ni podemos aspirar á tenerla original, que nuestras instituciones no deben ser nuestras, sino tomadas de prestado, que nuestras costumbres no deben ser nuestras costumbres, sino las de otras gentes, y que en todo, atados de piés y manos, debemos hacer y pensar lo que hacen y piensan otros pueblos, y seguir maquinal y servilmente todos sus cambios, buenos ó malos, obedeciendo á su alto prestigio y á su encumbrado predominio.

Francamente, ni en la Colonia estábamos abajo de este nivel moral y fuera de los abundantísimos elementos de prueba que la historia de nuestro pasado colonial ofrece, ahí está elocuentísima é imponente la manifestacion de nuestro pueblo en la revolucion con marcadísimas y acentuadas tendencias propias de originalidad, tendencias que mas tarde fueron debilitadas por razon de nuestras degra-

cias y por razon de propagandas contrarias que hacian con vigor nobles espíritus, pero poco serenos y poco penetrantes.

Cuando el pensamiento argentino, estimulado por exigencias inevitables, busque, en su ardimiento y en su energia naciente, pábulo propio, las manifestaciones geniales de nuestro pueblo, en sus primeros dias fecundos y gloriosos, darânle temple y vigor.—En los cantos de nuestros poetas, en las arengas de nuestros tribunos, en los votos de nuestros magistrados, en las concepciones de nuestros estadistas, hallará como el gérmen, como el embrion, como la nebulosa que llevaba en su caos creador el alma argentina, y que en su desarrollo evolucional, trabajoso pero inevitable, generará en América una civilizacion tan pura como sus cielos, tan esplendente como sus constelaciones y tan estensa como sus horizontes de fondo perdido.

La filosofía histórica y la crítica demostrarán tambien en luminosas meditaciones que esas desviaciones sensibles del pensamiento nativo incipiente han contribuido, en el tiempo, â espesar las sombras propias que oscurecian nuestro camino, que ellas han enturbiado la limpidez de nuestro criterio nacional y de nuestro ideal americano, y entorpecido moral y económicamente nuestro desarrollo, ingertando en nuestro organismo elementos repulsivos que lo despedazan. Nos demostrarán cómo por un espíritu de plagio inconciente, nos hemos dado una legislacion orgánica y reglamentaria, contraria á nuestra legislacion fundamental y política, copiando Códigos cesáreos, hijos de la tiranía y redactados para ahogar la libertad y comprimir sus espansiones, cómo hemos seguido vulgarmente en lo estetico las inspiraciones del envejecido pensamiento europeo, reprodu-



ciendo sus idealizaciones ya caducas en nuestro mundo nuevo y con nuestras almas nuevas, como retardamos y aminoramos nuestro desarrollo y crecimiento, comercial y económico, por tomar como dogmas los aforísmos de la economía política europea cuyos pensadores han tenido por mira y por base de aplicacion y de esperimentacion un teatro y una sociedad fundamental y accidentalmente diversa, aplicando ademas una legislacion comercial, opresora, retardataria y en pugna con la revolucion que han venido á producir el ferro-carril, el telégrafo, la navegacion á vapor y la mayor espansion de nuestra vida fabril, industrial y comercial, como hemos entorpecido y hecho casi imposible la defensa del derecho y el amparo de la libertad ante la justicia, por copiar legislaciones casuisticas y abrumadoras por sus dispendios, inevitables con su tramitacion inacabable y el numeroso personal que exige; como hemos herido de muerte los derechos individuales y hecho irrisorio su amparo por el juez á quien las antiquísimas y libérrimas instituciones de Aragon mandaban protejerlas hasta personalmente, requiriendo el auxilio de la fuerza pública, y á falta de esta, el auxilio popular, á la voz de:—*favor á la libertad*; *fuero contra fuero*—fuese el ministro, el rey ó fuese quien fuese el que lo quebrantaba; como hemos debilitado y oscurecido en las conciencias el concepto de lo divino trás el nebulismo de un vulgar filosofismo, relajando las costumbres por arrebatarles la llama que las purifica y el aroma que las perfuma; como hemos empequeñecido y amenguado aquella talla magestuosa y aquella digna altivez de nuestros antecesores, denegando á la virtud y al mérito el galardon y la recompensa justiciera, preparando por todo, para el futuro, un pueblo de filibusteros y no

el pueblo de hombres libres que bautizaron nuestros mayores en el derecho y en la gloria.

Estos pensares cuya esencia estampamos nos llevan á menudo á estudiar las producciones argentinas, para darles una ampliacion relativa en cada caso dado, y en esta forma y de este modo vaciar todo nuestro pensamiento, tal como brota en nuestra alma postrada de rodillas ante el altar de la Patria y sumergida en la meditacion de sus grandes destinos y de su natural y lógico desarrollo.

Tal es el objeto y el alcance de nuestros *Estudios*, y al llamarlos así, damos á entender que no hacemos crítica, ni emitimos juicio, respetando la autoridad del autor que siempre consideramos muy arriba de la nuestra.

FEDERICO TOBAL.

Continuará.



1° DE JUNIO 1889 BUENOS AIRES AÑO IV-TOMO-VIII-N° 38

REVISTA NACIONAL

HISTORIA AMERICANA—LITERATURA—JURISPRUDENCIA

ESTUDIOS

LA REVOLUCION ARGENTINA POR EL Dr. VICENTE F. LOPEZ

(Continuacion.)

II

El lector al ver mi firma y conocer por el título el objeto de los presentes *Estudios*, podria con fundamento sobrado reir de petulancia tan manifiesta. Pero al abocarse su lectura, estoy seguro de que me hará justicia, no atribuyéndome defecto de que carezco, palpando, por otra parte, que no son el amor del renombre, ni necia presuncion de suficiencia, los móviles que me animan, sino el sincero y veraz amor de mi país.

Yo me lanzo á estudiar esta obra monumental con aquel respeto casi religioso y aquel temor reverente que llevan en el alma los artistas jóvenes al acercarse á las estátuas de los grandes maestros, para pedirles las inspiraciones de su génio. Como ellos, yo siento las palpitaciones del entusiasmo que impone el deslumbramiento, y siento mas, siento un amor invencible y cierta santa adoracion que me lleva á postrarme ante estas inmortales estátuas vivas de mi país, respetadas por todos los infortunios, como si fuesen de duro granito. Hijos de generaciones que, como dice Esquines en el discurso de la corona:—

no vivieron la vida ordinaria de los hombres y nacieron para asombro de la posteridad, ellos tambien vivieron vida peregrina, burilando su propia grandeza, como si quisieran dejar modelada y marcada la efígie que la posteridad levantará en brazos, para entregarla en el patrio panteon de la inmortalidad á la eterna veneracion de las edades. Reliquias vivas de tiempos heróicos halagan nuestro orgullo nacional, presentándosenos á nuestro amor y á nuestro respeto, como testimonios elocuentes de la vitalidad fecunda y fuerte de nuestra raza. Y con el amor y el respecto despiertan tambien nuestra mas profunda admiracion, sirviéndonos de estímulo y de empuje para precipitarnos trás sus huellas luminosas y procurar imitarlos, ya que no igualarlos y menos sobrepasarlos.

La generacion presente debe fijar su mirada sobre estas figuras venerandas que se van, arrastradas por la mano del tiempo, para reconocer sus perfiles, trasmitirlos á las generaciones y contarles cual era la pujanza y el patrio ardor de estos titanes que nacidos en el rudo fragor de nuestro génesis nacional, educados entre los sacudimientos volcánicos de nuestras contiendas civiles y envueltos en el exodo que la tirania arrojaba sobre el suelo estrangero, meditaron y prepararon magnos trabajos, para deponerlos en el altar querido de la patria, sin que pueda comprenderse de donde sacaron tanta ciencia y tanto aliento, y solo pueda esplicarse por el milagro de aquel amor sublime por la patria que sus padres, nuestros abuelos, al generarlos, les trasmitieron con la sangre como lenguas de fuego divino. Si, ellos pueden decir como Dante:—*Vagliami 'l lungo studio, e'l grande amore*—porque, como Dante arrastraron todas las desventuras, apuraron todos los dolores en el destierro y en la patria y arrancaron la

inspiracion caliente de sus propias entrañas calcinadas por la llama purísima de amores inmortales.

Hoy voy á ocuparme de la obra de uno de estos gloriosos luchadores que pueden decirle á la patria al consagrársela:—*per te poeta fu*—por tí luché en la vida, por tí aprendí en el dolor, por tí pensé en la miseria que amargaba la nostalgía, y por tu amor mis meditaciones brotaban como bañadas de luz. No voy á hacer una crítica, voy tan solo, como ya lo he dicho, á *estudiar*, esto es, á emitir las impresiones y las inspiraciones que la lectura sucesiva me vaya imponiendo; de modo que mis artículos sean como variaciones diversas sobre un tema dado y cambiante. Al final sintetizaré, y entonces espresaré mi juicio *sine odio et ira*, sencilla é ingenuamente, sobre el mérito de este aureo monumento de la literatura argentina. Ahora, permítaseme primero tomar en mis manos el busto vivo de este Tácito Argentino, para estampar sobre la tela porosa de este papel deleznable la vivacidad fugaz de la *facies* que se lleva consigo la muerte y que ya no reproduce, ni el mármol, ni la pluma, ni el bronce, ni el pincel. (1)

III

Esta historia escrita con el interés de la novela, sin dejar de ser historia verídica, nos refleja, en la multitud de hechos y de datos que abarca, en la aglomeracion de los personajes, en la diversidad de los sucesos y de las costumbres, el color local de las vicisitudes argentinas y la vida propia que las caracteriza y distingue.

El Dr. Lopez ha escrito como fotografo y como colo-

(1) Pensando publicar estos trabajos en forma de libro, nos reservamos para entonces este boceto, que por el momento creemos conveniente suprimirlo.

rista. Como fotógrafo en cuanto nos dá la estampa real, y como colorista en cuanto que encarna esa fotografía y le dá el tono de su espresion natural y propia.—Es el primer historiador americano que anima la narracion, poniendo de relieve los episodios y rasgos dramáticos, pasa escitar la curiosidad y conmover el corazon.—El Dr. Lopez ha entendido que debia escribir la historia de su país, como filósofo, como poeta y como pintor, para no ser el frio espositor de investigaciones desnudas de toda vitalidad.—Por eso el lector, sometiéndose á la imaginacion docta y disciplinada del historiador, desciende con él á los tiempos en que los sucesos ocurrieron, toca y palpa los grandes actores de los grandes dramas sociales, y se electriza y se satura y se impregna en el fuego, en la poesia y en la virilidad que caracteriza á los actores y á los hechos.

En la historia que nos ocupa, hay algo, hay mucho, que sacude las entrañas del hijo de la tierra, porque en ella están reflejados nuestro cielo y nuestro suelo, nuestra naturaleza encantadora é imponente y toda la genialidad de nuestra raza, con nuestras escelencias y nuestros desmayos, con nuestras virtudes y nuestros vicios típicos.

La Historia Argentina ha encontrado su Tacito, y los grandes agitadores de nuestro pueblo su Plutarco.

Un ilustre pensador frances dice con hondo acierto: *que la familia es algunas veces la profecía del destino del hombre.*—Y esta iluminacion del génio se proyecta con luz vivísima sobre la faz netamente criolla del inspirado autor de la Revolucion Argentina.

El Dr. Lopez y Planes, su ilustre padre, habia cantado con profético númen é inspiracion robusta la naciente nacion. Del fondo de su sér, el vate inspirado, habia arrancado la fórmula del canto pátrio y nacional, cuyas



estrofas chispeantes y rebosantes de valiente entonacion, cayendo y derramándose como plomo derretido por las arterias de los corazones, abrian y cincelaban los moldes en los que habia de vaciarse y tomar formas propias nuestra originaria grandeza. El alma del cantor sublime, por privilegio del génio, habia encarnado en sí la individualidad de su nacion, y dádole á esta, como un eco de sí mismo, como la radiacion de sus propias fantasias y de sus aureas intuiciones el salmo pátrio entonado ante el mundo y ante Dios, cuyo ritmo marcaria, como música divina, sus avances triunfales y en cuya nota altísima se afinarian sus santas aspiraciones y sus hechos gloriosísimos. *El Canto Argentino*, como un grito de guerra, como una invocacion al porvenir lanzada desde el Plata, templó las almas argentinas que desde entonces se alzaron al diapason del heroismo, sembrando el suelo pátrio de figuras homéricas que caian en la lucha sacrosanta, vuelta la faz radiante hácia el oriente, hácia las vividas y esplendorosas regiones de la luz del cielo.—No se puede recorrer nuestra patria historia, sin reconocer á cada paso las impulsiones nerviosas y audaces de nuestro himno pátrio.— Los héroes que escalan los Andes, desafiando los insondables abismos, las escabrosas alturas y las nieves eternas; los heraldos armados de la Revolucion que en el Atlántico y en el Pacífico tremolan la bandera nacional y cubren con ella la independencia de un mundo; los marinos que humillan cien veces las escuadras imperiales y los veteranos que destrozan las huestes monárquicas en los campos gloriosísimos de Ituzaingó, desplegaron su vigor, los unos y los otros, y entonaron su heroismo con los aires marciales y el estro revolucionario de nuestro canto nacional—Gloria pura é imperecedera del vate inspirado que legó su

alma á su pueblo, como pábulo de gloria y como estímulo de altísimo heroismo!

Dos génios, grandes génios, comparten en los anales de nuestro pueblo la gloria creadora de nuestra existencia nacional—el que nos dió la bandera, robando á los cielos sus celestes colores, y el que nos dió el sentimiento de nuestra personalidad y de nuestro destino, arrancándo de las entrañas de su sér el secreto de nuestra existencia y el *fiat* de nuestra vida.

Ese canto celeste y esa bandera divina con sus reflejos y sus inspireciones sostuvieron el alma de nuestros mayores en las rudas fatigas de su vida agitadísima y de combate perdurable. Eran la gracia que los santificaba y los idealizaba, y las lenguas de fuego divino que los envolvia para divinizarlos y alzarlos sobre las zarzas de la vida y las espinas de la realidad dolorosa. Sin su sosten habrian caido bajo el peso de la humana impotencia y de la magna labor. El aliento que recibian de estas impulsiones era la fuerza mágica, misteriosa, pero real que los convertia en titanes y en los creadores de una nacion que amasaban, modelaban y animaban, venciendo, sudorosos y ensangrentados, dificultades invencibles y sobrepujando y arrollando todas las fatalidades opuestas por la naturaleza y por los hombres.

¡Estro sublime que palpitais sobre las llanuras y los montes argentinos como el paso del espíritu de Dios, las generaciones pasadas encarnaron tu verbo divino; las generaciones presentes y futuras darán los últimos retoques á la estátua inmortal que, diseñada sobre celeste modelo se alzarará en los siglos, bañados sus piés por mares y rios como mares, y recostada magestuosamente su cabeza



sobre el granito y los aureos metales de sus montañas colosales!

El Dr. Lopez, como si la mano de su ilustre padre lo hubiese consagrado sobre el altar de la patria y le hubiese insuflado su propio y levantado espíritu y sus esplendorosas y casi apocalípticas visiones de la futura é inmortal grandeza de su país, se reconcentra en el silencio de su gabinete, para contar el pasado y burilar la tradicion argentina, fulgurando sobre el uno y la otra, aquella luz y aquella altivez presentida por el vate profético, confirmada y manifiesta en nuestra corta vida nacional, y que hoy, hasta los ciegos ven alzarse, como arreboles esplendentes, como auroras boreales, como torrentes de llama tropical, contorneada la grandeza naciente con líneas fijas y duras como el granito eterno de nuestros Andes jigantes. El hijo del procer y del sacerdote de la religion del patriotismo escribe como si se encontrase bajo las arquerias y las bóvedas de aquel templo ideal levantado por el amor y las inspiraciones inmortales al numen celeste de la grandeza y del porvenir nacional. Su pluma corre al par de la magestad del asunto y chispea, como si fuese un cincel que tallára sobre mármol pentélico los bajos—relieves de una epopeya inmortal. Los héroes resplandecen como envueltos en el eter fulgente de la historia que ilumina y el pueblo de cuyas entrañas salieron y cuyo espíritu encárnaron los rodea animoso y radiante, pidiendo á la posteridad laureles para sus frentes y el amor y el recuerdo de las generaciones á su imperecedera memoria· Hay una correlacion misteriosa entre nuestro canto nacional y esta historia nacional, como si el espíritu del padre y del hijo se buscasen al traves del tiempo y se fundiesen en una unidad consustancial. Por eso esta historia resplandece

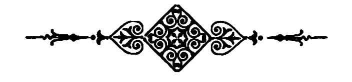
como envuelta en aureola de celeste luz, por eso el lector argentino, al recorrer sus páginas palpitantes de una fé casi fanática en la patria inmortalidad, sintiendo los devaneos de la grandeza, quédase estático sobre las mágicas narraciones, embebido en los dulces ensueños y en los mirajes deslumbrantes del aureo porvenir de su nacion.

¡Nobilísimo escritor, acreedor al premio de *Cunctator*, por su aliento, por su amor. y por su fé en la gloriosa supervivencia de su nacion!

Con esta admiracion, con este altísimo respeto y sincero cariño por el autor; con este elevado y justo sentimiento del espíritu enminentemente nacional y americano de la obra, voy á poner de relieve, ó mejor dicho, recorrer sus iluminados cuadros, no sin antes concitar el patriotismo de nuestra juventud, trasparentando á sus ojos la labor, la inspiracion y la abnegacion de sus genitores patricios que pueden decir á su vez por la voz de la historia:—*Tan molis erat Argentinam condere gentcm.*

FEDERICO TOBAL.

(*Continuará*)



PÁJINAS DE UN LIBRO (1)

I

SIN OCCIDENTE

Nó; no es onda maléfica y nociva
El humano ideal! En nuestra mente
Se vé nacer, cual brota la vertiente
De la altísima cumbre en roca viva.

—

Vuelo dá al pensamiento; ya la altiva
Inspiracion, esa ála refuljente
Que vá á ajitarse en un lejano ambiente
Y hácia un paraje que está siempre arriba!

—

Su contacto es virtud que rejenera
Y al impulsar á heróicas acciones
Guia al santo deber con voz austera.

—

Ideal de los grandes corazones,
No te oculta ninguna Cordillera
Y sol intelectual, nunca te pones!

(1) Cedidos galantemente por el distinguido representantante de Chile en nuestro país.

LA DIRECCION.

II

DESTOIÉSKY

(*Novelista ruso*)

Ah! tu obra es un martirio! su lectura
Abate, híere, abruma, desalienta;
Uno se cree en medio á una tormenta
Engolfado y sin rumbo: á la ventura!

—

Todo lo que es pasion, raya en locura,
Todo lo que es honor, raya en afrenta;
Una Siberia tu obra nos presenta
Prision de cuerpos, de almas sepultura!

—

Sonaba del galeote la cadena
En tu pié, cuando en noche tenebrosa
Tu mente sus creaciones evocaba.

—

Y te mordia el diente de una hiena
Poeta, al sentir la marca dolorosa
Del knont, del Zar sobre tu raza eslava.

III

FAUSTO Y MARGARITA

O Fausto, nada sácia y todo incita
Tu anhelo de vivir! Como legiones
Batalladoras, lanzas tus pasiones
Y el combate las punza y las irrita.

—

Mas son fieras vencidas, cuando pones
La planta en la mansion de Margarita
Y embarga tus sentidos la esquisita
Fragancia de los puros corazones!

El demonio, al pasar por tus umbrales
Bella alma, á tu contacto se redime
Y entreveé esplendores siderales

—

Y con los besos que en tu boca imprime
Fausto, absorve en divinos ideales,
Margarita, tu espíritu sublime!

IV

UN DOGMA

Hay quien dice que todo vá á un abismo,
Que nadie se ama, y nada se respeta;
Que el banquero es el ùnico poeta
Y virtud de otros tiempos el civismo.

—

La humanidad, es cierto, marcha inquieta,
La atrae el bien, la arrastra el egoismo,
Y cree el hombre, engañándose á si mismo,
Que ora la impulsa y ora la sujeta.

—

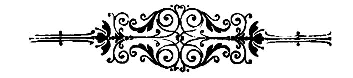
Error! Hay una ley que todo allana
Infalible! Especula la codicia,
Mas, el càlculo honrado es el que gana.

—

Nuevos progresos, cada dia, inicia
Esa ley; y en la oscura ciencia humana
Irradia con el arte à la justicia!

GUILLERMO MATTA.

Buenos Aires, 1888.



EL GENERAL DON MARTIN RODRIGUEZ (*)

Y SU PERIODO GUBERNATIVO DE 1820 Á 1823

El rasgo mas saliente que marca la fisonomia del nuevo partido liberal que acaba de revivir, fuerte y audaz á fines de 1820, es una vigorosa tendencia del espíritu público á restablecer el organismo nacional, concentrado siempre en su capital tradicional. En el fondo, esa tendencia respondia á la intencion de reaccionar contra los hechos consumados despues del *Pacto del Pilar*, para anular los tratados en que Buenos Aires habia consentido la autonomia irregular de Santa-Fé y la de Córdoba, consecuencias ambas del escandaloso motin de *Arequito*, y de las desgraciadas perturbaciones que se siguieron á la desercion del general San Martin. (1)

Al someterse á esos tratados, el partido de la burgesia liberal, á quien pertenecian las tradiciones y las glorias de Mayo, habia pasado, diremos así por las horcas caudinas, bajo el peso de las consecuencias irreparables del desquicio que á poco anduvo por hundir todo el país en la barbarie. Pero apenas salvado, y restablecido el vi-

(*) Capitulo del tomo noveno de la «Historia de la República Argentina» del eminente historiador doctor Lopez, quien nos lo ha cedido, inédito, con una amabilidad á que quedamos reconocidos.—LA DIRECCION.

(1) Debe señalarse aqui, como lo hemos de ver despues, el origen de la mala voluntad que se acentuó desde entonces entre este partido y el general San Martin: que es por desgracia la causa explicativa de las deplorables manifestaciones de simpatía con que el General favoreció despues á Rosas y que procedian no de que aprobase sus atroces medios de gobierno, sino de sus enojos antiguos contra el partido unitario, y de la satisfaccion de verlo vencido.

gor de la opinion pública, se dejó sentir en el fondo de la vida social, y de los ánimos mas adelantados, una tendencia natural, mas ó menos franca, á reaccionar contra el estado transitorio, evidentemente imperfecto é inorgánico, en que habian quedado los vínculos interprovinciales.

La lucha contra Ramirez sostenida en comun por Buenos Aires, Santa-Fé y Córdoba, habia dejado, sin duda, antecedentes de buena voluntad (de tolerancia al menos) entre el partido directorial que habia quedado predominando en Buenos Aires, y los caudillos que dominaban las otras dos provincias, Estanislao Lopez y Juan Bautista Bustos. Pero estos dos aliados, mirados bajo el punto de vista de los principios liberales y constitutivos que profesaba aquel partido no eran al cabo, nada mas ni menos que, simples mandones, dueños de un poder vitalicio y omnímodo, que sin forma alguna aceptable habian asaltado el gobierno, por sí y para si, aprovechándose del desquicio que ellos mismos habian provocado. Las situaciones respectivas habian pues venido á engendrar, y cubrir bajo apariencias comedidas, gérmenes poderosos de antagonismo; que debian presentarse en lucha, asi que el partido liberal pretendiera reorganizar la nacion bajo el imperio de las libertades y garantias del régimen electoral representativo y que los gobernadores, ó mejor dicho, los caudillos arbitrarios de esas provincias, viesen amenazada así su autoridad despótica y personal, y tuviesen que defenderla contra esas reglas orgánicas del orden general comun.

Todo contribuia á que este antagonismo (latente por lo pronto) tomase creciente rivalidad é influjo á medida que por un lado se desarrollaban todas aquellas fuerzas de la vida social, que son inherentes á los gobiernos li-

bres y honrados; y que por el otro, se hacia mas denso el oscurantismo y la apatia local, provocando las restricciones, las esclusiones, los desvios y los rompimientos que que se producen de suyo como fruto natural del personalismo y del embrutecimiento político.

Florecian en Buenos Aires con rara animacion las ideas y los propósitos progresivos. La intension de consumar una reforma completa de las leyes de los hábitos y de los establecimientos que nos habia dejado el régimen colonial, en lo civil y en lo religioso, era de comun nocion y de comun anhelo entre las clases cultas y no solo en lo político y lo administrativo predominaba este sentimiento unisono de adelanto, sino que en álas de su misma exhuberancia se echaba tambien con una avidez juvenil en los encantos de las artes, de la poesia, y de la música sobre todo; y confiando con la mas altiva infatuacion en la solidez del régimen representativo que procuraba cimentar, proclamaba su confianza en el desarrollo de la prosperidad pública y de las maravillosas fuentes de riqueza que el país tenia ya prontas á explotar. El talento y la actividad, en las nuevas generaciones principalmente se proclamaban soberanos del presente y reguladores del porvenir; y á la verdad, que á estar á los aplausos calorosos con que eran recibidas sus obras y premiados sus afanes, tenian motivo suficiente para vivir encantados de sí mismos.

Aunque pésimamente gobernadas y sometidas al personalismo imbécil y retardatario de sus mandones, no estaban destituidas las otras provincias de una clase burguesa, culta y bien animada, que aspiraba tambien á ponerse en concordancia de movimiento y de situacion política con la que hacia tan feliz y próspero al pueblo de Buenos

Aires. En Santa-Fé, esta clase era demasiado reducida para que tuviera, influjo local. Su centro poblado podia presentar apenas un embrion de empobrecida ciudad con siete conventos y trescientas casas ó habitaciones de mediana construccion, tenidas en un radio de tres cuadras escasamente pobladas, al rededor de la plaza de su Cabildo, es decir en un radio de cuatrocientos metros, á lo mas, á cada viento. Fácil es comprender que tan diminuto vecindario no podia formar lo que en política se tiene por pueblo. Y si lo habia, no era por cierto el que vivia en la ciudad, sino la miserable masa de mestizos y de indios, que vegetaban en la pobreza y en la barbarie en los selváticos sudburvios y cercanos campos de aquel centro arrinconado entre las tierras incultas del rio *Salado* y del *Chacu austral*. Peor era quizas la situacion de *Santiago del Estero*; donde la repugnante tirania de Ibarra habia sido causa de que huyesen y se asilasen en las otras provincias las cinco ó seis familias de clase distinguida que habian tenido alli sus casas solariegas y sus haciendas de campo. En igual situacion social habian quedado Catamarca y la Rioja, despues de la caida del gobierno directorial; y alli tambien, las grandes y nobles familias de los Dávila, San Roman, Doria, Ocampo, Garcia, vivian fugitivas unas veces, sumisas otras al imperio de la arbitrariedad personal y de la anarquia plebeya. Pero por lo mismo, todos esos desgraciados ciudadanos que habian soportado la fatalidad del desquicio nacional, suspiraban por el restablecimiento de un gobierno culto en la capital, de un órden político nacional cuyos agentes les asegurasen las garantias esenciales del sistema representativo y electoral.

En Córdoba era todavia mas poderosa esta tendencia

reaccionaria, ó mejor dicho, hostil contra las consecuencias producidas por el motin de *Arequito* entre los mismos que tanto habian aplaudido. Una vez que Júpiter les dió rey propio, las ranas clamaban implorando el favor de Júpiter para que las librase de su rey. Allí habia una clase culta y un vecindario numeroso en cuyo seno la opinion pública tenia ecos y representantes de la mas elevada distincion por la riqueza y por el saber. De los dos partidos que habian actuado en pró y en contr del gobierno directorial, el primero, como antes dijimos, habia pactado con Bustos; el otro habia quedado excluido y engañado en las esperanzas con que habia contribuido al escandaloso motin. Pero los hombres del partido que habia pactado con Bustos, en la esperanza de que seria una personalidad propia para servir al restablecimiento del órden nacional, constituian la parte mas distinguida y mas culta del vecindario, y no pudieron contemporizar con el desvergonzado personalismo, con el atraso, ni con la triste apatia á que redujo el gobierno de su provincia. De manera, que desengañados tambien fueron separándose poco de las filas del caudillo, y formando las bases del partido culto y liberal al que se unlan tambien gradualmente sus anteriores adversarios. Esta evolucion interna de la política local de Córdoba tendrá pues de una manera eficaz é inmediata, á ligar sus aspiraciones y propósitos ulteriores con el partido unitario, ó neo-directorial que imperaba con tanto brio y prestigios en Buenos Aires. Aunque de diverso orígen y procedencia política, los Funes, los Bedoyas, Baigorri, Diaz, Bravo, con todos los demas prohombres que habian estado antes en dicidencia, comenzaron á mancomunar sus simpatias con la política de Buenos Aires. Los unos porque desde 1810 habian pertenecido al gran

partido nacional de Mayo; los otros porque necesitaban apoyo contra el caudillo que los habia humillado; sin que esto quiera decir que no hubo desersiones ó discrepancias de detalle, que en manera ninguna alteran la verdad general de las oscilaciones que apuntamos.

A esta descomposición de los partidos provinciales, se agrega: que por razon de los malos gobiernos y de la enojosa situacion que producian, muchisimas de las personas y familias mas importantes de los vecindarios interiores se habian trasladado á Buenos Aires; donde no solo formaban focos de oposicion contra los caudillos que despotizaban sus provincias, sino que se acomodaban con grande influjo y en señalados empleos en el servicio del gobierno liberal. Con esto hacian que la política porteña comenzase á despertar desconfianzas en el ánimo de aquellos caudillos, no como amenaza inmediata, sino como escasa de cordialidad y destituida de concordancia en los medios de gobierno.

Pero fuera de las provincias mal gobernadas y mal inspiradas tambien, habian otras donde un pueblo verdadero, segundaba y queria apoyar firmemente las ideas predominantes en Buenos Aires. En Mendoza, en San Juan y en Salta era uniforme el espíritu liberal y el deseo de reorganizar la Nacion constitucionalmente. Tucuman continuaba anarquizado por el partido de Araoz, pero la opinion pública no habia discrepado jamás con la política nacional de los gobiernos de Buenos Aires, y actualmente estaba toda entera en ese camino. En Entre Rios el coronel Mansilla hacia alarde de tener la provincia en la misma armonia de espíritu y de fines; y en Corrientes se habia establecido un gobierno quieto, aislado por el mo-

mento que no tenia significado definido, ni grande importancia en el curso de las cosas.

He aquí el cuadro general que las provincias argentinas ofrecian en el interior. En el exterior, una gravísima y vital cuestion se habia despejado completamente: pero otra menos grave, aunque fatal para el progreso pacífico del país se levantaba en el horizonte. Despues de la sublevación de Riego el rey de España no era ya temible para nosotros: la guerra de la independencia estaba cerrada. Pero comenzaba la cuestion Oriental, y envuelta en ella una guerra mas ó menos inmediata con el imperio del Brasil. que ojalá hubiéramos podido evitar y asegurar una paz inalterable entre los dos grandes estados de esta parte de Sud-América.

Trazadas así las grandes líneas del presente volúmen, vamos ahora á estudiar el juego de los sucesos y la actitud de los hombres que entraron á dirigir en Buenos Aires los intereses inherentes á esta nueva época. Aunque menos dramática que los tiempos agitados y tormentosos que habian pasado, no es menos interesante para nosotros, por el anhelo de bienestar, de vida culta con libertades y garantias institucionales, que desde el primer dia comenzó por alentar todo aquel movimiento de recomposicion social que se hizo sentir como un impulso general y concordante del pais entero. Tan poderoso fué su influjo, que pudo abrigarse la ilusion de que hubieran desaparecido por completo las disidencias políticas y las incompatibilidades personales, y que solo hubiera de imperar en la provincia, un pueblo compacto, libre, y satisfecho de ver servidos sus buenos instintos, y preciosos intereses, por un gobierno que parecia hecho por todos, sin que la menor queja, el menor reclamo levantasen nube alguna en aquel diáfano cielo de la patria y de la dicha comun.

Verdad es, que el generoso patriotismo, la genial honradez, y el carácter angelical del general don Martin Rodriguez, parecian haber venido como una milagrosa bendicion, á servir de pilar á una época, en que la gloria y la honra del gobernante que quisiera curar de raiz las desgracias anteriores, le aconsejaban ponerse con ánimo elevado, sin personalismo vicioso, ni odiosas reservas, bajo la influencia de la opinion decente del pais, representada en los hombres de mayor notoriedad por sus antiguos servicios, por sus luces y por su competencia en el manejo de los negocios del Estado. Asombrosa fué en efecto, la concordancia de propósitos y la cooperacion de servicios, que se produjo al rededor de este gobernante inolvidable: que por sus sanos sentimientos y benéfica modestia, adquirió la gloria, única en nuestra historia, de adunar su nombre y su obra con el espíritu y con la obra de todos. El restablecimiento de las instituciones libres y de la reforma liberal con que nos dejó consagrado para siempre el programa de los futuros adelantos, es todavia y será por mucho tiempo el modelo permanente á que habrá de tender nuestro país en sus esfuerzos por alcanzar el régimen parlamentario, á pesar de tantos y tan malos gobiernos como habian de levantarse y de perturbar su obra, despues de la época que él selló con su nombre.

El camino estaba anchamente abierto mucho antes de que viniese de Europa don Bernardino Rivadavia á formar parte del ministerio con el prestigiosísimo influjo, y las teatrales aptitudes que tan hondo surco han dejado en nuestra vida nacional, y que han hecho de su nombre un ideal político que todavia invocan nuestros partidos con mas interés de esplotar el nombre que de imitar sus procederes.

Servido al principio por hombres modestos, de mediocres aptitudes pero de honorable reputacion y buenos servicios en los tiempos anteriores, como el rico propietario don Manuel Obligado, cuyo mérito consistia no tanto en el talento para dirigir los negocios, cuanto en la circustancia de que por lo mismo no levantaba rivalidades ni resistencias, el general Rodriguez ponia de suyo todo su afán en hacer práctico y sincero el régimen representativo para que el poder legislativo y electoral fuesen real y verdaderamente el órgano de la opinion pública en accion.

Habia triunfado apenas del famoso y terrible motin del 1° de octubre cuando por iniciacion suya la Cámara de Representantes (llamada Junta entonces, expedia una ley eminentemente liberal reglamentando la renovacion periódica, y á breve plazo de su personal de manera que entraran á rolar en él; en turno de eleccion, tòdos los ciudadanos que el pais quisiese llevar á esa corporacion.

Pero esto era poco todavia para los buenos deseos del gobernador. Convencido de que un hombre por bien intencionado que fuera no está seguro de tener acierto siempre en el gobierno político, tan sujeto á pasiones, á intereses opuestos y á engaños, quiso el gobernador que ademas de los secretarios que lo asistian en el estudio y en el despacho de lo administrativo, LE NOMBRASE LA CÁMARA tres consejeros que fuesen á su lado los cooperadores responsables de sus actos políticos en aquello que se hiciese con opinion comun, ó sus fiscales, si tenía que disentir y que apelar á la Cámara misma de este último caso.

Por desgracia, esta bellísima tendencia hácia el gobierno parlamentario, quedó anulada cuando don Bernardino Rivadavia entró con su imperiosa suficiencia al ministerio del general Rodriguez. A él mas que á nadie le habia



convenido ampliar esa forma y hacer de ella la base del gobierno del país.

La Cámara aceptó la indicación del gobernador, y le nombró tres consejeros de grande reputacion en el concepto público—el notable jurisconsulto don Manuel Antonio Castro, el abogado don José Miguel Diaz Velez, y el general don Márcos Balcarce—el héroe del *Membrillar*, cuya importancia y servicios han sido ya materia de volúmenes anteriores. (1)

Corrian en aquel tiempo ideas tan equivocadas sobre la naturaleza y las funciones de la opinion pública, que no pocos miraban con estrañeza ingénua, que el gobernador acatase á la Cámara ó Junta de Representantes con mas obsecuencia, ó en mayor categoria que al Cabildo. Necesario se hacia que el diario ministerial, asintiendo los grandes y gloriosos antecedentes del Cabildo de Buenos Aires, en 1807 y en 1810, restableciese la sana doctrina, y enseñase que— «ni por hipérbole podia compararse la autoridad subalterna del régimen municipal con la soberana representacion de la *Honorable Junta* destinada á dar la ley y la regla á que deben sujetarse, no solamente las funciones de toda otra autoridad, sino tambien su misma eleccion y nombramiento; — lo que hacia que debiera *ser obedecida por todas las demás por ser la primera y la fuente de donde emanan.*»

Con esto basta para que quede caracterizada uua vez por todas la doctrina fundamental del gobierno del general Rodriguez, que fué obra de su sana intencion y del influjo del partido *neo-directorial* y liberal, que dirigió sus con-

(1) Resoluciones Legislativas del 17 y 18 de octubre de 1820, insertas en la *Gaceta* del 25 del mismo mes:—Volúmen 6° pág. 427 de esta obra.

sejos; y nó de don Bernardino Rivadavia; que viviendo todavia en Europa, ignoraba completamente lo que habia sucedido en Buenos Aires y el nuevo giro de la política local. (1)

Por lo porteño y apegado al sentimiento local de su provincia, mas fácil de confundirse entonces con el patriotismo que lo que ahora podria creerse, habia participado don Manuel Obligado de los influjos y simpatias del primer movimiento hecho en la capital para rechazar las pretenciones ambiciosas del caudillo Ramirez y de sus secuaces. Pero así que la política del gobernador Rodriguez tomó tendencias mas francas hácia la reforma liberal, hombres de otras ideas, y la juventud fervorosa que empezaba á tomar puesto influente en la marcha progresiva y en la defensa de lo que se llamaba entonces—«los principios del siglo» —se ponia con brio á la cabeza de la columna; é iban dejando rezagados á los notables de la vieja burguesia colonial, que habian mirado y servido la revolucion de Mayo como una conquista de influjos locales y conservadores, no como un trastorno de antecedentes y de prácticas que hasta cierto punto los dejaba sin papel, ni competencia en el órden de las nuevas aspiraciones.

El predominio de los poetas, de los literatos y de los abogados publicistas, que al favor de la época tomaban posesion de todas las manifestaciones de la opinion pública

(1) Los amigos mas íntimos que en esos momentos dirigian al general Rodriguez eran don Matias Patron, don Vicente Lopez, don Agustin Gazcon, y don Manuel Antonio Castro. El señor Rodriguez, era de t. l llaneza en su trato que por las tardes buscaba él mismo á sus amigos para pasear á pié.

El centro social en que se inspiraba era la tertulia de la casa de Luca: de la que eran asistentes infaltables los nombrados. De mucho de esto ha de tener recuerdos vivos el señor don Juan Madero—único quizás que yo podria citar como testigo inmediato de ese tiempo.



en la prensa, en el foro, en los teatros y en todas las ramas de la vida social, era fatal y mortífero para esos viejos (no tanto por la edad cuanto por los resabios) y se produjo entre ellos, poco á poco, un movimiento de retirada comun hácia el gremio en donde tenian sus intimidades: que al fin se caracterizó como un partido.

El secretario Obligado, tenido en poco, en muy poco, por los hombres nuevos y por los que venian de antes adornados con dotes literarios y científicos, fué de los primeros que tuvo que abandonar la escena al sentirse inferior de todo punto á los propósitos del gobierno y del país.

Las prácticas del derecho, á lo Salgado y Covarrubias, eran motivo de burla mas bien, cuando el abogado que las invocaba no tenia las dotes de la oratoria política ó complementos literarios, como Castro entre los maestros, y como Ramon Diaz, Gallardo ó Juan Gil entre los nuevos campeones de la reforma. Se comprende pues que de un lado habia un movimiento de avance hácia la influencia social, por otro un retroceso mal engestado hácia la oscuridad de un retiro forzado.

En la tertulia de Luca no solo se hacia política sino que se hacia arte: se exhibian pinturas de la niña Crescencia Boado y de su maestro Gud, que en la inocencia del entusiasmo pasaban por maravillas: allí se habia estrenado el Himno Nacional, y Juan Cruz Varela habia recitado sus primeros ensayos poéticos. Don Santiago Wilde y don Juan Bernabé y Madero popularizaban tambien en aquel salon las doctrinas económicas y financieras de Adam Smith, el uno: las de Campino y Campomanes el otro. Lo que allí se decia era la espresion de lo que por mas adelantado se tenia en el país; y por la iniciacion de Bompland, de Carta

Molina, Fanacelli; se informaban los mas curiosos tertulianos en los rudimentos y trabajos de la Botánica, de la Astronomía y de las Matemáticas.

Natural era pues que al separarse un Obligado de la Secretaria del general Rodriguez le sustituyese un Luca. Ciertamente que no era don Juan Manuel de Luca un personaje de carácter y talentos predominantes en este precioso movimiento de renovacion; pero estaba inspirado en él; y por el genio tranquilo, por el juicio recto, y su incansable contraccion al desempeño de sus tareas, beneficiaba, diremos asi, lo que pudieran tener de excesivo ó invasor los propósitos de reflejo que servia. Servíale de mucho la situacion de que gozaba, y dadas las condiciones del tiempo en que vivia, el estar casado con una señora de la noble casa de Casamayor, metida en lo mas vivo del movimiento social por la cuidadísima educación que habia recibido y por las gracias de su trato.

Era Luca un oficinista de consumado crédito que de muy atrás venia desempeñando el árduo empleo de contador mayor del Tribunal de Cuentas; perfectamente preparado para desempeñar el papel administrativo de reorganización y reglamentacion de las oficinas públicas, que á causa de los hechos y perturbaciones que hemos narrado se hallaban en un desquicio completo é inextricable. Nadie como él para esta labor; y fué así que su nombramiento de Secretario de gobierno y hacienda, fué aplaudido sin reservas por todos; y aceptado como un cooperador eseepcional por sus colegas los generales don Marcos Balcarce y don Matias Irigoyen.

Estaba al terminar este año de 1820 tan turbulento entre nosotros como de gravísimas oscilaciones en la política europea, cuando ocurrió un incidente, que aunque de poca im-



portancia en sí mismo, tiene su interés y merece mencionarse. Apareció en el rio, y vino á fondear en las balizas el bergantin «Aquiles», barco de guerra español que puso en inquieta curiosidad y extrañeza á toda la ciudad cuya poblacion corrió las riberas excitada por tan grande novedad. Diósele órden al momento á los buques de la escuadrilla nacional que fueran á ponerse en observacion; y apenas puestos en camino toparon con un bote parlamentario que entregó unos pliegos dirigidos —á la Junta—y retrocedió al fondeadero de donde habia partido. Si grande habia sido la excitacion producida por la aparicion del barco español, no fué menos la curiosidad que se apoderó de todos al bajar á tierra el teniente José Maria Pinedo con una comunicacion sellada con las armas reales de España. Un inmenso tropel lo siguió hasta la Secretaria de la Cámara (hoy Banco de la Provincia) y allí se supo que traia el «Aquiles» á su bordo una *Comision Regia* habilitada para hacer proposiciones de arreglo en nombre del gobierno constitucional erigido en España despues de la revolucion del 1° de enero de 1820. Abundaba la comunicacion en protestas de *cordial fraternidad* y de los mas vivos deseos de soldar *como entre miembros de una misma familia*, los vínculos trazados desde 1810, bajo una forma de *completa igualdad* entre españoles y argentinos; y para iniciar la negociacion, se pedia un franco y ámplio permiso de desembarcar y alojarse en la ciudad con subalternos criados y equipajes.

Firmaban el oficio el coronel Manuel Herrera, el secretario regio Tomás Comyn, el coronel de artilleria Feliciano del Rio, y el coronel de fragata Martin Mateo.

Era natural que semejante base de negociacion fuese *in limine* rechazada. En primer lugar se tuvo presente que las misiones denominadas «Comision Regia» eran de un

carácter muy distinto de embajada ó mision diplomática: porque así como esta última forma dá por sentada y consentida la igualdad de derecho, ó dehecho, en la soberania de las partes relativas; la otra pertenece solo á un soberano que se dirige á sus súbditos. En segundo lugar, la cordial fraternidad ó igualdad de ciudadania ó nacionalidad entre argentinos y españoles era tanto mas contradictoria con la declaracion y consolidacion de la independencia de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, cuanto que en aquella era subentendida, la unidad de metrópoli y de autoridades establecidas en ultramar. De manera que si la embajada ó mision no tenia papeles que le diesen un título mejor é instrucciones menos ofensivas para negociar la paz y las relaciones comerciales sobre la base de la independencia, era completamente inútil que la dicha *Comision Regia* insistiese en ser recibida y abrir proposiciones.

El mismo teniente Pinedo condujo la contestacion de la Junta en este sentido advirtiendo en el buque español que si habia algo que adelantar se le remitiese al buque argentino inmediato. Pero á las 2 1/2 a. m. el barco español «zarpó las anclas, dice el mismo oficial, marcando del E. cuarto al S. E.; y despues de horas creyendo concluida mi comision me retiré á las balizas interiores con bandera de guardia.»

Quedó así por lo pronto el incidente; pero considerando que en el mismo tiempo aparecia el comisario regio don Manuel Abreu en el Perú con iguales indicaciones, y que la misma apertura se repitió aquí en 1823, se vé que el gobierno liberal de España procuraba entrar en una via de arreglos, que al fin hubieran tenido feliz éxito si ese órden de cosas se hubiera salvado en la Península.

VICENTE F. LOPEZ.



MEMORIAS DE UN SOLDADO

(CONTINUACION)

«Tengo noticia oficial, de haber perecido en Arica los tal espedicion por el auxilio infame de algunos estranjeros. Yo os lo anuncio, y anuncio tambien porque nada quiero ocultaros, que el escuadron de dragones de Arequipa que se hallaba eǹ Azapa distante dos leguas cortas de Arica, fné sorprendido á las cuatro y media de la mañana del 17, por un batallon enemigo. Esta ocurrencia desgraciada, efecto de un descuido criminal, ó de una confianza ú orgullo imponderables del jefe que tenia esparcida la caballada en siete leguas, nada significa: el escuadron se dispersó: algunos han sido prisioneros, y un suceso de tan poca importancia, me ha sido sensible por ser el primero que los enemigos no cuentan adverso de dos años á esta parte.»

«Espero brevemente el resultado próspero de las operaciones sobre Lima, y creo que el abatimiento que allí sufran los enemigos, de ningun modo podrán repararlo con la nueva aventura que han venido á buscar á las costas de Arequipa, que para ellos puede ser la última: mas séalo ó no, lo que no deben dudar es, que como se separeǹ cincuenta leguas de la costa, tendrá el mismo resultado esta nueva espedicion que la de Alvarado en enero de este año.»

«Peruanos: Seguid como hasta aquí obedeciendo y auxiliando el legítimo gobierno y no dar oidos á los embustes de esos malvados que buscan el desórden para saciar

su codicia y vicios. Confiad en que todas las medidas están tomadas, y que los nuevos invasores que han aparecido en Arica, han de dasaparecer, ó han de perecer pronto. Los jefes principales y los subalternos de las provincias están prevenidos de una activa vigilancia en todos estremos: el delito que se cometa, ha de ser inmediata é irremisiblemente castigado: no hay hoy dispensa para el que manda ni para el que obedece, en el cumplimiento de sus obligaciones respectivas: y desempeñados todos los deberes con voluntad, resignacion y buena armonia, llegaremos brevemente al término feliz que se nos acerca auxiliados de la Divina Providencia, protectora visible de nuestra justa causa.»

Cuzco, 30 de Junio de 1823—José de Laserna.»

En la capital se ignoraban hasta entonces los progresos que hacia Santa Cruz en su campaña, por lo que unida esta ansiedad al terror que naturalmente causaba la venida de un enemigo tan poderoso y soberbio, era tal la angustia que esto traia, que sin necesidad de detenerse á observar, fácilmente se echaba de ver la consternacion general. El tímido vecindario veia con dolor y espanto que sus fortunas y personas iban á quedar espuestas al capricho del vencedor, pues los que podian y debian defenderlos eran tan pocos; harto harian en buscar donde asilar, pues de ningun modo era prudencia esponer un tan pequeño número de hombres contra el jigante poder que presentaban los enemigos, para arriesgar un combate.

Desde que el general Sucre tuvo aviso del movimiento que ejecutaban las tropas realistas sobre la capital y conociendo serle imposible el poderlas contener por su inferioridad de fuerzas, se dedicó á fortificar perfectamente



los Castillos del Callao, aumentándoles varias líneas de comunicacion entre sí, quedando encerrado dentro de ellas, el pueblo del Callao. Hallándose los realistas mui inmediatos á la ciudad, ordenó Sucre que todas las tropas se reuniesen y marchasen á ocupar los castillos en donde pensó aguardar á su poderoso enemigo, siendo absolutamente indispensable, dejar á Lima entregada á su destino. Al retirarse las tropas á los castillos, lo efectuaron tambien muchos personages que figuraban en la revolucion y familias que habian contraido compromisos en favor de los patriotas; haciéndolo tambien, todos los miembros de que se componia el Congreso y el mismo Presidente Riva Agüero: de modo, que todo el poder y representacion de la estensa República Peruana, se hallaba entonces reducida á los estrechos límites de un Castillo.

El dia 15 de junio en la noche abandonamos la ciudad y el 16 por la mañana la ocuparon los realistas, los que sin pérdida de momento pasaron todas sus fuerzas en direccion al Callao, situando su Ejército desde la capilla de la Legua hasta el pueblo de Bellavista, poniéndonos en estrecho sitio. El Ejército realista en su marcha á Lima, nos habian destrozado algunas fuerzas que sobre él se habian destacado en observacion, siendo las mas importantes, la que mandaba el guerrillero Huarique que recorria los campos de Chincha, y las de Ninavilca y Vivas situadas en la prolongacion del rio Jurac Mayo, que aunque solo eran montoneras, en el caso en que nos hallábamos, nos eran de notabilísima falta.

El dia 20 de junio notamos, que el Ejército realista se ponia todo sobre las armas, indicando sus preparativos querer ejecutar algun plan de guerra. Esto hizo que por nuestra parte nos dispusiésemos á hacer la debida defensa,

en cuya actitud permanecimos como hasta las 8 de la mañana poco mas ó menos, en que poniéndose en marcha se dirigieron para el Callao hasta sobrepasar un poco el pueblo de Bellavista donde hicieron alto y empezaron á distribuir sus columnas.

Las fuertes murallas coronadas de gruesa y numerosa artilleria bajo cuya proteccion nos hallábamos, parece no arredraron á los realistas: antes bien, se persuadieron, que guiadas sus armas por la victoria que tantas veces los habia conducido en sus alas, los conduciria tambien en esta ocasion en el ataque que habian premeditado. Este exceso de jactancia les hizo mirasen con indiferencia nuestra formidable posicion y se decidiesen á acometernos. Puestos en buen órden y dando la direccion conveniente á las columnas que debian formar los principales ataques, marcharon con paso osado hasta ponerse á nuestro frente. El órden en que se dividieron y direcciones que tomaron, fué como sigue:

Dos batallones, tres escuadrones y otras tres piezas, marcharon por el costado izquierdo á orillear la costa de la mar brava, á tomar por retaguardia la bateria de Santa Rosa, flanqueando al mismo tiempo el costado derecho del castillo Independencia.

Otra columna de tres batallones, cuatro escuadrones y seis piezas bajó recta y perpendicularmente por el camino, á entretener y divertir por esta parte la atencion del castillo Independencia y amenazar ó batir por el centro, el frente de nuestra linea esterior, mientras que las referidas columnas ejecutaban sus ataques; y otra columna de dos batallones, tres escuadrones y dos piezas de artilleria, quedaron de reserva, colocados á retaguardia sobre el centro de ambas alas, para sostener los tres ataques con que á la vez nos amenazaban.



Luego que quedaron en descubierto todas sus fuerzas y puestas á tiros de cañon, fué tal y tan acertado el fuego que se les hizo, y tanta la bala rasa, granadas y metralla que cerraba aquel estrecho recinto, que aun cuando al principio mostraron frio desprecio á nuestra defensa continuando su avanze, se vieron al fin en el forzoso caso de hacer alto y ejecutar un replegue sobre sus columnas de reserva, viendo serles imposible poder pasar por bajo aquella tormenta y lluvia de fierro. Mucha parte del dia permanecieron á nuestra vista, ocupando el tiempo en ejecutar muchas y magníficas maniobras tácticas, en que se advertia el lujo de disciplina que con profusion habia en aquellas tropas y la grande instruccion de su jefe. Por la tarde, varió el aspecto del combate: desprendieron de su ejército unas cuantas compañias lijeras, las que sin temer el ser reducidas á la nada por nuestros fuegos, con impávido y marcial continente se dirijieron sobre nuestra línea de defensas, desplegaron en guerrilla y provocaron un combate parcial. En el instante salieron de nuestro ejército fuerzas suficientes, las que aceptando el desafio, se aproximaron con serenidad á sus adversarios, trabando uu combate en pequeño. Aquí el estruendoso cañon acalló sus mortíferos ecos, para no distraer la atencion de tantos millares de ojos como por ambas partes estaban fijos sobre aquellos valientes gladiadores, deseando cada cual á los de su partido, la corona del combate. ¡Qué maniobras tan hábiles como prontas se ejecutaban allí á cada instante: cómo cada uno procuraba sorprender y engañar á su advertido contrario: qué valor, qué serenidad, qué sangre fria desplegaban ambos: qué fuegos tan activos como certeros se dirigian! ¡Por Dios, que estos recuerdos, hacen todavia entusiasmar el alma! Al fin, siendo ya tarde, se retiraron ambas fuerzas á sus respectivos campos,

habiendo quedado esparcidos en aquellas inmediaciones algunos cadáveres de uno y otro bando.

A los dos dias de este suceso, 22 de junio, se reunió el Congreso en el Castillo principal: ignoro lo que en aquella reunion se discutió, pero el resultado fué que al siguiente dia fué depuesto Riva Agüero de la Presidencia y colocado nuevamente en ella, el marqués de Torretagle.

No sé porqué los Padres conscriptos se afanaban tanto en formar reuniones perdiendo el tiempo, con el objeto de deponer y colocar Presidentes, cuando á la mano tenian al señor Sucre «quien por las críticas circunstancias en que se hallaba el país se le habia conferido poder para que sin consulta pudiese obrar en todo cuanto fuese de su agrado y necesidad pública» el que sin tanta bulla ni aparatos y con solo su voluntad, podia poner y quitar Presidentes á millaradas en un solo instante. Creo que si con Santa Cruz tuvieron respeto á las carceletas, ahora lo tuvieron á las casas-matas que las tenian mas cerca. Aseguraban algunos que esta mutacion de gobernante fué hecho a consecuencia de órden dirigida por Sucre al Congreso; mas como era aun necesario de que el Cuerpo Soberano conservase todavia su representacion y dignidad aun cuando no fuese mas que en la apariencia, se dieron todos los pasos y no se omitió ceremonia alguna, para que la caida de Riva Agüero tuviese todos los síntomas precisos de determinacion nacional. Repito que esto lo referian así, alguno que creo fuesen mal intencionados, pues yo no sé nada.

Riva Agüero sufrió la humillacion de ser depuesto con aparente tranquilidad y resignacion, sin dar muestra alguna de la dolorosa herida que habria en su alma esa medida, pero entregándase desde entonces á la idea, de que el tiempo le proporcionaria los medios de venganza que ya en su

mente meditaba, contra aquel ó aquellos que así lo habian abatido; pues bien conocia, como lo conocia el mundo todo, la mano que le habia dirigido tan sensible golpe.

Un mes hacia ya estábamos sitiados, cuando recibió el general Canterac un expreso del Virey en que le comunicaba, que habiéndole sido imposible contener á Santa Cruz, se habia apoderado ya éste de sus mejores provincias del Alto Perú, y que para desalojarlo de ellas era necesario se pusiese en marcha á reunírsele, haciendo esto con cuanta prontitud le fuese posible á fin de evitar, se acabase de apoderar de lo muy poco que ya le faltaba. En el momento levantaron los realistas el sitio, abandonando el campo el 16 de julio.

Tan pronto como supimos que los enemigos habian levantado el sitio salimos nosotros de las fortalezas en persecusion de ellos y durante unos tres dias les molestamos sus marchas con continuados tiroteos ya que la insuficiencia de nuestras fuerzas no nos permitia emprender cosa que pudiese prometer un resultado favorable; siéndonos al fin forzoso el dejarlos y volvernos á Lima, tanto por la rapidez con que hacian sus marchas los enemigos la que nos era imposible seguir, cuanto para contener los desórdenes que cometian en la ciudad varias pandillas de facinerosos que aprovechándose de la ausencia de las tropas, y bajo el grito de ¡viva la Patria, viva la Libertad! cometian en la mitad del dia, robos y destrozos de la mayor consideracion, y muchos otros escandalosos y terribles hechos que la pluma se resiste el señalarlos, todo con la mayor impunidad.

Tranquilizada que estuvo completamente la ciudad y tomadas las medidas necesarias de seguridad, marchó el general Sucre con su Division colombiana para Arequipa de la que se apoderó sin oposicion alguna, asegurando de este

modo las ventajas que ya hubiese conseguido Santa Cruz, estrechándole al enemigo su territorio y distrayéndole la atencion por esta parte.

Nadie dudaba ya por un momento que el éxito de nuestras armas conducidas por Santa Cruz y apoyadas por los movimientos que ejecutase el célebre general Sucre, diesen los mas brillantes resultados; tanto porque se hallaba aquel jefe posesionado de las provincias mas interesantes del Alto Perú, como porque con esto se le facilitaban recursos de toda espécie para aumentar su ejército, alimentarlo, vestirlo, pagarlo, hacerse de opinion, y favorecer á las fuerzas que ocupaban Arequipa y la costa, cosas todas que le eran ya muy fáciles de practicar por la buena disposicion que para con él tenian los habitantes de aquellas Provincias que él ocupaba, haciéndose con esto mucho mas difícil la posicion de lo enemigos, pues se les quitaban las fuentes de donde sacaban todos sus recursos. Todas las noticias que se recibian en la capital nos confirmaban en esta idea, la que nos hacia persuadir, que la guerra en el Perú, debia ser ya de muy corta duracion. Las últimas noticias y mas circunstanciadas que recibimos del Ejército, fueron estas:

«Hallándose provisto el Ejército de los precisos medios de movilidad, emprendió su marcha el 23 del pasado julio sobre dos líneas interiores: el primer cuerpo desde Torata á las órdenes del señor General en Jefe por la cordillera de Iscanchaca hácia el Desaguadero; y el segundo á las del señor general Gamarra desde Tacna con direccion á la Paz, habiéndose dirigido con anticipacion una Division por mar á las órdenes del señor coronel don Juan Pardo Zela, con destino á la costa de Camania, la que debia obrar conforme á las circunstancias; y dos partidas sobre Tambo y Omate que divirtiesen al enemigo. Los preparativos de este en cortar

caminos y tomar posiciones que faciliten su retirada, indicaba que deseaban poco la aparicion del Ejército. Asi es, que mientras él se hallaba sobrecogido de un cálculo que no estaba en los planes del señor General en Jefe, atravesó el Ejército la cordillera, sin que Carratalá ni ninguno de los jefes españoles hayan podido preveer, ni embarazar este movimiento. En el tránsito de ella, han tenido que sufrir las tropas algunas incomodidades consiguientes al rigor del temperamento, pero el buen órden de las marchas, la resignacion de los soldados y la abundante provision de víveres que han ido formando los pueblos, han hecho menos sensible los trabajos que ofrece una travesía desierta, helada y capaz de arredrar á los hombres que como los nuestros no estén decididos á sobremontar los padecimientos.»

«Desde la Laguna de Iscanchaca, dispuso el señor general en jefe que adelantase sus marchas el coronel don Federico Brandzen con los húsares de su mando; desde el pueblo de Santa Rosa hizo éste avanzar el 27, al mayor Soulanjes con el 2° escuadron del mismo cuerpo, á efecto de tomar el Desaguadero, que en efecto ocupó el 29 haciendo huir con sola su descubierta á diez hombres que lo guardaban: estos habian coriado con prevencion el puente, pero los punanos indíjenas del pueblo y sus inmediaciones, lo repusieron en menos de dos horas».

«De dicho pueblo de Santa Rosa, donde el ejército descansó 30 horas, creyendo el señor general en jefe que los enemigos pusiesen empeño en recobrar tan interesante punto. ordenó que el coronel don Miguel Vargas, comandante del batallon núm. 4 continuase la marcha á reunirse á los Húsares con una columna compuesta de 320 hombres, escojidos de los cuerpos de infanteria, aunque no llegó á ser preciso

este refuerzo, porque los enemigos atolondrados con la sorpresa, no pensaron en otra cosa que en salvarse».

«El dia 5 en que se reunió el primer cuerpo del ejército en el Desaguadero, marchó el coronel Brandzen con dos escuadrones de Húsares y las columnas del coronel Vargas, sobre la ciudad de La Paz, la que ocupó el 7, pocos momentos despues de haber entrado una partida de lanceros con el comandante Navajas del segundo cuerpo, que se hallaba ya en Viacha».

«El gobernador español Ituarte, sabiendo la toma de Desaguadero, abandonó precipitadamente la ciudad, dejando en ella un parque abundante, vestuarios y considerable número de utiles y òbras de maestranza. Su direccion incierta á la salida, acreditaba bien la sorpresa y absoluta ignorancia de nuestro estado, que aún conservaban él y todos los jefes de su partido, sin embargo de que corrieron mas de ocho dias, hasta que pudo reunirse con Olañeta».

«Este en efecto, lo encontró en Calamarca con una fuerza que reunida á la Ituarte, no pasaba de mil hombres entre infanteria y caballeria. Dicho general, sin conocimiento de la nuestra, avanzó hasta ese punto, pero le ha costado bien caro. El segundo cuerpo del ejército que el señor general en jefe habia dispuesto marchase sobre él, llevando el refuerzo de la columna del coronel Vargas y un escuadron de Hùsares, tuvo la felicidad de encontrarlos el dia 10. Olañeta habia emboscado los tres escuadrones que tenia á las inmediaciones de Calamarca. Nuestra descubierta compuesta de una mitad de Húsares, se afrontó á ellos, el oficial que mandaba tuvo la temeridad de acometerlos sin órden; ni esperar la columna que le seguia: mientras se aechillaban, se acercó nuestra caballeria, cuya vista no agradó á los dragones de Olañeta y los precipitó á una fuga vergonzosa,

dejando algunos muertos, caballos y armas. La cercania de la noche y el estar rendidos los caballos por larga jornada de ese dia, no dió lugar á que se les persiguiese: el señor general Gamarra sigue sus marchas redobladas sobre Olañeta, quien á mas de la melancolia de sus cálculos, lleva en su frente y las de los suyos, pintado el terror. El coronel Lanza que por prevenciones anticipadas del señor general en jefe debia situarse sobre el camino de Oruro, se halla ya con sn division, reunido con el señor general Gamarra y se espera que en la fuga del enemigo, los males que está acostumbrado á hacer á los españoles».

«Una marcha tan pronta como firme del ejército expedicionario hasta el interior del país: las medidas adoptadas para ocultar al enemigo nuestros movimientos; los planes tan bien combinados desde el principio, que desde Jauja hasta Tupiza han hecho que nos burlemos de Canterac y Laserna, Carratalá y Olañeta: la ocupacion del Desaguadero y sus provincias de derecha é izqnierda á poco mas de dos meses de haber salido de Lima: el haber cortado por el centro la línea enemiga, privándola de los inmensos recursos que arrancaban los españoles de las cuatro provincias del Alto Perú, y que de aquí adelante deben servir á nuestro provecho: es un conjunto de circunstancias tan feliz á la libertad del país, cuanto impodentes á un enemigo que ya huye despavorido».

«Canterac con la victoria Moquegua se creyó absoluto dueño del Perú, y estaba fuera de sus cálculos, que este pudiese hacer un esfuerzo, cual ha sido despues con asombro. Se ocupó en el plan de ocupar á Lima, ignorando que el gobierno del Perú en manos de un patriota ilustre preparaba y dirijia una expedicion poderosa al sud, y que nada mas deseaba para arruinar á los españoles, que el que ellos pa-

sasen la cordillera y ocupasen á Lima. Canterac se cegó en efecto, y cayó sin dificultad alguna en el lazo que se le disponia».

«Las posiciones que ocupamos están sostenidas por la naturaleza, por la fuerza y por el amor á la independencia. Bien pueden Laserna, Valdés y Canterac, apurar sus rigores en los pueblos que tiranizan: estos en un ejército poderoso tienen el apoyo y respeto que necesitan para desplegar sus sentimientos. Se halla el ejército sin un contraste, á mas de cien leguas de la costa: ha destruido y eslá próximo á destruir una parte de les fuerzas enemigas: se ha recibido la expresion de los buenos deseos que animan á los jefes y oficiales que están todavia al servicio de ellos. algunos de estos, ocupan ya nuestras filas: los pueblos que no están agobiados por las armas, se han declarado por nosotros: por todas partes nos llaman con encarecimiento: por donde quiera encontramos hermanos, ámigos y entusiastas por la independencia».

«¡¡Brame el español en su despecho, que la fortuna, se ha puesto ya de acuerdo con el destino de la América?!»

«Cuartel general en Viacha, agosto diez y siete de mil ochocientos veintitres».

Este boletin que tan minuciosamente detallaba los movimientos y ventajas conseguidos por el ejército de Santa Cruz, llenó del mayor gozo y entusiasmo al pueblo limeño: las bocas los elogiàban, las campanas la aplaudian, las salvas de artillerian la celebraban. ¡Todo era júbilo!—el dominio de rey se concluia—la guerra era infaliblemente terminada. ¡Libertad, libertad, y el nombre de Santa Cruz, por todas partes resonaba!

XVII

Llega el resto del ejército colombiano al Perú.—Los realistas atacan y reducen á la nada el ejército de Santa Cruz.—Parte detallada que dá el general Canterac de su victoria.—El Congreso concede á Bolívar las facultades extraordinarias.—Riva Agüero se defecciona con el departamento de Trujillo.—El Congreso encomienda la pacificacion de aquel motin.— Campaña de Bolívar contra Riva Agüero.—Queda Lima guarnecida por dos mil soldados, del ejército de los Andes y piquetes de los demás cuerpos del ejército.

No podia elevarse á mas alto grado, la alegria que esperimentaban los ciudadanos de Lima. Ellos se extasiaban paladeando de mil modos la copa del suave nectar que por primera vez y en tan dilatado tiempo les brindaba la fortuna: todos creian ya, ver realizarse sus ensueños; y efectivamente, valiéndome de las mismas espresiones del boletin, parecia indudable qne la fortuna se hubiese puesto ya de acuerdo con el destino de la América, segun la faz que en aquella actualidad presentaban los negocios de la guerra en el país.

Todavia quiso la fortuna lisonjear mas sus ilusiones, pues al principio del mes de setiembre y cuando estaban aún saboreando lo mas esquisito de sus contentos, arribaron al Callao con procedencia de Guayaquil, los últimos buques que conducian la 2ª division del ejército colombiano; y el general Bolívar jefe de ella, se presentó en Lima, casi al mismo tiempo. Vióse con esto el Perú, cual jamás creia haberse visto; un ejército tenia en la costa, mandado por un jefe que habia hecho conocer su nombre en toda la guerra de Colombia: otro y mas fuerte en el interior del Perú, que amenazaba aniquilar á los enemigos: los recursos en todas partes se aumentaban; la opinion acrecia á grandes pasos; en fin, no podian ya desearse mas felicidades.

A la llegada de Bolívar le concedió el congreso peruano, el mando del ejército de la nacion, tanto del que operaba en el Alto Perú, como de las tropas situadas sobre la costa. Bolívar admitió el mando, y en el acto se puso en comunicacion con Santa Cruz, permaneciendo seguidamente en una total inaccion, atendiendo únicamente, segun parecia, al cuidado de sus tropas colombianas y á aguardar el resultado de la campaña de Santa Cruz.

Sumamente doloroso y sensible me es, al verme obligado á perturbar la felicidad que gozaban los corazones de aquel crecido número de ciudadanos, con solo el objeto de conducirlos otra vez al camino de las desgracias, de donde la fortuna por uno de esos incomprensibles y estraños caprichos los sacó por un momento, sin duda, para hacerles mas amargos é insufribles, los pesares que le deparaba; pero fuerza es hacerlo para poder continuar.

Aun duraban en Lima los regocijos públicos y la alegria en todos, cuando ¡podré decirlo! llegó junto con algunos dispersos la noticia ¡fatal desgracia! que el Ejército libertador del Sud, sin batirse, ni ser batido, habia sido completamente destrozado y escapado muy pocos de él.

El parte dado por el general Canterac, que á este tiempo llegó á nuestras manos, nos informó del pormenor de tan lamentable suceso, él decia así:

«Triunfo del Ejército Nacional.

«Entre las naciones cultas y en el seno de las sociedades civiles á penas seria creible la disolucion de un Ejército que sin ser batido, ha dejado de existir para siempre.

«No estaba en el cálculo de los hombres, como titulándose con arrogancia, Poderoso, Libertador del Sud y vencedor en Pichincha, fugase cobarde llevando delante de sí, el espanto y la muerte. Ello ha sucedido: las Provincias

han visto que Santa Cruz sabe jurar en vano: sus promesas al Congreso de Lima fueron del momento. Ofreció por el Diós que le oía, sellar con su sangre el fatal Decreto de una desgracia: las palabras no han estado de acuerdo con las obras.»

«Tímido porque su mismo crímen le asusta, sus cuidados no han sido otros, que salvar su individuo. Los pueblos que ha compromentido, los muchos infelices que ha arrastrado á la desgracia; y los innumerables males que ha causado á la humanidad, habian importado mui poco en su meditacion. ¡Malvado! ¿cómo respondereis ante el Eterno? Y vosotros peruanos, creed, que los llamados libertadores, no tienen otro objeto en sus empresas, que el interés personal, la ambicion, el engaño, la violencia y rapiña. La anarquía preside sus pasos: el despotismo los sigue. Si todavia hay incrédulos un cuadro muy lijero de cuanto ha ocurrido en esta campaña, los desengañaria. Helo aquí:

«Persuadido Riva Agüero que despues del triunfo de Moquegua, el Gobierno legítimo del Perú, sin buen cálculo proyéctase la ocupacion de Lima, emprendió su dislocada espedicion á los Intermedios: los resultados le han acreditado que se sabe pensar. Todas las medidas estaban tomadas. La internacion de los enemigos era el momento de su ruina, con la sorpresa del escuadron de Arequipa, se alucinaron: desde este momento pensó Santa Cruz que era invencible. Entró en su cálculo un plan cuya sola magnitud espanta: quiso llevarlo al fin, y como el excelentísimo señor Virey con sus acertadas medidas todo lo alcanza, no le fué posible verificarla. Ocupado el Desaguadero, la Paz, Oruro, Cochabamba; y bien guarnecido el primer punto, siendo casi imposible su tránsito por las

tropas situadas en el otro lado; dueño de Potosí y Chuquisaca, comunicando con las provincias de abajo, pensó hacer eterno su imperio en el Perú ¡¡ Miserables !! ¿ignoraba acaso que nuestros soldados saben vencer la naturaleza?

«Mientras los enemigos situaban sus grandes fuerzas en Oruro, el ejército nacional pasaba el Desaguadero por el punto de Calacoto, despues que hizo ver al enemigo todo lo que era capaz; compañias sueltas de los batallones Victoria y Cazadores, al mando del intrépido y acreditado general Valdez, le dispersaron dos columnas. El triunfo hubiera sido completo, si la noche no lo impide.»

«El Desguadero se pasó á nado—los obstáculos se allanaron, cada soldado luchó con la naturaleza, todos la vencieron, ¡ella quedó absorta! ¡Pueblos! ¿lo creeis,? pues lo habeis visto.»

«Atolondrado el enemigo con un suceso que no estaba á sus alcances, emprendió su retirada á Oruro. Unido Santa Cruz con Gamarra mandando seis mil hombres, no se atrevió á buscar á nuestro ejército cuya fuerza era inferior. Entretanto el Excmo. señor Virey obró como quiso y ocupó el punto de Sora-Sora, para comunicarse con el general Olañeta. Antes de esta reunion, bien pudo nuestro ejército batir y destrozar al enemigo. La victoria no favorece al mayor número; ni la fortuna á quien llaman ciega, jamás ha decidido de las batallas. La disciplina, el valor, la constancia y buen cálculo, llevan las empresas á su fin. Todo esto se hallaba por nuestra parte; mas la filantropía de nuestros generales, quiso vencer de una manera ventajosa á la humanidad. Muchas veces se llora sobre el campo mismo de la victoria: el ejército nacional ha triunfado sin que le cueste una sola gota de sangre.»

«Reunida la Division del general Olañeta con el grueso del ejército el 15, los soldados se contaban mutuamente sus heróicas hazañas: el uno decia: Vencí en Salta y el tirano general Guemes, murió á mis manos: mientras el otro mostraba las heridas recibidas en Torata y Moquegua. Allí se derramó mi sangre, decia otro, porque la anarquía no tremolase su devastador pendon en el Perú. La hé seguido á Lima, y de allí vuelvo á concluirla! Así es, que el entusiasmo llegó, á un grado increible.»

«El 14, campamos en Anco-Ñuño, y de allí vinimos á amanecer en Sica, donde el enemigo habia dormido aquella noche. Su retirada fué á nuestra vista, dejando como cien tiendas de campaña, enfermos, y varios útiles de guerra. Solo el escuadron de Tarija lo puso en confusion, y el señor general Valdez, constante, lleno de valor y actividad, lo persiguió hasta Ayo Ayo. En el camino se le tomaron muchísimos prisioneros, fusiles, caballos y municiones. Lo mas admirable es, que á sus soldados enfermos ó cansados que no podian seguir su precipitada fuga, les inutilizaban los brazos ó piernas con un tiro ó sablazo: ¡Monstruos! ¿por qué no los asesinabais mas bien? Al llegar á Cajamarca, tomamos ochenta prisioneros armados, diez cajones de municiones, la Imprenta, y su director don José Rodriguez. En Viacha, fué sorprendido un escuadron de lanceros: cayeron once prisioneros, veinte muertos, y los demas dispersos.»

«Nuestra columna á las órdenes del señor general Valdez, despues de marchas precipitadas sin comer ni dormir, ocupó el Desaguadero, puesto ya el Puente á disposicion del Excmo. señor Virey por el oficial enemigo Machuca, con tres oficiales mas, ciento cuarenta hombres, dos piezas de artilleria de á 4, y las municiones respectivas. No le

ha quedado á Santa Cruz otro recurso, que abandonar los restos del ejército y salvarse, escoltado de alguna parte de su caballeria. Cada jefe despavorido, ignora la ruta que ha de tomar y probablemente caeran todos á manos de nuestras tropas que se hallan situadas en la costa, á las órdenes del señor general Carratalá que todavia les persigue.»

«La campaña ha sido la mas feliz. Con muy pocos tiros de fusil, se ha logrado dispersar un ejército de seis mil hombres: mas de mil y quinientos prisioneros: otros tantos fusiles, su bandera general, la del número tres, las cureñas, artilleria y municiones de esta, cien mil cartuchos de fusil, botiquines, equipages y cuantos elementos poseian.»

«¡Pueblos! Por esperiencia conoceis el mal que os causan los que se titulan libertadores. No pueden prosperar su causa cimentada en principios débiles. Anarquistas, sin virtudes, llenos de ambicion. poseidos de las pasiones mas negras, su fin único es el ejercicio de la venganza y el crímen. Os arrastran al precipicio: temedlos, aborrecedlos.»

«¡Permita el cielo que todos unidos hagamos la felicidad de la América y que disfrute una paz sólida, bajo el gobierno español!»

«Paz, setiembre 30 de 1823—José Canterac.»

Ademas de las desgracias referidas en el parte anterior, aun quedaban que lamentar otras.

Inmediatamente que los realitas obtuvieron el triunfo sobre Santa Cruz, dirigieron sus marchas á Arequipa, ocupada por el señor general Sucre. Al saber este jefe la destruccion del ejército del sud y que fuerzas enemigas se dirigian á batirlo, sacó sus tropas de la ciudad con el

intento de ponerse en retirada y dejando solo una corta guarnicion para que se conservarse el órden; mas á la aproximacion de los realistas y al tenerse que retirar esta corta fuerza, se sublevó el vecindario en favor de los vencedores y al pasar por las calles los colombianos, les arrojaban desde las azoteas y ventanas, piedras, palos, algunas balas y una regular cantidad de agua hirviendo, con la que desollaron y volvieron blancos á muchos de aquellos negros.

Ocupada por los realistas la ciudad de Arequipa, salieron inmediatamente en persecusion de Sucre que hacia despacio su retirada, encontrándose al otro lado del Puente de la ciudad con un regimiento de caballeria que dicho señor Sucre habia dejado en observacion, el que fué acuchillado tan completamente, que no salvaron seis de él. Todo el resto de la Division se libró sin ser batida y con una pérdida insignificante.

Corria generalmente la voz y aseguraban muchas personas de que los lamentables y desastrosos sucesos ocurridos tenian su orígen en mandatos y órdenes precisas y exigentes espedidas al efecto, por hombres cuya ambicion todo lo querian abrazar, animándolos á la ejecucion del hecho la depravacion de sus almas; y á la debilidad é infamia de las de otros, en obedecer y dar cumplimiento á tan horrendas miras; mas no es aquí del caso, ni seria prudencia, citar nombres. Si ello fuese verdad, dejemos al Eterno el cuidado de instruir el proceso y formar los cargos contra tan altos delincuentes; á estos, el inmenso trabajo de tener que contestar á ellos; y á la historia, que conserve esos detestables nombres en el catálogo de sus muertos para execracion de la posteridad, mientras nosotros nos ocupamos en continuar la narracion de los sucesos.

Comprobado el parte y noticia anteriores con los dispersos llegados á Lima, quedó sumida en la mayor conternacion y su alegria, convertida en luto. Todos vieron el giro desconsolador que repentina é inpensadamente habian tomado los negocios de la guerra. Los patriotas mas decididos vacilaron en su opinion. Algunos se decidian por el partido contrario: otros no sabian por quien decidirse, ni que resolver: otros, por no esperimentar la gratitud de ninguno de los dos partidos, procuraban con diligencia poner sus vidas é intereses en salvo en otro país; y aquellos á quienes sus hechos los hacian muy visibles ó notables en la revolucion, emigraban á donde primero podian aun sin disponer de sus intereses que muchos dejaban abandonados, contentándose con poder siquiera librar sus personas. Nadie queria aguardar para ser testigo del desenlace de aquel penoso y espantoso drama, pues no habia quien no estuviese convencido, que por la impotencia de nuestro poder, era ya sumamente difícil, rayando en lo imposible, poder dar un solo paso mas sobre la libertad del país, aniquilados completamente sus recursos: cuando los negocios de la guerra parecia hubiesen llegado á su fin y cuando los realistas de dia en dia, se iban haciendo mas formidables y poderosos. ¡ Qué confusion, qué trastorno se observaba en todo !

Todas las fuerzas existentes en Lima, únicas con que contaban los patriotas, ascendian cuando mas á unos cuatro mil hombres ¡ todos recientemente escarmentados por los enemigos ! ¿ Podia esperarse que esta tropa hiciese algo bueno ? ¡ imposible, ! mientras que las fuerzas contrarias constantemente victoriosas, podian ascender á unos veinte mil hombres, entre altos y bajos. ¿ Qué arbitrio pues les restaba á los habitantes de la desgraciada Lima,

que comprometidos se veian, precisados á sufrir la multitud de infortunios que les amenazaba, ni qué recursos adoptarian en medio de tantas penurias y de aflicciones tantas? Volver los ojos al único y último apoyo que les restaba.

Los que habian aguardado el éxito de la campaña de Santa Cruz vieron con doloroso asombro cuan desastrosa habia sido, cuán violentamente habian cambiado los asuntos políticos y cuán exigente era procurar un pronto remedio. Todos conocieron que para eludir la completa ruina, que evidente y próximamente debia envolver el país, era forzosamente necesario encomendar su destino en manos de un hombre que fuese capaz de tomar á su cargo y desempeñar esta empresa, confiándole, tanto la fuerza armada, como el mando de toda la nacion sin limitaciones. Bolivar acababa de llegar con fuerzas, era el único que las tenia; era el único tambien que en aquellas angustiosas circunstancias podia hacer algo: él debia ser el jefe del Perú.

El Cuerpo Soberano se reunió y de unánime consentimiento, dieron á Bolivar el mando político y militar de la nacion con las facultades estraordinarias requeridas por el caso: rogándole al mismo tiempo, que con la mayor eficacia hiciese cuanto le fuese posible, á fin de que por medio de sus acertadas disposiciones, desapareciese el gran cúmulo de males que amenazaban absorver el país y volviese la tranquilidad y confianza á los ánimos.

Bolivar manifestó agradecer al Cuerpo Soberano la confianza que en él depositaba, admitiendo solamente el mando militar y estraordinarias facultades, negándose á investirse con el mando de la nacion.

A pesar de que, tanto el consentimiento nacional re-

presentado en su Congreso, como lo afligente de las circunstancias, ponian á Bolivar á cubierto de toda censura y sospecha de que ambicionaba mandar en el Perú absolutamente y sin embarazo alguno, quiso en esta ocasion dar un paso ostentoso que acreditase el desinterés de que estaba animado negándose á admitir el mando político de la nacion, aparentando solo contentarse con el poder militsr; porque bien conoció que aun no era llegado el momento de dar el salto que tanto deseaba, pues estaba convencido, que aun cuando en Colombia habia sido el Dios ante quien todo el mundo doblaba la rodilla, en el Perú no era mas que un Idolo á quien todo el mundo detestaba; y que si permanecia sobre el altar, era solo, en fuerza de las circunstancias. Conoció tambien que para atraerse la opinion y afecto de los naturales del país, del que hasta entonces carecia y que jamás lo pudo conseguir, era forzoso aun, dejar á los peruanos la ilusion de que eran mandados por sus naturales autoridades, y el querer precipitar las cosas, seria esponerse á sufrir una reaccion, que fuesen cuales fuesen los resultados, nunca le podian producir ventajas y mucho menos en aquella ocasion: en este concepto se decidió á continuar contemporizando con las circunstancias; hasta que la misma fuerza de los acontecimientos lo condujesen á donde él tenia fijadas las miras, y cuya época no la consideraba distante.

Puesto Bolivar en el goce de su nueva autoridad, desapareció de él la apatía é inaccion que hasta entonces parecia haberlo dominado y uno de sus primeros actos fné, fomentar el abatido y casi olvidado ejército. Se entabló nuevamente una muy activa disciplina en él; se pusieron oficiales de confianza á la cabeza de las tropas:



se dirigieron á los pueblos gruesos contingentes de reclutas para aumentar el ejército del Perú, procediendo á su organizacion con la presteza que pedian las circunstancias; se pidieron empréstitos numerosos, al uso de aquel tiempo. y de este modo al poco tiempo, constaba nuestro ejército todo de unos 8000 hombres.

El Presidente Riva Agüero. despues de haber sido depuesto del mando de la nacion y conservando en su alma un profundo resentimiento por la accion cometida en él, en cuanto se lo permitieron las circunstancias se retiró al departamento de Trujillo estableciéndose en esa ciudad, siendo desde su llegada el cuidado que mas le ocupó el proporcionarse los medios de llevar á ejecucion los planes de venganza que meditaba: con este fin logró sobornar y seducir la corta guarnicion que allí habia y algunos otros jefes y oficiales sueltos, los que se comprometieron á ayudarlo en su empresa: seguidamente dirigió sus miras á proporcionarse los recursos necesarios para su empresa, que en verdad no era chica, y en indisponer por medio de sus satélites, los ánimos de los habitantes de aquel departamento contra el Gobierno actual y muy especialmente contra las personas de Bolivar, Sucre y demas colombianos.

Cuando consideró que todo estaba como lo apetecia y la opinion pública bien amoldada á sus deseos, se declaró en abierta defeccion, procediendo con sorprendente prontitud á la reunion y organizacion de tropas, llegando á poner sobre las armas un considerable numero de soldados, de muy regular disciplina, bien armados y con sobrado entusiasmo. Mientras que de este modo se disponia y sin perder tiempo, no cesaba de espedir proclamas á su departamento invitándolos á que tomasen las armas,

haciendo entender, que el Tirano Bolivar, so color de auxiliar, se habia introducido en el Perú con su pandilla, siendo de estos mas perniciosa la presencia y permanencia en el país, que la del enemigo comun.

De este modo quedó enarbolado el estandarte de la rebelion, y el Perú dividido en partidos, siendo el principal intento de Riva Agüero hacer recaer sobre Bolivar toda la odiosidad posible, á fin de que de ella resultase una reaccion contra los colombianos, que diese el resultado de la espulsion de estos del Perú, y ver si podia él colocarse en el mando supremo.

El grande incremento que iba tomando el motin ocasionado por Riva Agüero; la jamás creida prontitud con que habia formado un ejército; las operaciones qee pudiese emprender; los doblados trastornos que podia causar, y las alarmantes ideas que esparcian sus proclamas que segun parecia surtian efecto; todo esto puso en gran cuidado al mismo Bolivar, pues no era fácil poder calcular, hasta donde pudiese llegar el vuelo de la rebelion ni el giro que tomarian los asuntos de la guerra, ya de por sí harto melancólicos y desconsoladores.

Reunido nuevamente el Congreso para tomar las mas activas medidas á fin de cortar lo mas pronto posible aquel cáncer político, acordó en 1° de octubre, que el general Bolivar con preferencia á cualesquiera otro plan militar que hubiese formado, marchase lo mas pronto posible contra Riva Agüero y destruyese aquella faccion.

Creo que jamás se le hubiese podido proponer á Bolivar, mision mas de su agrado, ni empresa que con mas placer emprendiese; pues, sabedor de los elojios que de él hacia Riva Agüero y del buen concepto que gozaba en



los habitantes de aquel departamento, deseaba hacer una visita á su panejirista.

Tomó pues la mayor y mejor parte del ejército y se dirigió á la costa de abajo, dejando á Lima guarnecida con una fuerza como de dos mil hombres, la mayor parte de ellos pertenecientes al ejército de los Andes; y el resto, compuesto de piquetes y cuadros del Perú, Chile y Colombia, todos los cuales estaban destinados para bases de cuerpos que sobre ellos debian formarse.

XVIII

La Division de los Andes y piquetes, marchan á acuartelarse á los castillos de Callao: Sublévase esta fuerza y abraza el partido del rey: Riva Agüero traicionado por La Fuente y entregado á Bolivar: El Congreso concede á Bolivar la dictadura del Perú: Los sublevados en los Castillos piden proteccion al virey y éstc les manda fuerzas: Retirada á Trujillo de la poca tropa que en Lima habia, de los patriotas: Rio de Santa: Grave enfermedad que sufrí: Situacion geográfica y local de Trujillo: Campaña contra los realistas: Batalla de Junin.

Con esta funesta alternativa concluyó el año 1823, y los sucesos del siguiente no son menos curiosos que grandes.

Los dos mil soldados que quedaron en Lima de guarnicion y que la mayor parte de ellos como queda dicho, pertenecian á la division del ejército de los Andes, fueron puestos á disposicion del general don Enrique Martinez, el cual, recibió órden de Su Excelencia el Presidente Torretagle en diez y seis de Enero, para que las tropas que estaban á su mando marchasen al Callao y se acuartelasen en los Castillos.

El general Martinez al recibir la órden, tuvo la oportunidad de hacer presente la denudez en que se hallaba su

tropa, y el mucho tiempo que ni esta, ni la oficialidad recibian un solo peso, cuando el resto del ejército estaba regularmente pagado y equipado. A esto se le contestó, que muy luego serian atendidos en todo, y que por entonces cumpliese la órden que se le habia dado: en efecto, inmediatamente se le dió el debido lleno.

Desde que Su Excelencia el señor Presidente de la República Peruana Marqués de Torretagle, comprendió el fatal estado en que se hallaban los asuntos políticos; la muy poca garantia que ofrecian estos á su persona é inteses; que la silla que ocupaba, indispensablemente tendria que cederla á Bolivar, quien le dirigia tiernísimas miradas, y que segun parecia, no se encontraria disgustado sentándose en ella; que por otra parte, un nuevo competidor le disputaba el puesto á mano armada; y que finalmente, todo se iba volviendo un fandango de negros, de cuyo conjunto de desordenadas circunstancias, los únicos que reportarian ventajas positivas serian los realistas: considerando pues lo muy críticos de su situacion y deseando librarse del tremendo golpe que su inmediata caida le amenazaba, empezó á buscar en su fecundísima imaginativa, un remedio que lo sacase de tanto apuro. Estando todas las probabilidades porque los realistas volverian á ser los dueños absolutos del Perú, y conociendo Torretagle lo muy particularmente que sus hechos lo habian recomendado á los realistas, y causándole esto suma inquietud, pensó el congraciarse con ellos intrigando á su favor, y aquel terrible y feroz perseguidor, juez, acusador, ejecutor, instrumento y cadalzo de los españoles cuando se consideraba fuerte, luego que se vió amenazado por el peligro, tuvo la insolente, pérfida y asquerosa bajeza de entrar en combinacion con los realistas para constituirse á su vez en



sanguinario azote de sus mismos compatriotas y correligionarios políticos; queriendo con esto añadir á los honrosos títulos que ya á su nombre adornaban, el de alto traidor. La posicion que ocupaba Torretagle le garantia el poder continuar y mantener secretas sus comunicaciones é intrigas con los realistas, y le proporcionaba poderosos medios, no solo para disolver la poca fuerza que en Lima habia, sino para estorbar tambien los subsiguientes movimientos y operaciones del ejército.

La palabra que dió al general Martinez de mandar dinero, etc, para la division, jamás tuvo efecto: la racion que se daba á la tropa era escasa y de malísima calidad: la fatiga, mucha: el tiempo que hacia no se les daba el mas mínimo socorro, de algunos meses; y el vestuario que tenian, estaba enteramente destrozado. La conducta que observaba el gobierno exasperó enteramente á la tropa y la noche del 5 de Febrero se sublevaron. Pusieron presos á cuantos jefes y oficiales pillaron, se hicieron dueños de los Castillos y nombraron jefes que los mandase, de ellos mismos De esta ocurrencia tuvo aviso el gobierno el 6 por la mañana.

Este fatal acontecimiento era como la posdata á los males que inundaban y asolaban el Perú, Los pocos jefes que en la capital habian, no sabian que resolucion tomar. El gobierno ordenó que unos ciento y treinta soldados que se hallaban en la ciudad, entre enfermos, convalecientes y licenciados, pasasen á situarse sobre el camino que conduce al Callao, á contener cualesquiera empresa que intentasen los sublevados en cuanto fuese posible, debiendo engrosar esta fuerza, algunas partidas de montoneras que existian a las inmediaciones de Lima. En estas disposiciones se pasó hasta el dia 9.

Los sublevados permanecian en los Castillos á puerta cerrada, sin haber intentado hasta entonces, el menor movimiento hostíl. A pesar de esta apatía, la posicion de los revoltosos era imponente; tanto por su número, cuanto por los puntos que ocupaban; mas no sabiéndose hasta entonces la causa de su procedimiento, les mandó el gobierno el dia diez al general don Cirilo Correa para que hablase con ellos y viese si podia seducirlos. El general Correa fué recibido por los amotinadores con afabilidad, y al preguntar este jefe la causa de aquella asonada, le contestó el sargento Moyano (ya investido con el carácter de general y motor de la revolucion) que ya habia llegado el tiempo de poner un término fuese cual fuese á los males que aquella pobre division, desgraciado resto del ejército de los Andes, hacia años que padecia: la mayor parte de estos soldados que hoy mando «dijo Moyano,» señor general, y yo su jefe, hemos pertenecido al ejército con que espedicionó el señor general San Martin sobre Chile desde la otra barrera de los Andes. Si supimos ó no pelear, señor general, se puede calcular fácil y exactamente sin necesidad de preguntarlo, por el número de cadáveres enemigos que por repetidas veces cubrieron los campos chilenos. Libre ya ese país, pasamos á este con el mismo objeto: mientras el general San Martin nos dirigia, venciamos sin necesidad de otros auxilios, que nuestras armas, nuestros brazos y nuestro jefe: ¡Este desapareció! ¿y cuál es nuestra suerte desde entónces? ¡la mas desgraciada y exasperante del mundo! Ved, señor general, á esos soldados del *veinte y cinco de Mayo*, cubiertos de andrajos como el mas dedichado mendigo, descubriéndose por entre las roturas de sus miserables vestidos las carnes, y en ellas, las cicatrices de heridas que recibieron de manos enemigas por defender el país.



Vedlos, macilentos y estenuados, porque como á animales inmundos, no como á soldados libertadores del Perú, se les dá una miserable y malísima racion, aun no suficiente para poder conservar la vida. Privados de mucho tiempo acá de los goces que se le proporcionan al resto del ejército, solo se ha te nido presente a estos infelices, para que como brutos, sufran el hambre, denudez, penurias y fatigas. Mas bien han sido tratados como míseros esclavos, que como soldados que han traido la libertad á este suelo. Convencidos estamos hasta la evidencia de que ya no somos necesarios al país, cuando de semejante modo se nos trata; pero debia tenerse presente que pertenecemos á una nacion, que tenemos un gobierno, al que en caso de ser gravosos é inútiles al Perú, nos podian mandar, pues buques han habido en que poderlo hacer; y no, que se han tocado todos los resortes para exasperarnos, hasta el lamentable estado de tener que tomar las armas, para con ellas, protejer nuestra conservacion.

Estas, señor general, son las razones que tenemos, para habernos resuelto á lo que veis. si tenemos razon para ello, ó no, podeis juzgarlo.

Al efectuar un hecho de la naturaleza del presente, no se nos oculta el peso que sobre nosotros gravita: vemos en la frente los unos de los otros, escrita la sentencia de nuestra muerte: todos estamos dispuestos á sufrirla, pues ni en nuestra patria, ni aquí, ni en ninguna parte, podemos salvarlas; pero ya que nuestro destino es morir, moriremos todos, y las armas que tan decididamente hemos tomado, no las dejaremos de las manos hasta no habernos vengado si podemos del modo que deseamos, de tantos ultrajes como hemos sufrido. Creo me habreis entendido,

y estos sentimientos, trasmitidlos fielmente de nuestra parte al gobierno.»

Así despacharon los reboltosos al general Correa, el que puso en conocimiento de la autoridad todo lo ocurrido, y Torretagle, en vez de buscar por todos los medios posibles la pacificacion de aquella rebelion, que tal vez, si su manejo hubiese sido otro lo hubiera conseguido, les hizo saber, que quedaban sujetos á todo el rigor de las leyes, y que con la sangre de ellos seria lavado el borron que habian echado sobre la patria.

No teniendo ya nada que esperar los del Castillo y acabados de agriar sus ánimos con la contestacion recibida, dejaron la actitud pacífica que hasta entonces habian conservado. Arbolaron la bandera española en las fortalezas, soltaron á todos los jefes y oficiales del ejército del rey que se hallaban prisioneros en Casas Matas, rompiendo una hostilidad activa cootra los defensores de Lima, dando cuenta al rey del movimiento que habian hecho; poniendo la fuerza y Castillos á sus órdenes, al mismo tiempo que le pedian refuerzo de tropas á fin de poder con seguridad, repeler cualesquiera medida que contra ellos tomase Bolivar. Informado el virey del caso y sin pérdida de momentos, ordenó al general don Antonio Monet, marchase en proteccion de los Castillos, con la fuerza que le detalló.

Mas, dediquemos por un momento la atencion á Riva Agüero' que decidido á hacer competencia á las tropas que marchaban contra él, habia reunido todos los elementos de guerra necesarios, lisonjeándose de poder salir en la empresa en que se hallaba comprometido, con todas las ventajas quu se imaginaba, mucho mas fundada su esperanza, cuando se hallaban á sus órdenes muchos je-

fes de algun crédito, y un buen número de soldados aguerridos, por lo cual esperaba á su competidor sin temerlo.

Bien sabia Bolivar los preparativos de su contrario, mas no por eso paralizó sus marchas, antes bien, las redobló.

Sabido por los jefes que mandaban las tropas de Riva Agüero la proximidad en que estaban ya las fuerzas colombianas y su decidida intencion, quisieron evitar con ellas toda clase de cuestion, para cuyo efecto en la noche que mas satisfactoriamente descansaba en su lecho Riva Agüero, bien lejos de figurarse el ser traicionado, le fué circulada la casa por dos regimientos de caballeria, y hecha esta operacion, entró el coronel don Antonio Gutierrez de la Fuente con espada en mano hasta el aposento de su superior, le intimó se rindiese y le tomó preso. Envanecido la Fuente con el grandioso hecho de haber puesto en cadenas á Riva Agüero, dió aviso prontamente de lo ocurrido á Bolivar y éste aprovechando tan inesperada oportunidad, precipitó sus marchas y al tercero dia entró en Trujillo. Suficiente fué la ocupacion de esta capital por las tropas que mandaba Bolivar para que aquella ruidosa y amenazante rebelion, desapareciese sin dejar vestigio y el departamento todo, quedó en la mas perfecta tranquilidad: mas no consiguió Bolivar como lo habia pensado, engrosar su ejército con. las tropas que tenia reunidas Riva Agüero, pues estas se disiparon como el humo, siendo raro el soldado de ellos que se consiguió agregar á las filas del ejército.

El servicio que la Fuente hizo á su patria, cortando con una mano fuerte la cabeza de la rebelíon y guerra civil que ya habia comenzado y en los momentos mas aflictivos,

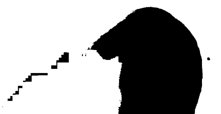
no es capaz de poderse encarecer dignamente, así como no es capaz de encarecerse dignamente su traicion.

A consecuencia de haber terminado tan felizmente la campaña contra la insurreccion, y que á mérito de haberse plegado Torretagle á los realistas se hallaba la Presidencia de la Nacion en acefalía, el Congreso se reunió con el objeto de premiar á Bolivar de un modo, propio á él, el importante servicio que habia rendido al país, por lo cual le acordaron el tremendo título de Dictador del Perú con todas las facultades consiguientes al empleo, como se deja entender. ¡Premio sumamente adecuado á Bolivar!

Luego que Riva Agüero fué puesto por La Fuente en manos de Bolivar, lo mandó este á Guayaquil para ser allí juzgado, no volviéndose á hablar mas de este sujeto.

Entre tanto que Bolivar habiendo conseguido parte de sus intentos, hacia descansar sus tropas en Trujillo, y se equipaba de lo necesario para desde allí continuar la campaña contra los realistas; estos, llamados por los revolucionarios, en el Callao forzaban sus marchas para darles un pronto socorro; de modo que en pocos dias se hallaron á muy corta distancia de Lima, en número poco mas ó menos de cinco mil hombres, cuando las fuerzas patriotas que ocupaban la capital, apenas ascendian á cuatrocientos entre de línea y montoneras: mas este reducido número de hombres no desampararon su posicion, hasta que los enemigos tocaban ya, los sudburbios de la ciudad, que entonces, emprendieron la retirada en direccion á Trujillo que dista de Lima ochenta leguas, con el objeto de reunirse á las tropas de Bolivar. Entonces fué cuando el Presidente Torretagle, se pasó á las realistas, dando ejemplo de la mas alta y eminente traicion.

En nuestra retirada pasamos mil trabajos, necesidades



y fatigas motivado á lo escasísimos que se hallaban los recursos de toda especie en el tránsito, y así llegamos al pueblito de Santa. Un muy poderoso rio corre á las inmediaciones de este pueblo, el cual desemboca muy cerca al mar. Lo hallamos en circunstancias de estar en una plenitud espantosa. pero siendo preciso pasarlo sin la menor demora, se empezó la maniobra: todos pasaron bien y solamente yo, fuí el desgracíado en este caso. Entré al rio en un famoso caballo, pero no siendo práctico aquel animal en pasar rios tan potentes, se dejó arrastrar por la impetuosa corriente dando en un remolino en donde arrollado por las aguas se dió vuelta y se me puso de sombrero. Ál momento fuí arrebatado por la corriente y desaparecí de la vista de todos; mas en las montañas de agua que solian levantarse, aparecia yo algunas veces en la superficie, aunque ya sin sentído, por lo que pudieron saber el rumbo que iba tomando. Viendo un indio jóven que allí estaba presente, lo ligero que marchaba yo á la eternidad y que nadie se atrevia á socorrerme, se resolvió él á hacerlo; despreciando el temor de correr la misma suerte, se arrojó al rio y agarrándome del pelo, me sacó á la orilla. Despues que se practicaron conmigo varias diligencias, lograron devolviese gran cantidad de agua con lo cual recobré el conocimiento. Habiendo descansado un buen rato, me fué forzoso montar á caballo para continuar la marcha, pero me sentia tan enfermo y falto de fuerzas para todo, que me persuadí, iba á morir.

Dos jornadas hicimos aun, para llegar á Trujillo, en cuyo tiempo se me habia agravado el mal de tal modo, que á las 24 horas de estar en la ciudad, me atacó una fuerte terciana complicada con tabardillo, haciendo la mayor crísis á la cabeza, de modo que totalmente me privó de conoci-

miento y juicio: viéndome mis compañeros en tal estado, me condujeron al hospital de Belen, para ser allí curado.

Una noche en que seguramente me atacó la fiebre con mas fuerza de lo acostumbrado, me levanté de la cama, y sin saber lo que hacia, me puse á correr desatentadamente la sala del hospital, en camisa. Uno de los enfermos que allí habian, conociendo la gravedad de mi mal y lo mucho que podia perjudicar á mi salud aquel paseo, pero ignorando lo fuerte del acceso que en aquel momento padecia, se dirigió á mí haciéndome presente el mucho mal que podia resultarme de aquellos paseos, exortándome en seguida á que me metiese en cama y abrigase.

No se esplican como sonasen en mis oidos aquellas espresiones: lo cierto es, que sin contestar palabra al caritativo consejo que me daba, me acerqué á su cama y agarrando un vaso, que por decencia no digo el nombre, y antes que el enfermo pudiese evitar el golpe, le dí con él en la cabeza con cuantas fuerzas tenia, de modo, que el vaso se hizo mil pedazos y el enfermo quedó todo machucado y lleno de heridas. El lego enfermero que vió cometer tal diablura acudió á darme mi merecido, pero agarrando yo en aquel momento un grueso palo que de baston servia al mismo enfermo á quien habia roto la cabeza, acometí con furia indecible contra el pobre lego, que al primer palo que recibió fué á dar al suelo; continuando yo en darle de palos con tanto entusiasmo que los que me vieron, creyeron tenia intención decidida de no dejarle hueso sano. En verdad que un hábito, no es coraza muy segura.

A los gritos del lego y alboroto que hicieron los enfermos, llegaron unos seis frailes, los que me hallaron aun, totalmente decidido en garrotear á su compañero. En el mo-

mento me circularon, me quitaron el palo y condujeron á mi cama.

Como era muy notorio que mi juicio estaba descuadernado, no hicieron otra cosa los R.R. P.P. que acomodarme en mi cama, y por lo que pudiera suceder, me ataron segurísimamente de pies y manos á los pilares del catre, procediendo inmediatamente, despues de haberme dejado en completa seguridad, al reconocimiento y curación de las heridas que yo habia hecho. Con las mencionadas ligaduras permanecí veinte y un dias, en los cuales, en fuerza del mucho esmero que conmigo tubieron, lograron calmasen las fiebres y se despejase mi cabeza, recobrando al mismo tiempo el uso de la razon.

No fué poca sorpresa que me causó el verme ligado de aquel modo, y preguntando el por qué se me tenía así, rogué al mismo tiempo me desatasen, pues me dolian mucho las manos y los pies. Mis preguntas y ruegos, no merecieron contestación alguna, porque cabalmente quiso mi desgracia, que á quien dirijí mis plegarias, fuese al mismo lego á quien habia apaleado; el que poco satisfecho del recobro de mi conocimiento, y temiendo otra aventura como la pa sada, hacía á mis suplicas oidos de mercader; lo que me obligó á permanecer en aquella penosa situación mas de una hora, al cabo de la cual, por casualidad pasó por allí un fraile, le llamo, y ruego que me desate. Antes de proceder al desligamiento, tubo conmigo una larga conversación, sin duda para juzgar por mis contestaciones, el estado en que se hallaba mi cabeza, y en el curso de nuestro diálogo, me refirió tambien todo cuanto yo habia hecho. Imposible me era el poder creer lo que el padre me decia, pero la atestiguación del lego y del enfermo que se hallaban presentes y el decirme estos que habian sido algo mas que tes-

tigos de mis hazañas; me convencieron de la verdad y á todos pedí, mil perdones. Luego que vió el Padre que yó estaba en todo mi acuerdo, ordenó se me soltase, de lo que recibí gran complascencia.

El mal temperamento que disfrutaba y lo muy grave que habia sido mi enfermedad, hizo fuese muy larga mi convalescencia.

Entretanto que restablecia mi salud y cuando las fuerzas me permitieron pudiese andar, me dediqué á tomar algunas nociones del pueblo que pisaba.

La ciudad de Trujillo, capital del Departamento de este nombre, es de mediana estension y regularmente poblada: las casas, de buena arquitectura, y las calles rectas, empedradas y bastantemente aseadas. Sus producciones muy abundantes en toda clase de frutos. Su clima, cálido, húmedo y enfermiso. Su piso, llano y arenoso, pero muy fértil. Tiene á dos leguas de distancia un puerto muy poco concurrido, denominado Huanchaco. Se halla Trujillo situado á los 300 gs. lonjitud y á los 8 gs. 6 ms. 3 segs. latitud meridional. Fué fundada en 1434 por D. Francisco Pizarro, y el sitio que ocupa, es en el valle de Chimo.

Hallándome medianamente restablecido de mis males y pareciéndome podia ya resistir algunas marchas, se me avivó el deseo de irme á reunir con mis compañeros, que á las ordenes del general Bolivar habian emprendido la campaña contra los realistas, hacía yá algun tiempo. En cuanto me fué posible me puse en marcha, y despues de muchas jornadas me incorporé á mi rejimiento el 4 de Agosto, encontrando acampado el ejército, en los Altos llamados del Diezmo.

DOMINGO ARRIETA.

(*Continuará*)



MEMORIA HISTÓRICA

SOBRE LA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO LIBERTADOR (1839-1841)

(*Continuacion*) 1

CAPITULO XIII

SUMARIO—Iniciase la marcha de avance—La lejion Mendez desprendida sobre San Nicolás de los Arroyos—El ejército libertador en Arrecifes—Operaciones diversas—Adhesion del coronel Borda—El ejército se divide en dos columnas paralelas—San Antonio de Areco, San Andrés de Giles, Guardia de Lujan—Excesos lamentables—San Lorenzo de Navarro—Derrota de Chirino—Movimiento estratéjico del coronel Rico—Villa de Lujan—El gobernador de Santa-Fé, ataca al pueblo de San Pedro—Proyectos del General en Jefe—Combate en la Cañada de la Paja—Reflexiones.

El 10 de Agosto, el Ejército Libertador, se puso en movimiento para abrir la campaña y fué á establecerse á legua y media de la poblacion de San Pedro, en el camino que conduce á la capital.

Desde este nuevo campo, el General en Jefe, se ocupó en tomar todas las disposiciones que debian concurrir al éxito de las operaciones militares, y entre otras, juzgó importante, destacar sobre la ciudad de San Nicolás, al coronel don Juan Antonio Mendez á la cabeza de su legion, conduciendo una intimacion dirijida al coronel Garreton, jefe militar de ella; pues presumia, que la presencia de dicha fuerza, hiciera estallar el odio de los habitantes contra el poderoso tirano. El coronel Mendez, tenia órden espresa de no hacer uso de la fuerza, y en caso de resultado negativo, replegarse rápidamente al ejército.

(1) V. pág. 192 de este tomo VIII.

El dia 11, á la salida del sol, el ejército (1) se puso en marcha sobre el pueblo de Arrecifes, habiendo destacado á vanguardia, partidas ligeras, ya para observar la campaña, como para apoderarse de todos los caballos que se encontrasen en ella.

El teniente coronel José Maria Benavente, bien conocido en la Provincia, porque antes habia servido á Rosas, y desde Martin Garcia se hallaba en el ejército, fué destacado sobre el pueblo del Pergamino, con una pequeña fuerza de los voluntarios del Norte. Este jefe, tenia encargo, de promover alli, la reaccion contra el tirano y organizar las milicias, para con ellas reunirse incontinenti al ejército. Benavente, despues de haber llenado satisfactoriamente su comision, se incorporó al mismo, con un escuadron de voluntarios bien armados, cuya fuerza ascendia á 230 hombres.

Desde antes de la llegada del ejército al pueblo de Arrecifes, el teniente coronel Baldomero Sotelo, fué enviado con algunos hombres, á desempeñar en dicho paraje, igual mision que la confiada á Benavente sobre el Pergamino, en la que Sotelo fué tan feliz como aquel, pues en breves dias, tambien se nos reincorporó con otro escuadron, fuerte de 250 soldados voluntarios.

El ejército llegaba en el correr del 13, á distancia de dos millas del pueblo de Arrecifes, y estableció su campo en la estancia de Curro, teniendo su vanguardia á una

(1) Muchas dudas se han suscitado, sobre la verdadera fuerza de que se componia el ejército al abrir esta nueva campaña, y por lo mismo, he creido importante manifestarla, tal cual era:

DIVISION—Vega, 4 escuadrones, 500.

LEGIONES—Mendez, 2 escuadrones, 300; Abalos, 2 id, 400; Rico, 2 id, 300; Ocampo, 2 id, 350; Noguera, 2 id, 400; Mayo, 1 id, 80; Total, no comprendidos jefes y oficiales, 2690 hombres.

LEGION SALVADORES—Infantes, 300. Artilleros, 60; con dos piezas de á 4 y dos obuses.

legua de alli, sobre el camino que guia á la capital. Su marcha, desde San Pedro, no fué turbada por la presencia de fuerza alguna del enemigo, y antes bien, habian acudido de diferentes puntos de la campaña del Norte, muchos patriotas distinguidos y honrados milicianos que buscaban la ocasion de servir contra el tirano.

El capitan don Agustin Acosta, con una compañía del escuadron Mayo, fué espedido sobre el Baradero y otros puntos de la costa del Paraná, para protejer el pronunciamiento de los habitantes y cooperar á la creacion de autoridades patrióticas. Este oficial, llenó su comision con el celo é intelijencia que debia esperarse de un patriota que tantas pruebas ha dado de su amor á la causa del órden.

Reunidas todas las partidas que habian sido destinadas á recolectar caballos, el ejército tenia á su disposicion, superabundantes medios de movilidad, y en consecuencia, quedó preparado para ejecutar las operaciones rápidas que proyectaba el General en Jefe.

La legion Mendez, destacada sobre San Nicolás, el dia 10, se halló el 14 incorporada al ejército. El coronel Juan Antonio Garreton, habia rechazado con una respuesta irritante, la intimacion del General en Jefe, (1) garantido con la superioridad de la tropa que tenia á su mando, en una ciudad donde no podia ser atacado por un cuerpo compuesto en su mayoria de lanceros, que llevaba ademas, la órden positiva *de no hacer uso de la fuerza.*

Garreton, es uno de esos hombres sin antecedentes, que

(1) Iba concebida en los siguientes términos: «Una hora despues de haber recibido esta nota, se pondrá vd. en marcha para presentarse en este Cuartel General; bien entendido, que de no verificarlo, será vd. pasado por las armas en el acto de ser aprehendido. El silencio de vd. por cinco minutos mas, será considerado como una negativa.—*Juan Lavalle.*»

debe su fortuna al tirano, de quien ha sido siempre instrumento. Este mal chileno, desde el primer anuncio de la proximidad de la fuerza libertadora, desplegó una torpeza sin ejemplo contra todos los patriotas de San Nicolás, que fueron cargados de prisiones y sometidos á brutales tratamientos, para ver despues arrebatada su fortuna, y á sus infelices familias sumidas en el llanto y la miseria, sin que pudiesen siquiera recibir socorros compasivos, que eran mirados como un crímen de *lesa-federacion.* Muchos de ellos, ademas de su libertad y fortuna, perdieron la vida á manos del tirano que en su frenesí, nada ha respetado.,. ¡Maldicion, una y mil veces á este y sus viles sostenedores, que con sus crímenes, han causado la ruina y el esterminio de una generacion entera!

La marcha del coronel Mendez, no fué inútil, considerada bajo otro aspecto. El coronel don Facundo Borda, ardiente defensor y caudillo de la *federacion*; desengañado al fin de sus errores, abrazó á los libertadores y su noble causa que es la de la humanidad. Ofreció sus servicios al coronel Mendez, y poco despues, se hallaba incorporado al ejército, con algunos de sus partidarios y un crecido número de caballos. (1)

El mismo dia, el General en Jefe, dividió el ejército en dos columnas—compuesta la 1ª de la division Vega y las legiones Abalos, Ocampo, Rico y Noguera. La 2ª, era formada por la legion Salvadores que constaba de infanteria y artilleria; la legion Mendez y parte del escuadron Mayo. A esta columna, segun las órdenes impartidas, debian incorporarse los comandantes Benavente y Sotelo, así como el capitan Acosta.

(1) El coronel Borda será mas tarde una de las víctimas sacrificadas por el feroz Oribe en Famallá.

La primera columna, mandada en persona por el General en Jefe, marcharia directamente desde Arrecifes sobre San Antonio de Areco—mientras que la segunda, teniendo á su cabeza, al coronel Vilela, debia avanzar paralelamente por el camino del Fortin del mismo nombre, sobre la Guardia de Lujan, punto designado para la reunion de ambas.

Esta operacion, tenia por objeto, marchar con mas celeridad y abrazar mayor estension de terreno, para asi, apoderarnos tambien de todas las caballadas del Norte y facilitar la reunion de los patriotas. A la vez, se conciliaban otros propósitos importantes. El general Pacheco, que despues de su *batalla*, habia huido al Salto, para dirijirse sobre la capital, debia marchar por el camino que llevaba la columna Vilela, y era de esperarse, lograse este batirlo de nuevo, si no tomaba la determinacion de dar un gran rodeo para evitar su encuentro. En San Antonio de Areco, existia una columna enemiga de 600 hombres, al mando de los jefes Navarrete y Bernardo Gonzalez, á quienes el General en Jefe se proponia atacar y desbaratar, efectuando marchas rápidas para conseguirlo.

Tan luego como fué de noche, ambas columnas se pusieron en movimiento, y la del General en Jefe, despues de haber efectuado una marcha larga y rápida, acampó al aproximarse el dia, en la estancia de Saraví, donde permaneció hasta la entrada del sol, hora en que de nuevo se puso en ruta para alcanzar á San Antonio de Areco, al amanecer del dia inmediato, con el fin de sorprender á la fuerza que alli se hallaba. Pero, advertidos los jefes enemigos del peligro que los amagaba, se retiraron con precipitacion, dejando burladas las esperanzas del General en Jefe, y al vecindario de San Antonio en aptitud de hacer

conocer sus sentimientos en favor de sus libertadores á quienes salieron á abrazar, llevando en sus semblantes muestras inequívocas de su humillacion, (1) y ofreciéndoles á la vez, sus servicios contra el autor de sus desgracias. Muchos de ellos, siguieron al ejército.

El General en Jefe, sin perder un instante, ni aun para dar resuello á su columna, marchó sobre la Capilla de Giles, pues segun noticias que obtuvo, debian hallarse allí las fuerzas que habian abandonado en la noche la Villa de Areco; pero por mas dilijencia que se hizo, solo se alcanzó á descubrir el polvo de una partida de observacion, que huia al galope en direccion de la Villa de Lujan. En consecuencia, la columna del General en Jefe, acampó en las inmediaciones del pueblito de San Andrés de Giles, para dar descanso á la tropa y ocuparse tambien de algunas medidas reclamadas por las circunstancias. Los habitantes de esa pequeña poblacion, acreditaron sus sentimientos patrióticos, recibiendo con entusiasmo á los libertadores, y tambien por los especiales servicios que les prestaron.

(1) Todos los hombres, sin distincion de edad, que salieron de la poblacion á recibir al ejército, se presentaron con bigotes, pues segun un decreto del tirano, estaban obligados á usarlo, á consecuencia de una solicitud, elevada á este fin por los Jueces de Paz de la Provincia, que aun por medio tan humillante, querian complacer al amo. Copiaré textualmente ese documento original y vergonzoso:

" Los Jueces de Paz de la Capital.— ¡ *Viva la Federacion !* — Buenos Ai-
" res, 19 de setiembre de 1839.—Al Exmo. Sr. Gobernador y Capitan
" General de la Provincia, Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Bri-
" gadier General D. Juan Manuel e Rosas. Los Jueces de Paz abajo
" firmados, manifiestan á S. E. el Sr. Gobernador y Capitan General, Nues-
" tro Ilustre Restaurador de las Leyes, que han tomado la resolucion de
" dejarse *crecer los bigotes,* como el signo del castigo que toda la Confede-
" racion Argentina, impondrá á los salvajes unitarios y sobre todo, como
" un testimonio de la guerra á muerte que los verdaderos federales, decla-
" ran á los inmundos y criminales Franceses. "

" Ellos suplican á S. E. se digne aceptar esta prueba de su patriotismo
" Federal y de su particular adhesion á su Ilustre persona. " (*Siguen las firmas.*)



En la mañana del siguiente dia, el General en Jefe, volvió á ponerse sobre la Guardia de Lujan, y en la tarde, estableció su campamento á dos leguas de ella, en el camino que conduce á la villa de este nombre.

El coronel Vilela, en la noche del 19, ocupó con su columna la Guardia de Lujan, cuyos habitantes se mostraron poseidos del mas ardiente patriotismo, desde que lograron abrazar á los soldados de la libertad. Esta columna, habia efectuado su marcha sin obstáculos, encontrando en todas partes simpática acojida y brazos abiertos para recibirla. El general enemigo Pacheco, que con una fuerza de cuatrocientos hombres, marchaba sobre la capital, estuvo un momento á la vista de la columna Vilela; pero el recuerdo del descalabro del Tala, le dió alas, y por medio de una marcha rápida, alejándose hácia el sur, desapareció de su presencia. Esta prudente resolucion, lo salvó asimismo de tener un encuentro con la 1ª columna, de la que pasó á larga distancia y sin ser visto.

En la tarde del dia inmediato, el General en Jefe, condujo su columna sobre la Guardia de Lujan, donde se reunió el grueso del ejército. Los comandantes Benavente, Sotelo, el capitan Acosta y el coronel Borda, se incorporaron al siguiente dia.

El teniente coronel don Felipe Soto, fué encargado de la creacion de un escuadron que debia formarse con los milicianos de dicha Guardia, entre los cuales era bien conocido, y en pocas horas, ya contó el ejército con un escuadron de doscientos voluntarios decididos.

Habia sido irreprochable la conducta de los soldados del ejército, desde su desembarco, hasta llegar á la Guardia de Lujan, donde por desgracia, desvirtuada la moral, se cometieron por aquellos, algunos excesos, cuya mision re-

clamaba una severa disciplina. Queriendo el General en Jefe, poner dique á un mal tan funesto, reunió á todos los jefes del ejército, con el objeto, no solo de reconvenirlos, sino tambien, demostrarles la inconveniencia de su proceder, *tolerando con una criminal debilidad, semejantes avances contra la moral y la disciplina.* Lo hemos dicho ya, y es doloroso repetirlo, que los jefes del ejército, son responsables á la patria, de la conducta guardada por sus subordinados. Si ellos se hubiesen apercibido de la verdadera mision de aquel, habrian sido celosos guardianes del órden, la moral y la disciplina. Mas, por una fatalidad que nunca será bastantemente deplorada, el Ejército Libertador, en vez de conquistar simpatias, con tal conducta, labraba la fosa en que debian sepultarse su fama y sus merecimientos. El general Lavalle, hizo cuanto pudo, para persuadir á los que mandaba, tocando unas veces su honor, otras, su amor propio—pero sordos á estos móviles poderosos, no segundaron sus miras; *y el soldado acostumbrado á ver con desprecio á unos hombres sin energia*, pudo entregarse á la licencia mas ignominiosa. Así, las órdenes generales del ejército, son un monumento honroso para su General en Jefe y un baldon eterno para los que con su complicidad ó tolerancia, las motivaron. El juicio imparcial de la posteridad, justa apreciadora del verdadero mérito, fallará con ese estoicismo tan amargo al crímen como lisonjero á la virtud!

El General en Jefe, fué instruido, de que en la Guardia de Navarro, existia una fuerza enemiga, y antes de empezar sus operaciones sobre la capital, juzgó oportuno herir al tirano con un golpe mortal, reduciéndolo al recinto de su campo. Así, el ejército se quedaba sin atenciones á su retaguardia y podia consagarse á un solo objeto. Tam-



bien de este modo, el patriotismo de los habitantes de la campaña, libre de la influencia de las fuerzas opresoras, levantaria el estandarte de la rebelion contra el poder arbitrario, que hasta entonces habia pesado sobre ellos.

El General en Jefe, se puso en movimiento al caer la noche el 21, con los cuerpos que formaban la primera columna, y no obstante la lluvia y un frio horrible que sufríamos constantemente, marchamos con estraordinaria rapidez, atravesando el espacio que media entre la Guardia de Lujan á la de Navarro; y despues de haber dado algun descanso á su fatigada columna, el 23 se presentó con ella de improviso sobre esa poblacion, cuyos habitantes corrieron al encuentro de los libertadores; instruyendo á su General, que no léjos de allí, en la márjen de la laguna, acampaba el Regimiento núm. 3 de Campaña, fuerte como de seiscientos soldados, á órdenes de un comandante Lorea (alias *Chirino*) (1) Inmediatamente, fué destacado para batirlo, el coronel Vega con su division, unida á la legion Abalos. El enemigo, advertido por sus descubridores de la proximidad de los libres, se puso en aptitud de combatir y disputar el paso del cañadon que se oponia á la marcha del coronel Vega. Pero este, con el arrojo que le era natural,colocándose al frente de sus tiradores, bien pronto salvó el obstáculo que lo separaba del enemigo, cayó sobre él con ímpetu estraordinario y lo puso en completa derrota, haciendo morder el polvo á un crecido número de ellos.

El coronel Vega, en cumplimiento de sus instrucciones, continuó con encarnizamiento la persecucion de los venci-

(1) *Chirino*, es un hombre desconocido, pero á quien Rosas, tan hábil en sus elecciones, ha sacado á luz en la época de su poder absoluto. De este jaez, son la mayor parte de sus jefes, entre quienes prodiga el oro y los empleos!...

dos, hasta la Guardia de Lobos, de donde retrogradó al dia siguiente á incorporarse al Cuartel General que se hallaba situado en la estancia de Almeira, al sur de la laguna de Navarro.

Este importante hecho de armas, en que el coronel Vega, su division y la legion Abalos, conquistaron nuevos timbres, costó al enemigo la pérdida de cerca de cien hombres muertos sobre el sitio del combate ó durante la persecucion, muchos heridos y la total dispersion de la columna de *Chirino*.

Los libertadores, solo contaron tres ó cuatro heridos levemente, pero perdieron ocho soldados, que habiéndose separado de la columna durante la noche, para cometer actos de pillaje, cayeron en manos de los dispersos enemigos. Estos, como algunos otros, tomados por causal idéntica, fueron presentados al tirano, quien los mostraba al pueblo de Buenos Aires, como el testimonio de los triunfos obtenidos sobre los *salvajes*. Tal conducta, no necesita comentarios. Es bien sabido, que son las armas de que el Neron argentino, se ha servido siempre.

En el dia que precedió al combate, el General en Jefe, habia destacado al coronel Rico con su legion, para que marchando por la costa del rio Salado, se retirase sobre la Guardia de Lujan, con todas las caballadas que encontrara, y conmoviendo á la vez esa parte de la campaña, promoviera la reunion de los hombres que se hallasen dispuestos á pelear contra el tirano.

Despues de dos dias de permanencia en las inmediaciones de Navarro, y de haber creado jefe militar del punto, al coronel don Pedro Orona, veterano de la Independencia, perseguido por el tirano, quien se presentó á ofrecer sus servicios al General en Jefe—se puso este en contramarcha

sobre la Guardia de Lujan, donde llegó acompañado por muchos voluntarios, la tarde del 27, sin otra ocurrencia particular.

Allí se ocupó de los aprestos de la marcha del ejército sobre la capital, y el comandante Soto recibió órden de quedar en ella con el escuadron formado entre sus habitantes.

A las veinticuatro horas de, haber llegado el General en Jefe, el Ejército Libertador en masa, se puso en marcha por el camino que conduce á la Villa de Lujan, poblacion que con órden admirable, atravesó al dia siguiente, contemplado por sus habitantes y al ruido de sus campanas, yendo á establecer su campo, en la quinta de Marcó, luego de avanzar su vanguardia á dos leguas de allí, sobre el camino de la capital.

En esta Villa, el General en Jefe, recibió comunicaciones del teniente coronel don Juan Dámaso Camelino, en las que le daba cuenta, que el Gobernador de Santa Fé á la cabeza de una columna, fuerte de ochocientos hombres, habia ejecutado una arremetida vigorosa el 26 y 27 de Agosto, sobre la Villa confiada á su defensa, mas, fué rechazado, con pérdida, por su decidido vecindario puesto en armas contra el tirano. El mismo jefe, anunciaba la inminencia de una nueva tentativa, segun noticias recojidas de los prisioneros tomados, pero respondia de que seria tan inútil y tan costosa al enemigo, como la primera.

La presencia de las fuerzas del gobernante de Santa Fe á retaguardia del ejército, amenazando interceptar sus comunicaciones con la escuadrilla, y tal vez, la posibilidad de un triunfo sobre los obstinados defensores de San Pedro, parecian motivos bastantes para alarmar al General en Jefe;

pero este hombre, cuya constancia y denuedo eran superiores á los inconvenientes que se oponian á sus miras generosas, fiado en su estrella, no desistió del proyecto de ir á desafiar en las puertas de Buenos Aires, el poder colosal del tirano.

Rosas, desde los primeros anuncios recibidos de la aparicion de los libertadores en el territorio de la Provincia, habia calculado, que su fogoso adversario, tentaria mui luego, un ataque decidido sobre la capital. El temor, con la magnitud del peligro, le sujirieron la idea de establecer un campo frente á los Santos Lugares, donde aglomeró todos los elementos de accion que le daba su poder sanguinario, contando con que el general Lavalle, iria á estrellarse contra ellos. En consecuencia, fueron reconcentrados rápidamente cuatro mil hombres de caballeria, dos mil infantes y treinta piezas de artilleria, que colocadas en posiciones ligadas y de una fácil defensa, le ofrecian las probabilidades de victoria segura, contra un ejército poco numeroso, pero temible por su intrepidez.

El general Lavalle, habia comprendido bien todas las dificultades que debia tocar en su empresa, y conociendo la insuficiencia de los medios de que le era dado disponer, se proponia con habilidad estratéjica, obtener los resultados que no habria alcanzado con un ataque temerario sobre el campo enemigo. Contaba ademas, con la activa y poderosa cooperacion de sus aliados los franceses.

Con el fin de obtenerla, despachó á su hermano don José Lavalle, con comunicaciones dirijidas al señor Buchet Martigny, (1) en las que significaba los recursos que le eran

(1) La causa de la libertad, es deudora al señor Martigny, de distinguidos servicios. Este funcionario, á la vez que servia con celo á su gobierno, habia tomado un positivo interés por la suerte de la República Argentina. Eminentemente liberal, estaba poseido de un odio profundo contra el brutal tirano. Tan buen francés, por su conducta honorable y caballeresca, es acreedor al reconocimiento eterno de los argentinos desgraciados.

indispensables para la ejecucion de sus planes. En ellas, demostraba tambien, la posicion de Rosas y los medios que le ofrecian su numerosa infanteria y artilleria, contra la caballeria del ejército libertador, colocada en la imposibilidad de maniobrar en un terreno cortado y lleno de obstáculos naturales.

Proponia asimismo, el General, dos medios únicos de conducirlo á un resultado feliz é infalible: «1° Que sus aliados, le suministraran infanteria suficiente, que unida con la suya, atacase el campo del tirano. 2° Que en caso de no ser accequible esta proposicion, por algun incidente, la marina francesa, acometiese con sus tropas de desembarco, un punto próximo á Buenos Aires (creyendo mas oportuno el de Quilmes). Así, el tirano para repeler la agresion, se veria obligado á distraer de su campo, el todo ó una parte de su infanteria, y entonces, el ejército libertador, tomaria á su cargo atacar y destruir las fuerzas destinadas á la defensa de dicho campo.» Sin embargo, deseaba el General en Jefe, se adoptase con preferencia el primer plan.

Mientras él recibia contestacion á las notas conducidas por su hermano, no era posible permaneciese el ejército en inaccion peligrosa, y por lo mismo, se decidió á poner en ejecucion el plan que habia concebido y madurado.

Con este fin, los jefes y oficiales del ejército, sin distincion de clase, recibieron órden de concurrir al cuartel general, y cuando todos se hallaron reunidos, en sitio aparente y no distante de aquel, se presentó el General y habiéndoles pedido formasen un circulo de diferentes filas, para que todos pudieran oirlo mejor, sentados sobre la yerba, prestaron el mayor silencio y atencion al guerrero en quien fiaban su destino y el de la patria.—«Señores», dijo, «vamos á marchar sobre el campo donde el tirano ha reu-

nido su ejército, compuesto de una caballeria despreciable, pero apoyada en una masa numerosa de infanteria y artilleria. El valor, seria inútilmente empleado para obtener allí ventajas decisivas. Voi á adoptar un sistema que debe proporcionarnos triunfos y gloria. El ejército libertador, marchará á provocar al enemigo, en su campo mismo; tendrá muchas veces que retirarse en presencia de sus contrarios, si estos salen de él con sus masas, pero apenas vuelvan á ocupar sus posiciones, nosotros estaremos sobre ellas para desafiarlos de nuevo. Si el tirano tòmase la temeraria resolucion de lanzar su caballeria contra nosotros, será aniquilada en un momento, y entonces mucho habremos adelantado para lograr su caida. Es indispensable, que ustedes todos, hagan entender y conocer á sus soldados, la importancia y lo delicado de esta clase de guerra. Solo debe oirse la voz del jefe, para ejecutar las maniobras; pero desdichado de aquel, que por un movimiento de terror, llegue á causar algun desórden.»—Así habló el General, y los jefes y oficiales marcharon á instruir á la tropa de los pensamientos de su caudillo, que merecieron unánime aprobacion.

En el rumbo á las Capillas del Pilar y del Señor, se habia sentido una fuerza enemiga, y el primer escuadron de la legion Abalos al mando de su comandante Brest, fué espedido para atacarla. Pero los esclavos del tirano, avisados con oportunidad de la marcha de este, se retiraron precipitadamente sobre la capital, y el comandante Brest estuvo luego de regreso en el Cuartel general.

Hácia el cuarto dia de su arribo á la villa de Lujan, (1° de setiembre) el ejército se puso en marcha sobre la capital, siguiendo, no el camino que conduce á ella directamente, sino el que va en direccion á la cañada de la Paja. El 3 de setiembre, hallándose acampado, fué prevenido el General

por el jefe de la legion Ocampo, en servicio de vanguardia, de la proximidad de una fuerza numerosa de enemigos. Inmediatamente, estuvo en marcha sobre ella todo el ejército formado en dos columnas paralelas, habiendo destacado á vanguardia al coronel Vega con su bizarra division y la legion Avalos. Despues de marchar como una legua, fué descubierto el enemigo, formado en batalla sobre una pequeña eminencia, y á la parte opuesta de un arroyo pantanoso cuyo acceso defendian sus tiradores.

El coronel Vega, con su impetuosidad ordinaria, marchó sobre aquel, y en pocos momentos lo compelió á la fuga, dejando tendidos en el campo un considerable número de los suyos y llevándose muchos heridos. Los vencidos, fueron perseguidos tenazmente hasta mui avanzada la noche, en que el jefe vencedor, regresó al Cuartel general.

Este nuevo triunfo, obtenido por poco mas de ochocientos libres contra una fuerza doble del enemigo, solo nos costó la pérdida de un hombre muerto y cinco heridos.

La division enemiga que acababa de ser batida, ascendia á unos dos mil hombres de milicias del sud, entre las que se hallaba alguna infanteria de las guardias de Ranchos, San Miguel del Monte y Lobos—el todo mandado por el *célebre* don Vicente Gonzalez (1) que iba en marcha desde la Guardia del Monte para incorporarse á las fuerzas de *Chirino* que debian maniobrar, segun las órdenes del tirano, á retaguardia del ejército; pero habiendo sido instruido Gon-

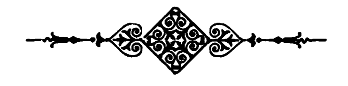
(1) Es uno de aquellos seres exaltados á quien la naturaleza habria condenado á perpétua oscuridad, si las disenciones civiles del año 28, no lo hubiesen hecho salir de su taberna de la Guardia del Monte, para figurar entre los partidarios de Rosas. Instrumento servil de este desde entonces, ha llegado á obtener el empleo de coronel de caballeria. Pertenece al círculo furioso de los Maestre, Parra, Cuitiño, Santa Coloma y otros corifeos de la *mazhorca* que han derramado tanta sangre inocente.

zalez del descalabro sufrido por su colega en Navarro, se replegaba sobre el cuartel general de Santos Lugares.

En esta oportunidad, conoció todo el ejército, la obsecacion de los hombres que servian al tirano, pues á pesar de haber sido completamente deshechos los cuerpos que se habian atrevido á presentársele, no hubo *uno solo*, que buscase su reunion con los libres! El poder del terror ó mas bien, un fanatismo ciego é inexplicable, habia adherido de un modo singular á los infelices gauchos en favor de su verdugo, de su opresor, del que hizo desaparecer en el cadalso á centenares de esa porcion de infortunados á quienes debia su elevacion. Este último combate, si bien fué glorioso para los libertadores, tambien descorrió de sus ojos, la venda con que hasta entonces habian marchado. La presuncion, bien fundada, de que el nombre mágico de la libertad, despertaria en todas las clases de la poblacion, un sentimiento heróico contra el árbitro de su vida y de su fama, quedó desvanecida, y sucedieron á esperanzas halagüeñas, motivos de pesar, de luto. Tan inesperada conducta en los hijos de un pueblo viril y celoso de sus derechos, pero hoi envilecido, debió necesariamente influir, como en efecto influyó, en los resultados de una empresa tentada con la mas sana y noble intencion.

JUAN E. DE ELÍA

Continuará.



ANIVERSARIO de la REVISTA NACIONAL (1)

Han transcurrido algunos dias de la interesante fiesta á que fuimos invitados por el director de la REVISTA NACIONAL en recuerdo del tercer aniversario de su fundacion, y á pesar de la multiplicidad de impresiones que se suceden y nos arrastran en la vorájine de la vida actual, todavia no podemos sustraer el espíritu al encanto de aquella hermosa seleccion de inteligencias, reunida en nombre de las letras y como homenaje al pensamiento nacional.

¿Aparecia justificada la invitacion á un banquete que se nos habia dirigido á los colaboradores de la Revista, para conmemorar por primera vez, despues de tres años transcurridos, la fecha del 1° de mayo en que surjía á la publicidad este órgano de los intereses literarios é históricos del país?

Para los que no comprenden la pasion dominadora y hasta las ternuras sujeridas por el amor á las cosas bellas y delicadas del espíritu, nada puede parecer mas estraño que éste género de reuniones, en honor á un ideal que los afanes por la conquista definitiva del mundo material parecen proscribir, ó al menos alejar de las preocupaciones

(1) Nuestro buen amigo y colaborador el doctor Adolfo Decoud, ciudadano paraguayo inteligente y cultísimo, nos ha favorecido con este trabajo que es una crónica animada y bastante completa de la reunion de los colaboradores que tuvo lugar con motivo del tercer aniversario de la fundacion de la REVISTA NACIONAL.

No nos ha permitido modificarla en lo mas mínimo, lo que disculpará que aparezcan conceptos benévolos para quien cree no haberlos merecido.

LA DIRECCION.

absorventes de nuestra época. Ah! las fiestas y los banquetes, los certámenes y los aplausos se prodigan y se repiten sin descanso, solicitados por otros intereses, respondiendo á otros móviles y sentimientos. Estas inmensas mayorias de hombres, estremecidas por el aliento de los negocios, por las atracciones irresistibles del lucro, no pueden esplicarse tales desviaciones, y por cierto que en éste momento, desde mi gabinete de estudio, diviso una sonrisa de desdén para los amigos de las letras, «estos náufragos de la civilizacion, que tan despiadadamente nos invade», segun la espresion mas real que paradójica del amado poeta Guido.

Pero el campo es siempre vasto,—hay espacio para todos. —El arte y la ciencia—las delicadas funciones del pensamiento, sus goces y sus recompensas, pertenecen á las minorias: son los elegidos, los selectos, los que van formando y tienden á constituir su aristocracia, que como todas las que pueden existir, y sin duda mas que ninguna, tiene su razon de ser y la necesidad de hacerse esclusiva, á título de su propia conservacion. ¿Qué estraño puede parecer entonces, que el mas jóven entre los obreros de la idea—el ménos acariciado todavía por los alhagos de la fortuna, siempre tan propicia á los dioses, haya sentido la tentacion y realizado el propósito de reunir á su alrededor os viejos hombres de letras y de acción, mezclados y confundidos á los jóvenes que empiezan á pisar los dinteles del renombre?

Oh! grande es la aureola y los prestigios y los alhagos de una inmensa fortuna; dificilmente las almas mejor templadas se resisten á su influencia y á las tentaciones que provoca: se le rinde culto de un estremo al otro del mundo, y hasta los corazones se inclinan algunas veces á su pode-



rio avasallador y deslumbrante. Pero convengamos tambien que hay éxito y emociones que no conquista la riqueza. Los goces del espiritu ampliamente satisfecho en cinco horas de esquisita cordialidad, de espansion franca y culta, de aticismo, de espíritu chispeante, no se compran, no se inventan por cualquiera, y en verdad que el distinguido fundador de la Revista, ha podido sentir las fruiciones mas gratas, al ver su obra aceptada, aplaudida y alentada por los que le han precedido en el culto de las letras nacionales.

Mas que un banquete en que corria el vino generoso, aquel fué un verdadero concurso en que debia abundar el ingenio, la inspiracion y los sentimientos elevados que espresa la palabra. En este sentido nada mas lleno de novedad, y de ahí ha podido decirse con razon que no hay memoria de una reunion semejante por su colorido esencialmente literario y por el vuelo de las expansiones en homenaje á la inteligencia, al progreso y á la libertad de la patria argentina y sus hermanas en la sangre y la democracia.

Quiénes asistieron? Quiénes fueron los que hicieron oir su palabra en aquella fiesta que vibra en los afectos de los concurrentes? Nombrarlos a todos, designar á cada uno por las peculiaridades del pensamiento y la originalidad del estilo, seria tarea de una estensa crónica que no es el propósito de estas lineas, destinadas apenas á marcar un ligero recuerdo en las páginas de la Revista, pero á no reproducir los detalles numerosos y los incidentes del cuadro en que se destacaban tan distinguidas personalidades.

Dejemos constatado sin embargo que eran treinta caballeros, todos hombres de letras—escepcion hecha de algunos que suplian el título por otro no ménos dignos de consideracion, y que dos claros apenas en la mesa del

festin, no podian desvirtuar un programa trazado en aquel mismo instante, y en que debian contribuir, con los colaboradores invitados, los elementos del espíritu y la comunicacion simpática de las ideas. Historiadores y poetas, literatos y artistas, periodistas y abogados, hombres que hicieron su iniciacion en las letras ántes que hubiese terminado la mitad del siglo y hombres jóvenes que abren á su vez el surco fecundado por sus predecesores, no podian reunirse en vano, sino para aproximarse, para oir y para ser escuchados en nombre de un pensamiento comun.

Fué así que bien pronto debian cesar los acordes de la música y con ella el murmullo de la conversacion particular para hacerse comun, mas alta y mas espresiva. La corriente de la chispa debia establecerse, y el honor de comunicarla, haciéndola circular de los lábios á los corazones, pertenecia á nuestro amable anfitrion—vínculo de simpatia y de solidaridad entre todos.

Para los que han pasado, alguna vez siquiera, por los dinteles de la prensa periódica ó diaria, es fácil comprender toda lo dósis de fuerza, de inteligencia y de abnegacion que requiere la subida de esta cuesta siempre áspera y dura que representa la publicacion de una revista. Cuando hay que luchar con la indiferencia, cuando la cooperacion ofrecida decae ó no se cumple, cuando hay que removerlo todo y vencerlo todo para sostener las páginas siempre devorantes de una publicacion semejante, existe algo como un sacrificio deliberado y aceptado que se impone el hombre de voluntad, y para sobrellevarlo en estos tiempos, se necesita una tenacidad y energia rayanas del heroismo. Todas estas reflexiones y otras, saltaban sin duda al espíritu del auditorio, escuchando al fundador de la REVISTA, el señor Adolfo P. Carranza. El nos exhibió allí una faz de su última

jornada como propagandista de la historia nacional, presentándonos siete volúmenes de la REVISTA, que representan tres años de rudo labor. Tres años no pasan en vano, agregaremos nosotros, y la tarea pacientemente elaborada no se pierde en el espacio, ni en la sucesion de los esfuerzos humanos para perpetuar el génio y las tendencias superiores de una generacion.

La corriente quedó establecida inmediatamente despues de esas palabras. Aquellos á quienes llamamos viejos y que son tan jóvenes como nosotros por el entusiasmo, y superiores tambien por la facundía, la novedad y las delicadezas del espiritu, pudieron evidenciar esas dotes, cuando sucesivamente, sin órden de precedencia y sin enseñar los pergaminos que traducen la nobleza de la pluma y de los antecedentes cívicos, nos hicieron conocer los ámplios horizontes en que acostumbra espaciarse su pensamiento.

Allí estaba el general Mitre, cuya reputacion ha conquistado tantos timbres de admiracion contemporánea. El habló seis veces en aquella noche que pasó llena de ideas, y hubiera hablado cien mas sin violencia alguna, con la misma novedad é interés con que siempre se ha distinguido ante todos los auditorios.

Hemos comprobado muchas veces la variedad, la legítima notoriedad de sus talentos, pero nunca han merecido, como ésta vez, aplausos mas conscientes y calorosos, en medio de una concurrencia qne no siempre tuvo predilecciones por el político, pero que sabe amar y respetar al vigoroso y fecundo publicista y.... ¿porqué no decirlo? al historiador sobresaliente que deja honra y gloria sobre la patria.

El autor de la *Historia de San Martin* y el reciente

traductor de la *Divina Comedia*, se mostró tal como es, como le conocemos y le queremos: enseñó su franca y natural modestia que no excluye la conciencia de la superioridad conquistada en la lucha de medio siglo; nos llevó sucesivamente de la mano, desde el infierno de la Edad Media que reveló el génio divino del Dante, hasta el despertar del mundo americano á la aurora de la independencia, haciendo desfilar los pueblos y los grandes fundadores de nacionalidades en el norte y sud de nuestro continente, que el historiador encarna en esta trinidad—Washingtôn, San Martin, Bolivar. Y á medida que la electricidad de la palabra iba corriendo de lábio en lábio, el general Mitre, pasó de una materia á otra; nos habló de las letras y de las inteligencias que mas han acentuado su consagracion hácia ellas; de las revistas y de los libros, y por último, hirió la nota simpática del sentimiento republicano en América, que ha llegado á fecundar la tierra para la organizacion de grandes naciones.

Oh! cuán oportuna y felizmente espresada fué aquella entrevista con el emperador don Pedro de Alcántara, cuando el entonces plenipotenciario argentino, en franca conversacion, le insinuaba sus ideas sobre las posibilidades y ventajas de suplantar la monarquia por el régimen republicano, haciéndose el ilustrado monarca iniciador de la obra y de su realizacion.—«La república, le dijo el general Mitre, en tal ocasion, es la última fórmula de la lógica humana en materia de gobierno: los pueblos se precipitan hácia ella y habria ventaja de ver producida la innovacion sin las violencias que constituyen ei dolor y las vergüenzas de las repúblicas»—El emperador replicó:—«el mundo está cansado de la monarquía y de la república; yo estoy viejo y necesito viajar, dejando á los que vengan la solucion del problema.»

El estadlsta que divagaba agradablemente sóbre o ests tópicos, no olvidó un momento que en aquel acto era una personalidad esencialmente literaria, y fué así que despues de escuchar las notas solemnes del himno nacional, evocaba la memoria de don Vicente Lopez y Planes el cantor de mayo, que en los albores de la independencia anunció al mundo el nacimiento de una grande y poderosa nacion, himno celebrado por Gervinus el gran historiador del siglo XIX,—y terminaba con un recuerdo al doctor don Vicente Fidel Lopez, espresando que, si el padre fué el poeta de la revolucion, el hijo habia sido su brillante historiador.»

Nobles recuerdos que alejan toda sombra de emulacion entre los dos historiadores mas notables de la república y vínculo de solidaridad entre las inteligencias que persiguen el mismo fin de investigar la verdad sobre los orígenes y desarrollo de la independencia!

Pero vengamos de una vez á otros matices y á otras personalidades de aquella amena tertulia. No era noche de poesia aquella noche,—aunque la poesía casi siempre vive en el ambiente de los ingenios; y por mas que ella se desliza con la misma facilidad en el ritmo del verso, como en la rápida improvisacion de un brindis.—Pero en cambio, fué la noche de los poetas.

Fueron ellos los que cosecharon las mejores palmas de la fiesta. Desde luego, el exímio Cárlos Guido y Spano, que sino fuera uno de nuestros primeros vates, seria difícil superar sus calidades distinguidas como orador penetrante, lleno de brillo y de gracia, con recursos tan variados como nuevos.—Diríase que hasta la misma paradoja en sus manos—si alguna vez las ámplias disposiciones de su espíritu creador le permiten hacer uso de ella,—tiene el privilegio

de ser aceptada y aplaudida con entusiasta adhesion. Su presencia atrayente, su majestad ciceroneana, su arrogante y simpática entonacion, constituyen al amado poeta el hombre mas indispensable, el mas original y el mas ático de los hombres de letras.

¿Cómo podria faltar en concurso semejante el hijo del prócer de la independencia americana, á quien la Revista Nacional dedicó un recuerdo en el reciente centenario de su nacimiento? Y el dulce cantor de la *paraguaya*, que tiene mágia en la palabra y miel del Himeto en los lábios, arrulló á su auditorio, como solo sabe hacerlo él, con el prestigio de su fascinadora elocuencia!

No era noche de poesía aquella, decíamos, pero la poesía y el verso no dejaron de tomar parte en el acto. El vate no es solo un adivino y un oráculo segun el orígen y el concepto de la palabra, sino tambien un hombre que hace honor á la obligacion de coloborar en una revista; y fué así que Cárlos Guido, presentó al director de esta publicacion, una trova, como él la llama, pero que es en realidad una composicion llena de frescura y con el colorido celeste y blanco de la bandera argentina.

Son estrofas apasionadas que tienen el sabor, la gracia y el perfume de los cantos populares, destinadas á recorrer las ciudades y los campos, y que irán mañana á vibrar en las cuerdas de la guitarra y en las teclas del piano.

Hay otro distinguido hombre de letras entre los concurrentes, y como para que nada faltase allí entre las altas aptitudes intelectuales, en el señor Guillermo Matta se han reunido el diplomático y el poeta—el representante de una nacion hermana y el épico cantor de la América. ¿Cuál de estos títulos podía prevalecer en tan renombrada personalidad? Hagamos justicia al franco y caballeresco ministro

de Chile, diciendo en su honor que aquella selecta reunion, dió señaladas preferencias al poeta, estendiéndole, por mano del general Mitre, sus credenciales de «embajador de las musas». El distinguido diplomático y su país están bien donde quiera que se presenten ó se le rinda homenaje de amistosa cordialidad; pero el poeta, en aquel sitio y en aquel momento, era verdaderamente el gran enviado del Parnaso. ¿Sería porque ésta cumbre es mas alta que los Andes, la montaña que segun el concepto del doctor Esnesto Quesada, «no solamente era una barrera que separaba dos naciones, sino tambien dos tendencias americanas?»

No recojemos ni repetimos estas palabras para ratificarlas, ni menos aun para discutirlas, ensayando mirajes mas ó menos engañadores. Pero así como no se sienten impresiones amargas despues de habernos deleitado con la música y el canto al salir del teatro, digamos que es tanta y y tan saludable la influencia de un concurso de literatos y pensadores, que no hay cuestion enojosa que deje de eliminarse, ni sombra que no desvanezca el contacto de espíritus elevados por la idea ennoblecedora.

Ha podido así el señor Matta, el poeta de América, el enviado de las musas, como se le llamó, contestando á las palabras de fraternidad americana con que fué saludado en repetidas ocasiones, recitar uno de sus magistrales sonetos, escrito en ocasion de los rumores de una contienda posible entre dos naciones que tienen el mismo orígen y filiacion en la democracia. La guerra que fué el grito del poeta cuando la invasion española al Perú, es guerra imposible entre hermanos, guerra fratricida en que se desconocerian los hijos de aquellas que se inmolaron en el ara del mismo culto por la independencia Sud Americana. Guillermo Matta recordaba en corroboracion, que siendo jóven todavia,

Chile inauguraba la primera estátua al libertador de tres repúblicas, y vió entonces al benemérito general Las Heras inclinado ante el monumento, exclamar:—General San Martin: un viejo soldado de tu ejército te saluda!

En este concierto armonioso de ideas felices y oportunas, fueron incorporándose sucesivamente otros poetas,—Joaquin Castellanos el cantor del *Viaje eterno* y Calixto Oyuela, el clásico autor de *Eros*—el uno para ofrecernos un cuadro brillante de la literatura contemporánea—el otro para ratificar su pasion vehemente por la forma en el arte; Martin García Mérou, el mas jóven de los poetas y de los diplomáticos; Leopoldo Diaz, que traduce a Sttecheti y canta con la ternura de Musset; Mariano Vedia, que no corteja á las musas, pero que escribe hermosos folletines de critica y literatura.

Pero si fué la noche de los poetas, convengamos tambien que en la diversidad de matices y caractéres que se habian reunido, formaban los escritores de alto vuelo y largo aliento. El doctor don Angel Justiniano Carranza que tiene sus títulos de historiador refrendados por la crítica nacional y estrangera, el concienzudo escritor y el mas incansable de nuestros investigadores; el doctor Mantilla que ha sido periodista y hoy consagra su espíritu perspicaz al mismo rumbo para hacernos conocer el pasado; el doctor Tobal, el filósofo y el crítico que ha traido su laborioso concurso á las letras; el doctor Quesada, literato, autor de libros y fundador de Revistas; Jacob Larrain que escribe biografias y dirige la enseñanza secundaria; el doctor Carranza Mármol, ájil narrador de episodios nacionales; Antonio Argerich, que ha tenido el valor de seguir las huellas de Zola y tantos otros mas que no acabaríamos de nombrar.

¿Repetiremos lo que cada uno de ellos nos dijeron en los múltiples y variados giros de la palabra ó en las aspiraciones del alma? La nota dulce y simpática sirviendo á los anhelos del patriotismo y de la fraternidad entre hombres ligados por la mancomunidad de miras intelectuales, resonó con acentos espresivos en la velada y los oradores que la hicieron escuchar mantuvieron constantemente aquella cordialidad espansiva que fué regocijo y alegria para todos.

Y aquí podríamos terminar este lijero reflejo de las impresiones de una noche, si de intento no hubiéramos dejado para la última parte de ella uno de sus recuerdos mas interesantes, por la ya conocida regla de que la carta se escribe en la *postdata*, como al postre del banquete corresponden el néctar y el manjar mas delicado.

Al concurso, como hemos dado en llamarle, solo asistieron los colaboradores de la Revista, y no pudimos ocultar nuestra sorpresa al encontrarnos delante de un anciano cargado de años y de glorias, que figuraba dignamente entre ellos.

La presencia del general Clemente Zárraga, guerrero de la independencia de Colombia, soldado y amigo del libertador Bolivar, aparecia ante el auditorio que le contemplaba como una de las mas venerables reliquias del pasado, y podria decirse que el héroe casi ignorado hasta ayer, surjia allí como una evocacion de los recuerdos de la emancipacion americana.

Vivimos lejos del Orinoco los hijos del Plata, mas separados cada vez los pueblos de aquella América española que el Libertador deseaba ver unida en sus proyecciones de génio, por medio de un congreso continental en Panamá. Pero la presencia de un guerrero de los tiempos heróicos, haciendo oir su palabra vibrante con el calor de los dias

juveniles, despertaba las ideas de aquella comunidad de una familia política hermanada por el orígen y la identidad de tendencias y aspiraciones.

Sin ir tan léjos, sin dilatar la mente en tan vastos horizontes, allí tambien tenia su asiento un hijo de la otra orilla del Plata, la república del Uruguay, tan próxima y tan profundamente ligada á nuestros destinos. El doctor don Andrés Lamas, encerrado en sus investigacisnes y en sus estudios sociales, tenazmente alejado de todas partes y mortificado sin duda de los hombres y de las cosas de nuestro tiempo, asistiendo á una reunion semejante, fué considerado un triunfo del señor Carranza que le habia atraido hasta ella. A su presencia se levantaban recuerdos de medio siglo que el publicista habia ilustrado con sus escritos y libros celebrados, y ellos tomaron forma en la ovacion merecida con que se le saludó y aclamó. El anciano, sin poder dominar su emocion que se derramaba con sus palabras, espresó que su vida entera habia sido de penurias, pero que ella no valia la manifestacion de que se le hacia objeto. Se engañaba el viejo maestro: vale mucho el aprecio y el respecto de los contemporáneos; pero convengamos tambien que es envidiable la consagracion del espíritu al culto de la intelijencia. Los que van bajando la montaña llevan así esa ventaja á los que van ascendiendo: aquellos han sido mas firmes, mas constantes con sus primeros amores.

Eduardo Acevedo Diaz que pertenece por el tiempo á otra generacion de literatos y periodistas del Uruguay, significó todo lo que habia de alentador en el espíritu de esta reunion; encomió la obra de la Revista y de su director empeñado en servir á la historia nacional, exhumando héroes olvidados ó desconocidos.

....

Así pasaron las horas de la velada y con ellas el memorable aniversario. Por las peculiaridades del acto cuya pálida reseña acabamos de hacer y por el significado que tuvo, su recuerdo vivirá por mucho tiempo entre los elegidos que tuvieron en suerte asistir y mezclar sus impresiones á las que despertaron el sentimiento de la fraternidad literaria y la comunion de las inteligencias.

ADOLFO DECOUD.

COROLARIO—UNA FIESTA EXCEPCIONAL (1) La fiesta ofrecida anoche en el café de Paris por el señor Adolfo P. Carranza, director de la REVISTA NACIONAL, á los colaboradores de esta publicacion, que cumplia ayer mismo tres años de existencia, no ha tenido precedente en celebracion análoga. Afirmanlo todos y cada uno de los concurrentes, habiéndolo hecho presente al señor Carranza, al felicitarle por el resultado brillante de sus esfuerzos laudables.

No tenemos memoria de un concurso de este género en que se haya hecho igual consumo de ingenio y de ciencia, en que se haya espresado con iguales vivacidades é interés, sentimientos tan elevados hácia el pasado é ideas mas hermosas de progreso presente y futuro.

La historia americana ha vivido la vida de sus héroes en seis horas de fraternales espansiones, y hasta se ha visto levantarse la sombra de algun soldado ignorado, á la evocacion de oradores inspirados.

La nómina de los asistentes es la de los oradores, con una ó dos escepciones, y ella nos ayudará á dar cuenta de una fiesta literaria que, preparada de antemano, nos hubiese sido tan brillante.

(1) Esta crónica fué publicada en el número de *La Nacion* de Buenos Aires correspondiente al 2 de Mayo y reproducida en *La Razon* de Montevidea y en *La Época* del Rosario de Santa Fé.

Sentáronse á la mesa, á las 7 p. m., los generales Clemente Zárraga, y Bartolomé Mitre, Dres. Bernardo de Irigoyen, Andrés Lamas, Federico Tobal, Angel Justiniano Carranza, José S. de Bustamante, Pedro Bourel, Angel G. Carranza Mármol, Calixto Oyuela, Juan Coustau, Jacob Larrain, Alejandro Sorondo, Adolfo Decoud, Manuel F. Mantilla, Ernesto Quesada, y los Sres. Cárlos Guido y Spano, Guillermo Matta, Adolfo E. Carranza, Martin Garcia Mérou, Eduardo Acevedo Diaz, Joaquin Castellanos, Antonio Argerich, Alejandro Calvo, Leopoldo Diaz, Mariano de Vedia, Juan A. Piaggio y Rodolfo G. Godoy.

Despues de lo que antes hemos dicho respecto del carácter de la fiesta de anoche, debe comprenderse que ni la mas escrupulosa version taquigráfica hubiera podido reproducir bajo su atmósfera especial, el cuadro literario á que nos referimos.

Si trataramos de reproducir incidentes, mas de uno que en aquel centro llegó á ser verdaderamente tocante, apareceria deslucido y pálido.

El Dr. Lamas, aclamado por la concurrencia á una palabra del poeta Guido, púsose de pié y solo pudo pronunciar esta frase, que fué recibida con simpatias mui marcadas:

«He pasado una vida de penurias, dijo el Dr. Lamas, pero toda esa vida no vale la recompensa que acabo de recibir en este instante.»

El general Mitre extendió al ministro de Chile, Sr. Guillermo Matta, las credenciales de plenipotenciario de las musas.

El Sr. Matta habló dos veces, recitando al terminar su ultimo brindis, inspirado como el primero, un hermoso soneto que mucho antes de ser acreditado representante diplomático entre nosotros escribió con entusiasmo á la confraternidad argentino-chilena.

El poeta Guido, observando varios tomos de la Revista Nacional que habian sido colocados en el centro de la mesa, dijo que ellos estaban allí como para la cimiente en el surco, como un faro luminoso destinado á salvar á los náufragos de la civilizacion, que tan despiadamente nos invadia.

El general Zárraga, de la independencia de Colombia, allí presente, fué objeto de brindis y demostraciones especialísimas de afecto y respeto, demostraciones que el viejo guerrero supo agradecer en frases que balbuceó visiblemente conmovido.

El poeta Castellanos hizo una verdadera revista de nuestra historia literaria, haciendo destacar de ella, entre figuras culminantes, la personalidad del general Mitre, que se le representa como una figura clásica de la antigüedad, haciendo historia y traduciendo al Dante.

El poeta Oyuela habló de la belleza, declarándose su apasionado, é hizo un brindis á su maestro, el poeta Guido y Spano.

El general Mitre brindó una vez «por los que vienen,» devolviendo á la juventud sus votos por los que están y por los que desaparecen; exhibió despues las tres grandes personalidades americanas, estudiando rápidamente la obra de cada una de ellas: Washington, San Martin y Bolivar; recordando algo que acaba de decirse sobre la revista, como género de publicacion poco en armonia con el carácter de la raza latina, habló de un millonario que no habia querido suscribir acciones de ferrocarril por hallar que este no era un pueblo preparado para tal progreso; por último, terminada la ejecucion del himno, tuvo un recuerdo para Vicente Lopez, que anunció al mundo el levantamiento «de una nueva y gloriosa nacion» y un brindis por su hijo el

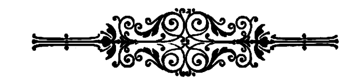
distinguido historiador argentino doctor don Vicente Fidel Lopez.

No es posible seguir consignando recuerdos de fiesta tan grata: hablar de los brindis de García Mérou, Acevedo Diaz, Joaquin Castellanos, Angel Justiniano Carranza, Federico Tobal, Ernesto Quesada, Jacob Larrain, Antonio Argerich, Manuel F. Mantilla, Adolfo Decoud, Leopoldo Diaz, Mariano de Vedia, José S. de Bustamante, etc., etc.

El señor Carranza resumió en oportunas palabras el objeto de la fiesta y su dedicatoria.

El general Mitre habia querido proponer algo práctico, en homenaje á las nobles esfuerzos del señor Carranza, y pidió que todos los presentes se comprometieran á colaborar este año en la REVISTA NACIONAL, levantando la mano en señal de asentimiento. Todos á un tiempo hicieron la señal convenida, pero el poeta Guido, diciendo que él habia ido mas lejos, leyó una trova que llevaba en el bolsillo y que destinaba á la Revista del señor Carranza.

A LA NACION toca ahora saludar á la REVISTA NACIONAL, en su tercer aniversario, y felicitar á su director por el éxito de una fiesta que, para tener lugar en condiciones como las que apuntamos, ha necesitado forzosamente un esfuerso de inteligencia y de actividad que le hace merecedor de satisfacciones tan plenas como la que ha recibido y que, como él lo dijo muy bien, le envidiarian muchos poderosos de la tierra.



RESOLUCIONES PATRIOTICAS

El Intendente de esta capital, señor Seeber ha dado, durante el mes trascurrido, dos decretos que no podian solemnizar mejor, los recuerdos que tiene *Mayo* para el patriotismo argentino.

Les damos publicidad con satisfaccion, deseando que ambas ideas se realicen pronto y con el acierto que debe esperarse de las personas elegidas para llevar á cabo tan gratas comisiones.

Mayo 13 de 1889—Siendo de evidente justicia propender á honrar la memoria de los hombres que mayores servicios han prestado al país, así como mantener el recuerdo de los acontecimientos notables de la historia pátria, facilitando su conocimiento; el Intendente de la capital decreta:

Art. 1° Desígnase al Dr. Vicente Fidel Lopez, para que indique á esta Intendencia las casas donde hayan nacido, vivido ó muerto las personas de mayor figuracion en nuestra historia, lo mismo que los sitios donde hayan tenido lugar luchas de notoria importancia, facultándole para que redacte la inscripcion que á cada uno de ellos debe ponerse.

Art. 2° Pídasele tambien que indique una inscripcion breve que haga conocer las personas ó hechos que dan nombre á todas las calles de la ciudad, con el objeto de colocar en la primera cuadra de estas, una placa que la contenga.

Art. 3° Comuníquese, etc.—FRANCISCO SEEBER—*A. F. Orma*, secretario.

Mayo 24 de 1889—Considerando que el mantenimiento

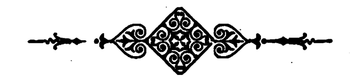
de las tradiciones de la Revolucion de Mayo y de la guerra de la Independencia, es de trascendental interés nacional y que concurriendo á ese fin los monumentos y otros objetos que pertenecen á aquella gran época, deben ser respetados y conservados. Siendo necesario, para obtener tales resultados, que los objetos mencionados se concentren, coloquen y guarden convenientemente en un museo nacional y no existiendo en poder de las autoridades mas que limitado número de ellos, estando algunos en poder de particulares y encontrándose dispersos en todo el territorio nacional—El Intendente Municipal decreta:

Art. 1° Nómbrase una Comision compuesta de los Sres. generales Bartolomé Mitre y Julio A. Roca, Dres. Andrés Lamas, Ramon J. Cárcano, Estanislao S. Zeballos, Manuel Mantilla y coronel José I. Garmendia, para que proyecten la organizacion del Museo Histórico de la capital y lo instalen provisoriamente.

Art. 2° Una vez que la Comision se espida se solicitará del H. Concejo autorizacion para efectuar los gastos necesarios para su instalacion definitiva.

Art. 3° Los gastos que demanden los trabajos preparatorios se imputarán al inciso 41 del presupuesto.

Art. 4° Comuníquese, etc.—SEEBER—*A. F. Orma.*



¿Dónde está el índice?





